José Miguel Lopez Pérez

Miguel Casanova Marco

Víctor Murillo Martínez

Joaquín Gisbert Domenet

Jesús Alberto Bañeles

José Luis Pola Lite

En 1966, una centena de chavales, de entre nueve y once años, que habían participado en un cursillo previo al ingreso en el Seminario Menor de Zaragoza, comenzaron su andadura en este centro. Se trataba de niños procedentes en su mayoría del medio rural, tanto de la provincia de Zaragoza como de Huesca, Teruel e incluso de Navarra que permanecieron en su mayoría siete años en el mismo. Sin embargo, también había los que venían de la ciudad y hubo una minoría de ellos que llegaron a ordenarse sacerdotes. Este libro constituye un relato, fiel a la realidad de lo que todavía perdura en la memoria de los autores, y se basa en una sucesión de anécdotas y recuerdos de sus vivencias en el día a día de un internado. Se reflejan detalles de sus ilusiones y aficiones, descritos en primera persona, dejando hablar a los niños que fueron, primero, y entrando luego en el análisis de ese periodo pasado por el filtro de la trayectoria vital posterior de los autores. Para lo cual se describe los motivos que los llevaron a entrar en el centro, algunos aspectos de sus sentimientos religiosos y espirituales, sus inquietudes de adolescentes, así como la evolución de sus ideas y su reencuentro con la sociedad en circunstancias de edad y entorno social diferentes. Si bien el libro está hecho por y para aquellos seminaristas, contiene elementos de cierto valor sociológico y educativo que permiten comprender alguna de las claves de la educación que recibieron y de su devenir en la vida.

9 788412 137966

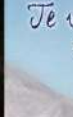
Te vas haciendo ~~hombre~~ cura

Te vas haciendo ~~hombre~~ cura

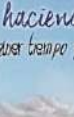
Cualquier tempo pasado fue... anterior

Una colaboración de:

Antonio Collado Mora
Jesús Bosch Blasco
Quintín García Muñoz
Víctor Joaquín Vicente Campillo
José Miguel López Pérez
Joaquín Tous Colomer
Miguel Casanova Marco
Joaquín Gisbert Domenet
Jesús Alberto Bañeles
José Miguel López Pérez
Víctor Murillo Martínez
José Luis Pola Lite



Jesús Bosch Blasco



Antonio Collado Mora

Joaquín Tous Colomer

Quintín García Muñoz

Pedro Juan Vicente González

José María Pérez Aranda

Te vas haciendo ~~hombre~~ cura

© Ediciones Digitales ANTEO, 2020, para la presente edición
©Antonio Callén Mora, 2020, para el texto y fotos
© Quintín García Muñoz, 2020 para el texto y fotos
© Joaquín Toro Colomé 2020, para el texto y fotos
© Jesús Benito Blasco, 2020, para el texto y fotos
© Pedro Joaquín Vicente González para el texto y fotos
© Jose María Félez Aranda para el texto y fotos
© Miguel Casanova Marco para el texto y fotos
© Joaquín Gisbert Domené para el texto y fotos
© José Luis Pola Lite para el texto y fotos
© José Miguel Lores Peco para el texto y fotos
© Valero Murillo Martínez para fotos
© Jesús Albesa Bañolas para fotos
© Alejandro García Gil para la cubierta

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:
Huella Digital, S.L.

ISBN978-84-121370-8-8

Dep. Legal: Z 706-202

Antonio Callén Mora
Quintín García Muñoz
Joaquín Toro Colomé
Jesús BenitoBlasco
José María Félez Aranda
Pedro J. Vicente González
Miguel Casanova Marco
Joaquín Gisbert Domené
José Luis Pola Lite
Jesús Albesa Bañolas
José Miguel Lores Peco
Valero Murillo Martínez

Te vas haciendo ~~hombre~~ cura

Cualquier tiempo pasado fue… anterior

PRÓLOGO

Hace unos tres años, tuve la ocasión de leer el libro de Quintín García *En el Seminario* lo cual no solo me supuso un gran regocijo, sino que me hizo desempolvar ciertos recuerdos de aquella época. Quisiera agradecer a Quintín el haber tenido la idea y el esfuerzo que realizó en escribirlo, editarlo y publicarlo.

Cuando leí el librito, con avidez y entusiasmo todo hay que decirlo, me sentí reflejado en esas páginas. Sin embargo, eché a faltar algunas anécdotas que para mí habían sido lo suficientemente importantes como para permanecer más o menos vivas en mi memoria. Por otra parte, había algunas cosas que o bien no recordaba o las recordaba de forma diferente. Finalmente, me llamó mucho la atención el hecho de que se había paliado la escasez de imágenes fotográficas con ilustraciones gráficas muy expresivas de lo que se pretendía representar. Como yo tenía algunas fotos de esa época, pensé que sería bueno incluirlas en una posible edición posterior, ya que las fotos nos permiten refrescar los recuerdos a la vez que nos gusta revisitarlas y guardarlas como testimonio de lo vivido, máxime si ya habían pasado al olvido. Es por esa razón que me puse en contacto de nuevo con el autor, no solo para trasmitirle mi gratitud y mis impresiones sobre el libro, sino también para ofrecerle la posibilidad de ampliar o actualizar el libro.

Entretanto, en un encuentro casual con Miguel, otro de los compañeros de la época, me participó que se había formado un grupo de *whatsapp* en el que había unos cuantos compañeros de curso del Seminario Menor. Obviamente, pedí que me aceptasen en el grupo y ello me ha permitido no sólo

ponerme algo al día sobre su estado y ubicación actual, sino también encontrarme en persona con alguno de ellos. Además, ese tipo de foros virtuales son excelentes para compartir fotos y recuerdos. De ahí que la idea de introducir fotos en la nueva obra ganaba concreción y riqueza. Por otra parte, al ser mayor el número de compañeros a la hora de compartir recuerdos, se deja menos espacio a la imprecisión de la memoria y se amplía el número de relatos. Por si esto fuera poco, nuestra diferente perspectiva, de entonces y a lo largo de nuestra trayectoria de vida, permite compartir puntos de vista diferentes de los momentos vividos, lo cual creo enriquece el relato.

El presente libro, cuyo embrión fue el original *En el Seminario*, supone una ampliación notable de aquél, no solo por la inclusión de elementos fotográficos, sino por la introducción de nuevos capítulos, extensión de algunos relatos y aparición de contrastes en las vivencias o actitudes vitales de quienes hemos participado directamente en su elaboración. Creemos humildemente que, siempre dentro de la sencillez que esta obra constituye, sin otra pretensión que ser un recuerdo para quienes compartimos aquellos días en el Seminario, éste es un documento de y para aquéllos que vivimos aquellos acontecimientos. En definitiva, un recuerdo personal o familiar.

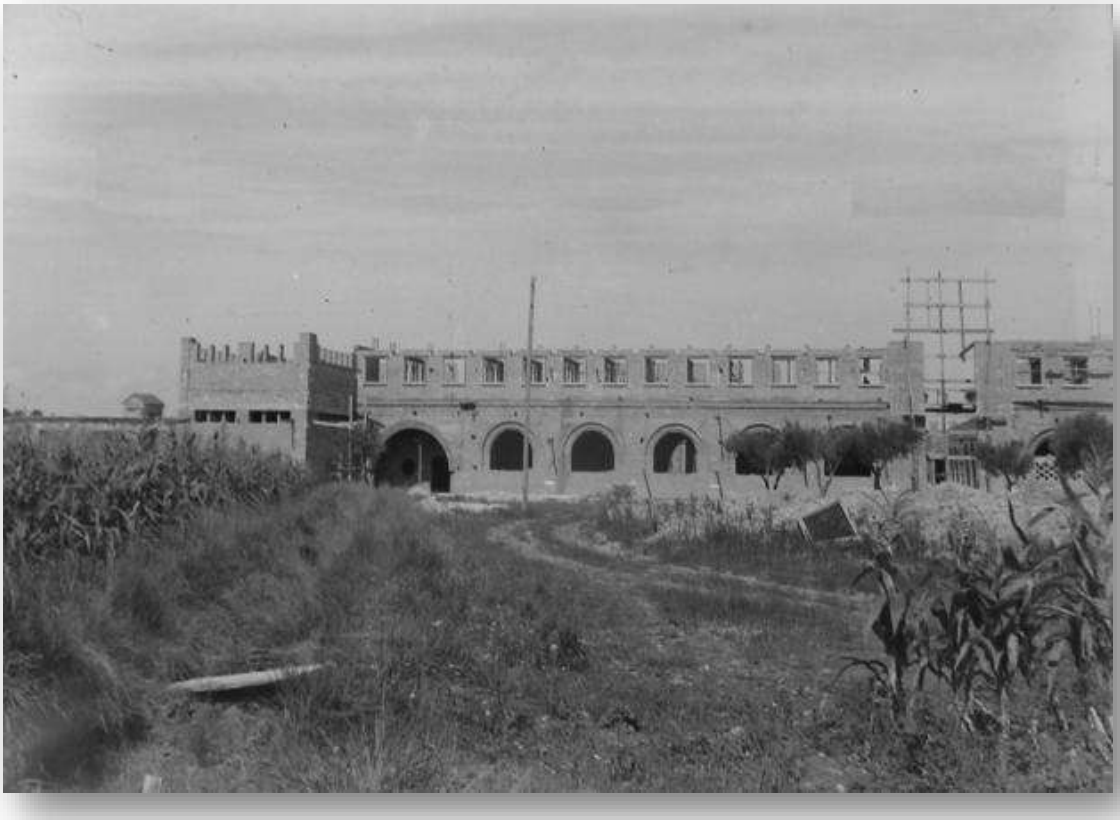
Hemos tratado de ser fieles a la realidad, sin ánimo de ofender a nadie, pero tratando de ser honestos con nuestras creencias de aquellos momentos y las actuales que, lógicamente, han evolucionado mucho. Con ese fin, en ocasiones hemos omitido referencias personales expresas, especialmente en aquellos casos en que los protagonistas ya han fallecido o los hechos fueran inapropiados o reprobables. Es posible que al tratarse de hechos que compartirán muchos de los lectores, se reconozca o recuerde esas personas o sucesos, pero “lo que

pasó en el Seminario se quedó en el Seminario". Al fin y al cabo, y afortunadamente, quien busque morbo, en base a hechos más recientes relacionados con la Iglesia, seguramente se llevará una decepción.

Mi intención al contribuir en relatos de esta obra no ha sido otra que rememorar detalles de mi temprana juventud y tener un documento que puedo compartir con mis compañeros de entonces, así como con mis seres queridos, entre los que pienso especialmente en mis nietas, por si alguna vez quieren saber cosas de su abuelo paterno.

Antonio Callén Mora

Construcción del Seminario Metropolitano de Zaragoza (Fotografías aportadas por E. Funes).



A modo de introducción-justificación

La vida necesita completarse con el recuerdo de la vida.

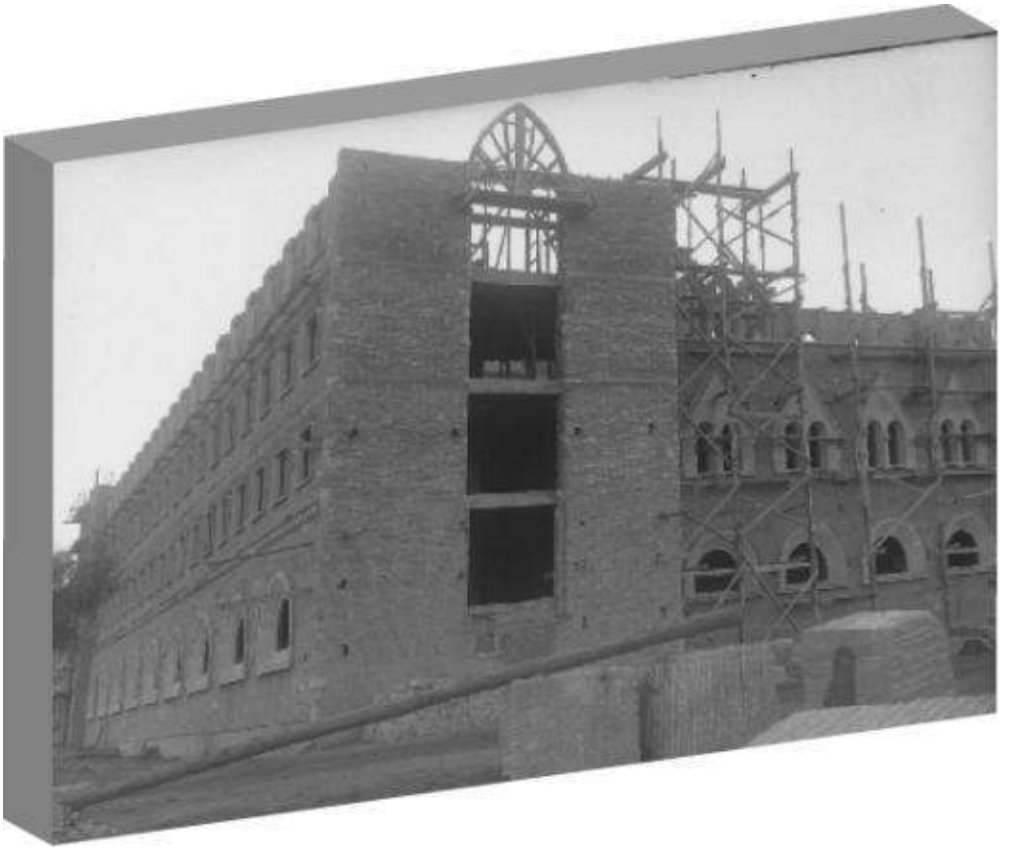
Manuel Vilas

Me reúno a tomar un café con mi amigo Antonio, con el que últimamente y de manera frecuente salimos al monte a hacer senderismo; me ha comunicado que estarán también dos amigos más, Quintín y Joaquín, a quienes no conozco, de quienes me informó que habían estudiado en su día como nosotros dos en el Seminario de Zaragoza y que íbamos a hablar de esos tiempos y recordar anécdotas.

Cuando nos vimos los cuatro, yo desde luego no los recordaba, pues han pasado un montón de años desde aquellos tiempos y eran de un curso inferior al mío, como Antonio.

Surge la idea conforme tomamos café, impulsada por Quintín, de escribir cada uno lo nuestro sobre los recuerdos que tenemos de esos años. De los 11 a los 16 en mi caso, vividos en el Seminario, donde estuvimos internos como era obligatorio y la costumbre y necesidad de aquellos años que, para mí, fueron de 1965 a 1971. Los cuatro nos decidimos a recordar y plasmar por escrito nuestras vivencias personales.

Jesús Benito Blasco

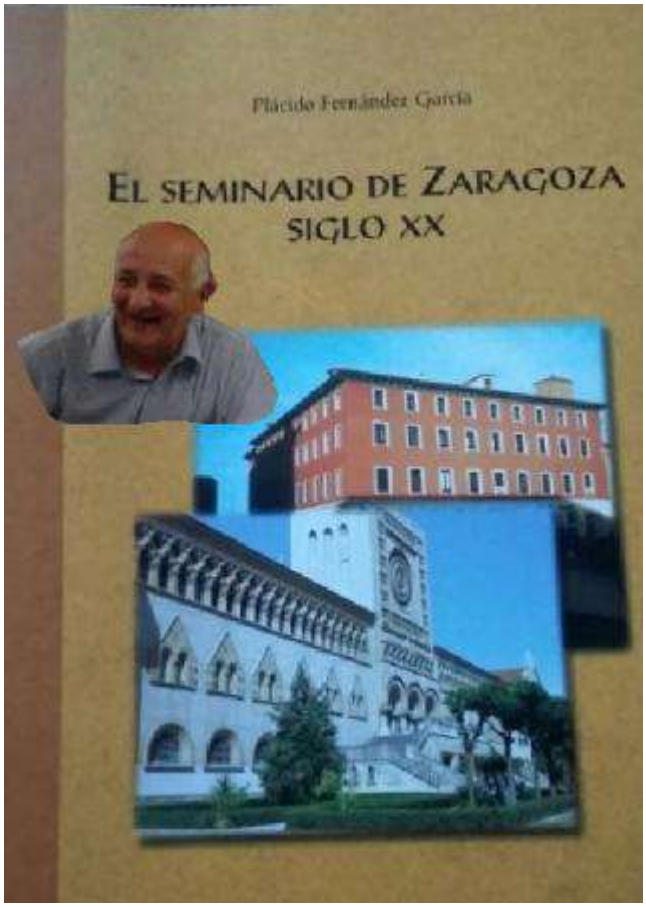


Agradecimiento

En el año 2019, preguntamos a Don Plácido cómo se había construido el Seminario. Su contestación fue:"***gracias a las pequeñas contribuciones de los feligreses de las parroquias, casi, ladrillo por ladrillo***".

En su libro cuenta las penurias y enfermedades que pasaron los seminaristas antes de que este edificio estuviese construido. Sin nosotros saberlo, fuimos unos privilegiados.

Para todo hay que tener un poco de suerte en la vida. Nosotros la tuvimos con tutores como don Plácido que casi comenzaron su singladura como educadores a la vez que nosotros como educandos. Gracias a todos ellos.



Murales en el hall de entrada al Seminario.
Fotografías cedidas por Don Teodoro Félix Lasmarías.

Vida cultural del pueblo y vocación infantil

A.C.M.

De mis años en el pueblo antes de entrar al Seminario recuerdo sobre todo la clase de D. Pedro Ballarín, de la cual conservo una foto de 1965, en la que había una extraña mezcla de niños de mi edad con chicos que tenían alrededor de dos años más que nosotros y que nos llevaban a raya. Eso es lo más parecido a un acoso escolar que recuerdo, pues aquellos chicos eran poco amantes de estudiar y nos dominaban al resto, cebándose en particular con un chico de constitución más endeble que, por cierto, era hijo de una maestra.

En ese aspecto, fui muy afortunado pues si bien uno me acosó, lo dije a mi hermano inmediatamente mayor que yo, que me saca cuatro años, y le advirtió que si me hacía algo se las tendría que ver con él. Se acabaron los problemas. Sin embargo, recuerdo una anécdota con otro de esos chicos que tuvo consecuencias diferentes. Me quitó la cartera al salir de clase y fui tras de él hasta su casa para que me la devolviera, sin éxito. Opté por ir a casa sin la cartera y mi padre me echó una bronca tal que tuve que regresar a casa del chico nuevamente. Gracias a Dios no se volvió a repetir. De aquellos años, recuerdo también que yo era muy pacífico, pero una vez reñí con mi mejor amigo de la escuela, llegando a las manos, algo que siempre me dejó un mal sabor de boca.

Tras el paso por el parvulario de las “Anas”, la congregación de monjas que había en mi pueblo, tuve excelentes maestros como D. Pascual Serrano en las “Escuelas viejas” y D. Pedro Ballarín y D. Jovito en las “Escuelas nuevas”.

Seminario claretiano e iglesia de S. Juan (Alagón)

Tuve suerte, pues en ocasiones me tocó asistir a las clases de D. Jesús Cólera que daba bofetadas y reglazos en la punta de los dedos a los más torpes o traviesos. Como digo, ni los profesores que yo tuve seguían esas prácticas ni mi grado de aplicación a las materias me llevaron a tales padecimientos. En mi entorno extraescolar, tenía mucha relación con los chicos de mi barrio con los que practicábamos varios juegos en la calle, como fútbol, canicas, carreras, etc. Allí aprendimos a montar en bicicleta. Eran bicicletas de mayor con cuadro triangular completo, "con barra" como decíamos nosotros, y teníamos que aprender con la bici inclinada, metidos en el cuadro. Por otra parte, en la casa contigua a la mía vivía Manolo, con el que me llevo días.

Antonio Callén en las escuelas de Alagón (1964)

Manuel siempre tenía muchos más regalos y mejores para Reyes que yo y, a menudo, pasaba a jugar a su casa. Tengo una foto del día de la Primera Comunión que la hicimos jun-

tos, él vestido de traje de almirante, de blanco, y yo de marinero. Ni que decir tiene que yo heredé el traje de comunión de mi hermano. La ropa, siempre con riguroso pantalón corto hasta no cumplir los catorce años, era por lo general heredada de hermanos o primos. Nunca fue un problema para mí. Eso sí, recuerdo que conseguí convencer a mis padres de ponerme pantalones largos antes del plazo citado, ya que en el colegio casi todo el mundo los llevaba.

Respecto del uniforme, recuerdo que fuimos el primer curso que no necesitaba llevar bata. Es decir, se suprimió el uniforme al que yo estaba familiarizado por mi época de parvulario, en las monjas, y por ver a los "postulantes" o internos del Seminario Claretiano que había en mi pueblo. Cuando tenía menos de 10 años, los veía a menudo salir en grupo, bien formados, por el camino que llevaba al rio Jalón. No sé si iban a jugar al fútbol. Como nota pintoresca, entre todos esos chavales destacaba uno que era negro. Tal vez era de Guinea Ecuatorial, todavía provincia española, pero en aquel entonces se veía muy poca gente de raza negra y, menos aún, en un pueblo de cinco mil habitantes. Son detalles que te quedan grabados y siempre te acompañarán.

Creo que vale la pena indicar de dónde surgió la idea de mi marcha al seminario. Mi familia, tanto paterna como materna, eran muy religiosos, en particular una hermana de mi padre que era modista y vivía frente a nosotros. Por otra parte, mi madre siempre deseó tener una hija, pero tuvo cuatro varones, y la idea de tener un hijo cura le atraía tanto como a mi tía que era madre de tres hijas. En ese entorno, resultó que llegó a Alagón un cura joven, D. Julio Aranda, que tenía mucho trato con la juventud. Debió ver en mí cualidades para devenir sacerdote y me lo propuso. Entiendo que también habló con mis padres. El caso es que a mí me surgió "la vocación" a los 9

años. Yo iba muy bien en los estudios y, por aquel entonces, nos llevaron a varios alumnos del pueblo a Épila para realizar unos exámenes.

El caso es que lo debí hacer muy bien pues me concedieron una beca de 14.000 pts. Mosén Julio realizó las gestiones y ese mismo verano acudí al cursillo de ingreso al Seminario. Recuerdo que de mi pueblo fueron dos chicos más que me llevaban un curso de adelanto: Luis Díez y Miguel A. López Cuartero. Como yo no había hecho el examen de "Ingreso" lo tuve que pasar en el Seminario, tal y como consta en mi libro escolar. El cursillo, como se relata más adelante, fue una experiencia muy atractiva que hizo que la decisión de ingresar en el Seminario fuese algo deseado.

Mosén Julio durante la procesión de las fiestas de Alagón.

Q.G.M.

Cuando cumplí siete años, mi madre, una mujer mística, devota de todos los santos y del Sagrado Corazón de Jesús, me acompañó hasta la iglesia de San Pedro, a escasos cien metros de la casa en que vivíamos de alquiler, me regaló un roquete y me presentó a don Antonio, el arcipreste de Zuera.

La gigantesca sacristía, los lienzos enormes, la escalera del campanario, la casa del señor cura, la sala frente a la sacristía llena de amenazadoras figuras cubiertas de polvo, el coro con el gigantesco órgano, los retablos entre sombras…, todo me infundía un enorme respeto y temor, aunque también me generaba la lógica atracción por lo desconocido.

Paralelamente, gracias al buen entendimiento entre los jóvenes del pueblo y el coadjutor, don Eugenio primero y luego don Alfonso, se fundó el *Club de la juventud*, que era donde nos recogíamos muchos niños para jugar al futbolín, especialmente, y también a algunos juegos de mesa. Se hicieron varios grupos de *scouts*. Recuerdo que yo pertenecía a *La ardilla* y que desarrollamos muchas actividades. En la plaza de España había otro club juvenil donde jugaban al ajedrez, al que asistí en pocas ocasiones. Si a este ambiente cultural se añade que había pasado por el colegio de las monjas, y que todavía recordaba a las hermanas Pascuala y Esperanza, se puede decir que la educación religiosa estimulaba mi esencia mística. En las escuelas tuve a un extraordinario maestro, don Mariano Corral. Durante un tiempo fui uno de los alumnos favoritos, pero creo que sintió cierta decepción cuando en una apuesta tonta, sin ningún beneficio de por medio, conseguí sonarme la nariz cinco veces seguidas tan estruendosamente que el hombre se vio obligado a darme una buena y merecida somanta de cachetes.

Era mi último curso; luego pasé a la academia de don Antonio y don Alejandro. Al segundo día de clase ya llevé a casa un moratón en la parte inferior del brazo, seguro que también merecido. La verdad es que de vez en cuando había que ponerme firme, de lo contrario tenía la facultad de hacer algún *arcijo* (travesura) como decían en mi pueblo.

En los tres primeros años de monaguillo, lo que más recuerdo es que además de las misas que me tocaban por turno, voluntariamente iba a misa de las siete de la mañana, que luego cambiaron de horario a las ocho. Un día caí enfermo en la misa matutina, y las hermanas del cura me llevaron a casa. Tenía las fiebres tifoideas; probablemente tendría relación con ir a buscar la leche a una de las vaquerías. Había entonces tres seminaristas en el pueblo, y me animé a decir en casa que yo también quería ir al Seminario

Imagino que mis padres sentirían algo extraño y contradictorio. Por un lado, la tristeza ocasionada por la posible separación de un hijo, y por otro lado la alegría de pensar que iba a estudiar algo especial, aunque realmente no tenían dinero para pagar el internado. Como alternativa, en el pueblo se podía estudiar el bachiller en una academia y posteriormente examinarse a final de curso en el instituto Goya.

Recuerdo claramente y con profundo agradecimiento el día anterior a ir a los cursillos. Don Antonio entregó quinientas pesetas en un sobre a mi padre. El dinero que costaban los diez o quince días que duraba la “prueba”.

Alumnos del Seminario sustituyendo a los infanticos.

Quintín en su labor de monaguillo.

Joaquín Gisbert

J.M.F.A.

Un hermano de mi abuela materna, había sido cura de un pueblecito de la provincia de Teruel, fue asesinado durante la guerra civil, y esos dos hechos supongo que marcaron a la familia e intentaron que esa senda fuera continuada por alguien de la familia; primero fue un primo quien ingresó en el seminario de Alcorisa, después mi hermano mayor al de Zaragoza y luego yo también al de Zaragoza, cuando ya ninguno de los dos anteriores había continuado. Yo había crecido, como era evidente, en un ambiente religioso; aunque sin fanatismos. Mis padres eran gente humilde, justa y nos criaban con mucho amor y paciencia. La práctica religiosa era común en mi casa por lo que el hecho de ir a estudiar al Seminario casi era una consecuencia lógica para mí.

Debo añadir que el esfuerzo que mis padres hicieron para que yo pudiera estudiar era enorme. Entonces no nos dábamos cuenta de ello, pero así era. El cura de mi pueblo, mosén Alejandro, hombre de gran humanidad y serio, estuvo encantado con que uno de sus monaguillos quisiese ir al Seminario. Me presentaron al examen de ingreso en el Instituto Goya y lo aprobé, justito con un 6, pero aprobé. Mi padre era guarda forestal y eso garantizaba un ingreso mensual pequeño, pero en aquellos años tener un ingreso asegurado todos los meses era un privilegio, y eso garantizaba cierta capacidad para que los hijos pudieran estudiar; no así las hijas, aunque estoy seguro de que mis dos hermanas hubieran sacado más rendimiento a este esfuerzo. Los colegios de frailes y el Seminario eran casi los únicos que ofrecían esa posibilidad, así que… al Seminario. Yo supongo que estaría encantado con la posibilidad de que a los once años pudiera descubrir cosas nuevas; aunque quizá, debido a mi timidez, también tuviera algunos temores.

J.B.B.

Por entonces yo tenía 11 años, había nacido en un pueblo pequeño de unos 800 habitantes, Mediana de Aragón, a unos 30 Km de distancia de Zaragoza en dirección a Belchite, que a mí me parecían 300, dadas las comunicaciones y el sentido de la distancia que teníamos en aquella época.

La idea que me empujó a "ingresar" en el Seminario, creo que fue por el ambiente en que vivía y también por mi carácter y forma de ser. Mi familia era muy religiosa, y en aquel tiempo, como casi todos los chicos del pueblo a esa edad, era monaguillo. El cura del pueblo por aquel entonces, era como se decía de "*vocación tardía*", había sido aparejador y dejó todo: su profesión, la novia etc. y se ordenó cura. Era una persona inteligente, se hizo con el cariño del pueblo, y en los asuntos de la Iglesia le gustaba mucho el ceremonial, procuraba dar un toque suntuoso a las ceremonias religiosas, sobre todo las misas que se hacían en las grandes festividades. Los monaguillos éramos una parte muy importante en esas ceremonias y nos hacía formar parte de todo ese protocolo. A mí personalmente, que era bastante sensible, aquello me impresionaba y a la vez me gustaba bastante, además con el cura me llevaba fenomenal. La escuela también me gustaba, llevaba en general bien los estudios y el maestro que había, D. José, era una buena persona y un maestro excelente que me apreciaba mucho.

En aquellos tiempos en el pueblo, para la inmensa mayoría de los chicos, cuando se salía de la escuela a los 14 años, su futuro era trabajar en el campo o aprender un oficio.

Tener un oficio no me llamaba para nada, y eso que mi padre tenía el taller de herrería del pueblo, pero las manualidades no eran para mí. La verdad es que me apetecía estudiar. Así que con ese ambiente religioso que me rodeaba, mi tendencia hacia los estudios y mi carácter sensible, me fue fácil decidirme personalmente por irme a estudiar al Seminario, cosa que a mi familia les pareció muy bien, pues además era la única posibilidad de salir del pueblo a estudiar.

El cura me llevó un día a visitar el Seminario, nos fuimos los dos. Al ver el edificio tan grande me impresionó. En la entrada había unos seminaristas mayores vestidos con sotana y el cura habló con ellos preguntándoles en qué curso estaban. Me acuerdo que ellos le dijeron que en no sé qué curso de Filosofía-Teología.

Una vez dentro también me impresionaron los pasillos tan largos, las clases y las instalaciones en general tan grandes, los jardines interiores… aún me viene a la memoria que me recogió por allí un cura que se llamaba D. Gonzalo Gutiérrez Garrido, con el que estuve un rato paseando y me preguntaba temas de estudios de la escuela, también que me preguntó por mi apellido y yo le contesté que me llamaba de apellido Benito Blasco; y él, no sé si para tomarme el pelo, me dijo si se escribían con B o con V, yo le contesté que los apellidos no tenían regla gramatical, lo cual era una de las pocas reglas de ortografía que conocía, con lo que se quedó gratamente impresionado y yo como un “señor”.

Allí debió el cura hacer los trámites para el cursillo de ingreso que tuvo lugar unos pocos meses más tarde.

Fotografías extraídas de la página web
https://zaragozaarquitecturasigloxx.com/2016/07/06/seminario-metropolitano/

La radio y la televisión
A.C.M.

Desde que tengo uso de razón, recuerdo la radio en la cocina de casa. Era el electrodoméstico por excelencia. En mi caso, un aparato de dimensiones comparables a una nevera de camping; aunque los había que alcanzaban el tamaño de un televisor de los de aquella época. La radio nos conectaba con el mundo y crecí con ella, con programas que siempre recordaré, aunque sea de forma vaga: "Ustedes son formidables", "Matilde, Perico y Periquín", el concurso "Caja o dinero" y el "Consultorio de la señora Francis" ¡Casi nada! No solo nos servía para enterarnos de las noticias, sino que fue nuestro primer acercamiento a la música, cuando escaseaban los gramófonos o tocadiscos y los primeros magnetófonos. Recuerdo que para mí la Semana Santa era traumática pues no emitían sino música clásica. Con el tiempo, cuando el aparato envejeció y quedó inservible le miré "las tripas" y vi aquellos diodos (especie de lámparas) de los que nos hablaban en clase de Física. Posteriormente, llegaron los instrumentos de reducido tamaño que funcionaban a pilas, como mi apreciado SHARP, del tamaño de una cajetilla de tabaco, que tan buenos ratos me hizo pasar en el Seminario manteniéndome al tanto del mundo exterior.

En cuanto a la televisión, tardó más en llegar a nuestro hogar por varias razones, entre las cuales supongo estaba el precio de los primeros aparatos. Sin embargo, tuve la oportunidad de disfrutar de la primera televisión privada en casa de un amigo cuyo padre era pintor, ello fue incluso antes de entrar en el Seminario. De por esa época recuerdo los dibujos animados, como *Bugs Bunny* o los *Picapiedra*, *Los peques* que nos anunciaban la hora de ir a la cama y quizás ya por entonces teníamos la serie *Bonanza*. Tampoco faltaba la *Carta de*

ajuste, cuando no había programación. Por entonces no existía sino la primera, luego vendría la UHF. Todo esto en blanco y negro, por supuesto. En el Seminario recuerdo que teníamos una sala para ver la TV que lógicamente formaba parte de nuestro tiempo de asueto y era administrada en su justa medida, en función de los horarios y los programas. Por entonces surgió el programa *Cesta y puntos* (1965) en el cual competían alumnos de bachillerato de diversos colegios para ver qué equipo acertaba más preguntas. Recuerdo ver cantar a Julio Iglesias y haber sido testigo de la primera (1968) y segunda vez que ganamos el concurso de Eurovisión, con Massiel y su célebre vestido-minifalda cantando "La, la, la" y Salomé (1969) con su "Vivo cantando", respectivamente. Por supuesto, también pudimos ver competiciones deportivas; aunque de estas no recuerdo detalles. En realidad, la TV, si bien muy dosificada, nos servía para mantener un vínculo con el mundo exterior, con lo que pasaba fuera de ese "invernadero" que constituía el internado.

Unos cuantos años después, mi padre decidió por fin comprar un aparato de TV, supongo que a instancias de mi madre que, al estar aquejada de artrosis y artritis, no salía y añoraría este tipo de distracción. Por fin, la TV entró en nuestro hogar, pero se reservaba para los ratos libres, obviamente. Durante las comidas, lo normal es que estuviese apagada para no acaparar nuestra atención ni interferir con nuestros hábitos de comunicación. Seguíamos fieles a la radio. Yo sigo siendo partidario de estas pautas. Finalmente, recuerdo que estando en Salesianos, como un par de años después de abandonar el Seminario, apareció en los talleres un televisor enorme que proyectaba imágenes en color. Según nos informaron, no era un aparato para disfrute de los alumnos sino para formar a los técnicos, pues en dicho colegio había una potente sección de Formación Profesional. Parece ser que el aparatito costó un millón de pesetas.

Q.G.M.

Sin duda alguna, durante nuestros primeros siete años de vida la radio era nuestra mejor amiga. Cuentos como *Garbancito, Carasucia o El mono titiritero* nos hacían felices. La radio Telefunken era la alegría de la casa. Todos vimos a nuestras madres planchar y limpiar la casa con canciones de Manolo Escobar, Marisol, El Dúo Dinámico, Paul Anka, Elvis Presley… incluso Zarzuela y multitud de cantantes de copla…

Y por fin conseguí tener un pequeño transistor de color rojo y plateado que encendía con cuidado de que no se oyese en el dormitorio del Seminario.

Es extraño cómo se nos quedan algunas cosas grabadas en la memoria, especialmente cuando somos niños. Respecto a la televisión, *Caravana* y posteriormente, *Bonanza* se llevaban la palma de la audiencia infantil. Un montón de niños nos sentábamos delante del aparato, Philips o Vanguard, los sábados por la tarde y a esperar a la semana siguiente para volver a ver a nuestros héroes. En el Seminario nos sentábamos en una sala y allá a lo lejos se veían las diminutas figuras. ¿Cómo podía ser que las televisiones tuviesen sólo 19 pulgadas y en blanco y negro?

He tenido que mirar en Google para comprobar que debió de ser el 12 de junio de 1969 el día que estábamos viendo el partido de fútbol, amistoso, Brasil-Inglaterra, cuando me sentí mareado por haber fumado, y justo al día siguiente teníamos el último examen de reválida que suspendí.

P.J.V.G.

En mi caso éramos y somos muy aficionados a la radio, y recuerdo haberla escuchado muchas horas: *el parte*, *Matilde*, *Perico y Periquín*, el *pajarito Pinzón*, el *consultorio de Elena Francis*…En mi casa, durante el parte no se podía hablar.

Al irme al Seminario perdí el contacto con el aparato. Tuvimos dos marcas de radio: Iberia y Victoria (el nombre era muy significativo). Esta última todavía la conservo.

En los primeros años del colegio algunos compañeros se hacían radios con el recipiente de la pastilla de jabón, como base, y "*a galena*". Los enchufaban a los radiadores del dormitorio.

En los receptores de aquellos años se oían canciones de Gloria Lasso como su éxito *Luna de miel*, José Guardiola con su hija *Di Papa*, Hnas. Benítez, Viva la gente, Johnny and Charley (la Yenka), Los Mustang… muchos de ellos grababan en el sello discográfico" La voz de su amo". Tengo algunos de ellos a mi alcance, aunque no me pertenecen.

En los veranos, como suspendía siempre las asignaturas de ciencias, oía mucho la radio y escuchaba los discos que estuvieran de moda (por ejemplo, *In the ghetto* de Elvis). Empecé a disfrutar de los conciertos en vivo en el Parque de atracciones de Madrid, que se podían escuchar en el programa radiofónico *El gran musical*, estrenado en1965. Leía *Mundo Joven*, *Disco express y Discomanía*, esta última no me gustaba mucho. Eran revistas musicales con críticas de discos nacionales e internacionales y también informaban de los conciertos. La de *Mundo Joven* creo que fue dirigida durante un tiempo por José M. Iñigo.

Respecto a la televisión, poco puedo hablar porque mis padres decidieron que no se compraba una televisión hasta que el pequeño, que era yo, no acabara cuarto. La veía de niño en el casino de mi pueblo, en casa de algún amigo y en el Seminario. De aquella época lo que más recuerdo eran los partidos del Real Madrid de baloncesto en el trofeo El Corte Inglés de Navidad. Me resultaba raro que jugaran mientras los demás estábamos de vacaciones. ¿Os acordáis de Dino Meneghin del Ignis de Varese?

En el colegio, la veíamos en el salón subiendo por las escaleras a la derecha.

Los ensayos de las canciones para las misas los hacíamos con D. Tomás, en la sala de la televisión, al lado de la biblioteca y el salón de juegos. Había bancos sin respaldo y el superior se ponía en un estrado para vernos y darnos un toque de vez en cuando.

Uno de los modelos de la marca Iberia.

Algunas anécdotas sólo se pueden entender si nos retrotraemos a cómo era Zaragoza en los años 60. La foto inferior es complementaria a la superior. Podemos ver los dos lados de La Romareda. El autobús, el 35, del Barrio Oliver, se desviaba por el camino superior, el inferior sería posteriormente la avenida de Gómez Laguna. Vinos Arvin estaba en Vía Hispanidad. Fotografías extraídas de GAZA y https://www.flickr.com/photos/zaragozaantigua

Estudiar en el Seminario

A.C.M.

A lo largo de toda mi vida, aún hoy en día, he tenido que dar a menudo explicaciones de cuáles fueron los motivos por los que fui al Seminario. En cierto modo es lógico, aunque puede a veces resultar molesto. De todos modos, si tenemos en cuenta que mucha gente me ha conocido después de haber abandonando mi fase de seminarista y se encuentran con alguien casado, padre de familia e incluso ya abuelo, es hasta normal.

En otra parte de este libro he explicado que ingresé a los diez años con verdadera vocación, en correspondencia a la propuesta que me hizo un joven cura de mi pueblo y apoyado por mi familia más inmediata. Sin embargo, siempre existe la sospecha o leyenda de que uno iba al Seminario porque no podía ir a otro colegio o porque era más barato o incluso algunos deben pensar que era gratis. Es decir, se trata de una situación de sospecha o menosprecio con respecto a la verdadera razón de empezar el camino del sacerdocio.

Creo pues que ha quedado claro cuál fue mi situación. No obstante, quiero aprovechar este capítulo para explicar otras cosas. Tal y como he descrito ya en este libro, tras unos exámenes escolares que no recuerdo quién ni cómo se organizaron, me hice acreedor a una beca. Lo que sí recuerdo es que aquella beca estaba dotada con 14.000 pts. Es decir, una cantidad nada despreciable en aquellos tiempos que creo supuso un ahorro sustancial a mis padres. O sea, que el primer curso les debió salir casi gratis.

Ese curso, espoleado por las ganas de estudiar para ser cura, huyendo del campo como eventual alternativa profesional, y favorecido por el entorno propicio que suponía disponer de varias horas de estudio vigilado al día, no me fue nada mal. De ese modo, veo que saqué cinco notables y dos sobresalientes, uno de los cuales era un 10 y llevaba emparejada una matrícula de honor. ¡No es mal comienzo! El caso es que, lógicamente, con ayuda de mis padres gestioné la solicitud de una nueva beca para el segundo curso y ¡sorpresa! Me la denegaron. Como teníamos derecho a reclamar, lo hicimos. Finalmente, me concedieron una beca de 5.000 pts. Se nos quedó un poco la cara de tontos, pues no éramos ricos, simplemente personas honradas y que trabajaban de sol a sol como se decía antiguamente. En fin, menos da una piedra. Creo recordar, pero no estoy seguro, que, en tercero, tras unas buenas notas en segundo, aunque no tan brillantes como las de primero, pues saqué un aprobado justo en Geografía Universal (¡se me atragantó!) y un 6 en Educación Física, nos volvieron a denegar la beca y ahí ya o desistimos o no nos sirvió de nada el recurso. ¡Espero que ese año la cosecha del campo fuese buena!

Ya que estamos metidos en harina, quiero ampliar el relato con un asunto familiar que contó mi padre en varias ocasiones y que viene a cuento de la situación económica que tenía mi familia. Cuando nació mi hermano mayor, es decir 13 años antes de que yo viniese al mundo, hubo algunos problemas en el parto y a mi madre le quedó retenida una parte de placenta en la matriz. En el parto, en casa por supuesto, estaba mi abuela materna que acompañó al médico. Mi abuela era analfabeta, pero había asistido a muchos partos y no tenía un pelo de tonta. Ella examinó la placenta e hizo la observación al médico de que faltaba una parte de la misma.

El resto de la historia es que finalmente mi padre tuvo que buscar los servicios de un especialista famoso de Zaragoza.

Ese año, según relataba mi padre, el único dinero con el que pudieron contar era el correspondiente a la recogida de las patatas. Parece ser que la cosecha fue buena, pero hubo que gastarla toda en pagar al especialista. Gracias a Dios, tanto mi hermano como mi madre sobrevivieron y, sin duda, es por eso que yo hoy puedo disfrutar contándoos estos relatos. Ni que decir tiene que me encantan las patatas. ¡Vivan las patatas!

Q.G.M.

Creo que fueron mis antecedentes religiosos los que me llevaron al Seminario. A los siete años ya iba a misa y rosario, de monaguillo, y lo que es más curioso, en la cocina me preparaba un altar para hacer misa.

Supongo que, confirmando mi temperamento místico, mi "*destino*" era ir al Seminario, máxime después de ver que varios monaguillos de Zuera estaban en él; otro más mayor, Salcedo, ya iba a cantar misa, y había uno o dos más que estudiaban en los Padres Pasionistas con intención de ser frailes.

Don Antonio, el arcipreste, nos aportó las quinientas pesetas del cursillo, y nos ayudó económicamente durante el primer curso. Pero el sacerdote que vino después, humilló a mi madre y a mi padre haciéndoles ir tres o cuatro veces a la iglesia para pedir, casi arrodillados, alguna ayuda pecuniaria. Dinero que algunos de los más ricos de Zuera habían donado *ex profeso* para los seminaristas del pueblo, y que aquel hombre avaricioso no quería entregar.

También me dieron una beca de 7.000 pesetas, lo que más o menos pagaba un trimestre, y aquello compensó la ausencia de ayudas. Por alguna causa que no sé, no le caíamos bien. Yo era un niño. Y ahora se me ocurre que mi presencia debió ser un castigo continuo para él. Castigo que duraría muchos años, porque fui durante mucho, mucho tiempo, el seminarista-monaguillo que siempre estaba en los entierros, cabos de año, bautizos, misas, rosarios, y tocando las campanas…

Mi padre tenía pluriempleo, como casi todo el mundo en aquellos años. Diez horas en un taller de Colonización, empresa del Estado que se encargó de la creación de pueblos nuevos, así como de pantanos y roturación de tierras, de lunes a sábado por la mañana. El sábado por la tarde y el domingo por la mañana a la gasolinera echando gasolina, para terminar por la noche en el cine, en la sala de proyección. Mi madre iba a "la conservera de tomate", también fregó en varias ocasiones, y yo… yo me gané algún dinerillo cogiendo fruta, y en alguna ocasión acudíamos a una granja cuando les cortaban el pico a las aves o vacunaban a los pollos… lo típico de entonces. En sexto me gané un buen dinero de camarero, pero tal y como decía A.C.M., estudiar era muy costoso.

Iglesias de San Pedro Apóstol de Alagón y Zuera.

Salir del pueblo

A.C.M.

Nací en 1955 en Alagón, un pueblo situado a 25 Kms de Zaragoza, en dirección oeste, hacia Navarra. Era, y sigo siendo, el menor de cuatro hermanos con una diferencia de edad entre cada hermano de 4 a 5 años, lo que supone que mi hermano mayor tenía 13 años más que yo. Mi padre era agricultor y mi madre ama de casa, tratándose de una familia humilde; aunque visto desde la perspectiva de Q.G.M. y de otras personas en aquella época se nos podría considerar "ricos", si por rico se entiende alguien que disponía de medios para trabajar por cuenta propia de sol a sol. Digo esto porque mi padre era una persona muy innovadora y compró un tractor David Brown de segunda mano que fue el primero en llegar al pueblo. Antes había tenido caballerías.

Recuerdo que mi hermano mayor, Julio, con poco más de 20 años pasaba muchas horas trabajando con el tractor. Mi padre compró una segadora de alfalfa que se acoplaba al morro del David Brown y mi hermano trabajaba también para otros agricultores que no disponían de este tipo de herramientas. Gracias a su esfuerzo y al de mi padre, mi segundo hermano pudo combinar trabajo y estudio en la Institución Virgen del Pilar, haciendo una maestría y mi tercer hermano tuvo la oportunidad de estudiar en el instituto de Alagón, pero no le convenció la idea y ello le llevó a estudiar en Zaragoza y, para ayudar a costearse los estudios, hubo de trabajar en el obrador de una pastelería famosa por aquel entonces, Ceres, donde le pagaban a 5 pesetas la hora. Con estos antecedentes y el trabajo duro de mis familiares, que yo compartía en la medida en que mi edad lo permitía, mi padre me puso en la tesitura de trabajar en el campo o estudiar.

Mis primeras experiencias en la agricultura me despejaron todas las dudas y me dediqué a estudiar como un poseso. Si cuento que con 15 años y poco más de 60 kgs ya me tocaba cargar con sacos de entre 70 y 90 kgs de trigo parecerá increíble; pero antes las cosas funcionaban así.

Excursión a Sangüesa y Castillo de Javier justo antes de entrar en el seminario. Entre ellos, tres futuros seminaristas.

Q.G.M.

Mi pueblo, Zuera, que tenía por entonces (1966) cinco mil habitantes, también dista de Zaragoza veinticinco kilómetros, pero en dirección norte, a Huesca. Había en aquella época unos diez automóviles particulares, quizás menos. Recuerdo que el taxi en el que fuimos cuatro o cinco niños de diez años a examinarnos al Instituto Goya, para superar la prueba de ingreso al bachillerato, era un Renault 4 y alcanzaba cerca de noventa kilómetros por hora a la altura del Aliagar (una finca entre Zuera y Villanueva de Gállego), ¡toda una aventura! El autobús de la Oscense apenas alcanzaba los 70 Km/h y tardaba cerca de tres cuartos de hora en llegar a su destino. Por las tardes, era famosa la frase que se escuchaba entre los usuarios: "*No te preocupes que llegaremos a cenar*". Los viajeros habituales sabíamos las distintas velocidades a que navegaba aquel autobús de la posguerra. En Echegaray y Caballero, dirección a San Juan de la Peña, donde comenzaba la antigua carretera de Huesca, realizaba un giro de noventa grados; desde arriba se veían muchas vías de tren y grandes montañas de carbón; velocidad: 40 Km/h.

Ir a estudiar al Seminario de Zaragoza desde algunos destinos suponía en aquellos tiempos casi lo mismo que viajar actualmente de Zaragoza a Londres en avión. Se puede decir que yo era afortunado, desde el punto de vista de la ubicación de mi origen, pues otros compañeros venían de comarcas más alejadas de Zaragoza e incluso del Bajo Aragón.

Salvo tres o cuatro niños privilegiados económicamente y otros dos o tres que habían brillado académicamente consiguiendo una beca del Estado, los demás apenas teníamos recursos para poder subsistir. Escasamente se poseían dos o tres pantalones. Uno para ir al colegio y otro para los domin-

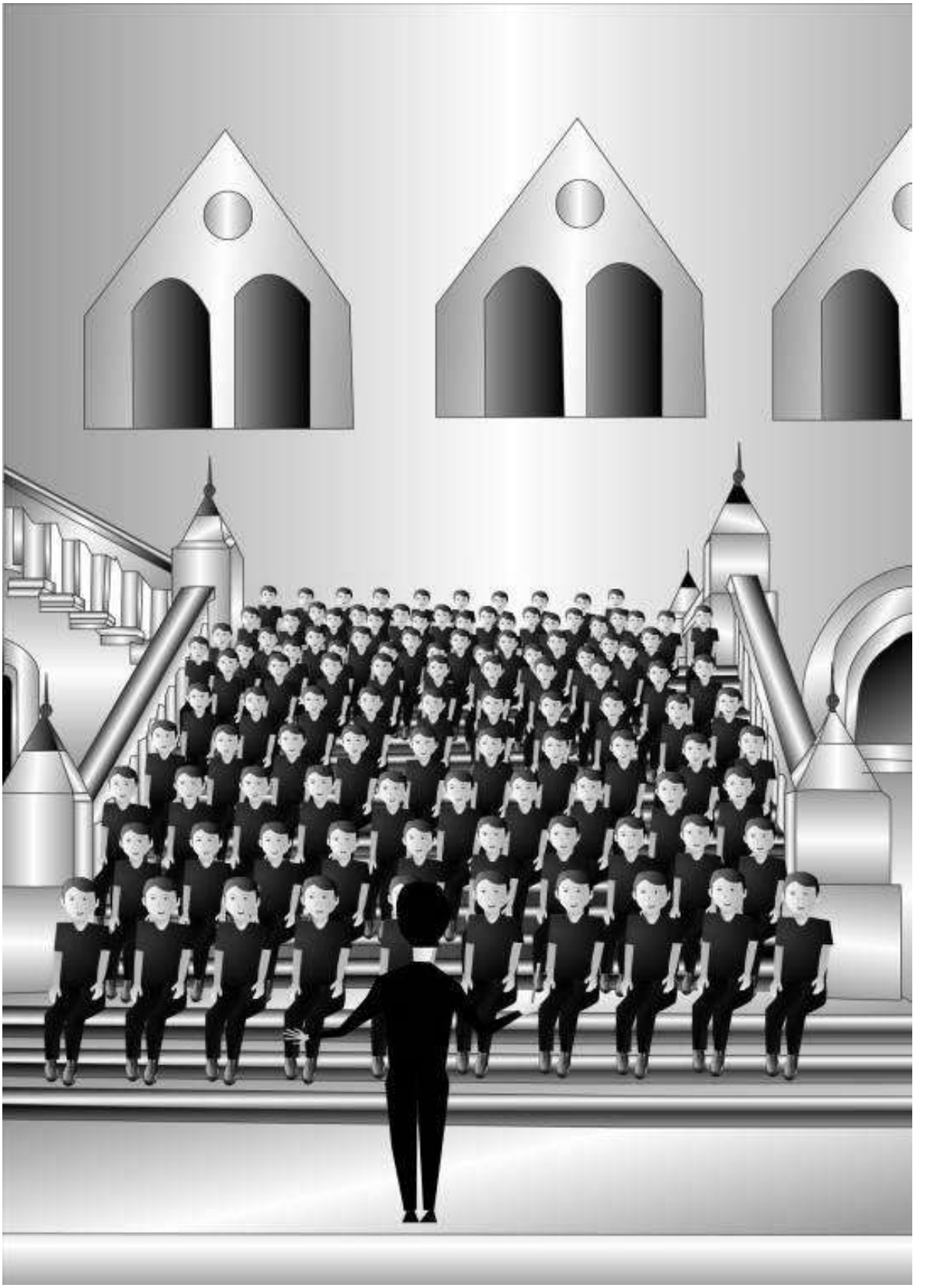
gos. Las meriendas eran de pan con aceite o pan con vino, y la mayoría de los días se compraba de prestado en las tiendas del pueblo. El tendero tenía una libreta donde apuntaba los productos que se habían dejado a deber, y luego a final de quincena o de mes, se pagaban. Decididamente, salir a estudiar a Zaragoza resultaba por aquel entonces algo tan extraordinario como si uno de nuestros universitarios actuales se fuese a Oxford o Cambridge. Era algo que estaba al alcance de muy pocos niños, dos, tres, cuatro a lo sumo cada año. No muchos más teniendo en cuenta que podía haber en el pueblo cinco o seis familias verdaderamente ricas y suponiendo que cada una de ellas tuviese un hijo cada dos o tres años. Casi todos los demás muchachos del pueblo terminaban la escuela a los catorce años, y su destino era ser albañiles o agricultores que, con la creación de un polígono industrial, se convirtieron en operarios de la madera, del hormigón prefabricado, incluso de algo extraño: platos utilizados en el deporte de tiro al plato, etc. Seis o siete años más tarde, la riqueza de los trabajadores aumentó; también los Seat 600, los Seat 850, los Simca o, los Renault y todo fue más fácil, si es que se puede decir que la vida fuera simple y confortable.

CURSILLO

A.C.M.

El cursillo fue una experiencia muy especial y gratificante. No cabe duda que todo estaba montado para atraer a los chavales: la práctica de varios deportes en los amplios y numerosos campos de juego, la sala de televisión, la disponibilidad de juegos y biblioteca y, por encima de todo, el salón de actos con el visionado de películas, la realización de una obra teatral por unos pocos compañeros y, quizás lo más novedoso y excitante, la estancia en las escaleras de la entrada del Seminario Mayor por la tarde-noche después de la cena. Allá nos hacían veladas semejantes a lo que se conocía por aquel entonces como "fuego de campamentos". Es decir, se contaban chistes, cantaban canciones, se practicaban distintos tipos de juegos y competiciones que eran muy divertidas. Incluso a veces había chocolate que había que dar a un compañero, ambos con los ojos vendados. Guardo el recuerdo de la película "*Aquellos chalados con sus locos cacharros*" (1965) y de la otra en que se mostraba el famoso invento del "*gomabol*" que recupero en Google como "*Un sabio en las nubes*" (1961). Jamás volví a olvidar esa palabra y siempre he guardado un vago recuerdo de la magia y potencia de ese invento.

Recuerdo que cerca estaba la fábrica de ARVIN, lo cual siempre nos intrigó pues entraban camiones cisterna y salían las botellas de vino de dicha marca que tenían un tapón de plástico y un sabor un poco ácido. Jamás vimos entrar un racimo de uva. Quizás compraban ya el vino prensado, pero a saber lo que le añadirían. Por todo ello, llegamos a la conclusión infundada de que aquel vino era pura química.



Q.G.M.

Un día de mitad de junio, mis padres y yo subimos al autobús de *La Oscense* cargados con una maleta y un almohadón. Se habían confundido al leer el material que era obligatorio llevar para el cursillo: funda de almohada, cubierta y sábanas.

Llegamos a la ciudad, anduvimos hasta la parada del autobús urbano que iba al barrio Oliver. La avenida Gómez Laguna no debía ser ni un proyecto. Y el autobús se internaba por un camino entre cañaverales hasta llegar a los campos de fútbol. Junto a la portería de uno de los campos de fútbol estaba la parada.

Nos dirigimos a la puerta principal, preguntamos al recepcionista y nos guió hasta una sala de estar. Más bien consistía en un enorme pasillo cuyos ventanales daban a uno de los cuatro jardines interiores. No recuerdo el sacerdote que nos recibió, tal vez don Gonzalo, pero sí estoy seguro de que nos condujo a uno de los enormes dormitorios. Ver un dormitorio tan grande es algo que asusta a un niño que sale de su casa por primera vez. Por otra parte, cuando te adjudican la cama y el armario, el hecho de colocar la ropa ya es todo un reto para alguien que se lo encontraba hecho en casa.

No hizo falta que me hicieran la cama en ese momento, ya la haría yo antes de acostarme, dijo el cura. Recuerdo que aprendí de Ángel Gay. Colocaba la almohada a los pies de la cama sobre la colcha, y luego plegaba sobre la almohada, con varios dobles, la cubierta, la manta y la sábana

Acompañé a mis padres a la parada del autobús. A la vuelta ya había un niño jugando al fútbol. Subí corriendo al dormitorio, me puse los *maripis* (zapatillas) y bajé a jugar con

un balón de reglamento, algo maravilloso que apenas se veía en el pueblo. El alumno de cara regordeta, pecotosa y muy coloradota se llamaba Miguel Casanova Marco, de Orcajo. Descubrí enseguida algo que fue muy duro para mí: corría tanto como yo, y no se cansaba nunca.

Antes de entrar al internado pensaba que sería el más inteligente y el mejor deportista de todos los alumnos, pero aquello ya no era el pueblo. Allí había muchos niños y como norma general muy inteligentes y con ganas de estudiar. Por el contrario, yo andaba un poco en declive. Había sido brillante en un colegio de monjas y posteriormente en las escuelas públicas, consiguiendo sólo un aprobado raspado en el ingreso. Mi verdadera nota iba a ser un bien, es decir un seis, tendiendo a siete.

A lo largo de la vida parecía que lo mío sería más o menos cumplir y pasármelo bien jugando al fútbol, o haciendo alguna que otra travesura. Creo que me esforzaba si sentía recompensa y placer por el trabajo, pero si el esfuerzo era excesivo, entonces… buscaba algo alternativo. Era muy apasionado con todo aquello que me reportaba gratificación.

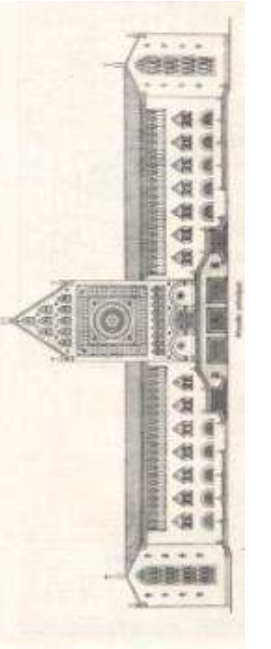
Me pregunto cómo puede ser que sólo recuerde de mis primeros días de estancia en el Seminario una cosa: después de cenar, salíamos los ciento veinte niños a la balaustrada del ala este, y sentados en una de las escaleras, don Gonzalo nos enseñaba a cantar algunas canciones… *Debajo de un botón… ton… ton…* etc. Pero ahora creo que los ciento veinte niños no podíamos estar a la vez en esas escaleras, así que supongo que nos dividían en varios grupos.

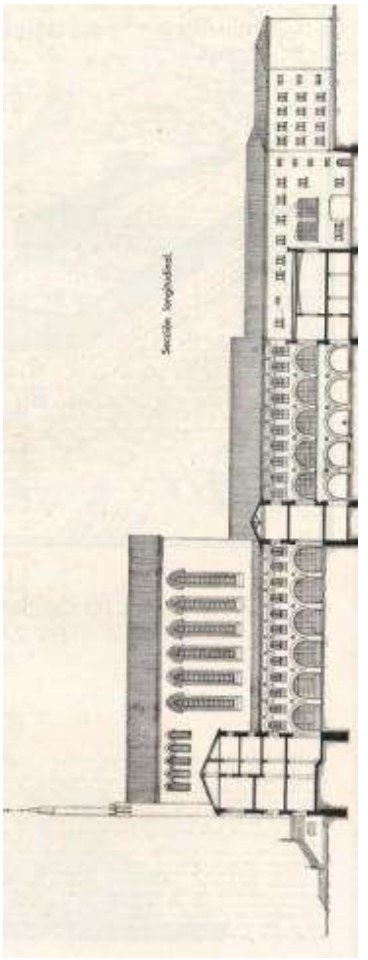
Creo que aquel cursillo marcó el cénit de las entradas de seminaristas. Parece ser que fuimos ciento veinte candidatos para noventa plazas. Dos clases de primero de bachiller. Al año siguiente apenas si solicitaron la entrada al Seminario cuarenta alumnos. Por alguna causa que no sé, en mi memoria está almacenado que salimos el día de San Pedro y San Pablo. Durante el verano ya me sentía seminarista. Pasadas las fiestas del Pilar comenzaría, de verdad, el curso escolar, y junto a mis colegas, los seminaristas del pueblo, que habían accedido ya a segundo curso y a tercero, durante el largo estío nos fuimos a bañar en multitud de ocasiones a las piscinas del colegio San Gabriel de los Padres Pasionistas, más allá de la estación de tren de Zuera. Todo un lujo. Dos piscinas, incluso con trampolín solo para nosotros, estudiantes de cura. Aquel verano me sentí feliz e importante. Algunas vecinas del pueblo parecían admirar que iba para cura. Me ruborizaba y henchía de orgullo.

Subimos en muchas ocasiones al colegio San Gabriel. En él, estudiaban aspirantes como íbamos a ser nosotros. Venían de otras provincias para ser frailes. Con el tiempo, llegó a ser un colegio en el que se estudiaba simplemente bachiller y al que acudían jóvenes de Zuera y pueblos de las cercanías. Quizás fue ese año (1966-67), o tal vez al año siguiente cuando el padre Sergio, valenciano–perteneciente a una familia acomodada– nos mostró sus pinturas al óleo. Con él fui a una casa situada a las afueras del pueblo, y vi por primera vez un cadáver. Admiraba al padre Sergio. Parecía ser una persona extremadamente culta y sensata. Creo que el hecho de verle delante del lienzo infundió en mi subconsciente el deseo de pintar. Todavía nos dio tiempo a hacer alguna que otra travesura por el río Gállego, y octubre llegó con enorme alborozo por mi parte.

J.B.B.

Tras la realización de los trámites por parte del párroco de mi pueblo, recuerdo que era el mes de junio y allí me llevaron mis padres. Me acuerdo igualmente que éramos ciento y pico los chicos de ingreso del bachillerato, ya que se llamaba así en el plan de estudios y en este caso también del Seminario. Creo que el cursillo duró aproximadamente 15 días. Yo, como llegaba del pueblo, tenía el temor de encontrarme con chicos de la ciudad, bien situados económicamente y más inteligentes y preparados en los estudios que yo. Ese era mi temor, pero una vez allí y ya en las clases pronto se esfumó ese miedo y me vi totalmente integrado, dándome cuenta que había listos y torpes y que yo estaba en un término bastante aceptable, sin ningún problema. Recuerdo que me hice un buen amigo, no sé cómo se llamaba, con el que me llevaba fenomenal, también me relacioné con otros; pero con éste era con el que más alternaba. Parece que su padre tenía una empresa y era de Zaragoza, pero cuál fue mi sorpresa cuando terminó el cursillo, que no aprobó, y ya no pudimos vernos más. Lo sentí bastante. Del cursillo tengo un grato recuerdo, me sentía bien integrado con los chicos que habían ido, casi todos éramos de los pueblos y prácticamente todos teníamos más o menos las mismas inquietudes. Nos lo pasábamos muy bien, jugábamos al futbol, al que yo por entonces era bastante apasionado, íbamos a la piscina tan grande, así como las clases. En fin, fue una buena experiencia conocer a tantos chicos de mi edad. A la vuelta al pueblo yo ya les dije a todos mis amigos que me iba definitivamente al Seminario. La verdad es que me costaba dejar la vida del pueblo, donde siempre estábamos al aire libre, por las huertas, el monte…cazando pájaros, cogiendo nidos, jugando a hacer batallas, en definitiva, bastante libres. Pero también me llamaba irme, no tanto por la idea de ser cura, que lo veía como algo muy lejano, aunque posible, sino también por salir a estudiar.



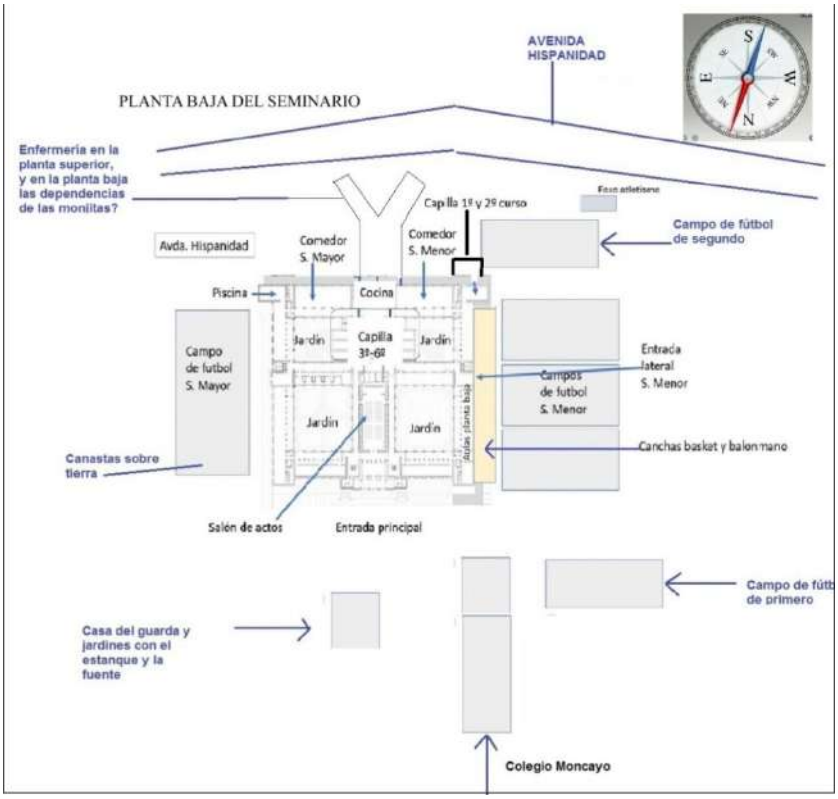


ANTEPROYECTO DE SEMINARIO METROPOLITANO
EN ZARAGOZA

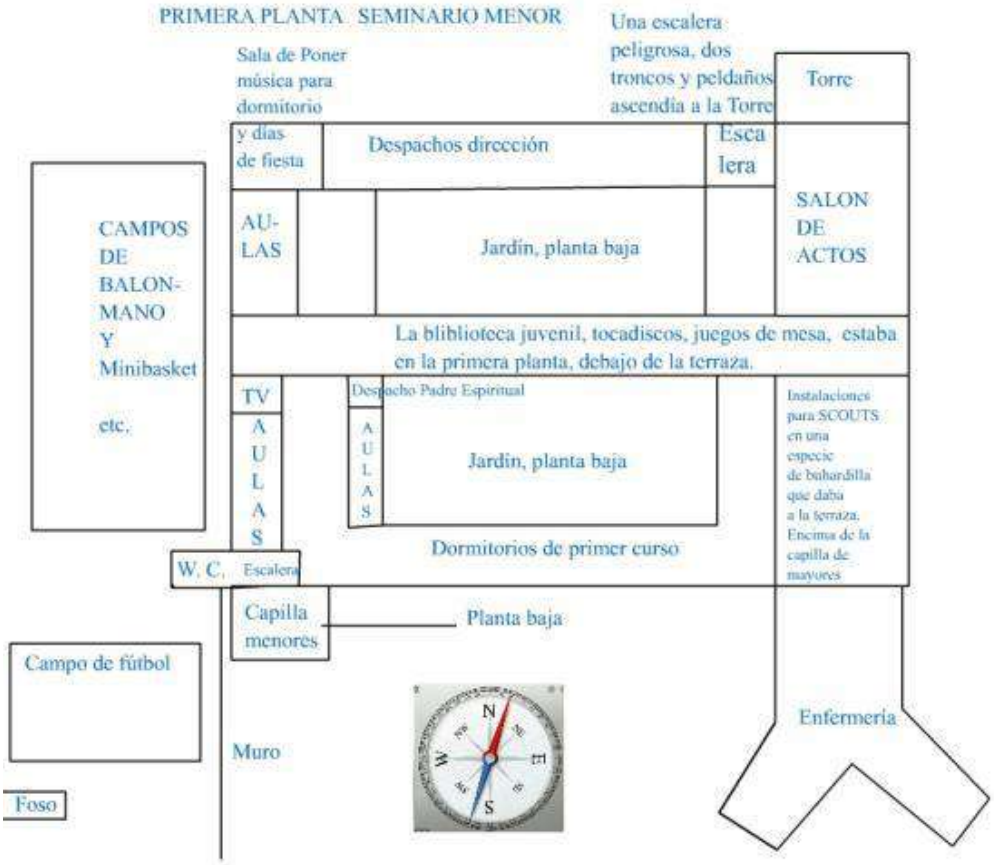
Arquitectos: SANTIAGO LAGUNAS MAYANDIA
CASIMIRO LANAJA BEL
MANUEL MARTINEZ DE UBAGO

Distribución de las dependencias
A.C.M.

Debido a la fragilidad de la memoria, creo que puede ser interesante hacer un recordatorio de cómo estaba distribuido el Seminario Metropolitano de Zaragoza o Seminario de Casablanca en la época en la que tuvieron lugar los hechos o anécdotas que se relatan en este libro. Para ello, nos pueden ser de utilidad tanto las imágenes actuales del exterior del edificio como alguna información recuperada en internet, además de lo que he dado en llamar la "memoria colectiva" de los que hemos participado, de una u otra forma, en la elaboración de este libro. De cualquier forma, no se trata de incluir detalles arquitectónicos precisos, sino de dar una idea de dónde estaban las dependencias que frecuentábamos con más asiduidad con el fin de facilitar la mejor comprensión del relato y evocar o refrescar la memoria. En efecto, en el esquema siguiente se puede apreciar una distribución aproximada de la planta baja.



Obviamente, algunas de las dependencias de esta planta, dada su mayor altura, ocupaban también un área de la segunda planta, p. e. Salón de actos, comedores y capilla. Como se puede apreciar, en el ala noroeste del edificio, correspondiente al S. Menor había algunas aulas en la planta baja. Sin embargo, muchas de las aulas que servían tanto para estudio como para recibir clases se encontraban en la segunda planta, donde también se ubicaban otras dependencias como la sala de televisión, la enfermería o la sala de juegos y biblioteca del S. Menor. El tercer y cuarto piso estaban ocupados casi en su totalidad por los dormitorios; aunque también había una parte destinada a duchas, independiente de las zonas de aseo, lavabos y letrinas, correspondientes a cada dormitorio. Incluimos también los esquemas del plano de la primera planta del Seminario Menor que todos recordamos de una forma un tanto borrosa.



La imagen nos la ha proporcionado Don Teodoro Félix Lasmarías. Se hace difícil encontrar imágenes de cómo era el Seminario, lo que hace más valioso el poco material que hemos encontrado, incluso habiendo recorrido varios miles de fotografías del proyecto GAZA. Gracias a esta fotografía podemos corroborar que la capilla de los pequeños sobresalía del edificio (parte inferior izquierda de la fotografía). Deducimos que el dormitorio de primer curso estaba encima de los comedores del Seminario Menor. (Parte inferior de la foto). Siguiendo a la derecha, se accedía a las enfermerías, en la Y. En el proyecto inicial del Seminario, justo detrás de la torre, debería haberse construido una enorme iglesia. Al final se quedó a mitad de altura y debajo estaba el salón de actos. A continuación, se ubicaba la capilla principal. A veces nos juntábamos los alumnos del Seminario Mayor y Menor. Se pueden apreciar perfectamente los dos jardines del Seminario Menor, que eran de una enorme belleza. En el mes de mayo, el mes de María, había una gran cantidad de rosas. Los setos estaban muy bien cuidados. Los edificios en construcción que, por supuesto, no existían entonces, invaden los antiguos campos de fútbol.

CAPILLA CENTRAL DEL SEMINARIO
Fotografía extraída del libro de Don Plácido Fernández García
El Seminario en el siglo XX.

Q.G.M.

Afortunadamente, el Ayuntamiento de la ciudad de Zaragoza compró el Seminario y lo rehabilitó. Según me dijo alguien en una ocasión, habría sido mejor derruirlo totalmente y haber hecho un edificio nuevo. Gracias a Dios en sus partes esenciales permanece igual. A veces es desagradable tener la imagen de un lugar en el que hemos vivido y que ya no queden restos del mismo.

Las capillas han desaparecido, y también la piscina. Por supuesto, los comedores, la enfermería y las aulas ya no están. Actualmente, hay un pequeño retablo, sin ornamentos, expuesto junto a las enormes columnas del hall. Creo que le falta lo más importante… todo lo relacionado con la fe cristiana. Al final de la capilla principal había una sacristía en forma alargada, era más bien un pasillo que comunicaba el Seminario Mayor con el Menor, lo que recuerda muy bien A.C.M. que fue aprendiz de sacristán en la misma. Los alumnos del Seminario Menor no podíamos acceder al Seminario Mayor. Si bien no recuerdo alguna prohibición expresa, la sensación que tengo es que en ningún caso atravesábamos las zonas de comunicación entre uno y otro edificio. Se sobreentendía que era algo prohibido.

Donde en la actualidad están ubicados los lagos, había una piscina. También había una lavandería. Algunos alumnos que estaban mucho tiempo sin poder ir a sus casas, la utilizaban. En una ocasión llevé la ropa a lavar, seguramente fue por curiosidad, más que por necesidad. La ropa limpia olía como a humo, si bien no resultaba desagradable. Nos dice Benito que él bajó en una ocasión a un horno de leña que se encontraba debajo de la cocina, aproximadamente.

Reconstrucción del Seminario Metropolitano (dos fotografías aportadas por Ernesto Funes).

https://www.plataformaarquitectura.cl/cl/02-122580/rehabilitacion-del-seminario-metropolitano-acxt-arquitectos

Jardín Seminario Mayor. A la izquierda salón de actos y capilla de cursos superiores. Arriba estaba la terraza. En ella nos cortaban el pelo y los scouts tenían sus instalaciones.

Debajo: Salón de actos actual, en donde estaba el salón de actos antiguo.

Pasillo del salón de actosactual que ocupa el mismo espacio que el anterior. Al fondo se pueden ver las escaleras de mármol blanco que llevaban a los despachos de dirección del Seminario Menor en la primera planta.

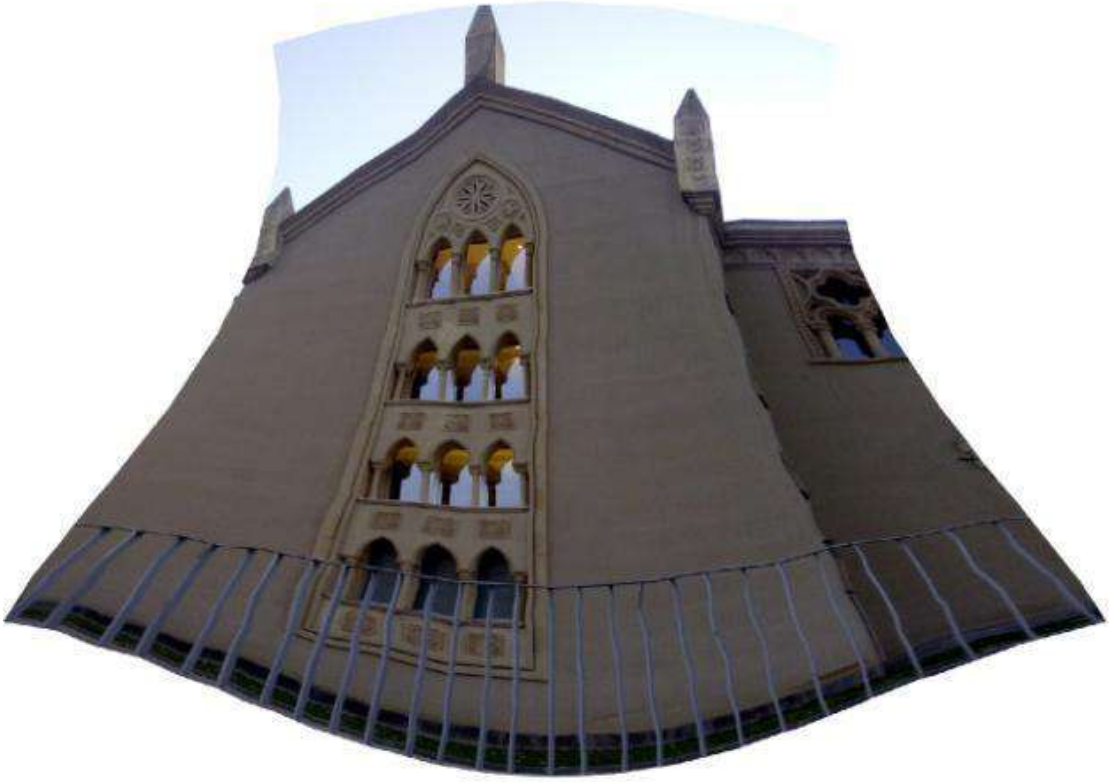
https://www.plataformaarquitectura.cl/cl/02-122580/rehabilitacion-del-seminario-metropolitano-acxt-arquitectos

Imagen extraída de la página web Rehabilitación del Seminario/ACXT Arquitectos, Parte posterior del Seminario, fachada suroeste A mano izquierda los comedores del Seminario Menor, y a la derecha, los comedores del Seminario Mayor. En lugar del cubo debería verse el apéndiceen forma de Y.

Esta imagen actual puede darnos una idea de cómo era un dormitorio del segundo piso.

Portería y escalera al rectorado.
Fotografías cedidas por Don Teodoro Félix Lasmarías.

Detalle de los arcos correspondientes a la entrada principal.



Los primeros pasos en el internado

J.B.B.

Llegó el día de comienzo del curso y mis padres me llevaron a Zaragoza y al Seminario. Al llegar allí, primero saludamos a los curas, al Rector, que en ese curso a mí me pareció un señor bastante afable, correcto, y fue el último año que estuvo, luego fue sustituido por D. Luis María Iradiel. Lo siguiente era subir al dormitorio donde las madres nos preparaban la cama y ordenaban el armario que nos había tocado. Y para finalizar, el reencuentro agradable con los amigos que ya conocía del cursillo de ingreso.

En ese curso nos tocó a los de 1º, como Superior (así se llamaban entonces, lo que hoy sería tutor) un cura llamado D. Pedro Cuesta, era un cura "*sui géneris*", muy campechano, algo bruto en el trato, pero cariñoso para los chicos de esa edad. El carácter de bruto lo provocaba él como una forma de hacer gracia. Era muy natural.

Todavía recuerdo las recomendaciones que nos hacía sobre la higiene, de lavarse los dientes todos los días, la cara y las manos con jabón, y que cuando fuéramos al baño tuviésemos cuidado al sacar "*el pizarrín*" para no mearse fuera. Eso del "*pizarrín*" nos hacía mucha gracia.

Por entonces en el Seminario se estaban haciendo muchas obras dentro del edificio, entre ellas recuerdo la sustitución de todos los tubos de la calefacción.

En aquel entonces era todo un lujo lo de tener calefacción, según decían mis padres.

Como había muchos obreros trabajando allí con esas obras, me llamaba la atención que este cura se preocupara mucho por ellos y nos los ponía como ejemplo de la vida sacrificada que llevaban.

Nos contaba a la hora que se levantaban para venir a trabajar, los hijos que tenían etc., e incluso un día trajo a uno de ellos para que nos lo contara personalmente.

Todo esto lo hacía para que tomáramos ejemplo de ellos, pues nosotros, en definitiva, nos podíamos sentir privilegiados de haber podido ir a estudiar y teníamos que aprovechar el tiempo.

Q.G.M.

El extraordinario esfuerzo económico que suponía para mis padres que yo pudiese ir al Seminario y el conocimiento que de ello tenía, no supuso impedimento alguno para mi primer y clamoroso despilfarro pecuniario, justo al empezar el primer curso.

Aproximadamente donde posteriormente iba a construirse el Hospital *Clínico*, instalaron las ferias durante el Pilar. Quizás no me había montado nunca en los autos de choque, así que me subí. Creo que cada viaje valía un duro, cinco pesetas, que era el presupuesto que tenía asignado para cada una de las semanas de los próximos dos meses de internado hasta las vacaciones de Navidad. Me subí una, dos, tres veces… y el dinero me quemaba en el bolsillo. Continué con la cuarta, quinta, sexta… y la boca se me estaba secando al saber que estaba cometiendo una falta grave.

Una vez más y ya está –me dije–… pero no. Continué hasta que no me quedó nada de los veinte duros.

Tuve que escribir a casa para que me enviasen otras cien pesetas, que seguramente mi madre debería pedir prestadas a alguna vecina.

¡Era un brillante comienzo, lleno de responsabilidad! La primera vez que tenía tanto dinero y me lo gastaba en un abrir y cerrar de ojos. La pasión por la sensación de ir en un auto de choque me había vencido.

A.C.M.

Me da la sensación que tras este testimonio de Q.G.M. subyace un sentimiento de culpa por su "irresponsabilidad e ingratitud" con respecto a sus padres. Sin embargo, desde mi perspectiva actual, yo diría que eso no fue sino la consecuencia de que el muchacho no había recibido lecciones de cómo administrarse. Dicen los expertos que a los niños, a partir de una determinada edad, hay que darles pequeñas cantidades de dinero y enseñarles a administrarlo. Hoy sabemos las consecuencias que tienen las actividades placenteras, que producen una liberación de endorfinas. De modo que cada vez necesitamos más para producir la misma sensación de placer. El muchacho no estaba entrenado, era muy joven y no se supo frenar hasta que se le fue el dinero. Para eso estaban hechos los autos de choque, para divertirse y sacar el dinero a los chavales o a sus padres.

En mi caso, no se dio tal situación. Sin embargo, me parece una estupenda ocasión para comentar algunos recuerdos con respecto a la administración del dinero de las propinas.

Recuerdo que mi ilusión era por entonces comprar una escopeta de perdigones. Para conseguirla tenía que ahorrar. Una ocasión muy buena fue la primera comunión, pues ahí recibí sustanciosas propinas y con lo que me daban mis padres y la ronda que hacíamos los primos a casa de las tías para que nos dieran los 50 céntimos o la peseta de propina hacían milagros. De esta forma aprendía a ahorrar y a valorar en su justa medida el objeto adquirido. Me tuve que privar de muchas cosas. Eso, curiosamente, ha sido una constante en mi vida y aun hoy en que tengo más de lo que necesito no me gusta derrochar y sé sacar el máximo partido a la mayoría de las cosas que adquiero o poseo.

Foto extraída de la página web www.rafaelcastillejo.com

Pista de autos de choque - Fotografía y datos aportados por Luis Serrano San José al grupo de Facebook "Fotos Antiguas de la Feria".

J.M.F.A.

El primer año, aunque no lo recuerdo, debió de ser duro para mí. Como ya he dicho, era un niño tímido y me costaba hacer amistades, además siempre he tenido tendencia a la ensoñación, lo que me hace encerrarme un poco en mi mundo. Por ello, y por el hecho de verme libre de la rigidez de mis padres y dejado todo a mi responsabilidad, debió de suponer un pequeño desastre porque tuve que repetir curso, ya que debí de estudiar más bien poco. Eso hizo que al año siguiente yo fuera, si no el mayor, de los mayores del curso, lo cual me daba cierta ventaja con mi timidez. Sin ser un buen estudiante, nunca lo he sido, fui sacando los cursos con más o menos apuros hasta completar el bachillerato a los 17 años.

De la vida en el internado tengo flashes aislados; pero no un recuerdo lineal en el tiempo. Primero, cómo olvidar a nuestro insigne y al mismo tiempo severo y estricto profesor de latín, Don Jacinto. Hombre pequeño de estatura, no era más alto que nosotros, pero nos parecía un gigante por sus métodos educativos, su vehemencia y sus "capones". Quien más quien menos tenía algún chichón producido por ellos. Su estrategia de enseñanza era formar una fila en la que no tenías que fallar a sus preguntas sobre declinaciones y conjugaciones porque si no ibas al último lugar. Se trataba de estar lo más adelante posible para conseguir buena nota. Aprendimos, cómo no, la gramática latina.

Aún conservo el libro que llevábamos. También recuerdo con ternura especial a Don Mairal, profesor de Naturales, parecía a esos sabios despistados, mal peinados, con una cartera llena de cosas y andares poco elegantes. Tenía un plano de la clase con la ubicación y el nombre de cada uno de

nosotros. En muchas ocasiones nos cambiábamos de sitio y se volvía loco. Así pues, no era infrecuente que nos preguntase:

—*A ver Sr. Félez ¿cómo se llama usted?*
—*García, Sr. Mairal.*
—*Y ¿por qué no está Vd. en su sitio?*
—*Es que me he confundido de pupitre.*

y así muchos días.

Era un hombre con inquietudes y preocupado por la docencia. Traía cosas a clase para que hiciéramos prácticas. Gracias a él vimos por primera vez algo a través de un microscopio, lo que también supuso momentos de chanza.

Don Mairal, Don Mairal… aquí hay un protozoo como un tocino" dijo alguien de los que estábamos amontonados sobre el microscopio. Éramos rurales, ¡qué le vamos a hacer!

Recuerdo con agrado las clases de música porque se me daba bien y me gustaba mucho, aunque tengo que decir que Don Tomás, un cura de los formadores internos y tutor en alguno de mis cursos, no es que fuera un hombre demasiado afable aun llamándose Amable de apellido.

Los cursos pasaron con mejor o peorsuerte, pero sin grandes sobresaltos hasta completar el bachillerato y la reválida de sexto, en el instituto Goya. En este punto dejé el Seminario.

Un día en la vida del seminarista. Rutina-horarios

J.B.B.

El régimen de vida diario consistía en levantarse a las 7,15 horas de la mañana, un madrugón para nosotros con esa edad, media hora para aseo y levantar las camas. La forma de levantar las camas, que consistía en poner el almohadón en los pies y luego sucesivamente se iba bajando capa por capa la ropa de la cama y se doblaba encima del almohadón; algo que no se me ha olvidado y que a veces aún hago en mi casa.

A continuación, bajábamos en fila a la capilla, donde había un rato de charla impartida por algún cura o lectura individual de la Biblia, Evangelios…etc. y misa.

De allí volvíamos a subir al dormitorio y hacíamos las camas, luego bajábamos al comedor, donde disponíamos de media hora para el desayuno. Éste consistía en unos boles de cristal que se llenaban de café con leche, un vaso de chocolate hecho y pan con mantequilla.

Después se subía a la sala de estudio, donde estábamos una hora, a continuación, clase que solía ser de 45', luego recreo de la mañana de 11 a 11,30; otra vez a la sala de estudio durante una hora, clase y una vez terminada ésta íbamos al comedor.

Para la comida del medio día, en la cual los días de diario nunca faltaban las legumbres, bien garbanzos, judías o lentejas, a veces sopa u otro plato; como segundo plato, carne o pescado, y de postre fruta.

A algunos la legumbre en esa época les parecía un suplicio y, sobre todo, D. Gonzalo los castigaba a no levantarse de la mesa hasta que se la comían. Yo tenía un amigo llamado Alberto, para quien suponía una auténtica tortura y se las arreglaba para tirarla como podía y dónde podía, normalmente cuando pasaba el carro con las cacerolas, rápidamente las echaba en alguna cuando se despistaba el repartidor. Después de comer volvíamos a tener una hora de recreo, luego regresábamos al estudio, otra hora, y a continuación clase y bajábamos de nuevo al comedor para la merienda, la comida que menos me gustaba, ya que consistía en pan con chocolate o embutidos.

Otros 45' de recreo que aprovechábamos para subir al dormitorio y abastecernos con las provisiones que habíamos traído o que nos habían traído nuestros padres del pueblo y que guardábamos en las maletas. Entre las que yo tenía, destacaba y además con muchísimo éxito, la longaniza que hacía mi madre en casa cuando matábamos el cerdo y también gozaban de popularidad las madalenas hechas igualmente por mi madre, en el horno del pueblo, para Semana Santa. De nuevo estudio, seguido de la última clase del día. Terminada ésta, bajábamos a la capilla a rezar el Rosario; luego a cenar y después aún solía haber otro rato de estudio que a veces, si había algún partido de futbol televisado, se podía ir a ver.

En cursos posteriores durante este rato a veces se nos dejaba ver en televisión alguna obra de teatro de las que hacían en aquella época y que tenía que ver con lo que habíamos estudiado en Literatura. A continuación, al dormitorio, música clásica por los altavoces, y a las 10,30 aproximadamente todo el mundo metido en la cama y a dormir.

CURSO 1.°

	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
10 - 11	Latín	F. E. N.	Castellano	Ciencias N.	Latín	Latín
11'30 - 12'30	Estudio	Educ. Física	Estudio	Educ. Física	Estudio	Educ. Física
12'30 - 1'30	Geografía	Ciencias N.	Geografía	Ciencias N.	Geografía	Tr. Manuales
4 - 5	Ciencias	Castellano	Deportes	Castellano	Religión	Deportes
5'30 - 6	Música			Música		
7 - 8	Matemáticas	Matemáticas	Religión	Matemáticas	Dibujo	Castellano

HORARIOS

DIAS DE CLASE

MAÑANA

7'30. Levantarse. Aseo.

7'50. Oración. Acción litúrgica.

8'30. Desayuno.

9'00. Estudio.

10'00. Clase.

10'55. Recreo.

11'30. Estudio.

12'30. Clase.

1'30. Comida. Recreo.

TARDE

3'00. Estudio.

4'00. Clase.

5'00. Merienda. Recreo.

5'40. Gimnasia. Música.

6'15. Estudio.

7'00. Clase.

8'00. Recreo.

8'10. Estudio. Charla. Lectura.

8'55. Rosario. Visita.

9'15. Cena.

10'00. Descanso.

CALENDARIO ESCOLAR SEMINARIO MENOR

OCTUBRE

2. Ingreso.
3. Comienzan las clases.
12. Nuestra Señora del Pilar.
30. Notas mensuales.

NOVIEMBRE

1. Festividad de Todos los Santos.
6. Ejercicios Espirituales.
7. Ejercicios Espirituales.
8. Ejercicios Espirituales.
30. Notas mensuales.

DICIEMBRE

8. Inmaculada Concepción.
19. Notas trimestrales.
13. Tarde. Retiro Espiritual.
20. Tarde. Vacaciones de Navidad

ABRIL

29. Tarde. Retiro Espiritual.
30. Notas mensuales.

MAYO

1. Festividad de San José Obrero.
7. Festividad Ascensión del Señor.
21. Exámenes finales de 6.º y 4.º cursos.
22. Exámenes finales de 6.º y 4.º cursos.
28. Festividad del Corpus Christi.
30. Notas mensuales.

ENERO

8. Se reanudan las clases.
29. Festividad de San Valero.
30. Notas mensuales.

FEBRERO

11. Tarde. Retiro Espiritual.
23. Onomástica Excmo. y Rvdmo. señor Arzobispo.
28. Notas mensuales.

MARZO

7. Festividad Santo Tomás de Aquino.
19. San José.
20. Notas trimestrales.
21. Vacaciones Semana Santa.
31. Se reanudan las clases.

JUNIO

13. Tarde. Retiro Espiritual.
18. Exámenes finales.
20. Fin de curso. Vacaciones.

SEPTIEMBRE

1. Exámenes extraordinarios 4.º y 6.º cursos.
2. Exámenes extraordinarios 1.º, 2.º, 3.º y 5.º cursos.

J.M.F.A.

Podría parecer *a priori* que la vida en un internado era monótona, pero estaba tan estructurada y hasta tal punto estaban completas todas las horas del día que resultaba difícil aburrirse. Seguramente ayudaba la vitalidad juvenil a que los días fuesen amenos, divertidos y pasasen rápido.

Desde que nos levantábamos hasta la hora de acostarnos todas las horas estaban ocupadas, bien con oficios religiosos, clases, horas de estudio, recreos con mucho deporte u otras actividades.

El Seminario contaba con increíbles campos de deporte para esos años, había enormes campos de fútbol, varios de minibasket que compartían con balonmano, mesas de ping-pong, futbolines y toda clase de distracciones en el salón de juegos. El deporte rey, cómo no, era el fútbol, aunque compartía bastante el protagonismo con el minibasket. Nunca fui buen jugador de nada, pero tampoco era de los más torpes ni mucho menos. Se me daba bastante bien la gimnasia, aquello de saltar el plinto, el potro y dar volteretas. No lo debía de hacer mal porque el profesor de gimnasia, cuyo nombre no recuerdo, pero creo que era militar, nos llevó a varios, un par de años, a los campeonatos de Aragón de gimnasia; está claro que no hicimos carrera en esto.

Recuerdo con mucho agrado los ratos que pasábamos en las mesas de ping-pong, en el pasillo central frente a la salida al patio de recreo. Había varias de ellas que estaban siempre muy solicitadas. Si tenías la suerte de que había pocos para jugar, conseguías disfrutar de partidas completas a 11 o 21 tantos, pero no era infrecuente que estuviésemos muchos, y

entonces había que optar por la *rueda* que también era muy divertida. Se dividía la gente en dos grupos, uno a cada lado de la mesa, y una vez que le habías dado a la pelota debías de correr hacia el otro lado a esperar que te llegara el turno. Cuando uno fallaba quedaba eliminado y así sucesivamente. En cada tanto, iba reduciéndose el grupo hasta que sólo quedaban dos que se jugaban todo en el último punto. Era divertido y además creo que así aprendimos bien a compartir.

También teníamos piscina en la última fase del curso y podíamos aprovechar algún que otro chapuzón, lo recuerdo con cariño porque allí aprendimos a nadar muchos.

Las comidas no las recuerdo malas, pero sí alguna anécdota que me dejó marcado, como aquel día que había cardo para cenar, pero a mí el cardo no me gustaba nada, así que decidí dejármelo.

Don Gonzalo que era el cura encargado del comedor, ese día, me dijo que me lo comiera. Como yo insistía en que no me gustaba, se puso detrás de mí, y a cada negativa mía a ingerir el cardo, le seguía una torta suya a mi cara. Como es natural empecé a comer; pero a las pocas cucharadas ya había vomitado todo el plato. Resultado: *vete al estudio sin cenar hasta la hora de ir a la cama*.

Menos mal que en esas ocasiones teníamos reservas y estrategias para paliar el hambre, porque con Pedro Joa. Vicente nos aprovisionábamos de bolsitas de maíz que nos ponían de postre y nos hacíamos bocadillos de maíz, y qué rico nos sabía.

La parte académica

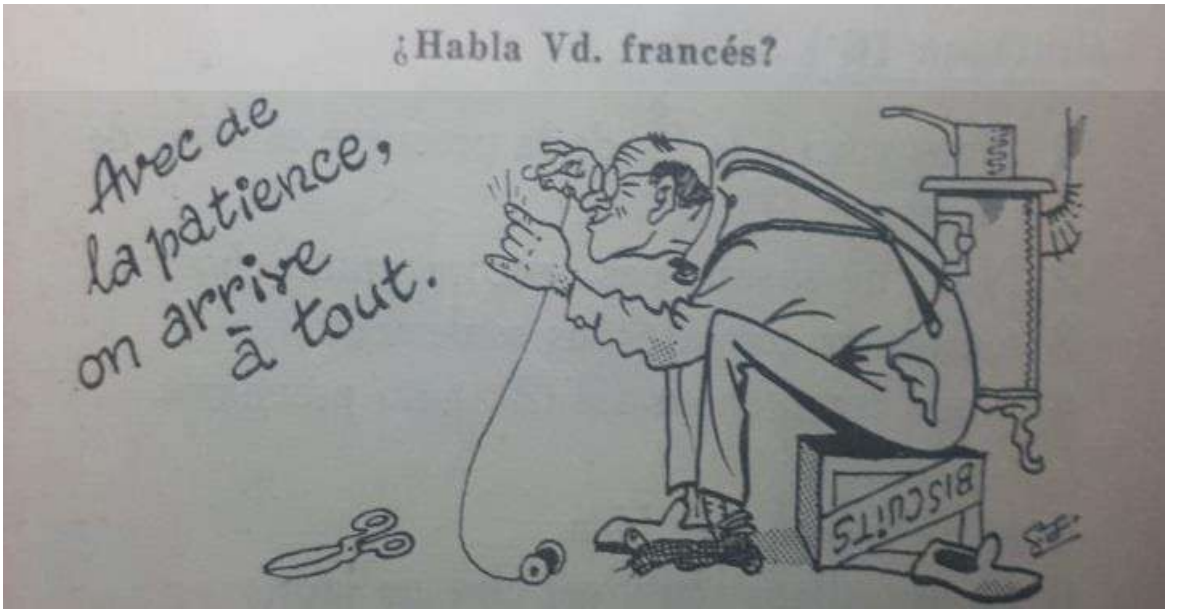
A.C.M.

Hablar hoy de las asignaturas de hace unos cincuenta años es casi una labor de ciencia-ficción; pero creo que vale la pena recordar algunos detalles que han permanecido en mi memoria. Lo haré con la ayuda del libro de calificaciones que aún conservo. Ya he comentado anteriormente que hice la prueba de Ingreso en el Seminario durante el período de Cursillo de captación. Parece ser que eso aconteció en agosto de 1966, por lo que correspondió a la convocatoria oficial de septiembre de ese año a efectos del Instituto Goya que era el ente académico de verificación. De primero, apenas recuerdo alguna imagen de las clases de Latín con D. Jacinto y el libro de Geografía Española, creo que era de la editorial S.M., en el que se describían las diversas comarcas, provincias y regiones de nuestro país (¡las de aquel entonces!). Por lo demás, no recuerdo ni quiénes eran los profesores, salvo quizás D. Francisco en Gramática y quizás el "Pachito" en Religión (D. Victoriano). En cuanto al dibujo, creo que se trataba exclusivamente de láminas de dibujo artístico, el cual no se me daba muy mal. En segundo, recuerdo que se me atragantó la Geografía Universal, pasando de una matrícula en la Geografía de primero a un aprobado justo en segundo. Es que todos esos nombres de ríos, montañas y ciudades no me entraban en la cabeza. El mundo se me hacía muy grande.

En cuanto a las Matemáticas, no tuve problema alguno durante todo el período de seminarista. Recuerdo el tema de plantear las incógnitas en las ecuaciones de primer grado, las reglas de tres, etc. En honor a la verdad he de reconocer que esto fue gracias a una iniciativa de mis padres, la cual supongo que era en parte por tenerme ocupado en verano y también

para que no tuviese problemas durante el curso. En efecto, Armando, un seminarista de mi pueblo que estaba en el Mayor, y que llegó a ordenarse de cura, daba repasos en la casa parroquial y yo me apunté durante dos o tres años. Fue una gran ayuda y a la vez un estímulo para apreciar la materia. En cierto modo, tenía un sentimiento de culpa durante el curso pues era como jugar con ventaja.

El Francés apareció en segundo, creo que nos lo daba D. Tomás. El tema de hablar otro idioma me atraía; aunque básicamente consistió en aprender vocabulario y gramática. Lo cual, dado que compatibilizamos con la gramática española se hacía más llevadero. Los trabajos que nos mandaron de la asignatura me obligaron a recoger material del país (mapa, folletos) y, unido a la existencia de familia en Francia, me ayudó a tener un ligero conocimiento del país vecino. En cursos posteriores ya hacíamos traducciones. Sin embargo, el hecho de hablar lo que se dice hablar en francés brillaba por su ausencia. No obstante, esto me sirvió de base para cuando en Salesianos seguimos, con un profesor que nos puso en COU el cassette, el método ASSIMIL.



Al principio no me enteraba de nada, pero enseguida empecé a hacer oído y construir frases. Evidentemente, luego ha habido una revolución de los métodos de enseñanza del idioma y la posibilidad de ver cadenas de TV y películas en versión original. Lo cierto es que, en mi primer viaje a Francia, con 17 años, iba muy perdido y no me quise esforzar, ya que mis primos hablaban español como nativos. Una bonita ocasión perdida. Sin embargo, en ese viaje, conocí a la correspondiente inglesa de mi prima, con la que se carteaba, pues ella estudiaba para profesora de inglés, y a partir de ahí empecé a cartearme con ella, lo que siempre me ha supuesto una ventaja a la hora de escribir en inglés.

Recuerdo vagamente algunas imágenes de la clase de F.E.N. aquellos libros con tapa dura a cuadros en los que aparecía por alguna parte el Doncel de Sigüenza y también al profesor con pelo de cepillo y bigote "fascista" que ocupaba la hora de clase con sus relatos. Creo que esa asignatura era más bien una comedura de coco para mantenernos adeptos al régimen franquista. De Educación Física hablamos en otra parte del libro, por lo que la obviaré aquí. De Religión tengo un vago recuerdo de los libros que creo eran también de S.M. y relataban con texto e imágenes episodios del Antiguo y del Nuevo testamento.

Al igual que en la mili se supone el valor de los soldados, en el Seminario la Religión se da por sentada. Nunca fue un problema, más bien sirvió para mejorar mi cultura religiosa, al menos de la religión católica, ya amplia gracias a la asistencia a misa, por supuesto. De Ciencias Naturales e Historia recuerdo algo la imagen de los libros, por haberlos guardado y visto más recientemente. Siempre me gustó la biología y de hecho había hecho una colección llamada *Naturama*, que todavía conservo, la cual me generaba más atracción por el tema.

En cuanto a la Historia, las fechas y los nombres nunca han sido mi fuerte. Se trataba de memorizar, lógicamente, no de comprender por qué los hechos se sucedieron así y las consecuencias en nuestras vidas. De ahí que mi interés por esta materia, que parecía una sucesión de hechos y relatos del pasado, haya brillado por su ausencia hasta muy recientemente. En cuanto a la Física y Química, me acuerdo del profesor, D. Pedro Ocabo, y lo recuerdo por tres razones fundamentales: su aspecto físico imponente, alto y con abundante pelo negro completado por un impresionante mostacho, su presencia habitual en mi pueblo, ya que tenía familia allí y, finalmente, porque de los tres hijos que tenía, su segunda hija era una rubia imponente, un poquito mayor que yo, la cual a nadie pasaba desapercibida. A menudo me acuerdo de D. Pedro y me pregunto qué sería de él. Lo apreciaba pues, a pesar de su aspecto, tuve la ocasión de tener un trato más cercano con él y parecía un hombre muy campechano. Supongo que para él, un químico de aquella época, las clases eran un complemento o una diversión. De hecho, esa fue una de las opciones que barajé a la hora de elegir carrera, claro que además en Salesianos tuvimos un profesor que siendo religioso era brillante en esta materia.

Visto en retrospectiva, creo que en Salesianos tuve una formación académica más completa, lo cual es lógico, ya que se trataba de Bachiller Superior. Sin embargo, la formación de base que tuve en el Seminario fue más que suficiente para superar la reválida de cuarto y para mantener un nivel de calificaciones similar al del Bachiller Elemental en el Superior. En cuanto a mi carrera, la saqué toda en los exámenes de junio y con notas muy buenas. No cabe duda que la disciplina de estudio y el sentido de responsabilidad aprendido en el Seminario fueron esenciales para estos logros.

1.er CURSO

1. Abarca
2. Agustín
3. Albesa
4. Andreu
5. Arnal
6. Arrieta
7. Bas
8. Borniquel
9. Brun
10. Bruna
11. Callén
12. Campillo
13. Campos
14. Casanova
15. Casaús
16. Cibuelo
17. Clavería
18. Clemente
19. Díaz
20. Ferrer
21. Farjas
22. Fernández
23. Fornlés
24. Franco
25. Funes
26. Galindo
27. Gallizo
28. Garay
29. García
30. García
31. Gay
32. Gracia
33. Hostaleu
34. Insa
35. Jaén
36. Jerez
37. Lacarra
38. Laguna
39. Lasala
40. Lop
41. López
42. López
43. López
44. López
45. Lorente
46. Lores
47. Maicas
48. Marco
49. Martín
50. Meléndez
51. Melús
52. Minguillón
53. Muchales
54. Montañés
55. Murillo
56. Navarro
57. Orrios
58. Paesa
59. Pardo
60. Pascual
61. Pellejero
62. Pérez
63. Pérez
64. Pola
65. Prieto
66. Pueyo
67. Quintáns
68. Roche
69. Rodríguez
70. Rodríguez
71. Rubio
72. Rubio
73. Sánchez
74. Sánchez
75. Sánchez
76. Sanz
77. Seral
78. Simón
79. Sisamón
80. Supervía
81. Tomey
82. Toro
83. Tris
84. Vicente

TOTAL ALUMNOS INTERNOS

5.º	38
4.º	46
3.º	84
2.º	96
1.º	84
Total	348

Siempre guardamos
en nuestro corazón
un trocito de cada
uno de los
compañeros
que hemos tenido
a lo largo de la vida.

4.º CURSO

1. Abarca
2. Albesa
3. Alonso
4. Arduña
5. Arrieta
6. Beatove
7.
8.
9. Bolea
10. Callén
11.
12. Casanova
13. Casaús
14. Clavería
15. Cobos
16. Félez
17. Fernández
18. Funes
19. Galindo
20. Gallizo
21. García
22. Gay
23. Gil
24. Gisbert
25. Gracia
26. Jaén
27. Laguna
28. Lop
29. López
30. Lores
31. Maicas
32. Melús
33. Murillo
34.
35. Pardo
36. Pérez
37. Pérez
38. Pola
39. Roche
40. Roda
41. Rubio
42. Sánchez
43. Seral
44. Simón
45. Tomey
46. Toro
47. Vicente

P.J.V.G.

Nunca fui un buen estudiante de ciencias, de lo cual ahora me arrepiento. A raíz de aquel fracaso, desde 5º algo pasó en mi mente que ya nunca volví a suspender. Ni en el bachillerato ni en la carrera. Desde luego mis esfuerzos fueron grandes, pero me ocurrió como a San Pablo. No fue una conversión puramente religiosa, pero sí personal.

Recuerdo a varios profesores, además de nuestros “superiores”: Mairal, con sus ceros cuadrados; un profesor de Lengua en primero que le llamábamos "cabesí" porque nos hizo leer un trozo del *Lazarillo de Tormes* y la frase era: *usaba poner cabe sí.* También tuvimos en el mismo curso un profesor de dibujo que era muy alto, desgarbado y nos pegaba empujones en la cabeza cuando hacíamos algo mal, D. Julio de Latín, orondo y buena persona; Lobera de Matemáticas; Ocabo de Física y Química; el profesor de Ciencias Naturales (que lo ha descrito muy bien Quintín) era militar de tierra; Lambea, que nos dio Latín en 6º, que decía “hostia” y nos parecía mal y raro en un sacerdote. Él nos contestó que era una interjección. Era un cachondo y pasaba de todo o eso nos parecía a nosotros. Eduardo Torra, profesor de Arte. Recuerdo que decía que había ido el fin de semana a París y que había estado con Picasso o Dalí. Lo recuerdo porque se me grabó profundamente al ser el primer profesor que nos llevaba a una exposición de pintura, en este caso de Viola. Hay un comentario muy extendido entre los galeristas de Zaragoza y es que Viola pintó más después de muerto que en vida. También recuerdo a los dos profesores de educación física (Gimnasia): Ángel y otro más mayor con bigote y moreno (este último daba clases a los mayores). Creo que los dos eran militares y casi siempre venían vestidos de calle.

A Luis Mª Iradiel le copiábamos bastante; aunque él creyera que no: Recuerdo un examen de verbos irregulares que algunos tuvieron que repetir por entregarlo tarde.

En 5º, en latín teníamos a Alfonso Ortiz, hermano de Paco Ortiz, periodista deportivo de Radio Zaragoza. Era bastante duro y exigente. Todos los días traducíamos una hoja y otra de traducción inversa. Otro al que tengo que agradecer su exigencia. En esta asignatura eran muy buenos P. Melús y el jacetano A. Labat.

Con D. Tomás nunca hablábamos en francés, sólo traducíamos y leíamos. Salí con un nivel muy bajo y así me fue en COU, que la profesora de Francés: Dª Elena: joven, guapa, enérgica… me dijo que me pusiera en primera fila todo el año y gracias a eso y a mi esfuerzo aprobé. Me lo hizo pasar muy mal, pero se lo agradezco.

En el Instituto Goya (del que he sido profesor posteriormente) fui del COU 10 y todos aprobamos la totalidad de las asignaturas. A algunos creo que nos aprobaron alguna asignatura (por ejemplo, las matemáticas de conjuntos, que no sabíamos por dónde cogerlas los de Letras).

Tuvimos profesores “insignes” en el instituto: Dª Julia, en latín, nos decía el examen antes de realizarlo, ya que quería que sus alumnos sacaran mejor nota que los de su compañero de departamento, El examen era igual para varias clases y se realizaba por la tarde en la clase que hay en el sótano, larga y muy amplia. Así que íbamos al examen con la traducción hecha y metida en el diccionario Vox de Latín. Sus alumnos salían los primeros, aprobaban y con buenas notas. Su compañero de departamento era el Sr. Gormaz, alias” Rompetechos” (por su baja estatura). En ese momento director del Instituto.

También recuerdo con mucho agrado a la profesora de Geografía: Sª Palacios, que me lo hizo pasar francamente mal y al final me dio un notable. También estoy muy, muy agradecido. En aquel curso había un personaje muy peculiar: Sánchez Grajera (alias Pasquín, comentado también por Quintín).

Cuando salíamos pronto del instituto y nos íbamos al Seminario, nos parábamos en la calle Supervía (cerca de La Taberna del Holandés) a tomarnos un vino (en un vaso de duralex) con los cacahuetes que daban.

semper Virginis intercessióne, a praesénti liberári tristítia et aetérna pérfrui laetitia. Per Christum Dóminum nostrum. Amen.

la bienaventurada Virgen María seamos librados de la tristeza presente y disfrutemos de la eterna alegría. Por Cristo Nuestro Señor. Así sea.

Dijo Jesús: «Salió a sembrar un sembrador, y al sembrar, una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso... brotó..., pero en cuanto salió el sol se marchitó y por no haber echado raíz se secó. Otra parte cayó entre cardos, y... la ahogaron y no dió fruto. Otra cayó en tierra buena y dió fruto» (San Marcos, 4,1-8). «La semilla es la palabra de Dios. Lo caído en buena tierra son aquellos que, oyendo con corazón generoso y bueno, retienen la palabra y dan fruto por la perseverancia» (San Lucas, 8, 11-15).

INDICE

Oraciones del cristiano 3
Profesión de fe 6

INTRODUCCIÓN

Lecciones:

1. El nombre del cristiano 9
2. La señal del cristiano 9
3. La doctrina cristiana 11

PRIMERA PARTE.—*Verdades que debemos creer*

4. El Credo 12
5. Dios uno y trino 12
6. Dios Creador 14
7. Los Angeles 15
8. El hombre 16
9. El pecado original 17
10. Dios Salvador: El Hijo de Dios: Jesucristo 19
11. La Encarnación del Hijo de Dios 19
12. Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo 20
13. Vida gloriosa del Señor 21
14. Dios santificador: el Espíritu Santo 23
15. La santa Iglesia 24
16. La comunión de los santos 25
17. El perdón de los pecados 26
18. Dios Remunerador 27

SEGUNDA PARTE.—*Mandamientos que debemos cumplir*

19. La Ley de Dios y de la Iglesia 29

Mandamientos de la Ley de Dios

20. Primer mandamiento de la Ley de Dios 29
21. Segundo mandamiento de la Ley de Dios 31
22. Tercer mandamiento de la Ley de Dios 32
23. Cuarto mandamiento de la Ley de Dios 32
24. Quinto mandamiento de la Ley de Dios 33
25. Sexto mandamiento de la Ley de Dios 35

Páginas extraídas del catecismo de 2º de Bachiller.

J.L.P.L.

Desde que, hace quince días, se puso en contacto conmigo Antonio, con la intermediación de nuestro común amigo Eduardo Alonso, explicándome el proyecto de este libro e invitándome a colaborar, se empezaron a acumular en mi mente recuerdos, tan abundantes como difusos, alguno de los cuales paso a relatar.

Siete años de Seminario, desde los 10 a los 17, indudablemente dejan huella y recuerdos. Muchos recuerdos que, después de tantos años transcurridos, no son fáciles de concretar o de situar en un curso o año determinado.

Buenos y muchos recuerdos de nuestras actividades deportivas y de nuestras participaciones en los campeonatos escolares. Los Campamentos de verano, sobre todo los años del Valle de Pineta, fabuloso entorno del Pirineo que he vuelto a visitar asiduamente.

Recuerdo alguno de los profesores que pasaron por estos cursos, D. Victoriano, creo que así se llamaba, en latín; Don Julio Fleta, de latín también; Don Tomás, de francés; el famoso Sr. Mairal; un tal Lobera de Matemáticas, que le tenía alergia a la esponja de borrar la pizarra; D. Salustiano Anguas, de dibujo, del que años más tarde tuve noticia a través de un libro *Cuentos y relatos aragoneses*, escrito por él. Serían muchos más, siete cursos dan para mucho.

Tengo un especial recuerdo de uno de los profesores, latín de sexto, D. Alfonso Ortiz, creo que hermano del famoso locutor deportivo Paco Ortiz. Especial, en primer lugar, por su forma de enseñar el latín; su curso fue un repaso a la cultura Romana, instituciones, arquitectura, política, literatura…para

mí fue uno de los mejores profesores que he tenido, con él el latín fue fácil y fluido. Aún recuerdo como nos hacía leer, con entonación, las poesías de Virgilio. Como anécdota, el examen final fue oral, cuando entré en el aula se estaba comiendo un plato de olivas negras, me dio un texto para traducir, creo que era alguna obra de Virgilio, y siguió comiendo olivas.

Especial, en segundo lugar, porque siendo D. Alfonso Ortiz el responsable y encargado de la Biblioteca del Seminario hubo una inundación provocada por rotura de tuberías que obligó al traslado de todos los volúmenes a otras dependencias vacías. D. Alfonso Ortiz pidió la colaboración de nuestro curso para ese traslado. Trabajo que hicimos durante varios días, en los recreos y algún fin de semana. Utilizábamos los carros del comedor y nos divertíamos haciendo carreras por los amplios pasillos del Seminario, éramos los transportistas y los alumnos del Mayor eran los que, dirigidos por D. Alfonso Ortiz, los ordenaban en estanterías. Para premiar este trabajo, D. Alfonso organizó y pagó de su propio bolsillo una excursión al Monasterio de Piedra, que culminó con una visita a la fábrica de chocolates Hueso de Ateca. (*Hay una fotografía de la excursión en la página 291*)

Posteriormente nos enteramos del valor de estos libros, que incluían algún ejemplar incunable y constituían un fondo documental de gran valor histórico.

Don Jacinto y la disciplina

A.C.M.

De las clases de D. Jacinto guardo, aparte del recuerdo de los capones, su fino sentido del humor, con una sonrisa picarona y su aspecto con sotana. En definitiva, un grato recuerdo, a pesar de que creo que también recibí algún capón. Otro recuerdo que he guardado siempre es que en su clase nos enteramos de la "Guerra de los 6 días" en la que los judíos realizaron un ataque aéreo que no fue detectado por los radares palestinos. En definitiva, una historia que siempre me ha acompañado y que ponía en relieve que por pequeño que seas puedes vencer a alguien aparentemente mayor. Ni más ni menos que, salvando las distancias, la historia de David y Goliat.

En cuanto a los traumas consecutivos a ciertos castigos que sin duda tuvieron algunos alumnos, es evidente que tanto el entorno como la sensibilidad individual, la cual depende en gran medida del ambiente en el que has crecido, bien sea a nivel familiar como del barrio o pueblo, tiene su influencia. En mi caso, he de confesar que mi padre era bastante severo, pero no injusto. En realidad, yo le tenía más miedo (respeto) a él que a los maestros o a los curas. Mi padre tenía 42 años más que yo y había pasado por condiciones muy duras, como la guerra. Era una persona muy responsable y trabajador infatigable que lo dio todo por su familia. Eso hizo que nos educara en el respeto y la responsabilidad nada más que con su ejemplo. Tengo mucho que agradecerle y a pesar de sus prontos, por su temperamento primario que subía como la espuma, y algún que otro desvarío que rozaba lo violento me hizo forjarme una personalidad que me ha sido muy útil en la vida.

Recuerdo especialmente un momento crítico cuando tenía alrededor de 15 años, en un conato de rebeldía le dije que me iba a ir de casa y él me respondió, sin darme tiempo a reaccionar:"¿A dónde vas a ir tú muerto de hambre?" La verdad es que tenía razón y, aunque fue un poco traumático me cortó todas las expectativas de fuga.

Fruto de estas experiencias y de alguna más siempre he pensado que vale más una torta a tiempo que generar una persona malcriada y psicológicamente débil. Creo que muchos de los problemas de nuestra sociedad se hubiesen resuelto con autoridad, algo que parece escasear en los tiempos que vivimos.

Con D. Jacinto en el campamento de Pineta.

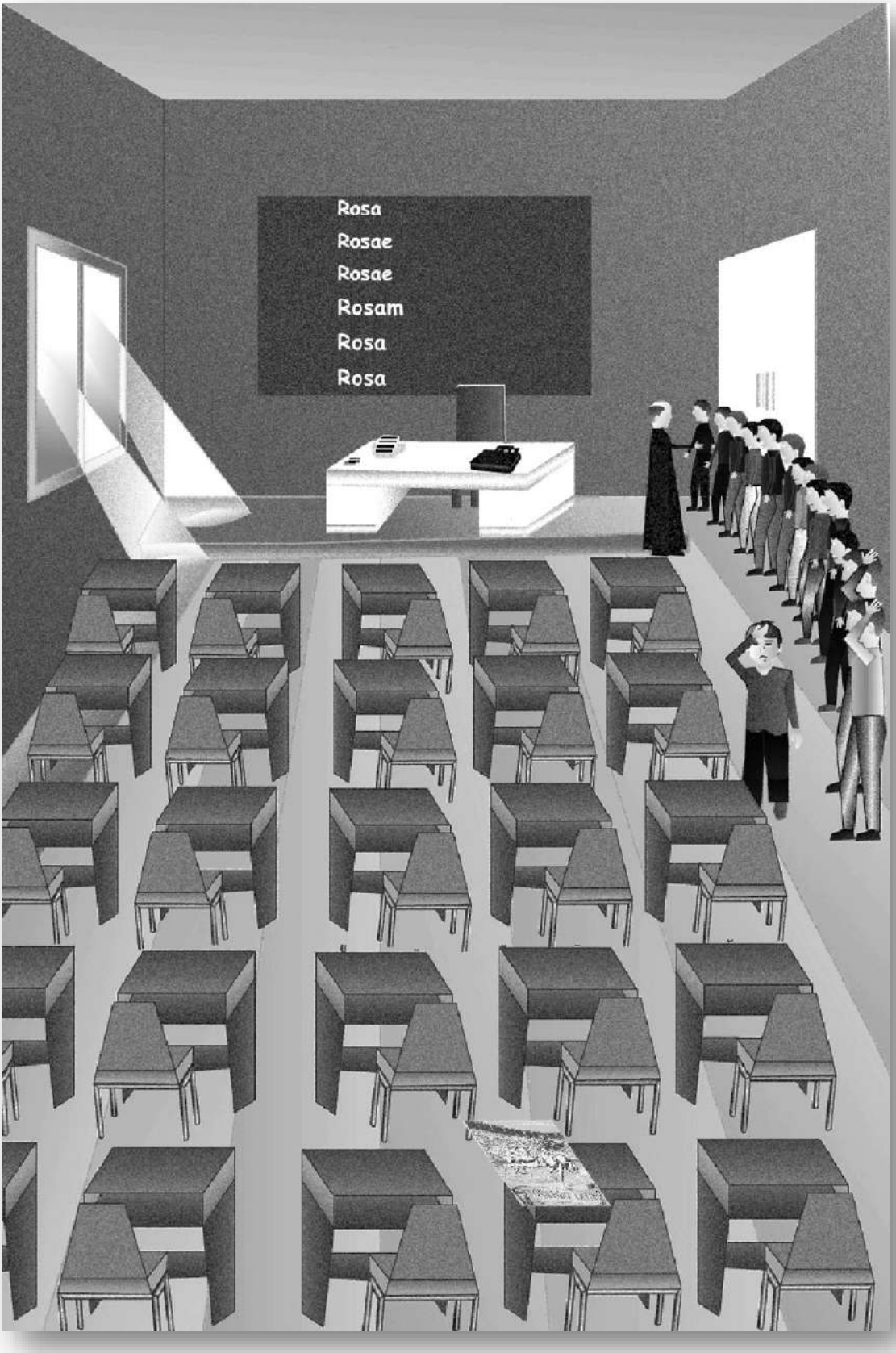
Q.G.M.

Don Jacinto era el profesor de Latín y Gramática Española. Nos ponía a todos los alumnos de pie formando un semicírculo. Imagino que el primer día nos colocaría por orden alfabético y al segundo o tercer día comenzó a preguntarnos la primera declinación que debíamos tener aprendida de memoria.

El primero de la fila empezaba con *rosa* y el segundo, cuando el dedo de don Jacinto le señalaba, debía continuar con *rosae*, etc. El que fallaba se iba al último puesto. Al principio nos hacía gracia, pero en algún momento debió pensar que le estábamos tomando a broma, y el que no decía la respuesta correcta recibía un capón con una especie de efecto que te dejaba la cabeza picándote durante un rato.

Y me llegó el turno: capón y al último puesto. Me propuse que no recibiría más castigos de aquella especie. Estudié mucho antes de un examen y saqué un diez. También hubo examen de Gramática y volví a sacar un diez. Aquellos resultados me espolearon y terminé el curso con dos sobresalientes. Aquel capón resultó extraordinariamente positivo. Hace unos años hablé con un condiscípulo; a él le había causado cierto trauma y tuvo que ir a un psicólogo.

Aquellos rapapolvos eran normales entonces. En la escuela del pueblo, don Agustín nos hacía poner los dedos en punta y nos daba un golpe con la regla. En la academia, don Antonio nos daba de vez en cuando algún tortazo. Y si se lo decíamos a nuestros padres, estos reforzaban, como norma general, la actitud de los maestros y profesores. En mi caso, estaba claro que cierta dosis de disciplina consiguió hacerme estudiar y trabajar más.


Rosa
Rosae
Rosae
Rosam
Rosa
Rosa

J.B.B.

Del curso de 1º, una de las anécdotas que recuerdo ocurrió en una de las primeras clases de Latín, que las daba un cura, D. Jacinto, de estatura pequeña, voz muy atiplada y que me marcó.

Yo estaba acostumbrado en la escuela de mi pueblo a aprenderme las lecciones más o menos de memoria y soltárselas al maestro y con eso cumplía de sobra y ya no se exigía nada más; pero D. Jacinto, nos ponía en fila de pie en clase, y nos preguntaba uno detrás de otro la declinación de la palabra que tocaba ese día, empezando por la de rosa-rosae, en una de esas primeras clases, como en todas, había que responder rápido y bien.

Al no haber estudiado de forma concienzuda, fallaba. Al final me dio una bofetada y me mando al fondo de la clase de rodillas y con los brazos en cruz. Allí me junté con otros en la misma situación y tomé conciencia de mi situación, lo que me condujo a reflexionar y a descubrir que el método que utilizaba en la escuela del pueblo ya no servía para nada por lo que habría que cambiarlo drásticamente.

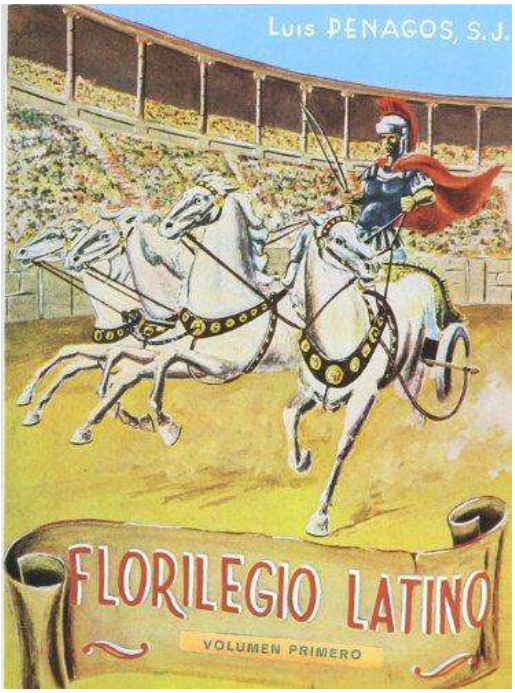
A partir de entonces, en la sala de estudio, que era muy grande y cada uno ocupábamos un pupitre, estudiaba con todas "*las de la Ley*", de tal manera que las declinaciones y conjugaciones latinas me salían como un papagayo.

D. Jacinto, al ver que respondía tan bien y siempre ocupaba en la fila alguno de los tres primeros puestos, me cogió un gran aprecio y a partir de entonces siempre me trató muy bien porque veía que me lo tomaba con interés.

Lo mismo sucedió con la otra clase que daba y que era Gramática Castellana. Hasta tal punto me apreciaba, que al final de curso recuerdo que me llamaba para ayudarle a corregir los exámenes de la clase; yo le iba dictando las palabras que estaban escritas en el examen y él marcaba las que estaban bien o mal para al final poner la nota.

Creo que a todos los chavales del curso nos impactaban de alguna manera las clases de D. Jacinto, y eso fue una de las características del 1º Curso.

En las demás asignaturas, como para mí estaba todo marcado por la forma de estudiar Latín, más o menos estudiaba de la misma manera y todo iba bien. También recuerdo las clases de Geografía que nos las daba un cura que creo se llamaba Oliván, porque me gustaba la asignatura.



J.B.B.

Otra de las asignaturas que me llamó la atención en esa época era la de Griego, la impartía el Rector, D. Luis Mª Iradiel. Era uno de los profesores que más comentarios irónicos sufría por parte de la gente de mi curso, que ya estábamos todos en la misma clase.

Su figura provocaba un poco de risa en general. Tal vez eran sus gafas o quizás era nuestra manera de sortear la autoridad que nos infundía, porque era profesor muy bien preparado en Griego.

Como Rector, nos leía siempre las notas a final de mes y del trimestre…en definitiva era quien más mandaba. Vestía siempre con unos pantalones que le iban un poco cortos, le llegaban hasta los tobillos y esto daba lugar a muchos comentarios jocosos. Repetía a menudo las mismas frases para contar anécdotas, como esta:

Se encuentran dos amigos, se saludan y uno le pregunta a otro por alguien conocido.

El preguntado sabe que ha fallecido, y para no mencionar la palabra muerto contesta:

"Hummmm, nos dejó..."

Esto dicho con su tono de voz y haciendo un movimiento de cabeza que resultaba bastante cómico. Había algunos que eran especialistas en imitarle.

En clase era ameno y a la vez bastante exigente. Creo que tenía un fallo: clasificada a la gente por su nivel, de los más a los menos listos, y de esa clasificación era difícil salir por mucho que uno se lo propusiera. Yo estaba en el montón y, a pesar de que era una asignatura que me gustaba, no conseguía salir de ese nivel.

Famosas eran también las anécdotas que nos contaba de la vida de los griegos clásicos, como la de cuando se refería a Sócrates, que iba con una linterna por el Ágora de Atenas y alguien le preguntó: *¿qué buscas Sócrates*? y éste respondió: "*busco un hombre*", explicándonos el significado y el valor que tenía para Sócrates un hombre verdadero. O la de Diógenes el Cínico cuando se presentó delante de él Alejandro Magno y le dijo: "*pídeme lo que quieras Diógenes, que yo te lo daré"*, respondiendo: "*sólo quiero que te apartes y no me tapes el sol*". La anécdota de la batalla de las Termópilas, cuando una delegación persa fue a negociar con Leónidas, rey de Esparta, para que se rindieran porque ellos formaban un ejército muy numeroso y superior, diciéndole que, si sus arqueros dispararan todos a la vez, con sus flechas taparían el sol; respondiendo Leónidas: "*mejor así lucharemos a la sombra*".

Estas y otras anécdotas las contaba una y otra vez a lo largo de los dos cursos que nos dio y, dichas con su tono de voz, nos provocaban bastante risa; aunque eso no quiere decir que no nos gustaran. Fue una persona a quien siempre respeté porque me gustaba el mensaje que quería transmitir con sus clases; pero no encontré una correspondencia por su parte. Otros compañeros, a los que él tenía en muy buena consideración, cuando les daba la espalda se le reían. ¡Qué le vamos a hacer!

Anécdotas

Q.G.M.

Los capones de don Jacinto todavía surtían efecto un año después, tal y como se describe en el capítulo *La disciplina de don Jacinto*, aunque bajé la puntuación de primer curso. De nueve descendí a ocho, pero sin duda alguna era una excelente nota. Parece que había varios factores que contribuían a tan buen rendimiento tanto en Latín como en Literatura. Uno fue el gran descubrimiento de que, si estudiaba con ganas, conseguía un gran resultado. El segundo debió ser que me sentía feliz por estar bien considerado por el profesor. El tercero y menos importante, que tenía que mantener el listón a esa altura. El cuarto podría decirse que algunas asignaturas se me daban bien, porque las matemáticas me gustaban, estudiaba mucho y sin embargo no pasaba del aprobado.

El día más memorable de todos fue cuando, en clase de Latín, el profesor llamó a un alumno para que dijese en voz alta lo que había traducido. Salió con el cuaderno en la mano. Don Jacinto estaba de buen humor. Lo recuerdo como un hombre duro y a la vez afable. Para poner en antecedentes, hay que saber que la frase famosa, aproximadamente era:

Cesar mandó a su hijo Bruto al puerto de Ostia.

–Muy bien, Clavería, díganos cómo ha traducido la frase.

–Es que…

–No se preocupe, Clavería

–Pero…

Por fin, Clavería se animó a decirla.

–*Cesar mandó al Bruto de su hijo de una Ostia al puerto*.

Ni qué decir tiene que toda la clase se echó a reír a carcajada limpia. Clavería ya había hecho el gesto de encoger la cabeza esperando un buen capón.

–Siéntese –le dijo don Jacinto- perdonándole por esa vez. Había sido un momento inolvidable.

Todos los años no había un traductor tan genial en segundo curso de Latín. Creo que el compañero y condiscípulo ya se había quitado las gafas para recibir el sopapo.

Ahora viene a mi memoria que aquel año ambos nos retamos a un combate de boxeo. Uno de nuestros héroes era Urtain.

Tras un mes de flexiones y carreras nos pusimos uno enfrente del otro, nos miramos, nos estudiamos y la cosa debió ser muy floja, porque no recuerdo que nos diésemos puñetazo alguno.

Haríamos como que nos íbamos a pegar ante algunos observadores, y todo terminó sin el menor roce.

Cesar mandó al Bruto
de su hijo
de una Ostia al puerto.
Siéntese, Clavería

A.C.M.

La verdad es que no recuerdo esa hilarante anécdota que ha relatado Q.G.M., pero seguro que hubo más de una de esas. De hecho, del latín no recuerdo ni la declinación completa del *Rosa rosae*. Cursé cuatro años de esa lengua muerta y no me acuerdo de nada si exceptuamos que tuve que dedicar muchas horas a su estudio. Trabajábamos con el libro de gramática y luego con los florilegios para hacer traducciones.

¡Qué ocasión perdida para ponerse al día de las guerras púnicas, la conquista de las Galias por Julio César y otras batallitas!

Era duro y quizás llegó prematuramente. Curiosamente, leí hace poco el libro *Las memorias de Adriano* de M. de Yourcenar y me encantó.

¡Cuánto ganaríamos si se nos supiese imbuir amor por la sabiduría en vez de plantearnos aprender textos que no nos llegan más allá de la obligación!

Sin embargo, hay algo por lo que estoy muy agradecido a las enseñanzas del latín, y es que me ha servido para facilitar la comprensión o aprendizaje de lenguas derivadas de él y para comprender términos científicos y reglas gramaticales.

Don Jacinto y algunos alumnos que entraron en el Seminario en el curso 1965-1966, entre ellos Jesús Benito Blasco y José María Félez Aranda.

Q.G.M.

Hay dos anécdotas que me gustaría añadir. Una ocurrió en clase de Literatura que nos daba Don Francisco Tejeda.

Un día decidí que destacaría cuando me preguntase el profesor. Y así fue. Brillé como una gran estrella. El tema de aquel día era Shakespeare. Y yo conseguí, con gran esfuerzo, aprenderme aquel nombre tan raro. Lo repetí una y otra vez hasta que finalmente dominé perfectamente su pronunciación. Don Francisco preguntó, como era de esperar, y yo resplandeciente, levanté el dedo y contesté sin ninguna vacilación, con total seguridad: SHA-KES-PE-A-RE.

Toda la clase se echó a reír a carcajada limpia. No entendía por qué. Lo comprendí cuando en la explicación pertinente, don Francisco pronunció aquella palabra tan rara con el sonido *SHESPIR*.

La segunda vez que causé enorme hilaridad en clase fue ya en C.O.U.; pregunté al profesor por el significado de una palabra que había utilizado en la explicación: *harén*.

Todos los profesores me parecían más o menos buenos. Recuerdo que había un militar, creo que era capitán y nos dio clases de Ciencias Naturales. Sus explicaciones eran elegantes, elocuentes y de gran perfección. Saqué un notable. Todavía lo veo apoyándose en la mesa hablando, a veces con traje y corbata… lo que me lleva también a recordar el olor característico de D. Francisco Tejeda, una mezcla de colonia y tabaco.

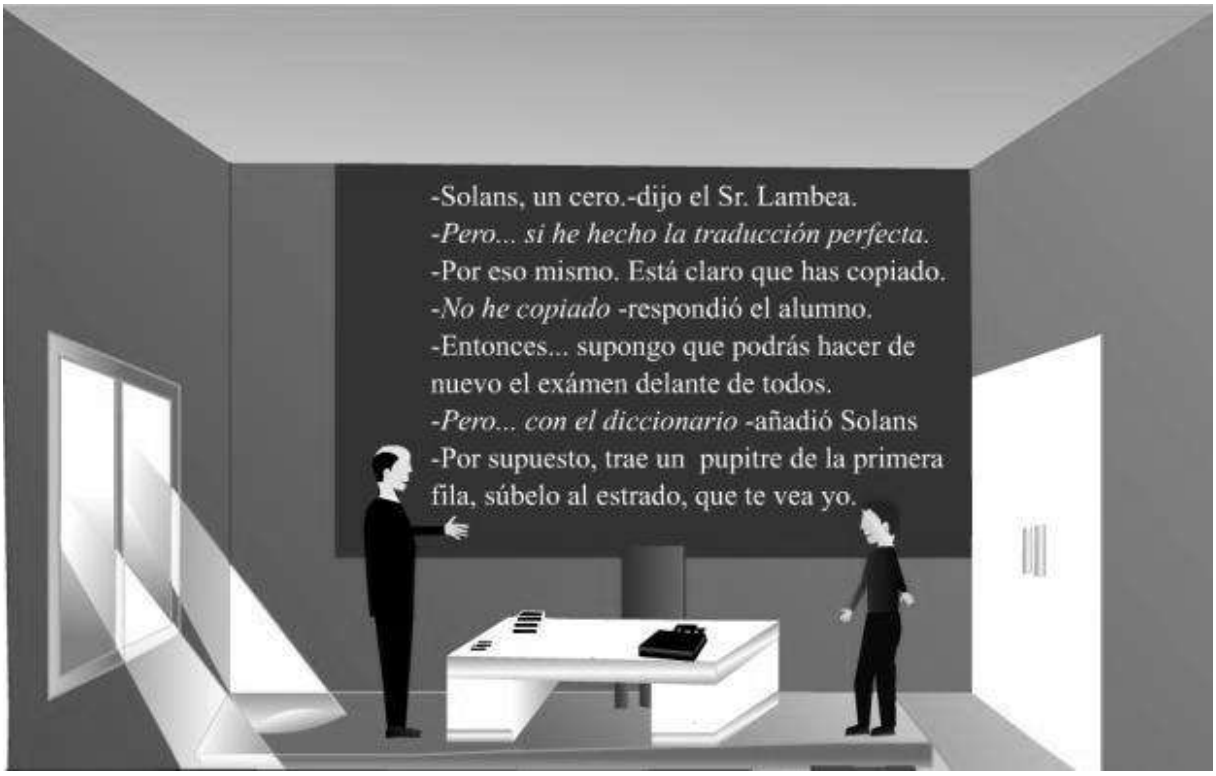
Por cierto, a veces D. Francisco, durante el primer año, cogía el pelo por las patillas y te hacía levantar un poco los pies... mientras te recordaba que habías hecho algo mal.

Un profesor con el que no me llevaba bien al final fue D. Gonzalo, creo que nos dio clase de latín. D. José María Iradiel nos enseñó griego, era una buena persona. Nos causaban gracia los gruesos cristales de sus gafas… Lambea… ¿tal vez nos dio clases de Geografía? En sexto curso tuvimos un buen profesor de historia del arte, Torra, era un cura alto y elegante, apenas se sabía si era sacerdote, creo que llevaba un jersey negro y una camisa blanca, a veces venía con camisas ocres, como de explorador. Nos llevó a una exposición de Viola en la Lonja.

Y la pregunta es ¿dónde están todos aquellos conocimientos? Creo que cada aprendizaje nos ayudaba a construir el edificio en el que asentamos todo lo que somos ahora, aunque no recordemos cada ladrillo que nos ayudó a edificar nuestra personalidad.

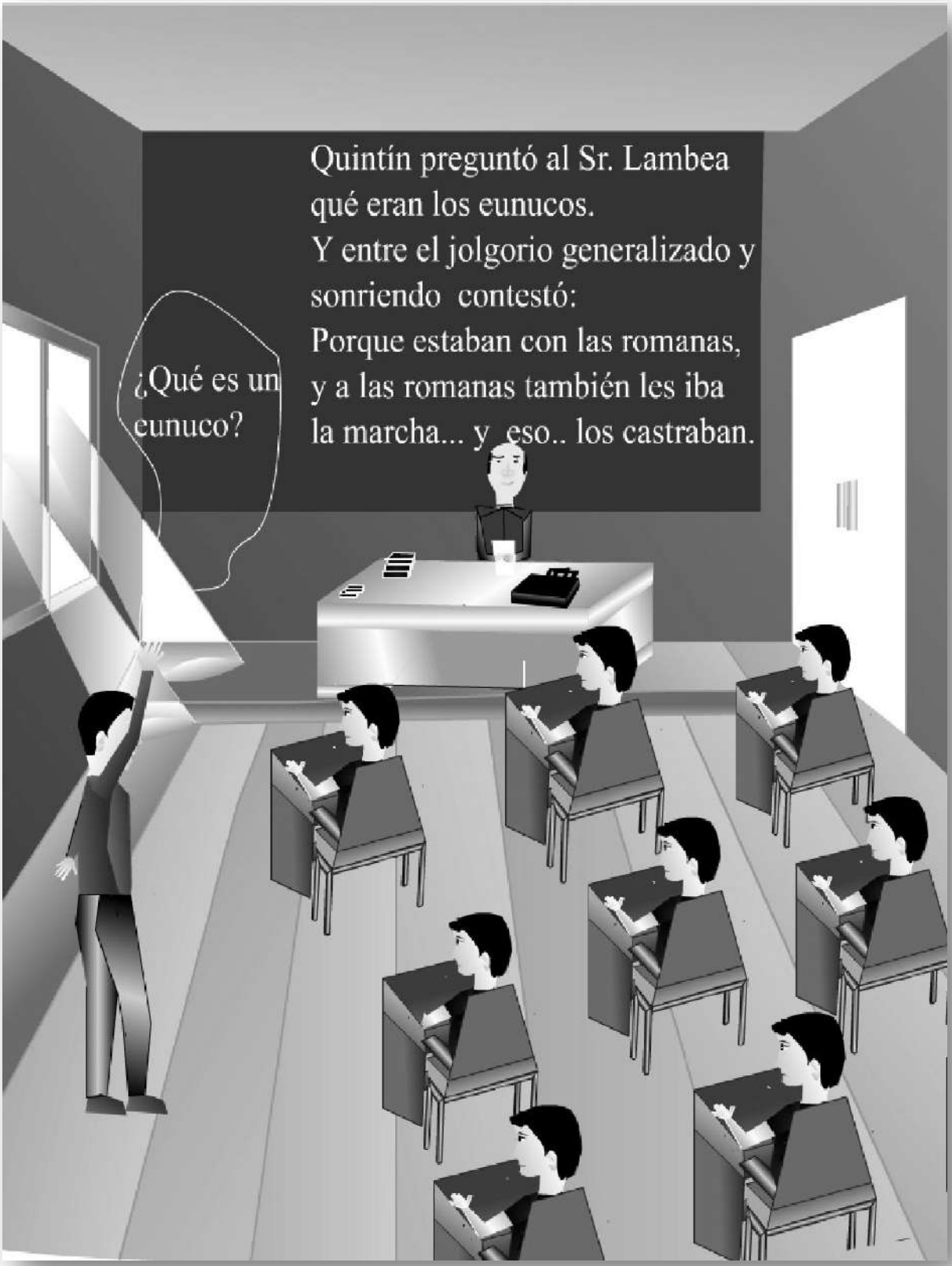
Cada momento, cada experiencia, cada pequeño conocimiento que aprendimos era un diminuto paso para comprender conceptos más importantes. Probablemente, sin esos pequeños detalles, no habríamos llegado a ser lo que ahora somos. Todo esfuerzo en el estudio era completamente necesario para que adquiriésemos la costumbre de estudiar, sin la cual no habríamos podido fortalecernos intelectualmente. Valiosos tesoros que, de una manera o de otra, añadían color a nuestra forma de ver la vida. Todos contribuyeron a hacernos unos hombres cultos. Gracias a ellos pudimos avanzar en la creación de nuestro propio mundo y del de los demás.

EL COPIOTA PERFECTO
J. G. D

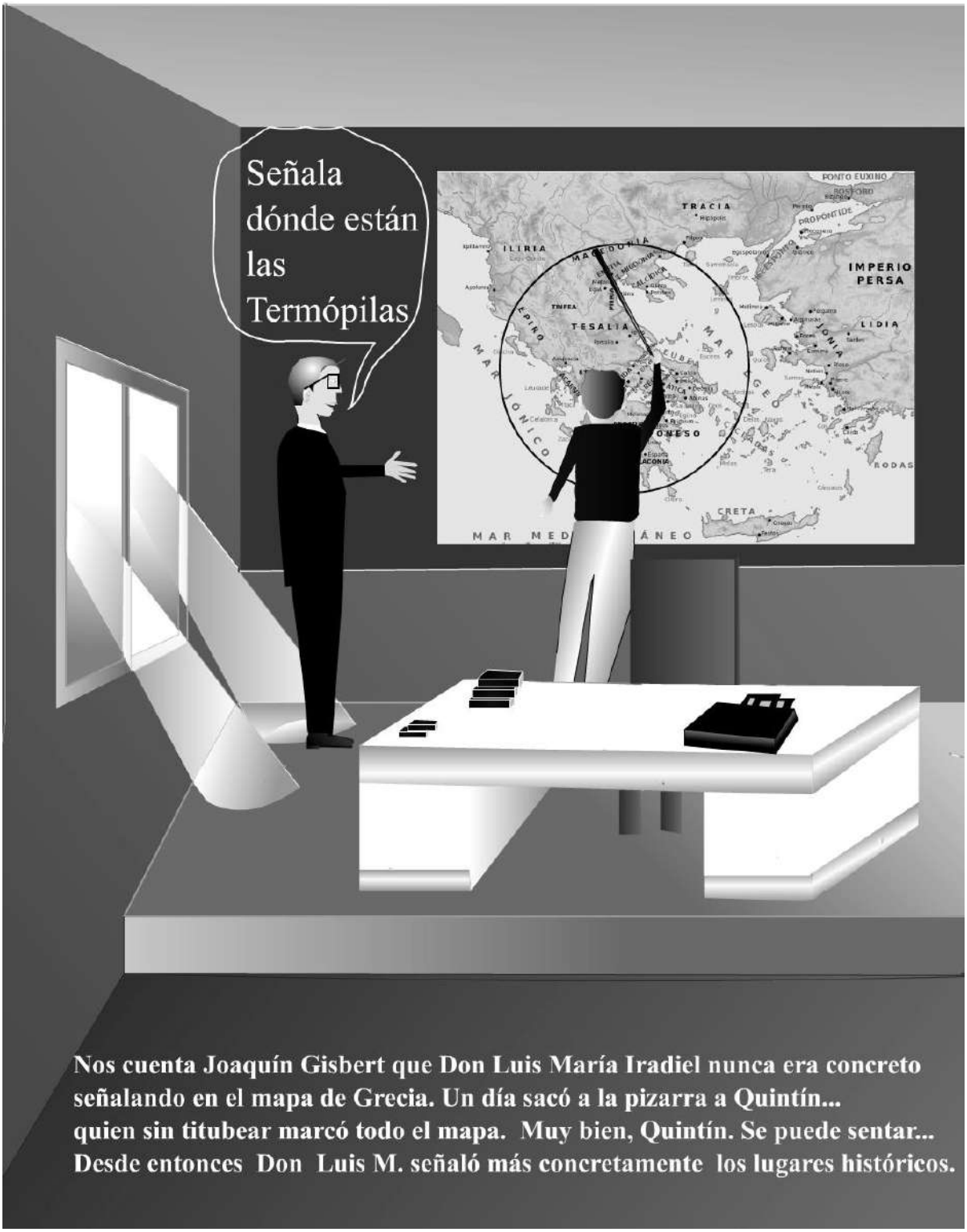


EUNUCO

J. G. D.


Quintín preguntó al Sr. Lambea qué eran los eunucos.
Y entre el jolgorio generalizado y sonriendo contestó:
Porque estaban con las romanas, y a las romanas también les iba la marcha... y eso.. los castraban.
¿Qué es un eunuco?

El mapa de Grecia
J. G. D.



Nos cuenta Joaquín Gisbert que Don Luis María Iradiel nunca era concreto señalando en el mapa de Grecia. Un día sacó a la pizarra a Quintín... quien sin titubear marcó todo el mapa. Muy bien, Quintín. Se puede sentar... Desde entonces Don Luis M. señaló más concretamente los lugares históricos.

Noche sin dormir
J.G.D.

Un día me acerqué a Don Tomás.

—Don Tomás. A ver si usted sabe cuál es la palabra española que tiene todas las vocales.

—No sé—reconoció después de varios minutos pensando.

—***Murciélago***—dije, y continué con otro desafío.

— Y la palabra que tiene más íes.

Don Tomás se quedó sin saber qué decir.

—Es **muy difícil** —añadí una pista.

Como Don Tomás seguía dándole al coco sin adivinarla, terminé por resolverle el enigma: ***Dificilísimo***.

—¿Y un nombre que no tenga las letras de Carlos?

—***Quintín*** — respondió don Tomás sin esperar un segundo y sonriendo pícaramente.

—Y la última, don Tomás. Pero como es muy difícil, le dejaré de tiempo hasta mañana por la mañana.

—No será para tanto—apostilló Don Tomás.

—¿Cuál es la palabra que tiene más de siete aes?

Don Tomás me miró y debió pensar que sí, que era muy difícil.

—Vale. Mañana te la digo —contestó Don Tomás pícaramente pensando en el diccionario de Espasa Calpe.

—Entonces… mañana antes de que nos de clase, me la dice.

Don Tomás perdió más de tres horas de sueño revisando el diccionario.

—Me doy por vencido — me dijo Don Tomás.

—***Ochoa*** —le dije mientras echaba a correr temiendo que me cogiese de la patilla y me levantase del suelo hasta ponerme de puntillas.

D. Leoncio y el permiso para ir al baño
J.B.B.

Durante el curso 1966-1967bajé el nivel de los estudios debido al estado anímico en el que me encontraba, aun así lograba aprobar todo.

Guardo un agradable recuerdo del profesor de matemáticas, curiosamente la asignatura que menos me gustaba y el único profesor de esa asignatura que me gustó de todos los cursos del bachillerato, quien explicaba todo de una manera clara, entendible y amena. Logró que me interesara por la asignatura.

Además, era un señor que nos hacía mucha gracia, era ya mayor, alto, un poco excéntrico; el típico profesor excéntrico de matemáticas, se llamaba D. Leoncio.

Cuando estaba en mitad de las explicaciones, siempre había alguien que se levantaba del pupitre se acercaba a él y le interrumpía la explicación diciéndole: "*D. Leoncio puedo ir al baño*", éste que siempre nos trataba de Vd. decía gritando y repitiendo varias veces: "¡*Vaya*!, ¡*vaya...pero no vuelva*!

La frase nos hacía mucha gracia, se organizaba una risa general y el hecho de pedirle ir al baño se convertía en algo habitual para hacer unas risas.

Tenía un coche marca *Gordini* y entraba siempre por el camino del Seminario a bastante velocidad.

El quiosco de Don Gonzalo
J.B.B.

Los domingos por la mañana, también ocurría a veces que un señor ya mayor venía con un carro de mano, que tenía unas ruedas grandes de goma, como de bicicleta, y lo llevaba cargado de chucherías para vender.

Nosotros, lógicamente, nos acercábamos y comprábamos cosas de las que llevaba; el hombre no tenía muy buen carácter, era un poco raro y llevaba siempre una gorra de campo.

Esto a D. Gonzalo le sabía "a cuernos", pues él también dentro del edificio ponía un mostrador con chucherías para vender y, claro, este hombre le hacía la competencia.

Cuando D. Gonzalo lo veía por los laterales de nuestros campos de fútbol, iba hacia él y le decía que se fuera de allí, que nadie le había dado permiso para entrar en ese terreno que era particular.

El hombre se resistía a marcharse y a veces tenían una trifulca; al final el hombre se iba soltando improperios contra D. Gonzalo.

A nosotros nos daba una cierta pena, porque pensábamos que el hombre se ganaba así la vida. Hay que decir que a veces D. Gonzalo lo veía y hacia la vista gorda, dependía del talante que estuviera.

Regreso a Liliput

J.M.F.A.

La primera vez que volví a casa en vacaciones de Navidad, tras mi ingreso en el Seminario, me ocurrió una cosa curiosa y que todavía recuerdo con bastante nitidez: toda mi casa me perecía muy pequeña, mucho más pequeña, había disminuido de tamaño.

No tardó esa sensación en volver a la normalidad, pero sí que reflejó en un primer momento el cambio que había empezado a producir en mi interior la vida en el Seminario.

Primero en cuanto al espacio físico, al haber vivido un trimestre en un edificio grandioso, de enormes techos, larguísimos pasillos y dormitorios interminables.

Segundo, supongo ahora, porque también se inició un cambio en mi perspectiva mental al haber iniciado un camino, lejos de la seguridad del hogar, inédito para mí.

Retorno de vacaciones y crisis causada por el abandono del hogar

J.B.B.

Conforme pasaban los cursos las sensaciones que tenía eran diferentes, lógico porque íbamos avanzando en edad. Para mí el peor curso fue 2º, tal y como comento en el capítulo *Quien tiene un amigo tiene un tesoro*, ya que fue el curso en que lo pasé peor, pero fue a nivel personal y porque me "invadió" la "*morriña*" o "*cariños de casa*", como le había pasado a mi amigo, que se llamaba Ángel, en 1º. Entonces, yo no entendía muy bien por qué él lo pasaba tan mal, aunque realmente era así, y por qué se pasaba tanto tiempo llorando.

Cuando me sucedió a mí, entendí perfectamente lo que él había sufrido y por el contrario él en ese curso estaba tan "ufano" y tan alegre y a mí me tocaba pasarlo mal.

El fenómeno lo empecé a sentir de una manera aguda a la vuelta de las vacaciones de Navidad de ese curso; las Navidades, lógicamente, eran una época en la que se vivían de una manera entrañable, muy especialmente con la familia y yo creo que particularmente en los pueblos, donde quizás se convivía de una manera más cercana. Además, como volvíamos de estar todo un trimestre fuera, cogíamos las vacaciones con más ganas; los padres, hermanos, abuelos, tíos, todos se volcaban más con nosotros porque éramos unos niños y no habíamos estado con ellos en tres meses. Luego estaban los amigos del pueblo, que en el fondo no se podían sustituir. Esas Navidades yo recuerdo que cuando terminaron y ya tenía que volver al Seminario, justo la noche del día de vuelta, cayó una impresionante nevada, no sólo en mi pueblo, sino también en todo Aragón, y hubo una ventisca que acumuló la nieve en la carretera de tal

manera que quedó totalmente cortada al poco tráfico que entonces había y, por supuesto, al coche de línea con el que mis padres y yo teníamos que ir a Zaragoza.

Me llevé una inesperada alegría y fue como un regalo de Reyes, pues siempre había que volver al día siguiente de tal festividad. Las vacaciones se alargaron, lo recuerdo perfectamente, tres días más; pero hubo que volver. Yo me negaba a hacerlo, pero mis padres junto con el cura del pueblo me obligaron y para nada me sirvieron lloros, quejas de todo tipo, ni escusas.

Era lógico, con 11 años, era un sentimiento de desapego de los padres, provocado por las circunstancias de la época, pues era la única manera que había entonces de estudiar y formarse, dado que en el pueblo no había medios. Para mí, en aquellos momentos, eso no contaba y lo que quería era quedarme en el pueblo. Mis padres, lógicamente, sí que lo entendían y aunque les costara tanto como a mí me tenían que obligar a hacerlo. Esto que nos ocurrió a muchos de los que estábamos en un internado a esa edad tan temprana, fue algo que tuvimos que superar y lo hicimos. Es algo que hace madurar, aunque el inconveniente es que quizás no es la edad más adecuada. Pero era lo que había…

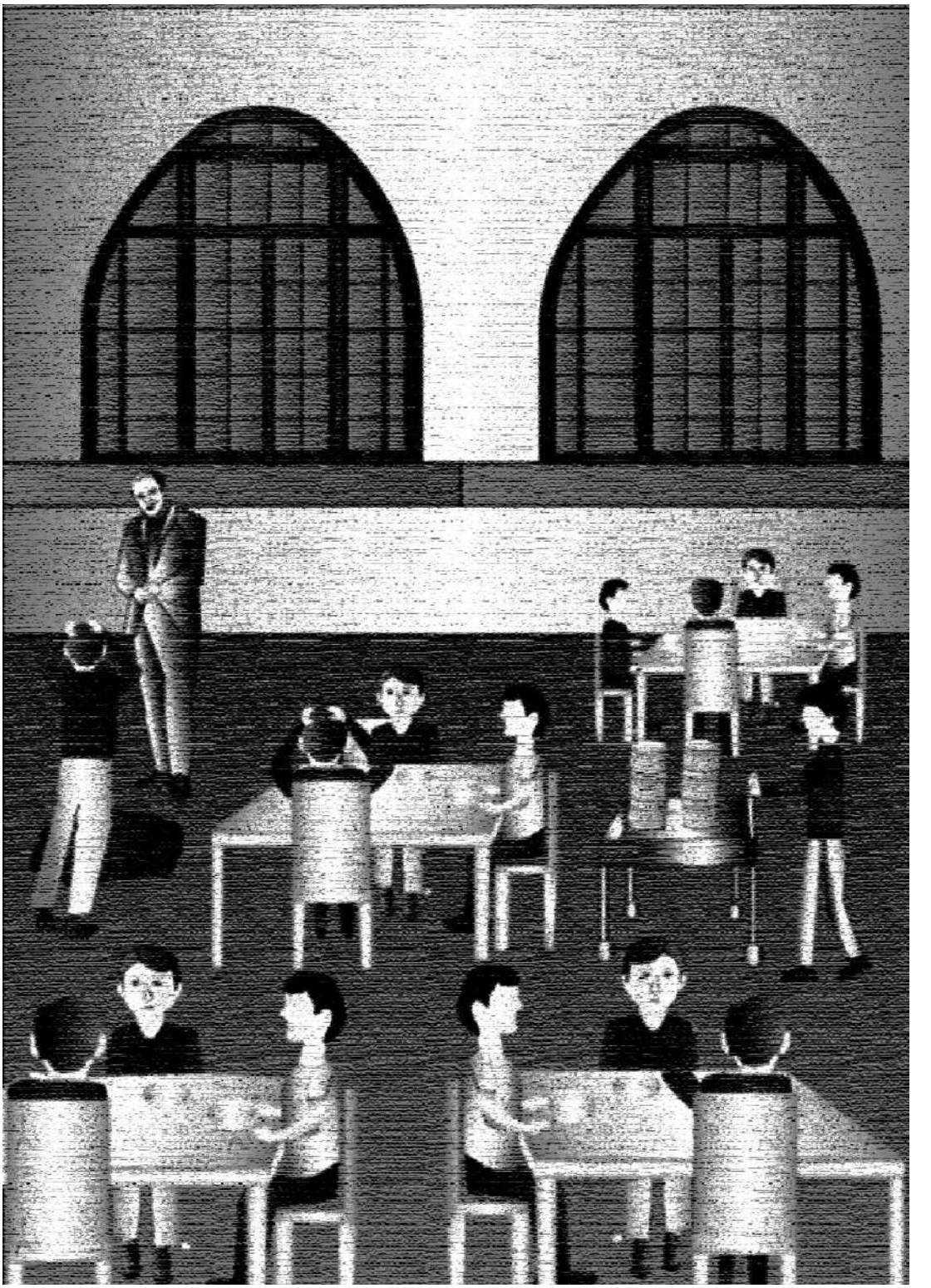
Cuando volví ese trimestre al Seminario, a casi todos nos había pasado lo mismo, volvíamos tres días más tarde, quizás algunos más aún. Creo que se trataba principalmente de los que vivían por los pueblos del Bajo Aragón, donde la nevada debió de ser más intensa. Como digo, recuerdo que ese segundo trimestre lo pasé muy mal, además fue muy largo porque las siguientes vacaciones de Semana Santa tocaron más tarde, a mitades de abril.

Cuando tuve que volver después de las siguientes vacaciones me ocurrió exactamente lo mismo que en Navidad, y a pesar de que empleaba alguna treta el día que me iba del pueblo, como llorar a moco tendido, haciendo todo el drama que podía, no servía de nada y mis padres con la ayuda del cura del pueblo, el que por cierto me caía muy bien, me hacían volver. Lo cual agradezco de corazón porque era una circunstancia que había que superar y aunque producía un cierto desgarro era necesario sobre todo para madurar; aunque fuera de una manera un poco prematura. Es cierto, el haber pasado por un internado te marca de por vida.

Aquel síndrome desapareció de una manera espontánea en el tercer trimestre y, curiosamente, tengo conciencia del momento en que se produjo.

Hacía ya buen tiempo, debía de ser el mes de mayo, estábamos todos un poco revolucionados durante las noches en el dormitorio porque se estaban celebrando por entonces en Zaragoza unas maniobras militares muy importantes, en las que tomaron parte muchos paracaidistas y nosotros, por la noche, oíamos durante mucho rato el ruido de los motores de los aviones (el pasillo aéreo hacia el aeropuerto apenas dista del Seminario dos kilómetros en línea recta).

El hecho de que estuviéramos todos pendientes de los aviones, me producía una sensación agradable y hacíamos comentarios sobre los paracaidistas, cómo se tirarían de los aviones…sea como fuere, a partir de esos días dejé de padecer esas sensaciones de "*morriña*".



Cardo para cenar.

Adolescencia, estudios y profesores
J.B.B.

Conforme fui avanzando en edad y me acerqué a la adolescencia, me relajé más con los estudios y no estudié tanto. Me tomé la vida con otra filosofía, no tan exigente, y me daba cuenta de que me lo pasaba mejor; disfrutaba con las actividades que había en general y hacía un poco más el *gamberro*, saltándome más las normas.

Me encontraba más a gusto si no me tomaba tan a pecho la disciplina, así que participaba más, por ejemplo, en las carreras nocturnas por el dormitorio, en los escaqueos durante los recreos, que consistían en ocultarnos en sitios recónditos que abundaban en un edificio tan enorme. Ello sacaba un poco de quicio a los curas pues su obsesión era que estuviéramos jugando al fútbol a todas horas, ya que si se hacía deporte uno se cansaba y nos decían, "*os vais a concentrar mejor en el estudio y no vais a pensar en otras cosas*".

En los estudios iba normal, sin sobresalir como al principio, únicamente se me daban mal las Matemáticas y la Física y Química cuando me llegaron, pues los profesores que me tocaron no eran especialmente buenos para enseñar.

No digo que no supieran de la materia, que sabían y estaban preparados; pero pasaban olímpicamente de aquellos a los que no se nos daban bien esas asignaturas y necesitábamos un poco más de atención.

En matemáticas, me tocó en tercer y cuarto curso el mismo profesor, creo que se llamaba Lobera de apellido y no era cura.

Se me empezaron a atragantar las ecuaciones y, como veía que no avanzaba y tampoco me prestaba mucha atención,

pasé totalmente de la asignatura y me desmotivé. En las demás, que eran de letras o humanidades, iba bien y en general me gustaban todas.

Disfrutaba de la asignatura de Ciencias Naturales, que me atraía mucho, además teníamos un profesor que tampoco era cura y se apellidaba Mairal.

Era también el típico profesor *chiflado*, estaba soltero, y en clase se le hacía todo tipo de bromas cuando nos daba la espalda. Algunos se pasaban bastante, él solía volverse rápidamente cuando sospechaba que le estaban tomando el pelo y dirigiéndose al que creía que estaba organizando jaleo decía: "*fulano, punto menos*", lo que quería decir que le iba a bajar la nota un punto. Repetía tanto esa frase que entre nosotros se hizo famosa y la remedábamos muchas veces: "*punto menos*".

La mayor algarabía se organizaba cuando nos llevaba al laboratorio, pues desde clase hasta el mismo había que atravesar varios pasillos muy largos, y nosotros nos íbamos escondiendo detrás de las columnas que había. Así, cuando él se volvía, no nos veía ni a la mitad de los que éramos, pues nos habíamos escondido para mosquearlo y que creyera que habíamos escapado. Estar en el laboratorio era espectacular, el recinto era muy grande y llamativo, pues había cantidad de animales disecados, esqueletos, minerales…Había un olor a formol que lo caracterizaba y pequeños animales, tales como reptiles o anfibios, metidos en ese líquido. Al profesor Mairal le encantaba observar con el microscopio, a nosotros también. Metía en una probeta plantas que dejaba un tiempo y empezaban a pudrirse, después cogíamos gotas de agua y las observábamos al microscopio. Él nos enseñaba los infusorios…

Me gustaba mucho, también me encantaba cuando nos ponía diapositivas de las plantas y flores silvestres cuyos nom-

bres se sabía de memoria con el nombre latino (científico) incluido, dando a veces pequeños gritos de entusiasmo cuando los decía, lo cual nos hacía mucha gracia. No tuve ningún problema con esa asignatura y este profesor yo creo que en general nos dejó buen recuerdo.

En cuanto a Física y Química, también me tocó un profesor laico, se llamaba Ocabo. Estaba bien preparado, pero, al igual que el profesor de matemáticas, pasaba de los que no iban bien en la asignatura. Al principio me esforzaba, luego iba perdiéndome, y acababa pasando bastante de la materia y me dedicaba a las demás.

Lógicamente suspendí las dos: Matemáticas y Física y Química. En verano me tocaba estudiar en el pueblo con un alumno de Magisterio y me daba clases particulares, logrando aprobarlas. Era curioso porque cuando me enseñaba alguien a quien yo entendía las explicaciones, no tenía problemas.

En la otra clase que había en mi curso, tuvieron más suerte con el profesor de Matemáticas; era un cura que venía de fuera, tenía mucha paciencia y explicaba, decían los compañeros, fenomenal. Entre nosotros se decía que los profesores laicos que nos daban clase no se molestaban mucho porque no les pagaban bien, ellos venían al Seminario para realizar una especie de obra de caridad.

D. Francisco nos enseñaba Literatura, era para mí un buen profesor, de los que dejan huella.

Explicaba la asignatura de una forma muy amena, también nos exigía bastante y temíamos sus exámenes que ponía por sorpresa. Creo que lo de darnos sorpresas era su especialidad, pues también le encantaba aparecer de forma imprevista

por cualquier sitio cuando menos lo esperábamos y nos pillaba en algo impropio. Al fin y al cabo, era nuestro tutor.

Se le daba de maravilla leer poemas en clase. La verdad es que daba gusto oír cómo los recitaba, sobre todo la poesía de Machado, Juan Ramón Jiménez, Lorca…, toda la generación del 98 y del 27, de tal manera que ese recuerdo me marcó personalmente para el futuro de mis estudios.

Cuando terminé lo que entonces era el Bachillerato Elemental, 4º Curso y Reválida, mi padre me dijo que si no quería seguir en el Seminario me cambiara a otro sitio hasta terminar el Bachillerato Superior, que se hacía en dos cursos más 5º y 6º; pero yo le contesté que prefería seguir en el Seminario, pues ya me había acostumbrado, tenía mis amigos y el ambiente en general ya me era familiar.

En 5º y 6º, después de superar el bache de 4º, especificado en el apartado *Dos reválidas,* me sentí totalmente integrado a nivel de estudios. En general las asignaturas me gustaban, tenía preferencia por las Letras y el Bachiller era totalmente de letras, con lo cual ya no tuve especial dificultad.

El ambiente entre los compañeros cambió, pues ya éramos más mayores. En los estudios éramos más responsables sin que nadie nos obligara a serlo. Era algo que salía más de nosotros, espontáneamente, por lo que en general todos tratábamos de superar las asignaturas.

Lo que más recuerdo de esa época eran las clases de Historia del Arte, que nos las daba un cura muy moderno para esa época, el cual era Canónigo de La Seo, creo. Se llamaba Eduardo Torra, había estudiado, nos contó, en Estados Unidos. En la primera clase que nos dio, se presentó, nos contó su “cu-

rriculum" y ya nos manifestó claramente su mentalidad totalmente contraria a la tradicional, es decir a la que estaba siguiendo la Iglesia en esa época. Nos sorprendió cuando nos dijo de sopetón: "*váyanse del Seminario, yo les recomiendo que se vayan del Seminario*". A nosotros esto nos dejó totalmente "estupefactos", nunca nos podíamos imaginar de un profesor, y además cura, que nos hiciera semejante recomendación. Con esa frase, él nos venía a decir que la mentalidad del clero en general y del Seminario en particular, no se ajustaba a la realidad que ya se vivía en España a comienzos de los años 70. Él había salido al extranjero y tenía otra formación y mentalidad. Debía de ser difícil para él convivir con sus otros compañeros canónigos, que imagino en las antípodas de sus ideas.

Sus clases eran amenas, fáciles de seguir, siempre interesantes y con un toque de ironía. Nos llevó varias veces a La Seo, concretamente para que viéramos la colección de tapices que allí se guardaba. Nos subía por unas escaleras que eran como las de un castillo, con cantidad de esculturas en los márgenes, que conducían a un rellano donde había un despacho que ocupaba un cura muy mayor con sotana.

Se le podría llamar *el guardián de los tapices*, ubicados en una enorme sala con aspecto de almacén. Cuando entramos nos quedamos estupefactos al ver tamaña cantidad de tapices, unos desenrollados y colgados desde el techo y otros almacenados enroscados sin que se pudieran ver. Nada más entrar nos dijo:"*aquí tenéis una gran vergüenza, una colección de tapices con un valor artístico incalculable, que nadie valora*". Muchos de los que estaban en exposición colgados tenían algún agujero y habían sido reparados cosiéndoles un trozo de tela que tuviera un color parecido al del tapiz.

Fuimos afortunados con esas visitas pues *el guardián de los tapices* nos dio una excelente explicación de dichas obras de arte, su estilo, época, historia, etc.

Afortunadamente, en la actualidad, esa colección de tapices se encuentra en exposición permanente y es uno de los mayores atractivos en la visita a La Seo de Zaragoza.

En el dormitorio

A.C.M.

Aún hoy en día recuerdo la sintonía de "*Los remeros del Volga*" (*sol mi la la mi*…) y tengo metido en el cerebro el "*oh mairi, oh mairi, oh mairi, oh mairal*…" Sin embargo, no alcanzo a recordar con qué música nos despertaban que, desde luego, no era la "diana" que luego me ponía de pie en un salto en la mili.

Cuando apagaban las luces y la megafonía, siempre había algún cura que se daba una vuelta para garantizar el silencio. Tras la rutina de ejercicio y estudio diaria, lo habitual era que se respetase el silencio y conciliásemos el sueño; aunque yo en esto poco puedo aportar pues he sido siempre de sueño fácil y profundo. Por otra parte, recuerdo que una de mis adquisiciones más deseadas y disfrutadas fue un pequeño transistor de marca SHARP del tamaño de un paquete de cigarrillos que adquirí en "el maravilloso" Bazar Tánger, situado en la calle Azoque, que ha durado hasta nuestros días y el cual recuerdo con verdadera devoción. Con ese aparatito y los correspondientes auriculares uno podía estar en contacto con el mundo exterior, en la medida en que las necesidades de descanso lo permitían. También era muy útil para seguir el "panel deportivo" los domingos. Qué ahorros más bien invertidos, hasta hace unos pocos años andaba por casa el instrumento.

Otro elemento simbólico del dormitorio era el armario. En efecto, aquella puerta de unos 80 cm de ancha suponía un excelente mural donde mostrar nuestras aficiones.

No faltaba el poster del Real Zaragoza, posiblemente alguna foto de familia y, cómo no, excelentes imágenes de Urtain, el boxeador revelación que arrasaba por entonces. Debía ser un recorte de "As", todo un ídolo el "morrosko" que sin técnica y recién salido de su aldea destrozaba literalmente a sus contrincantes. También estaba Pedro Carrasco, en otra categoría, que era muy elegante y un ejemplo de campeón muy diferente. Eran tiempos en que el boxeo era considerado un deporte de masas, a pesar de su violencia.

Con el tiempo, aquellos mitos se fueron desmontando ¿Quién no recuerda a Pedro divorciándose de la gran Rocío Jurado? ¡Qué triste final! ¿Dónde quedaba la gloria de aquellos años? Lo de Urtain fue peor. Recuerdo que en los años 80 me tocó ir por razones de trabajo a Burgos y un viernes tuve la ocasión de ir a una discoteca próxima al hotel donde pernoctaba. Allí estaba, el mismísimo Urtain, de portero. Nuestro célebre y querido "morrosko", el reconocido como "tigre de Cestona". Un hombre que lo tuvo todo, pero a quien alguna de la gente que le rodeó se lo supo quitar. Se divorció de su mujer, ya que seguro no supo resistir a los vicios que el nuevo entorno le brindó. Acabó arruinado y terminó de forma trágica. Así es como algunos modelos de juventud se nos derrumbaron con la edad.

Sin embargo, uno de los recuerdos del dormitorio que ha permanecido en mi memoria de forma más viva y fresca es la "fiesta" que organizamos para celebrar la vuelta a casa al final del primer trimestre de uno de los cursos, creo que era tercero por lo que contaré. Como he dicho, el cura de turno hacía la ronda para garantizar el silencio, por lo cual hubo que organizar muy bien la fiesta. En ese curso contábamos con la presencia de algunos repetidores que además de "buenos estudiantes" eran unos chicos "muy formales", me refiero en particular a

Cañizares, de María de Huerva y a Cases ¡Vaya par! Pues bien, con ellos y alguno más que no recuerdo decidimos hacer turnos para dejar avanzar la noche. De tal modo que cada cual debía permanecer despierto media hora o una hora y luego avisar al siguiente. Así, el plan era alcanzar la 1 o las 2 de la mañana y a esa hora empezar la juerga.

Creo que hubo hasta petardos. El jolgorio fue tal que llegó a oídos de los superiores. Al día siguiente, nos sometieron a interrogatorio en clase, pero nadie cantó. Unos porque no sabían quién estaba detrás de aquello, o sea por ignorancia, y otros que lo sabíamos, por una mezcla de miedo y solidaridad a la vez. Ello conllevó un castigo conjunto. Tuvimos que escribir unas 1000 veces una larga frase relativa a respetar el orden y el sueño de los demás y todos los ocupantes de aquel dormitorio hicimos una carrera pedestre consistente en dar varias vueltas alrededor del campo de fútbol de los mayores. Sí, aquel donde vivimos victorias gloriosas del At. Bozada.

Por último, aunque no por ello menos importante, los lavabos eran además de un sitio para la higiene un lugar proclive a ciertas conversaciones como luego comentaré. El dormitorio también fue el escenario para el mayor trauma que yo arrastré de mi estancia en el Seminario durante varios años después.

Q.G.M.

Si en el internado había algo realmente distinto a la vida familiar, sin duda alguna era el dormitorio. Era una sala interminable, sobre todo teniendo en cuenta nuestro tamaño infantil y la percepción de unos niños de diez años. Estaba dividido a lo largo por dos tabiques de modo que había cuatro filas de camas. La distancia entre camas estaba marcada por los armarios, salvo en los dos espacios centrales y los 4 laterales que permitían el paso trasversal de una hilera a otra de camas. En el centro había un amplio pasillo que conducía desde la entrada hasta los cuartos de baño que se encontraban al fondo, estando constituidos por lavabos y letrinas.

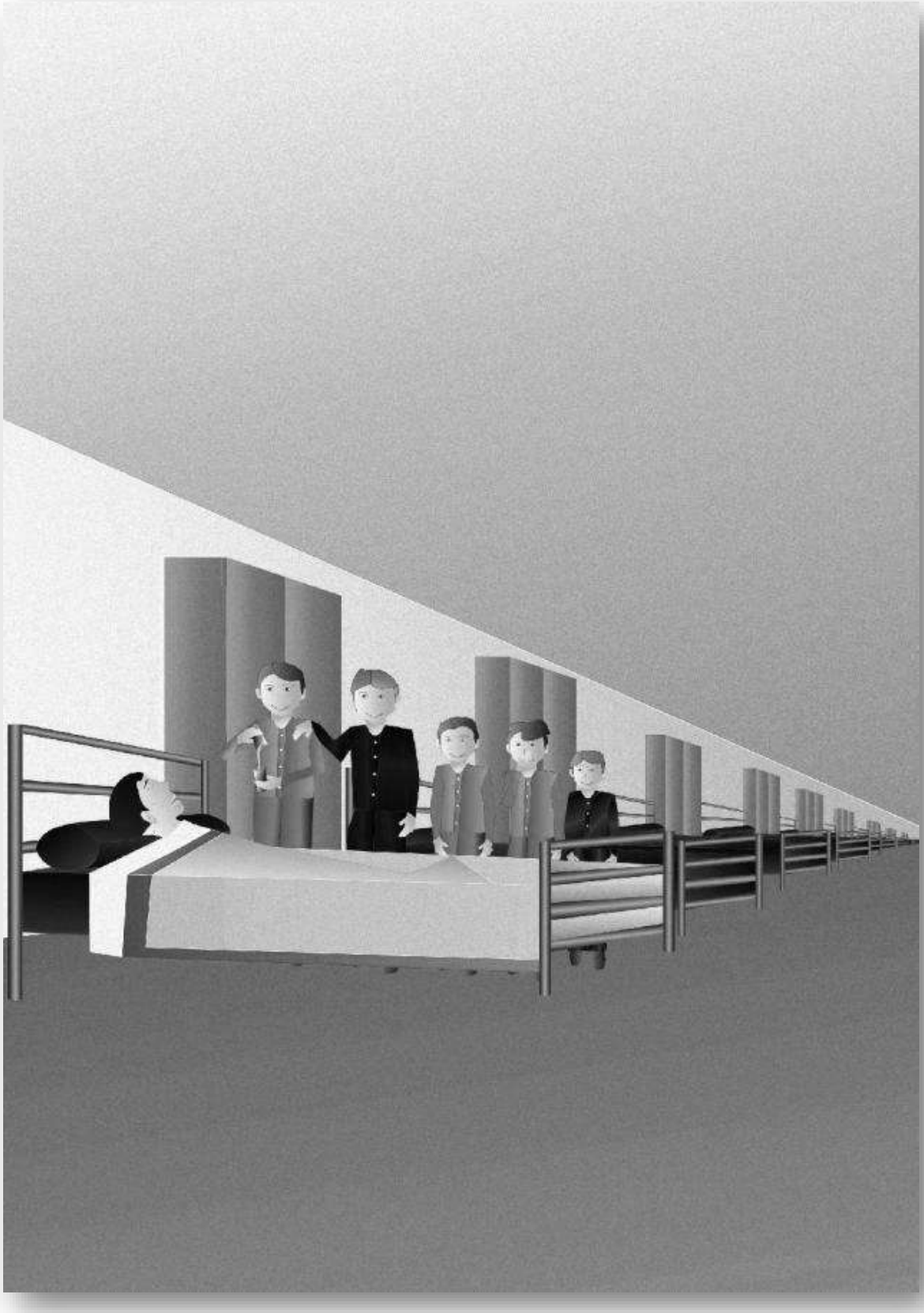
En la parte exterior de los tabiques, es decir la cara que daba a las ventanas, la fila de camas estaba separada de la pared alrededor de un metro. Un detalle importante es que los dos tabiques mencionados no llegaban al techo, de modo que si uno se subía a la cama podía ver lo que había al otro lado. Cada curso tenía su dormitorio y sus baños. Es decir que en la misma sala estábamos cien niños repartidos en cuatro hileras de veinticinco camas dispuestas en batería.

La hora de acostarnos era un momento mágico. Las clases habían terminado y por las tardes, antes de cenar, pasábamos media hora en la capilla. Durante la cena teníamos la oportunidad de desfogarnos un poco charlando animadamente y haciendo el gamberro. Antes de acostarnos, recogíamos la ropa en el armario preparando lo que nos teníamos que poner al día siguiente. Por megafonía, ponían música clásica, tal y como ha comentado A.C.M., nos lavábamos los dientes y nos disponíamos a dormir felizmente. Claro que lo de dormir era la teoría.

Esporádicamente se hacían travesuras, y en algunas de ellas estuve involucrado. En la anécdota que ha comentado A.C.M. no participé.

Alguien dijo que, si se vertía un vaso lleno de agua en otro vacío, simulando el típico ruido de un arroyuelo o del agua cayendo de los tejados a los charcos, la persona en cuestión se hacía pis en la cama y mojaba las sábanas. Otros creían que era mejor coger los dedos de la mano del compañero que estaba dormido y meterlos en un vaso lleno de agua. Y así se hacía. Generalmente siempre al mismo, a aquél que tenía algún tipo de incontinencia por ser todavía demasiado infantil. Lo bueno no era realmente saber si teníamos éxito o no, lo que me llenaba realmente de satisfacción era participar en la gamberrada.

Hubo dos grandes acontecimientos que ocurrieron en el dormitorio. El primero, un temblor de tierra que se notó perfectamente. En la clase de matemáticas exageramos bastante, incluso llegamos a decirle al profesor de matemáticas, que en ocasiones parecía estar un poco pasado de rosca, aunque nadie dudaba de su excelente preparación, que las camas se habían desplazado de una punta a otra del dormitorio debido a la fuerza del terremoto. El revuelo fue mayúsculo. El segundo acontecimiento curioso fue que nos pusimos enfermos de gripe una gran cantidad de chicos a la vez. Nos traían para merendar a la cama galletas y leche, y cuando nadie nos vigilaba se armaba un gran alboroto. Creo que la mayoría de los enfermos no estábamos excesivamente graves, más bien todo lo contrario… y eso que no conocíamos todavía las estancias de la enfermería, donde algunos pícaros aprovechaban para jugar a las cartas en lugar de recuperarse rápidamente.



J.B.B.

También nos divertíamos mucho en el dormitorio, muy grande, formado por un pasillo central y dos laterales que daban a las ventanas, con camas separadas por un armario, y al fondo una gran sala con los lavabos y wáteres.

Allí por las noches, aprovechando la ausencia del cura vigilante, se organizaban a veces auténticas batallas con los almohadones, carreras por los pasillos, portazos; pero cuando aparecía el cura, rápidamente y como podíamos, cada uno volvía a su cama y se metía dentro intentando hacer ver que allí no pasaba nada.

Había una broma muy popular que se llamaba "*hacerla petaca*", y consistía en coger una cama, doblar la sabana de arriba por la mitad, poniendo la parte de los pies por debajo de la parte superior o cabecero, de tal manera que al entrar los pies no se podían estirar porque pegaban en la sábana. Esta maniobra se preparaba con antelación a quien se la queríamos hacer y dejando la cama bien hecha para que no se notara nada. Quien la sufría no podía entrar dentro de la cama sin poderse explicar el porqué.

Recuerdo una anécdota y que fue algo que ya no se volvió a repetir en los siguientes cursos, creo que era el día del Seminario, y al parecer era costumbre hasta entonces, porque luego lo suprimieron, que ese día saliesen los cabezudos y entrasen en el dormitorio. Todos estábamos muy alterados desde días antes preparándonos para lo que podría ocurrir, todos teníamos como mucho 11 años.

Llegado el día, efectivamente, tengo un vago recuerdo de que sonaron unos petardos en la entrada y entraron varios cabezudos; de modo que empezamos a correr por el dormitorio, por los lavabos, entre las camas, subiéndonos por donde podíamos, pues los cabezudos nos perseguían para pegarnos con algo que ahora ya no vislumbro que era. La algarabía que se organizó fue espectacular…yo creo que esa costumbre la suprimieron los curas porque el desorden que se producía se les iba de las manos.

En ese curso también teníamos en el dormitorio como vigilante que dormía allí, a un chico de cursos superiores y que los curas elegían en base a que fuera serio y formal. Se le llamaba "*prefecto*", una voz de alarma habitual para avisar cuando estábamos jugando en el dormitorio era "*¡¡qué viene el prefecto*¡¡ y cada uno se las arreglaba como podía para salvarse y librarse en su caso del castigo.

Yo tuve la suerte de que el que tocó en mi dormitorio era de mi pueblo, con lo que me sentía "*enchufado*".

Por curiosidad he mirado en el diccionario de la RAE el significado y origen de esta palabra y parece que viene de los romanos:"*Magistrado que, desde el tiempo de Constantino, gobernaba cualquiera de las provincias o departamentos en que se dividió el Imperio romano, con autoridad para administrar justicia y juzgar en última instancia*". También, "*Comandante de la guardia pretoriana de los emperadores romanos*", con lo cual me explico la influencia que tenía la Iglesia todavía de su pasado romano y del latín.

Q.G.M.

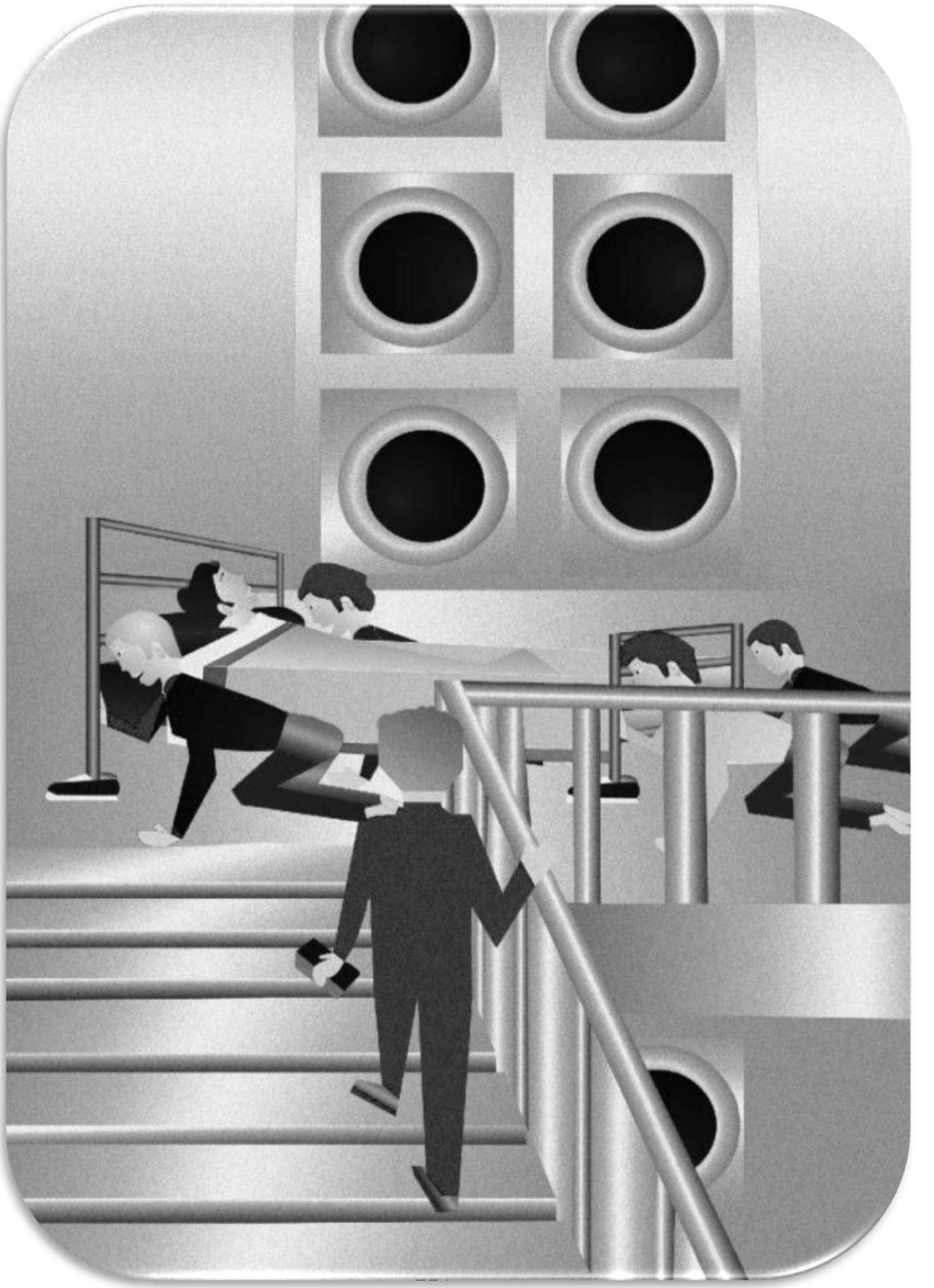
Parece ser que las ganas de bromas, tan sobresalientes en los primeros cursos, no se habían agotado. Fue José María quien contó que unos años antes habían hecho algo similar, ni cortos ni perezosos nos pusimos manos a la obra. Cogimos cuatro zapatillas y esperamos a que la víctima estuviese dormida. Colocamos con sumo sigilo una zapatilla debajo de cada pata de la cama. Con enorme paciencia fuimos deslizando la cama por el pasillo central hasta la puerta del dormitorio, con el fin de sacarla al vestíbulo, justo donde están los ventanales circulares. Felices, riéndonos, sin hacer ruido, conseguimos deslizar la cama y dejarla casi en el vestíbulo. Ya habíamos pasado casi toda la puerta del dormitorio. Justo entonces nos pilló don Francisco Tejeda. Imagino que debería contener la risa.

–¿Qué estáis haciendo?– preguntó con tono serio.
–Nada…
–Llevadlo al dormitorio y vestíos.

No recuerdo si dimos dos, tres, cuatro o diez vueltas a los campos de fútbol. Después fuimos al estudio. Estudiamos poco, pues ya era muy entrada la noche, sentimos un cierto orgullo a la vez que temor por la broma, que no habíamos terminado de hacer, porque el final de la misma consistía en despertar a la víctima en medio del vestíbulo.

–Ya hablaremos. A dormir –nos indicó don Francisco.

No hubo más consecuencias, salvo la honrilla de tener una anécdota más para contar; y estoy seguro de que don Francisco continuaría rezando con el grueso libro de oraciones que llevaba en la mano, y sonreiría. Nos había pillado *in fraganti*.



Práctica deportiva y competiciones

A.C.M.

Éramos ciertamente unos privilegiados porque disponíamos de uno o dos campos para cada curso, en función del número de alumnos. De hecho, cuando pasé del Seminario a Salesianos, en quinto de bachiller, éste fue sin duda uno de los muchos contrastes que me encontré. En efecto, en Salesianos había un campo para todos los cursos, tanto de bachiller como de formación profesional y era habitual que en los recreos hubiese de 3 a 5 cursos, y por lo tanto igual número de balones yendo de un lado para otro, jugando simultáneamente ¡Cómo no íbamos a tener añoranza del Seminario! Aunque nada más fuese por una cuestión de seguridad y confort.

Nunca destaqué en los deportes ni tenía ese espíritu competitivo salvo en los estudios y el trabajo, algo que he arrastrado hasta estos días. Sin embargo, recuerdo que al estar clasificado de "malo" y de no meter goles, tuve un pique al respecto con Cases, el repetidor, lo cual nos llevó a una competición sana. Todavía me acuerdo que nos situábamos los dos en el área del campo contrario, como halcones, prestos a recibir balones y tratar de meter goles. Lo cierto es que metí muchos goles, al igual que mi compañero de equipo y contrincante a la vez. En honor a la verdad, creo o más bien estoy convencido de que entonces no había las normas de "fuera de juego" actuales. Al menos a nuestro nivel no existían. Fue una experiencia muy satisfactoria.

Otros recuerdos que me quedaron grabados de los campos de futbol fueron:

- Allí pude ver las primeras demostraciones de aeromodelismo. Venían aficionados con sus aviones que funcionaban con gasolina (creo) y que, en vez de control remoto con mando a distancia, iban sujetos por una cuerda, al estilo de las cometas. ¡Qué bonito!

- El espacio disponible en los campos de futbol los hacía un excelente escenario para practicar la "Educación física" entendida como ejercicios en formación, casi castrenses, que alcanzaban su apogeo en las demostraciones que hacíamos a los visitantes el "Día de los padres". Teníamos un profesor que, como no podía ser de otra manera, era militar y lo de las formaciones, tendido prono, tendido supino, alinearse y demás era nuestro "pan de cada día".

- El rugby, ¡vaya novedad! Recuerdo que un día vino un señor mayor (igual era más joven que yo ahora) que había sido jugador de rugby, en Francia si no me equivoco, y actuó como entrenador formando algunos equipos. No tengo más detalles al respecto de un deporte que, muchos años después, reencontraría en Veterinaria, donde algunos compañeros de curso y gente más veterana hicieron "historia".

- Además del campo de futbol, había un foso con arena que nos servía para practicar alguna competición de atletismo. Por entonces el salto de altura se hacía "a rodillo" y había un alumno de cursos superiores que destacaba en esta disciplina y que entrenaba, asistido por D. Gonzalo. Al cabo de los años vimos como el estilo Fosbury pulverizaría todos los records anteriores. Otra evidencia o ejemplo de lo importante que puede ser la innovación, que me ha servido a lo

largo de mi vida para ser más flexible y abierto mentalmente. También hacíamos competiciones de atletismo, disciplina en la que no destacaba como puede observarse en la foto adjunta en la que López Crespo, de Almonacid de la Sierra me sacó una gran ventaja, a pesar de ser de peso y talla similar a la mía.

Compitiendo en la olimpiada de 1969.

Me viene otro vago recuerdo del club social para los cursos más avanzados que estaba situado nada más entrar por la puerta del ala noroeste, la que daba a nuestros campos de deporte. En efecto, una pequeña puerta daba acceso a unas escaleras descendentes que estaban situadas justo debajo de las amplias escaleras que daban acceso a la segunda planta. Allí se disponía de una zona con revistas y discos. Todo un lujo al alcance de los más mayores.

Q. G. M

En los primeros cursos del Seminario Menor estábamos divididos, por orden alfabético, en dos clases. Yo estaba en el grupo A, y todos los días salíamos a jugar. Los campos de fútbol debían de ser famosos en Zaragoza porque ocupaban una enorme extensión de terreno. Coincidían con los laterales del edificio. Teóricamente debería haber seis en el lado oeste; sin embargo, tal vez había solo cinco. Quizás los de quinto y sexto curso jugaban juntos… ¿puede ser que como se construyó el Colegio Moncayo, este hecho supusiera una reducción del número de campos de fútbol disponibles?

En el Seminario Mayor había un campo de fútbol muy grande, donde jugaba los domingos el *Atlético Bozada*. Y luego estaban los campos de minibasket que a su vez servían como pistas para jugar a balonmano. Respecto al minibasket, al principio creo que solo había equipos de alevines e infantiles, dos años más tarde hicieron el de juveniles.

En el deporte, sí que me creía de "los buenos"…tal vez es que tenía una enorme ilusión, con todo lo que la misma palabra pueda significar. Todavía recuerdo el color azul celeste de la indumentaria de los alevines de baloncesto. Pero si de los primeros años me acuerdo de algo verdaderamente impactante en deporte es de los jugadores de balonmano. Los que jugaban debían ser juveniles, porque a mí me parecían superhombres. Especialmente los disparos de Sauras, que hacían que el portero contrario se echase a temblar. Y todavía más impactantes eran sus lanzamientos que se estrellaban en la madera. El portero miraba para otro lado.

Cuando jugábamos entre nosotros siempre nos “pegábamos” con los de la clase B. Allí salían chispas, y si no que se lo digan a un compañero que se llamaba Ferrer, que era muy fuerte y tenía botas de fútbol. A veces cuando chutaba rozaban los tacos de sus botas de reglamento con las piedras y salían chispas de verdad. Yo estaba en su clase, así que era una garantía para que nos tuviesen cierto respeto.

Una de las escenas más dolorosas, y a la vez graciosas, fue aquella en la que un alumno se cayó con tan mala suerte que se dio con el coxis en una piedra. Tal y como tocó el suelo, se levantó y echó a correr por todo el campo. No sabía si reír o llorar. Supongo que por eso se le denominaba el hueso de la risa.

Muchos días los pasábamos jugando al ping-pong y al futbolín en el pasillo central que estaba justo detrás de los cristales circulares. Además, había salas de juegos de mesa.

Era estupendo ver jugar a fútbol a los alumnos de cursos superiores. Parecían tener una fuerza increíble, especialmente cuando se escuchaba el impacto del pie contra el balón. Había una liga en la que se hacían equipos mezclando distintos cursos… Nuestra vida era estudiar, rezar y jugar al fútbol.

También se formó un equipo de rugby, tal y como apunta A.C.M. Me apunté, todo era muy bonito hasta que un día fuimos a jugar a la ciudad universitaria. Después de recibir golpes en los hombros en una simple melé, lo dejé. Se me quitaron las ganas de participar. Si no me falla la memoria, Miguel Casanova perteneció unos años al mismo. La única vez que participé en la pista de atletismo de la universidad, en cuatrocientos metros, le pedí prestados los maripís a mi amigo Gallizo, que era el compañero más próximo del dormitorio. Cuando apenas

llevaba cien metros corriendo, una de las zapatillas se partió por la mitad. Y claro, luego se las devolví destrozadas. Le pedí disculpas… pero ¡qué más podía hacer! Recuerdo la cara que puso al devolverle las zapatillas destrozadas. Menos mal que él debía ser "rico", a juzgar por las galletas napolitanas que siempre le traían sus padres.

Respecto a nuestros adversarios de fútbol de la clase B, parecía que había bastantes de Zaragoza capital… o es que cundían mucho. En cierto modo, al principio parecían un tanto niños mimados y repipis. Eso sí, a la hora de pedirle a Sánchez G.los tebeos del *Ojo de Zoltec*, nos hacíamos amigos y olvidábamos las rencillas y los patadones que nos propinábamos en cada recreo. Al día siguiente se iniciaba la refriega de nuevo, a correr, a dar patadas al balón y a lo que no era balón. Es curioso que, en aquel primer año, el compañero Sánchez G. era un tanto regordete y su madre siempre le traía galletas. También decían que tenía una hermana que estaba muy buena. Luego cambió mucho, dio clases como voluntario y llegó a ser un activista social. La vida es extraña, cuando vivimos el presente apenas si nos damos cuenta de los demás. Pero pasados cuarenta años, las imágenes que albergamos en nuestra memoria nos llenan de emoción y alegría. Es la trasmutación que ejerce nuestra mente.

Por entonces comenzó a haber muchos cambios en el Seminario, aunque para nosotros que éramos niños no se percibían como tales, pues era lo único que conocíamos. Así, poco a poco comenzaron a dejarnos salir los domingos por la tarde, luego nos permitieron ir a comer a casa de algún amigo de Zaragoza, y posteriormente ya nos pudimos ir de fin de semana al pueblo.

La foto de equipo previa al partido. ¡Cuánta ilusión reflejan esas sonrisas!

Equipo constituido por alumnos de la clase B.

"El dream team" ¡Vaya alineación de lujo! Foto sustraída de un panel anunciador del evento. Los compañeros organizadores todavía la están buscando. Perdón.
Gay, Albesa, Vicente, Bolea, Cobos, Gisbert, Casanova, García, Pola, Simón y Melús.

Arriba: equipo de Balonmano. Don Plácido, Don Gonzalo, Gisbert, París, Bernal…Campeones provinciales infantiles. Abajo: Partido de fútbol de tutores reforzados por Pola, Cobos, Cebollada, Melús y Quintín.

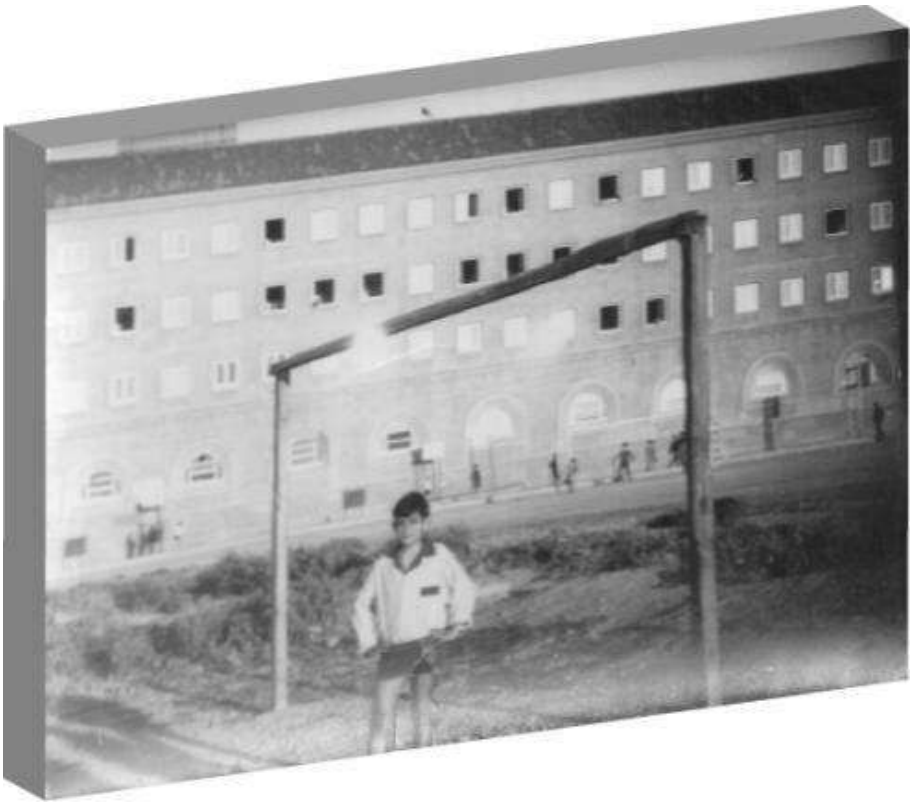
J.B.B.

Además de las clases, también eran muy importantes los juegos, especialmente el fútbol donde cada curso teníamos un campo, y eso era una especie de lujo; aunque a mí, a pesar de que me gustaba bastante y venía del pueblo sabiéndome de memoria casi todos los jugadores de futbol de cada equipo de primera división, ya que se había puesto de moda un álbum de los futbolistas que salían en cada una de las tabletas de chocolate de la marca "Hueso" , me pareció que los curas se pasaban un poco con ese deporte pues jugábamos a todas horas: en los recreos de por la mañana, por la tarde y los fines de semana, en una liga que se hacía entre los chavales de los diferentes cursos.

Siempre intuí que los curas utilizaban ese deporte para que estuviéramos evadidos "de otras cosas". Yo de todas formas me lo pasaba bien.

Luego había otros deportes para mí totalmente nuevos, como el ping pong, al que jugábamos en las mesas instaladas en un pasillo ancho entre los dos jardines interiores que había en el edificio.

Me llamaba mucho la atención y jugaba, aunque no conseguí destacar quedándome en un jugador del montón.



Arriba: Jesús Benito en su primer curso. Abajo en las canchas de minisbasket-balonmano.

P.J.V.G.

Participé en casi todos los deportes que se practicaban en esa época en el colegio, unas veces por gusto y otras porque me obligaban a participar en nombre del Seminario (supongo que si presentaban una cantidad determinada de atletas o equipos recibirían alguna subvención). En estas últimas no rendía nada: me apuntaban sin entrenar, por ejemplo, en el cross de Ciudad Jardín. Llegué. Otra vez me llevaron a la Universidad Laboral en Santa Isabel y tuve que lanzar disco y hacer un relevo (el último). En la recta final tiré el testigo y se acabó. Jugué al mini básquet en alevines y recuerdo algún partido en el colegio de Marianistas, actualmente palacio de Larrinaga. A fútbol, de portero: malo, malo... y además algún partido lo jugué sin gafas y no veía nada. También participé en balonmano donde jugaba de central y creo que ahí sí que era algo mejor: tengo varios partidos en mente por ejemplo contra Dominicos, en casa (me pegaron un balonazo en el estómago que me dejó sin respiración); contra La Salle (de la plaza S. Francisco) del Hermano Adolfo; contra Corazonistas de Paseo La Mina, con los que perdimos la final de alevines de la provincia: en nuestra casa empatamos y en su campo nos ganaron de varios. Luego pasé a juveniles, pero no di la talla. El entrenador de los alevines era D. Plácido y aún recuerdo alguno de sus entrenamientos: nos hacía saltar sobre unas banastas de fruta y tirar desde el medio del campo para coger potencia.

Tengo presente el equipo de rugby “educativo”, el del pañuelo en la parte de atrás del pantalón, y especialmente un partido en “Entrerríos” (campo del histórico Arenas) en el que marqué un ensayo y eso era muy difícil porque jugaba de melée.

Arriba: uno de los equipos de fútbol de los alumnos ingresados en el curso 1965-66. Remitida por Calvete. Abajo: olimpiada de atletismo.

M.C.M.

En 1969 el equipo de rugby del Seminario categoría infantil (13-14 años) se había quedado campeón de Aragón de los juegos escolares.

En ese equipo jugábamos cuatro alumnos de nuestro curso: Arrieta, Pola, Gay y yo. Éramos de tercero, los otros eran de cuarto y quinto. Al mando de D. Plácido, fuimos a Madrid a jugar el campeonato nacional. Nos quedamos los terceros de España y nos trajimos una medalla de bronce; el oro lo ganó Gijón.

Estuvimos seis días hospedados en el INED (instituto nacional de educación y deportes), en unas instalaciones recién hechas, disponíamos de habitaciones dobles con baño y el comedor era a base de buffet libre, donde te podías encontrar con deportistas nacionales olímpicos.

Por ejemplo, en el desayuno coincidimos todas las mañanas con el aragonés Garriga, campeón de España de salto.

Yo jugué muy poco, no fui titular ningún partido solo entraba a jugar en segundas partes y no todos los partidos; Arrieta y Pola sí que eran titulares. Jugábamos con el pañuelo colgando detrás.

El año anterior nos había entrenado un personaje muy particular que no sé como apareció por el seminario. Era un francés exiliado de la guerra de Argelia (según D. Plácido), ya mayor, que nos enseñaba a pasar el balón ovalado de rugby, y recuerdo que cogiendo el balón su expresión más frecuente era "***comme ça, comme ça***". Mi carrera de jugador de rugby acabó en los juveniles del Seminario.

Equipo de Rugby. Medalla de Bronce en el XXI campeonato escolar en Madrid.

J.B.B.

Otra de las actividades a las que también se le daba bastante importancia era la gimnasia, normalmente la clase obligatoria de gimnasia se hacía en el recreo de por la tarde. Íbamos en chándal, de colores verde y amarillo, de un tejido parecido al algodón, fabricado por La Almunia Textil.

Había un profesor que era militar y venía a darnos la clase, no puedo precisar en qué curso, pero sí que era en los primeros. Era el típico militar de aquella época, con bigote; nos hablaba de su vida en el cuartel, debía de ser capitán, y nos decía con bastante chulería que a él su coche, creo que era un Seat 1430, un buen coche para aquella época, **se lo lavaban**: o sea que él no lo lavaba, con lo que ya nos podíamos hacer una idea de cuál era su categoría.

Realizábamos el típico ejercicio sueco, que se hacía por tablas, a la voz de uno dos, uno dos…, pero también se practicaba mucho el salto de los aparatos: caballo, plinto, potro, que se colocaban bien aislados, de uno en uno, o pegados uno con otro longitudinalmente. Los aparatos eran una verdadera tortura para muchos y era obligatorio saltarlos o por lo menos intentarlo. Al final se ponía una colchoneta de espuma por las caídas, el profesor se ponía al lado, pero aun así y sobre todo con nuestra estatura daba miedo. A mí personalmente la gimnasia se me daba muy bien, era pequeño de estatura, pero tenía mucha agilidad y me seleccionaron para el equipo de *élite* que se formó. Para el salto de los aparatos tampoco tuve problemas, aunque reconozco que me daban un poco de miedo, sobre todo cuando colocaban los tres aparatos seguidos, con lo que había que tomar bastante carrera, dar un salto encima del trampolín para salir despedido y tener la habilidad de dar dos golpes de apoyo con las manos para saltar los tres.

En los saltos se daban auténticas escenas de comedia, cuando algunos no se atrevían y se hacían un lío con todo tipo de caídas, sobre todo los que estaban un poco sobrados de peso.

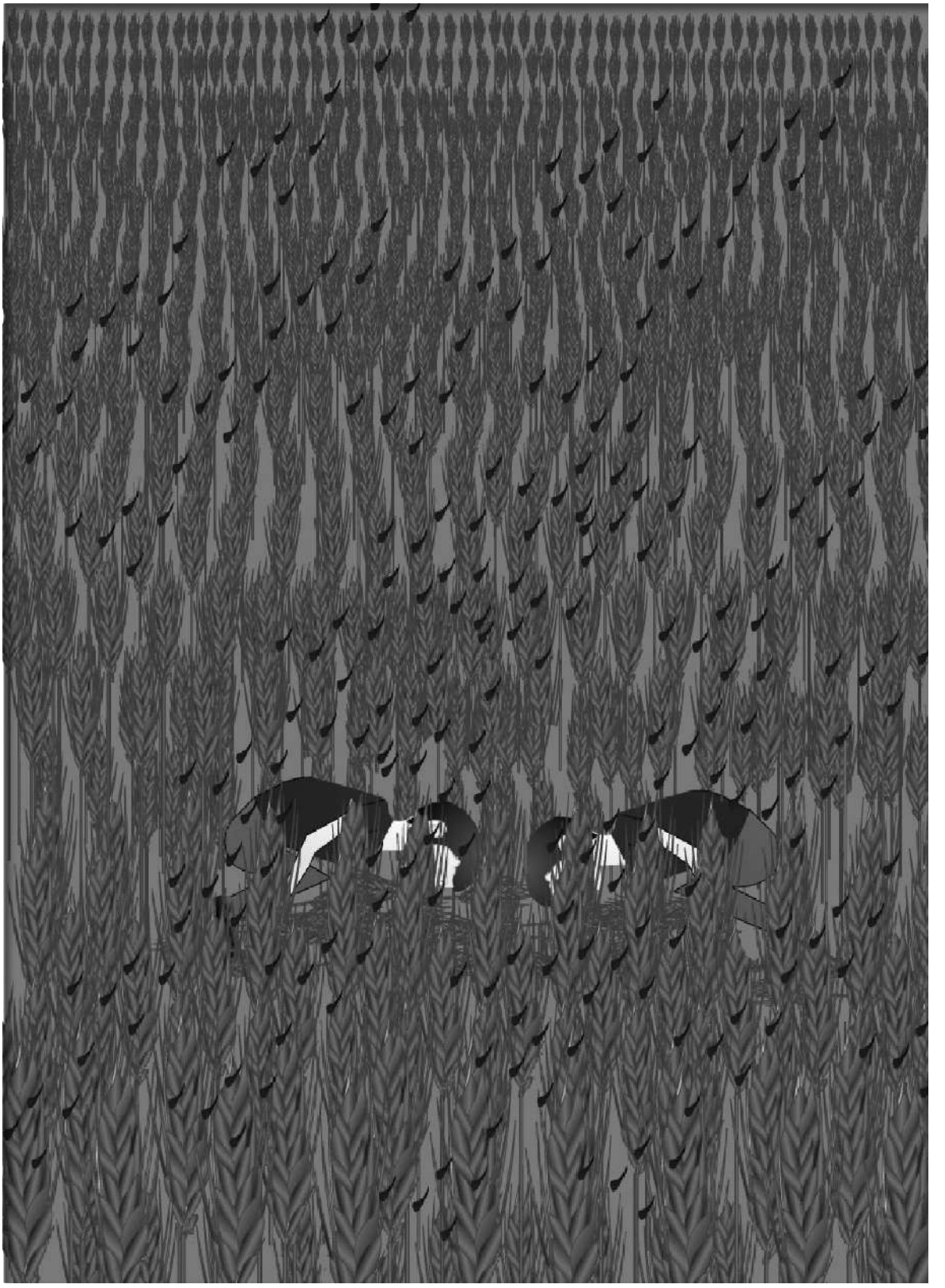
Otra actividad que se me daba muy bien eran las carreras de velocidad cortas, los 100 metros lisos y los saltos de longitud. En velocidad casi no tenía rival y en longitud a pesar de mi estatura también era bueno. Recuerdo que con 11 años saltaba los 4 metros, y esa marca se me ha quedado grabada, porque me seleccionó, D. Gonzalo, para unos juegos de atletismo que había en la que se competía entre Colegios en la Ciudad Universitaria. Para ello estuve entrenando durante un tiempo, por iniciativa de D. Gonzalo, salto de longitud, triple salto y carrera de 100 metros. Practicaba yo solo, apartado de los demás, pues nadie me dirigía.

Teníamos un foso de arena y unas marcas con la longitud puesta, lo hacía en la hora de los recreos. Recuerdo que la prueba en la Ciudad Universitaria era en primavera, en el último trimestre, sobre el mes de mayo. Llegó el día, y me sentía psicológicamente bastante intimidado por la responsabilidad que se me venía encima, pues, junto con otro compañero, éramos los únicos que íbamos a representar al Seminario. El otro compañero era de un curso superior, pero no tuve contacto con él hasta que llegó el día.

Al otro le pasaba exactamente lo mismo que a mí, se sentía muy asustado con la responsabilidad que se nos encargaba, pues D. Gonzalo era muy exigente y el prestigio del Seminario en las competiciones deportivas con otros colegios había que dejarlo bien alto. Pero tampoco nadie nos preparaba ni física ni psicológicamente para la prueba y era la primera vez que competíamos con público.

Cuando llegamos a la Ciudad Universitaria, efectivamente las gradas estaban llenas de gente y a los dos nos ocurrió curiosamente el mismo fenómeno “nos dolían las piernas” no nos explicábamos por qué, pero tenía una fácil explicación, estábamos atemorizados. Participamos en las pruebas, 100 metros lisos, salto de longitud, triple salto, pero nuestras marcas, tanto las mías como las de mi compañero fueron de lo más normales, no sobresalieron para nada. Además, la gente que había cuando competimos en plan individual, nos animó, pero no sirvió de nada, yo no me sentía bien y el otro tampoco.

Nadie nos había preparado. D. Gonzalo, que nos había acompañado, se cabreó con nosotros y en una de esas reacciones que tenía nos dijo que nos volviéramos solos al Seminario que él se iba. La Ciudad Universitaria no estaba lejos, pero al volver recuerdo que nos sorprendió una fuerte tormenta por el camino. Llovía mucho y había fuertes truenos, volvíamos por lo que es ahora el barrio de La Romareda, que por entonces eran campos todavía y recuerdo que para guarecernos de la tormenta no se nos ocurrió otra cosa que meternos en un campo de trigo y echarnos largos intentando protegernos con las espigas que ya estaban muy altas. Llegamos completamente *chipiados*, pero nadie nos hizo ni puñetero caso y ahí acabó la historia. El atletismo, todavía no había llegado a cuajar en el programa, una pena…



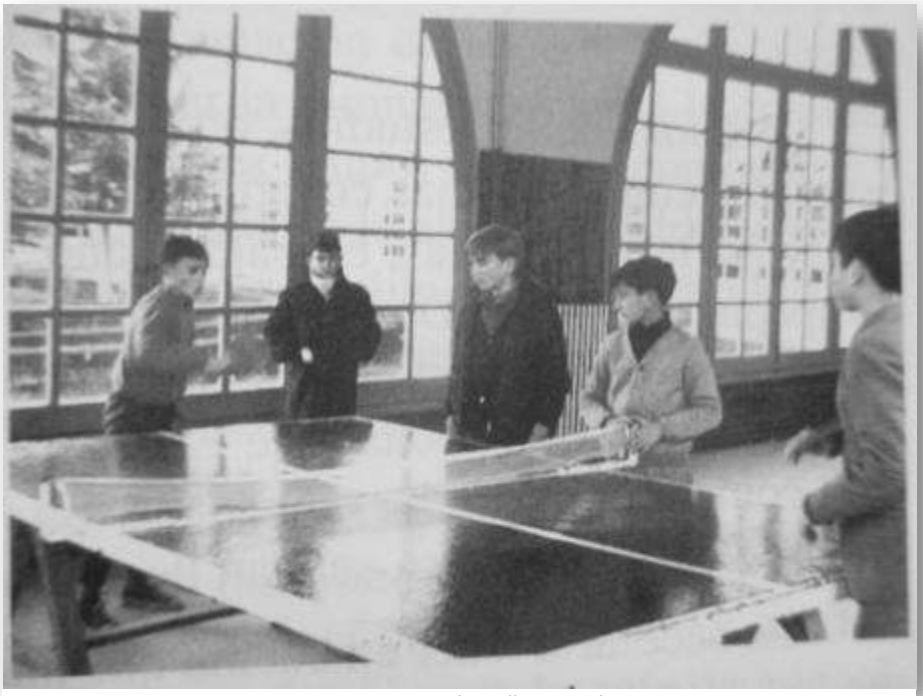
A.C.M.

No recuerdo disfrutar mucho del deporte ni de la educación física, tal y como estaba planteada. En realidad, nunca me sentí especialmente dotado para el fútbol, que era y sigue siendo el deporte dominante. Por esa razón, disfrutaba del deporte de equipo, pero no me sentía realizado. De ahí que nunca fuera seleccionado por no destacar.

Por otra parte, físicamente no era muy fuerte por estar en pleno crecimiento y ser de constitución delgada. Recuerdo que pasé por una etapa en que, jugando a basket, de repente me fallaban las piernas y me caía. Mi padre me llevó a una consulta de un curandero en la Ciudad Jardín y me hizo unas manipulaciones muy dolorosas. Afortunadamente no fue nada grave. Decían que eran "creces" y como vinieron se pasaron. Tal vez tuvo que ver algo con ello que, en una ocasión, jugando con mis primos a saltar desde el suelo a la plataforma de un remolque (con los laterales bajados, por supuesto), en uno de los intentos fallé y me di con las rodillas en el borde de la plataforma. Fue muy doloroso, pero tampoco tuvo consecuencias, al menos de inmediato.

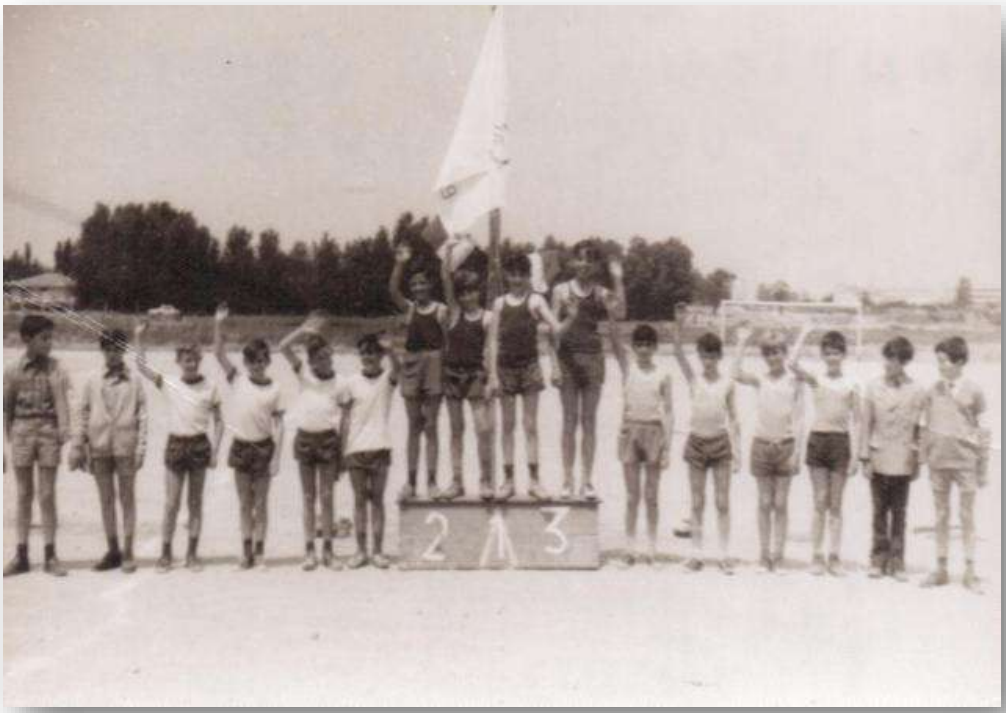
El salto de los aparatos me daba al principio cierto respeto, pero lo superé y no se me daba mal, sin llegar a hacer virguerías. En cuanto a la carrera anual de la Ciudad Jardín, recuerdo vagamente haber participado en una, con ilusión, pero sin intención de ganar, por supuesto. Lo cierto es que por aquel entonces el fondo o la resistencia tampoco eran lo mío. Ahora me viene a la memoria haber participado en voleibol. Tengo un vago recuerdo de haber jugado en un colegio próximoal hospital Miguel Servet, el colegio de Huérfanos de Magisterio, y no se me daba mal, pero tampoco llegué muy lejos. Otro deporte que practicábamos con cierta asiduidad era

el ping pong o tenis de mesa, pues disponíamos de varias mesas en el Seminario. Era divertido y yo no era malo, pero tampoco destacaba. Recuerdo, además, que había una piscina en el Seminario; pero durante el curso no hacía temperatura ni había tiempo para disfrutarla; aunque también tengo un vago recuerdo de haber nadado en ella, quizás en junio. En definitiva, sin sentir aversión por el deporte tampoco fui un forofo; aunque creo que lo supe disfrutar en su justa medida. Para mí, el objetivo era otro, no cabe duda. Además, en los estudios me sentía seguro, ya que sacaba buenas notas, lo cual venía favorecido por el tiempo que dedicábamos a estudiar y mi motivación por los éxitos académicos. Otro aspecto importante en esa edad, sin duda, eran las relaciones sociales y de amistad que van forjando tu personalidad, y creo que puedo presumir de que nunca me faltaron amigos; aunque no fuese lo que se dice un líder sino más bien un gregario.



Ping pong en el pasillo central.

Entrega de trofeos en la olimpiada-relevos.



Olimpiada escolar: arriba: campeones modalidad individual 60 m lisos. Abajo: campeones 1500 m.

Q.G.M.

El dicho *Mens sana in corpore sano* se ponía en práctica en el Seminario. Creo que el deporte era uno de los tres ejes principales de la educación que recibimos muchos niños. Es decir, la formación religiosa, los conocimientos académicos supervisados y convalidados por el Instituto Goya, en nuestro caso, y el deporte, principalmente fútbol, balonmano, minibasket, después basket y rugby.

En mi caso, el atletismo se limitaba a la participación una vez al año en una carrera que se hacía en la Ciudad Jardín. Nos ponían un dorsal y comenzábamos con ilusión la carrera. Ilusión que duraba tres segundos cuando veías que la gente salía disparada y te quedabas rezagado.

Sin embargo, los partidos de fútbol eran importantísimos: eran como el oxígeno que me permitía estudiar. Creo que en la vida siempre necesitamos una actividad paralela de diversión física, sentimental, mental o espiritual que nos ayude a cumplir con las obligaciones sociales, laborales y familiares. Y durante mi estancia en el Seminario, el deporte fue sin lugar a dudas una estupenda y deseada actividad. Echar a correr, regatear a uno, dos o tres, y luego pasarla o chutar a puerta era verdaderamente satisfactorio. Estaba deseando que terminase la clase o el estudio para acudir al campo asignado a nuestro curso y darle al pelotón.

Como norma general, la educación física contaba como una nota más. Y como me gustaba sentir el cuerpo activo, siempre conseguía un notable. Estaba orgulloso de mi habilidad, que en realidad era relativamente normal, pero que me hacía destacar desde mi punto de vista infantil. Pensamiento inocente que siempre me ha caracterizado hasta muy adentrada

la madurez; y que me ha salvado de algunas calamidades, como puede ser el desencanto demasiado precoz que atormenta a aquellos que se anticipan a su tiempo. Creo que siempre fui muy niño.

En gimnasia saltábamos el potro, el caballo y dábamos la vuelta en el plinto. En fin… yo no era como esos que se quedaban clavados sin ser capaces de dar la vuelta completa.

Una tarde que todavía no habían recogido el caballo y el trampolín, que como norma general no utilizábamos, inicié la carrera con intención de exhibirme y demostrar a los escasos casuales espectadores qué buen atleta era yo.

Ocurrió que me lancé con tanto ímpetu que salté sobre el trampolín y volé por encima del caballo sin poder apoyarme con las manos. El batacazo fue terrible, me partí por la mitad los dos dientes delanteros más grandes.

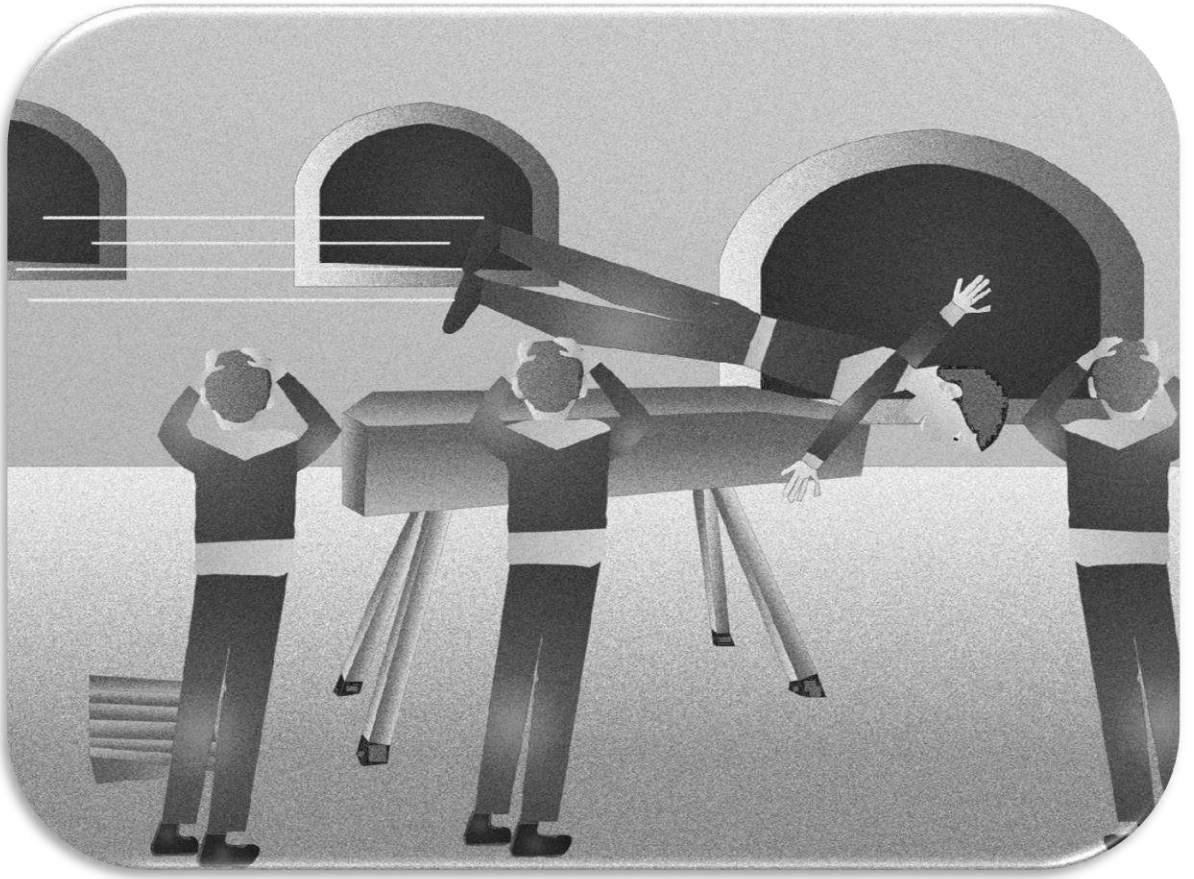
Después de pasarlo muy mal durante unos días, tuve que ir al dentista en varias ocasiones, me quitaron los nervios, y parecía que todo se había arreglado… si no hubiese sido porque, por si había que pagar algo al final, no fui a la última consulta.

La parte provisional interna duró un tiempo, se pudrió por no estar bien empastada y tuvieron que arrancarme los dos dientes. Posteriormente ya se sabe, hubo que poner dientes postizos, adelgazando las piezas que eran utilizadas como soporte… etc. Todavía a mis sesenta y cinco no se ha terminado el tema. Hace poco me desvitalizaron otros dos dientes donde se apoyaba el puente, y me pusieron varios implantes. Casualmente a escasos quinientos metros de donde me los rompí.

Así pues, el excesivo orgullo deportivo me costó varios meses, mejor dicho, años de sufrimiento. Aunque es verdad que sin un motivo interior los seres humanos no haríamos nada, por excesivo orgullo deportivo pagué un precio.

Participar en un equipo, disfrutar del compañerismo, y si además destacas un poco y recibes alguna felicitación, es verdaderamente bueno para nuestro desarrollo espiritual.

Ciertamente, nuestra autoestima se va viendo reforzada a lo largo de la vida, gracias a los pequeños reconocimientos que otros hacen de nuestros actos. Con el tiempo es suficiente sentirse uno más del equipo, disfrutar de una buena cerveza y compartir unos cuantos chistes… pero esa es otra historia… de jóvenes de C.O.U.



J.B.B.

El siguiente deporte con más prestigio, después del fútbol, que como he dicho era el primero con diferencia, era el balonmano.

En el curso 1965-1966 nos llevaron a ver un partido en el que jugaban dos equipos de primera división y que me impresionó bastante. Era un domingo por la mañana, en invierno, jugaban en el Colegio Maristas, me parece que los de la calle San Vicente de Paul.

No sé por qué nos llevarían allí, supongo que para que nos aficionáramos a ese deporte. Jugaban el Barcelona y otro equipo llamado Ademar Tusa, creo que era de León; la verdad es que nos impresionó bastante lo bien que jugaban, con la fuerza que tiraban el balón. Durante el partido se organizó una trifulca entre los jugadores y también entre parte del público. Suspendieron momentáneamente el partido y por los altavoces dijeron "*se suspende por unos momentos el partido hasta que llegue la fuerza pública*". Era un niño y no entendía qué era eso de la "*fuerza pública*", hasta que pronto encontré la explicación cuando al rato vi que entraron unos cuantos policías; al momento todo se calmó y siguió el juego. Aún recuerdo el nombre de un jugador del Barcelona que le llamaban Medina, era uno de los mejores. Creo que ganó el Barcelona. Para nosotros fue toda una experiencia ver ese partido, sobre todo por el ambiente de público que había, eran personas mayores y nosotros estábamos acostumbrados a la gente de nuestra edad.

El balonmano era un deporte que daba mucho prestigio al Seminario entre los Colegios de Zaragoza, ya que entre ellos se organizaba una liga.

Había jugadores muy buenos en el Seminario, y cuando había partido con otro colegio de fuera era un espectáculo. Venían muchos aficionados del otro colegio, a los que había que añadir los que estábamos allí internos.

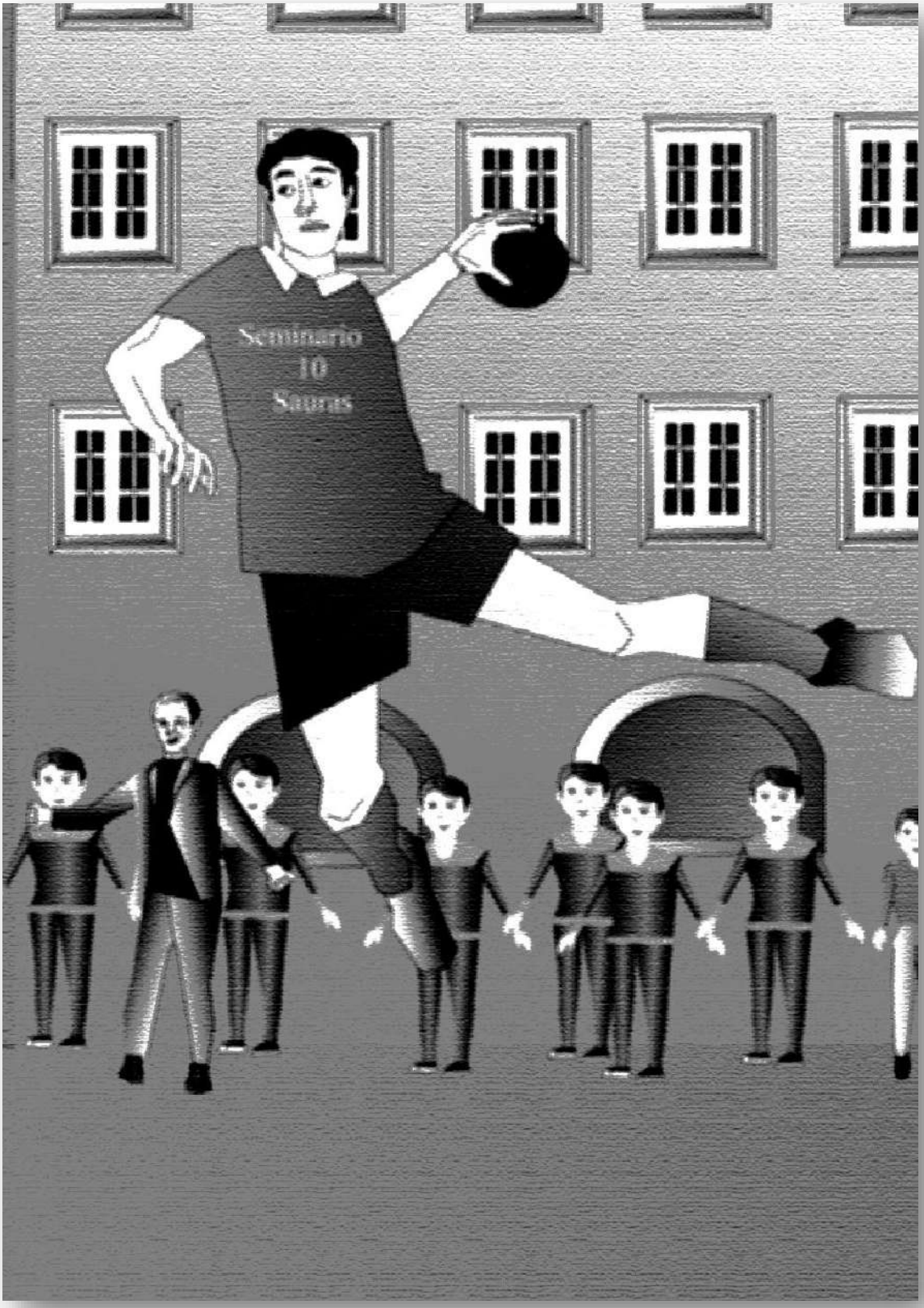
Sin duda el partido que más expectación levantaba era Seminario-Dominicos o viceversa. Todo un clásico que se podía comparar con los partidos de futbol Barcelona-Madrid, pues eran los dos equipos mejores. Al frente del Seminario estaba D. Gonzalo, con un fuerte carácter y genio, y al frente de Dominicos un fraile que era la copia de D. Gonzalo. En el transcurso del partido, los gritos tanto de uno como del otro, por la actuación del árbitro o de los jugadores, eran otro espectáculo porque se llamaban de todo, incluso llegaban a los "*tacos*", porque perdían el control y eso en aquella época y salido de la boca de un cura o un fraile, era casi un escándalo que a nosotros nos divertía mucho. Los de dominicos nos cantaban canciones y nosotros les respondíamos. Cuando jugaban en su campo, nos desplazábamos a su colegio, ubicado en la Pza. de San Francisco, y eso aún nos gustaban más, porque así salíamos y a D. Gonzalo le interesaba que cuantos más fuéramos mejor. Eran unos buenos partidos de balonmano con un nivel muy alto. De nuestro equipo había un jugador buenísimo que se llamaba Sauras. Era mucho mayor que nosotros, y destacaba en todos los deportes.

Los partidos de futbol entre Colegios también eran un buen espectáculo y se jugaban con mucha frecuencia. También los de baloncesto. Era sobre todo el ambiente que se formaba y la gente que venía de fuera lo que más nos gustaba.

Los domingos por la mañana, también venían equipos de fuera a jugar en los campos de futbol que teníamos, eran equipos de gente mayor que jugaban ligas y pasábamos las mañanas viéndoles jugar.

Cuando venía a verme mi padre, un domingo cada quince días, le gustaba mucho y nos entreteníamos viendo el partido. Luego por la tarde salíamos a dar un paseo por lo que ahora es el barrio de la Romareda y que entonces eran solares preparados para su construcción, pero en los que aún no habían empezado las obras. Muchas veces mi padre me recordaba, unos años después, cómo habíamos visto nosotros esos terrenos sin construir y cómo estaban después con el barrio ya hecho. Entonces, como digo, paseábamos por allí porque las aceras ya estaban hechas. Eran tardes de domingo y mucha gente iba y venía por esas aceras con el transistor en la oreja oyendo la retransmisión de los partidos de fútbol, donde también se hacía referencia del *Marcador Simultáneo*, que reflejaba el resultado de todos los equipos y que los radio-aficionados al balón-pie de los años 60 escuchaban con suma atención, comprobando continuamente su boleto de la quiniela.

Imagen extraída de la página web www.museozaragocista.blogspot.com


Seminario
10
Saurus

Fernando Seral
y José Luis Pola
en la
Ciudad Universitaria.

José Luis Pola,
en pleno esfuerzo.

Seminaristas jugando en el Kolbe: Albesa (arriba), Melús, Arbués y Pola (abajo).

Tangana en el campo de fútbol
Q.G.M.

La última vez que vi jugar a José Luis Pola a fútbol, fue en el campo del Seminario Mayor. El partido fue contra la Institución Virgen del Pilar, donde jugaba un joven de mi pueblo, Mariano Blasco, quien posteriormente militó en las filas del Aragón. Esos partidos solían ser broncos. José Luis tenía una gran fuerza en el disparo y estaba muy desarrollado para su edad, de tal manera que jugaba con los mayores. En las porterías no había redes; uno de los nuestros chutó desde lejos y el balón pasó rozando el larguero. A pesar de que me pareció que había sido por fuera (estoy seguro), grité *gol*. El árbitro pitó gol. Los de la Institución rodearon al árbitro y ya no recuerdo más… Tal vez terminó el partido… quizás el árbitro lo dio por terminado… Es una acción de la que me arrepiento muchas veces… Probablemente otros más lo gritaron, pero aquello no debería haber ocurrido.

La biblioteca y el salón de juegos

A.C.M.

Recuerdo la sala de juegos y pequeña biblioteca llena de las novelas de Zane Grey, algo que me hizo comprender mejor a mi hermano mayor que devoraba las novelas de Marcial Lafuente Estefanía.

Creo que en esa biblioteca estaba también la colección de los 5 de Enid Blyton, todo un tesoro. Y ya que estamos con la lectura infantil, me gustaría citar algunos de los libros que nos hicieron leer o al menos nos recomendaron en clase de literatura:

- *El viejo y el mar* de Ernest Hemingway
- *La perla* de John Steinbeck
- *La vida del Buscón* de Francisco de Quevedo
- *Poemas*

Por otra parte, estaban muy de moda por entonces los libros del Padre Martín Vigil, jesuita. De sus obras, las que yo leí en su día fueron *La vida sale al encuentro* y *Los curas comunistas*. Creo que debería revisitarlas. Leo en Wikipedia que "falleció sumido en el olvido". Vaya en estas líneas un homenaje póstumo a ese escritor y maestro.

Mención especial en mi caso merece el libro de Juan el Presbítero *Te vas haciendo hombre* al cual haré referencia en otra parte de este libro correspondiente a unos hechos que marcaron mi vida y que, por esa razón, hemos utilizado en parte como título de esta obra.

Q.G.M.

En uno de los pasillos de la planta baja, cerca de la torre del Seminario, estaba la biblioteca oficial, de la que falta un libro de francés que ahora está en mi casa, pero en la segunda planta, junto a las aulas, había un salón en el que se formó una pequeña biblioteca con libros de aventura.

El simple hecho de recordar la librería juvenil del Seminario, provoca que aparezcan en mi mente las historias de Zane Grey y a alguien con un libro debajo del brazo. Ahora es sacerdote, José Gracia. No recuerdo a otro alumno más aficionado a los libros, que seguro los habría. Él se llevaba la palma. Todavía veo su imagen con el libro y unas zapatillas completamente limpias. Quizás me sorprendía, pues yo debía de llevarlas destrozadas de estar jugando durante todos y cada uno de los recreos al fútbol.

Supongo que leí algún libro. No debía ser mi fuerte por aquella época. Bastante tenía con estudiar los que nos proponían en clase de literatura.

Ahora me viene a la memoria el libro que leí dos veces aquel año: *Cómo tener éxito en la vida*. No recuerdo el autor. Me gustaba el color reluciente de sus tapas, era bello. Parece ser que algo no funcionó, porque a pesar de estudiarlo y trabajar cuarenta años, sólo he llegado a ser de clase media-baja. Tendré que leerlo otra vez para ver si consigo ser millonario en la próxima reencarnación. Don José María Esquirol, nuestro tutor de segundo, bajó a la sala su tocadiscos y los vinilos de Karina, Raphael y otros. Había también juegos de mesa. ¡Qué extraño! a mí el que más me gustaba era *El Palé*.

Hasta tal punto disfrutaba del mismo, que un ‘puente’ del Pilar decidí quedarme a jugar una partida entera, de cuatro o cinco horas, y no ir a ver a mis padres. Cuando vieron que no iba a casa, llamaron al Seminario para que fuese al pueblo.

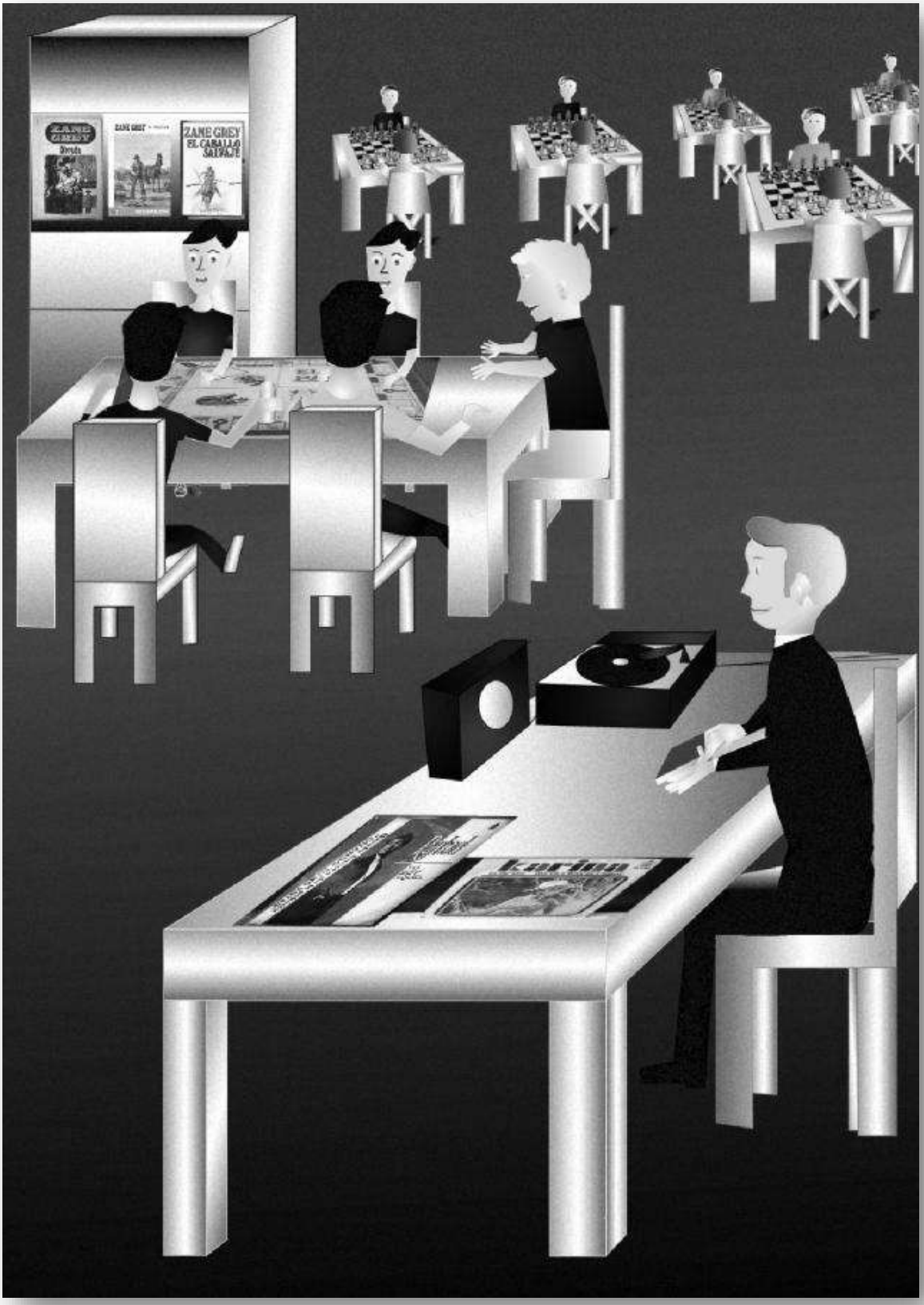
Por entonces algunos niños íbamos con los calcetines y la ropa zurcida, merendábamos en nuestras casas pan con aceite y azúcar o pan con vino y azúcar (paparruchas). Algunos en el pueblo todavía iban con albarcas y sin calcetines.

No era de extrañar que me hiciese ilusión ser rico y comprar el *Paseo del Prado*, que debía de ser de las calles más caras del Palé. No obstante, el ideal de Cristo, su pobreza y su amor eran realmente las ideas que iban ocupando mi corazón de niño.

Pero aquel monaguillo, niño místico y travieso que había asegurado a su amigo del pueblo, el seminarista Gonzalo, que sería sacerdote, iría acrecentando el tamaño del gigantesco obstáculo que se interpondría en su decisión final: el misterio del amor a una mujer.

Haciendo memoria…ahora sé por qué me acuerdo de José Gracia con un libro en la mano y sus zapatillas limpias. Las llevaba desatadas, aunque totalmente pulcras.

Pero si alguien se llevaba la palma en llevar los cordones sueltos, era Clemente, el rubiales travieso de Tauste.


ZANE GREY
ZANE GREY
EL CABALLO SALVAJE
Karlan

Música y teatro

J.M.F.A.

Aparte de los deportes también podíamos emplear el tiempo libre en otras aficiones, como ajedrez, lectura, y música que era lo que a mí más me gustaba. Siempre he sentido cierta decepción de no haber tenido la suficiente perseverancia para dedicar mi vida a ella. Pienso que por aquel entonces tenía buena voz y buen oído y enseguida estuve en el coro con Miguel Ángel Cobos, que venía de los infanticos y cantaba muy bien. Creo que fue él quien me enseñó los primeros acordes de la guitarra. Me veo a mí mismo, inmerso y feliz, en el coro, con D. Tomás tocando el órgano y nosotros cantando. Incluso recuerdo vagamente el haber participado en una grabación que hicimos en la iglesia de San Antonio de Torrero, junto con los infanticos del Pilar, de piezas para la Semana Santa. Y me pregunto ¿qué habrá sido de aquello? Pronto aprendí algunos acordes con la guitarra junto a algunos compañeros también interesados como Quintín, empeñados todos en sacar las canciones de moda de aquellos años, en los cuales estaban saliendo grupos de música increíbles, al menos a nosotros nos lo parecían, los Beatles, Rolling, Credence Clearwater Revival, Animals, Birds, Deep Purple, Iron Butterfly, Pink Floyd, King Crimson etc., además de los españoles que estaban triunfando en esos días. Conseguir sacar algunos acordes de las canciones de estos grupos era una gran satisfacción. Había un compañero de un curso o dos inferiores al mío, Carlos Satué, que tenía enorme interés en aprender a tocar. *Biografía de Carlos Satué: https://www.carlossatue.com/Bio/Biografia.htmhttps://gloria.tv/post/4JboWLRH8AgrAFyzZYGAkLBUL*

Tenía grandes facultades, mucho entusiasmo y se le daba muy bien la música. Aprendió enseguida y pronto nos estaba dando clases él a nosotros. Debo decir que hoy es uno de los compositores de música contemporánea más nombrados del país, y sus obras se han interpretado en varias ocasiones en

importantes auditorios, tanto nacionales como internacionales. No me gustaría olvidarme de señalar que, en los dormitorios, tanto al acostarnos como al levantarnos, nos ponían música clásica, y aunque los jóvenes estábamos en otra onda, a mi me gustaba mucho lo que ponían y empecé también a apreciar el valor de lo clásico; de hecho, con el tiempo, ha sido la música que oigo casi exclusivamente.

A.C.M.

En cuanto a la música en el Seminario, lo primero que me viene a la mente son las clases de solfeo que dábamos con el “Pachito”. Tengo una vaga imagen de las tapas del libro, me parece que eran azules y representaban un teclado de piano. A mí lo de los pentagramas y las notas musicales no me entraba. De hecho, creo que lo mío son orejas más que oídos. Por otra parte, no recuerdo que tuviésemos actividad coral; aunque cantábamos mucho en las misas. Nunca nadie me educó la voz y, desde luego, cantar no ha sido nunca lo mío, con la excepción de echar unas jotas, desentonando por supuesto, cuando iba de juerga o en las fiestas familiares, donde todo vale.

Por otra parte, nunca cogí un instrumento para tocar, salvo quizás una armónica a la que nunca conseguí arrancar melodía alguna. Digamos que con respecto a la música he sido más bien un consumidor de lo que otros hacían. En ese sentido, sí he sido relativamente activo; aunque tampoco destacaba. Es muy posible que mi afición despertase de la mano de José María con los *40 principales*.

Como he citado, el transistor SHARP me dio muchas satisfacciones al respecto. Fuera del Seminario estaban la sinfonola de la gasolinera, que mencioné anteriormente, de la que guardo el recuerdo de ese par de éxitos que he citado y que todavía resuenan en mi cabeza y, por otra parte, la sinfonola del Club Juventud de mi pueblo, donde pasé muchos momentos inolvidables.

Antonio Callén, exseminarista ya, en las fiestas patronales de Alagón.

Aunque, de esta última, mis recuerdos ya pertenecen a la época post-seminarista, es decir cuando tenía casi-novia. De entonces, recuerdo el éxito de Nilsson *Without you* que era muy romántica; aunque entendía solo a medias la letra. Escuchar eso cerca de tu pareja a los 15-16 años no tenía precio… Lo cierto es que ese es un pequeño ejemplo de toda la música nacional e internacional que pudimos disfrutar y, aún hoy, está a nuestra disposición. ¿Quién no recuerda el *Black is black* de Los Bravos publicada en 1966? Para mí, una de mis favoritas españolas fue *Todo tiene su fin* (1970) de Los Módulos, por no hablar de *La casa del sol naciente* (The animals*), Con su blanca palidez* (Procol Harum) o *Nights in white satin* (1967) de Moody Blues. Todas estas y muchas más llegaron a formar parte de mi vida y me traen recuerdos que me emocionan. Es obvio que siempre me han gustado las canciones románticas o baladas. Pero, de entre todas ellas, la transgresora "*Je t'aime,… moi non plus*" (1969) de Jane Birkin y Serge Gainsbourg se lleva la palma por muchas razones que no voy a desvelar en este relato y que para mis coetáneos resultaran casi obvias. Por supuesto, esa no la escuché jamás en el Seminario.

Q.G.M.

Parece ser que la cultura musical de aquellos años era para todos los jóvenes la misma, salvo honrosas excepciones, es decir para los que eran expertos en música clásica y aquellos que escuchaban música alternativa, como imagino que podrían ser el Jazz, el Blues y los famosos grupos de Rock americanos. Los Beatles y los Rolling Stones se llevaban el palmarés en las televisiones y la sociedad en general. Pero justamente debajo de las escaleras principales del lateral que da actualmente al Conservatorio Superior de Música, que, dicho de paso, está construido sobre los antiguos campos de fútbol y del camino por el que transitaba el autobús del barrio Oliver, había un pequeño sótano que habilitaron como salón cultural de los mayores, que también ha comentado A.C.M.

Pusieron un tocadiscos y todavía me impacta la imagen del disco de *My Sweet Lord* de George Harrison que estaba entre todos los demás, fuesen los que fuesen, y de los que no ha quedado en mi memoria ni el más mínimo rastro.

Probablemente aquello era un cambio muy importante. Si tuviera que expresar ahora lo que supongo que resultó ser, diría que significaba un cambio en mí. Creo que en aquel tiempo comencé a tocar la guitarra española o quizás había sido un año antes. Probablemente con aquella canción nacía el adolescente, digamos simbólicamente y a riesgo de escribir ahora de una manera excesivamente ligera.

Era el año 1970, según he comprobado en Youtube, y yo estaba haciendo 5º. Nuestro curso devenía junto con sexto en los mayores del Seminario Menor.

La fotografía del equipo de fútbol en la que se pueden ver a don Luis María Iradiel, don Gonzalo, don Esteban… y varios alumnos, Pola, Cobos, Cebollada, Melús y yo… pertenece a ese año, pues yo había jugado durante el verano a fútbol en el equipo infantil del Zuera, y nos habían regalado como premio unas extraordinarias botas profesionales, que hasta entonces no había visto en mi vida casi ni en pintura.

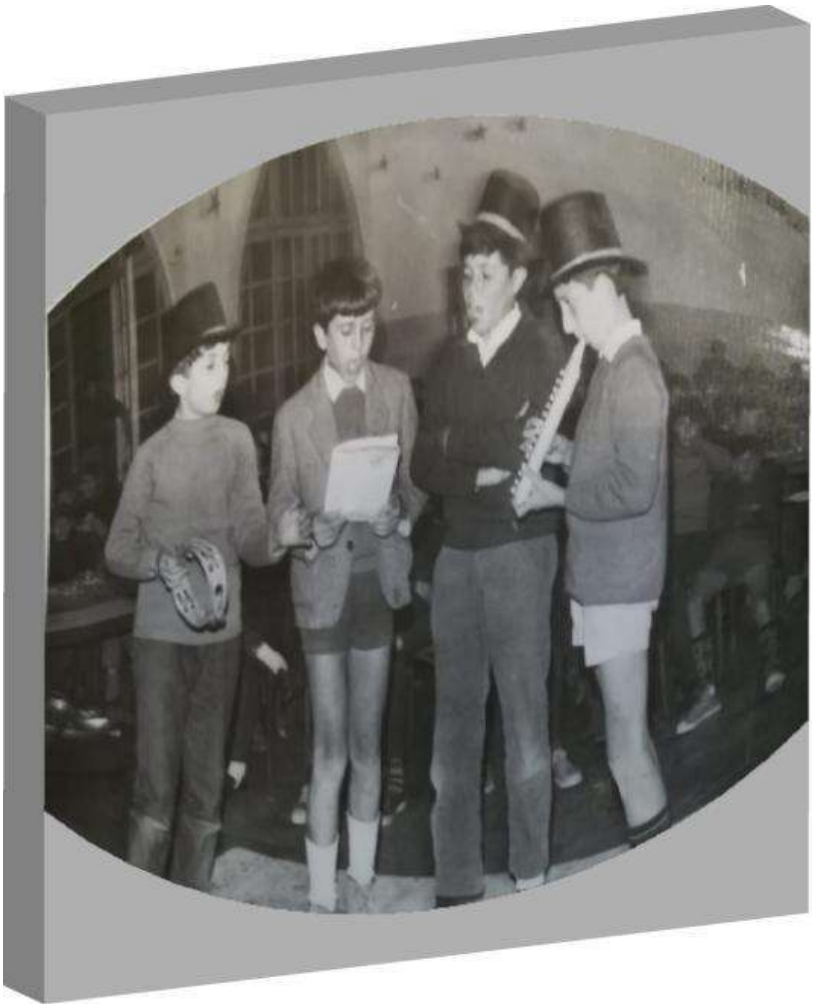
Mientras nosotros, los españoles en general, escuchábamos las estupendas canciones de *Los Brincos*, estaba ocurriendo una revolución en otros lugares, como podía ser el festival de Woodstock, con Jimi Hendrix a la cabeza de la música 'progresiva' americana. Incluso por aquel tiempo existían los discoforum, algo inimaginable hoy en día.

Los más avanzados de los estudiantes, los progres de entonces, imagino, ya hablaban de aquellos músicos tan talentosos. Pero es que en ese momento además de los Beatles y los Rolling Stones había una tremenda eclosión de grupos, que para mí, una persona corriente, ni existían, como por ejemplo Yes o Pink Floyd, Santana, Nektar, Génesis, King Crimson, Passport… una lista interminable de excelentes músicos, muchos de ellos antiguos estudiantes de música clásica. Toda esta revolución musical ni me rozaba. Nosotros, los estudiantes comunes, a lo único que llegábamos era a comenzar a tocar la guitarra española.

Había un alumno más joven que nosotros que se llamaba Satué, tal y como ha comentado J.M. Félez, que se puso en la guitarra las cuerdas metálicas y la tocaba con una facilidad que me dejaba pasmado. Es como si fuese totalmente intuitivo respecto a ese tipo de música. Durante los dos siguientes años, mi afición más importante fue la guitarra, incluso veo en la lejanía que con el pequeño de los hermanos Maicas, el de mi curso,

llegamos a formar un dúo, y cantamos en alguna misa, pero pronto se terminó debido a mi desentonación natural. También llegamos a participar en el salón de actos, cantando dos canciones para la fiesta interna de Navidad. Una se titulaba *Tumbas por aquí, tumbas por allí.* La segunda era un villancico que nos inventamos Jaime y yo. Independientemente de mi poca habilidad en la interpretación vocal e instrumental, seguí durante un tiempo dando la tabarra a mis compañeros y después a mis vecinos.

Actuando para los compañeros: Ángel, Jaime, Joaquín y José.



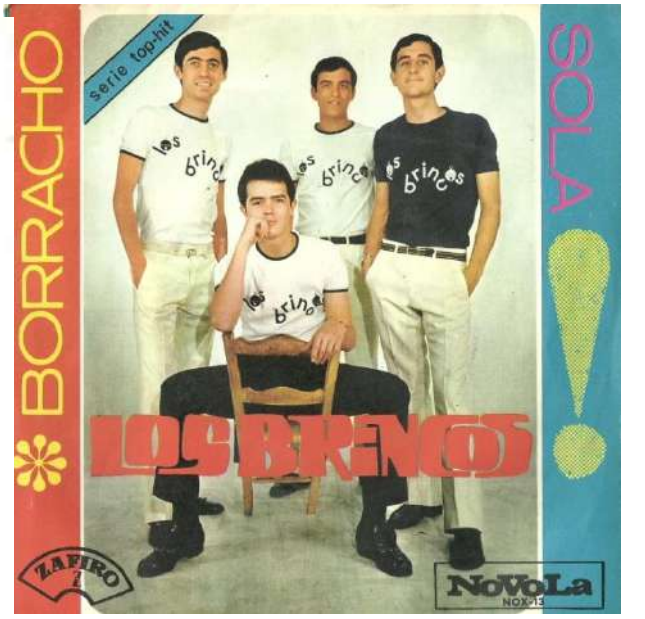
P.J.V.G.

Hablando de música, en los años 68-70, en el cine Pax, junto al Palacio Arzobispal y al actual museo “Alma Mater”, se realizaban “matinales musicales” los domingos que eran actuaciones de grupos nacionales. Yo fui a ver “Pan y Regaliz”, de Barcelona(los estoy escuchando en este momento sin haberlo programado) y “Evolution” de Valladolid. El primero era rock que se llamaba “progresivo” y el segundo hacía muy buenas versiones de canciones de grupos americanos (por ejemplo, *Get Ready* de Rare Hearth). De los dos grupos tengo discos en la actualidad. A Vicente Fernández le aconsejé que comprara el single de los primeros. Se lo compró en Guateque.

Los discos que los alumnos llevaban, cuando se estaba en 3º o 4º, los ponían por la mañana para despertarnos. Por la noche solo era música clásica y poco más, entre ellos *Melancolía, La danza de los cisnes* de Tchaikovsky, o *Dominique Soeur Sourire.*

Una vez en COU empecé a escuchar mucha más música ya que teníamos nuestra habitación individual y la tarde libre. Escuchaba mucho *Alrededor del reloj* de Plácido Serrano en Radio Popular y en radio Juventud *Ajedrez radiofónico*, que entre jugada y jugada ponían música de mi gusto: Cream, Traffic, Led Zeppelin y otros muchos.

Hasta hice un discoforum en el centro cultural “Ideas” de la calle Sevilla. Para hacerlo fui a ver a Plácido Serrano de Radio Popular (cuando estaba en la plaza de La Seo) y me aconsejó una serie de libros donde podía sacar datos de los grupos musicales, especialmente internacionales. Aún los tengo.



J.B.B.

A parte de los estudios, en 5º y 6º, ya estábamos metidos en plena adolescencia, así nos lo resaltaba D. Francisco, que era nuestro director, y así lo vivíamos.

Fuera, en la calle, como se decía, la juventud estaba cambiando a toda velocidad. Los estudiantes se rebelaban, ocurrió "Mayo del 68" del que yo me enteré precisamente en el Seminario, pues entre la gente mayor el comentario que se hacía, cuando se referían a esa revuelta, era "*pero qué quieren esos estudiantes, son todos unos hijos de papá*"; pero a mí no me llegó, ni entendí tampoco, nada más.

Sí que vivimos la revolución de la música con los Beatles a la cabeza, pues teníamos una especie de club en un pequeño local donde nos dejaban tener revistas de jóvenes y un tocadiscos con música de la época.

Además, había varios compañeros, de los que recuerdo concretamente dos, uno de ellos de Alfajarín que era un especialista en los Beatles. Continuamente nos estaba hablando de ellos y lo hacía con mucho entusiasmo, de los discos que sacaban y de sus canciones, … tarareándolas en inglés. Esto le hacía granjearse mucho respeto y admiración por parte de todos nosotros.

Había otro compañero, con el que seguí teniendo relación después porque nos seguimos viendo en la Universidad, se llamaba de apellido Muñoz. Entendía de toda la música pop en general de esa época, de los discos… conocía los conjuntos más famosos de España y del extranjero, y lo curioso para nosotros era que las canciones se las aprendía de memoria aunque estuvieran en inglés. De tal forma que luego, cuando se salió, se licenció en Filología Inglesa y acabó de profesor de inglés; seguramente su vocación por el inglés le vino de ahí.

Los curas le dejaron que eligiera la música que sonaba por la mañana en los altavoces que había en el dormitorio, y nos invitaba a que le lleváramos discos de nuestros conjuntos favoritos y así los ponía en los altavoces. Yo le llevé uno de Los Bravos, que era mi conjunto favorito en esa época, creo que era el famoso: *Los chicos con las chicas*.

LOS BRAVOS
AL PONERSE EL SOL
BYE BYE BABY
LOS CHICOS CON LAS CHICAS
COME WHEN I CALL
LOS CHICOS CON LAS CHICAS
Columbia
SCGE 81 274

La enfermería y el horno de pan

J.B.B.

Otro lugar que causaba una sensación especial era la enfermería; yo creo que la visité una vez, puede que fuese en ese curso. Debí de tener algún catarro y cuando se tenía fiebre, se cogía la ropa de la cama, haciendo un rodillo con el colchón, ayudado por otro compañero, y se trasladaba a la enfermería. La enfermería estaba a cargo de una monja, que era la enfermera, la cual ponía inyecciones y prestaba los cuidados necesarios.

Antes de ingresar en el recinto, con mi mentalidad de niño de 11 años, me imaginé que iba a ser algo parecido a como nuestras madres nos cuidaban en casa cuando estábamos enfermos, que nos daban toda clase de mimos. Todo lo contrario, cuando se llegaba allí la monja te asignaba una habitación individual y nada de contemplaciones… ni mimos.

Allí se aplicaba el tratamiento que era necesario y la monja nos trataba con mucha disciplina, no permitiendo que nadie se colara por "*cuento*" y estuviera haciendo el vago. A mí me llamaba la atención porque era muy guapa y a la vez un poco severa; aunque correcta. Nos trataba bien, pero con distanciamiento, era difícil "*escaquearse*" y organizar alguna juerga por las habitaciones.

Por el lado de la enfermería, creo que era, un día descubrí, acompañado de otro alumno que no recuerdo, mientas hacíamos "*exploraciones*" por los múltiples recovecos que tenía ese gran edificio, algo que me sorprendió mucho.

Bajamos clandestinamente por unas escaleras que se dirigían hacia un sótano y de pronto nos encontramos con un horno de leña en funcionamiento dónde se hacía pan. Era una sala pequeña donde cabía poco más de una persona y allí se encontraba un chico joven, el panadero, el cual tendría veintitantos años, manejando el horno que abría, metía la pala y sacaba los panecillos que nosotros consumíamos en las comidas. No sabíamos que hubiera un horno como el de los pueblos y estuvimos un buen rato hablando con este joven que nos explicó todo su trabajo, cómo funcionaba aquello, cómo metía le leña…etc. Quedamos muy sorprendidos, era como en el pueblo, a mí me quedaron las ganas de volver allí y me hubiera quedado con el panadero muchos ratos. Yo creo que en los cursos siguientes debió de desaparecer porque nunca oí hablar más de él.

Quien tiene un amigo, tiene un tesoro

A.C.M

Tal y como se ha citado anteriormente, el internado nos hizo criarnos fuera del entorno familiar, sin embargo, como contrapartida nos dio otro hogar, una verdadera familia de la que surgieron nuestros primeros amigos, algunos de los cuales aún perduran.

Lo normal, por aquel entonces, era tener un contacto muy estrecho con la gente del curso. Más en concreto, en cursos numerosos en que había dos grupos, con el grupo al que se pertenecía en función del apellido. No obstante, en las competiciones, en el comedor y en otras actividades se hacían equipos o grupos indistintamente de los establecidos para las clases. Por otra parte, al tener una convivencia tan estrecha y de tantos años, salvo excepciones de alumnos que duraban un curso, era frecuente conocer a muchos de los alumnos de cursos superiores y bastantes de los de cursos inferiores.

Lógicamente, la proximidad en el dormitorio, en el comedor, en el estudio o bien la pertenencia a un mismo equipo deportivo, a los scouts o eventualmente la participación en alguna obra teatral hacían que se establecieran relaciones de más calado. En mi caso, recuerdo una estrecha amistad con José Luis Brun, al que menciono en alguna anécdota, con José María Félez, con Paulino Fandos, Seral, Eduardo Alonso, Alberto Roche o con el mismo Quintín por mencionar unos pocos. De hecho, al cabo de los años he coincidido de forma fortuita o buscada con todos ellos excepto Seral.

De este último, recuerdo que pasé un fin de semana en su casa de Movera. Fue una experiencia de la que guardo un vago, pero muy grato recuerdo. Me acuerdo que su padre era agricultor, como el mío, y tenía también tractor, remolque, etc.

En cuanto a Paulino Fandos, de Samper de Calanda, recuerdo era muy zascandil, una persona muy abierta y colaboradora. En cierta ocasión le invité a que viniese a mi casa y, supongo que, con el beneplácito de mis padres, nos presentamos en Alagón. Creo que era para el verano. El caso es que, como he dicho, mi madre tenía enfermedad crónica en los huesos y necesitaba ayuda en las tareas domésticas. De modo que mi padre era un poco reticente a que viniesen amigos a casa. Tan es así que, en la visita de Paulino, no se cortó un pelo y nos hizo madrugar para llevarnos a trabajar con él en el campo. Paulino vino sin rechistar y trabajó con ganas. Todo un ejemplo. Espero que no me guarde rencor por esa emboscada; aunque dada la amistad que todavía nos profesamos, si hubiese algo de eso ya me lo habría confesado.

Con respecto a Eduardo Alonso, hace muchos años que somos amigos. Por supuesto, nos conocimos en el Seminario. Lo que pasa es que como también coincidimos en Salesianos quizás la consolidación de esa amistad venga de esa época. En cualquier caso, he estado muchas veces en su casa de Ejea y cuando le he visitado siempre ha sido un placer reencontrarme con otros exseminaristas como Pablo Zarralanga, Cándido Gallizo o Michel. Hace unos cuantos años, siendo alcalde de Ejea de los Caballeros Eduardo Alonso, tomó una decisión con respecto a las personas que invitaría a dar el pregón de las Fiestas Patronales. La idea era invitar a algún paisano de origen humilde que por su trayectoria personal o profesional hubiera alcanzado cierto prestigio o notoriedad fuera de la localidad.

Para obsequiarle, trataba de que el pregonero de cada año se sintiese cómodo ofreciéndole una cena y compartirla con algunas de sus amistades de la infancia o adolescencia. Ello en lugar de hacer algo más oficial, pero incómodo, como podría ser cenar con los miembros de la corporación local. De ahí que, cuando el actual Obispo de Barbastro estaba en el Vaticano contase un año con él para dar el pregón, convocando, por ende, a varios exseminaristas de Ejea y comarca a cenar. Entre aquellos compañeros estaba Gerardo Abarca, José Miguel Lores, Quintín, Gallizo, J. L. Pola y algunos más de cursos superiores. Fue un espléndido reencuentro.

Con las nuevas tecnologías he tenido oportunidad de compartir un grupo de whatsapp con gente de nuestro curso. Ello ha propiciado que, al cabo de más de medio siglo, hayamos podido juntarnos antiguos compañeros de curso. Una pasada.

Por si esto fuera poco, hace unos tres años coincidí con Jesús Benito "el medianero" en el gimnasio. En ese reencuentro comentamos nuestra afición a hacer excursiones y nuestro gusto por la montaña. De tal modo que desde entonces hemos salido varias veces a disfrutar de rutas por el Pirineo y por la zona del Moncayo.

De mi relación con Quintín no recuerdo nada específico, sino que siempre fue cordial y que lo consideraba como un chaval espabiladillo, no como alguien parado, y que se relacionaba bien. No le recuerdo brillar en el fútbol, pero ya he dicho que tampoco era lo mío. Con su nombre, no podía pasar desapercibido y siempre ha sido fácil recordarle. En este sentido, tras salir del Seminario, recuerdo haberle vuelto a ver en la sede de la Caja Rural, en la calle de San Voto. Acudí allí porque celebraban la lonja de ganado porcino.

Me alegré mucho de reencontrarle y saber de su vida; aunque perdimos el contacto rápidamente.

Curiosamente, hace unos tres años, hablando con mi hermano el tercero, me dijo que había coincidido con él, pues viven en el mismo barrio. Además, me contó que había escrito un libro sobre el Seminario. Curiosidades de la vida, al cabo de medio siglo volvemos a tener contacto, en un ambiente y con un bagaje muy distinto al de aquellos chavales.

Q.G.M.

Tal vez esté confundido, son ya tantos los años transcurridos, pero recuerdo que, durante unas vacaciones, quizás en navidad, que estaba en el pueblo y les dije a mis padres que tenía un gran amigo, de Alagón. Debió de ser en segundo curso… *Se llama Callén*, les dije. En la lejanía queda esta impresión… Debió ocurrir que establecimos una relación especial durante unos meses; pero creo que lo mío era el deporte. Tenía una gran pasión e ilusión por jugar al minibasket y al fútbol. En el minibasket participé entre otros con Fernando M., de un curso superior, y que luego trabajé con él en Caja Rural de Zaragoza.

En la mili coincidí con Sánchez Y. ¡Cómo podía olvidarme de él, si en primero fue quien me dijo *que las parejas se daban el lote en la Plaza de toros*!

Antes de someternos a la reválida de cuarto curso, es decir la del bachiller elemental, hicimos una excursión a Ordesa. Gracias a una de las tres o cuatro fotografías que tengo de toda

mi estancia en el Seminario, guardo un recuerdo de los que por aquel entonces éramos amigos, si bien es verdad que casi todos lo éramos (Pérez, Casaus, Fernández, Gil y yo). El hecho de convivir día y noche, y año tras año, forjaba una amistad bastante sólida, de modo que casi con cualquier condiscípulo era susceptible de quedar para pasar un buen rato.

Debió de ser por aquella época en la que a veces paseábamos hasta un jardín y una fuente abandonados que había justo enfrente de la puerta principal del Seminario. Parece ser que pertenecía a la casa del guarda, según comentó J. B. Pero aquella zona en concreto más bien parecía una zona de recreo de alguien con más poder económico. Caminábamos por ese extraño lugar melancólico y a la vez reflejo de otra época y todavía recuerdo esa extraña sensación de camaradería que surgía por el simple y sencillo hecho de contar alguna película.

Fernández me invitó una o dos veces a comer, cuando el primer signo de apertura a los nuevos tiempos consistió en ir a casa de alguien que residiese en Zaragoza. Casaus era de Castejón, y tenía un hermano mayor que había pertenecido a los *boy scouts*. Gil era con quien habíamos compartido protagonismo durante dos años en las obras de teatro. Y de Pérez tengo el recuerdo de que era una persona muy cariñosa, inocente y espontánea. Era muy afectuoso y dicharachero.

Es extraño que todavía me acuerde de cómo jugaba cada uno al fútbol. Sin duda alguna, dos de los menos habilidosos dándole al balón eran Casaus y Pérez. Nunca se sabía en qué dirección saldría el disparo. Algo que recuerdo con cariño.

Ya en C.O.U., Goyo me ofreció jugar a fútbol en un equipo de barrio, el Balsas, y después de pensarlo bastante, pues tenía que dejar la catequesis del pueblo, me lancé a la

aventura con él, con Jesús A. y con Sánchez G., el que parecía un repipi en primer curso, el del *Ojo de Zoltec*.

Fue una maravillosa aventura. Íbamos al campo de fútbol al lado de la M.A.Z., corríamos como gamos, nos divertíamos sanamente, y a la vuelta pasábamos por la calle Cádiz para tomarnos unas cervezas negras. Un día jugamos con enormes charcos por los laterales, y todavía veo a Sánchez surfeando con todo el cuerpo y a toda velocidad sobre el barro. Sin duda alguna, aquello era lo mejor del mundo. Hay influencias que cambian toda una vida en algún aspecto. A Goyo le debí la adquisición de mis nuevos hábitos musicales, tanto es así que llegué a ser un verdadero aficionado a la música de Pink Floyd y King Crimson, además de jugar otro año más en el equipo del Balsas. Goyo y Faustino también me introdujeron en el rock duro de Black Sabbath… Su amistad me ayudó enormemente en el tránsito desde la vida del Seminario a la vida de la gente corriente. Como en todas las relaciones, el destino individual nos llevaría por distintos derroteros.

J.A. J.S. G.S. Q.G.
Seminaristas en el Balsas de Ebro Viejo.

Durante los últimos años, Miguel Casanova, con quien también fui a que trabajar de camarero a la Costa Brava, participó en uno de los pequeños proyectos editoriales, y me subvencionó la edición de un librito, *Hijo de las estrellas*, que luego amablemente repartió entre sus clientes de la cafetería Izas. Probablemente, en el Seminario debía ser un poco trasto. En C.O.U, Melús me tuvo que decir que siempre estaba interrumpiendo cuando veíamos la televisión. Igual que ahora mi esposa…

Como he dicho en algún otro lugar, la vida es algo extraño, y que en cierto modo da escalofríos pensar cómo hemos ido pasando por ella. Momentos en los que podíamos haber perdido la vida, momentos en los que un cambio de decisión podría habernos destinado al error y a mayor sufrimiento. Por mis características y aptitudes tal vez debería haber sido profesor… pero el deseo de ser controlador aéreo, al que tampoco llegué, evitó que estudiase Magisterio, y al final encontrase trabajo en una empresa financiera. Y así, aquel niño, que deseaba ser sacerdote, tomó otro rumbo… pero verdaderamente en mi corazón, todo lo vivido en el Seminario permanece como un tesoro, tesoro de recuerdos que todos los seres humanos tienen en lo más profundo de sí mismos.

J.B.B.

En primer curso, tenía un amigo con el que más me relacionaba y con el que congeniaba muy bien, creo se llamaba Ismael Coma, y solamente estuvo ese curso. Era de algún pueblo del Bajo Aragón, podría ser Torrecilla de Alcañiz. Siempre me llamaba la atención que con los compañeros que eran de esa zona del Bajo Aragón congeniaba muy fácilmente y, en los siguientes cursos, tuve también otros amigos de por allí. Con él pasaba muchos ratos jugando en los pasillos, que eran muy grandes, durante los recreos, al ping pong o a otros juegos.

Tenía también otro amigo, que era de un pueblo al lado del mío, El Burgo de Ebro; su padre y mi padre se conocían, y eso nos unió bastante. Él, durante este curso de 1º, lo pasó muy mal porque sufrió en su estado de ánimo un fenómeno psicológico muy frecuente y normal por la edad que teníamos, que también les pasaba a otros compañeros, le llamábamos "*tener cariños de casa*" o "*morriña*".

Digo normal porque salir de casa a esa edad y meterte en un internado dónde solamente volvíamos a nuestras casas en las vacaciones de Navidad, Semana Santa y verano, produce una especie de "*melancolía*" por la falta de los padres y de la familia; es decir por la separación, que entonces era necesario superar, desde luego sin ningún tipo de ayuda profesional, por uno mismo o con el apoyo los compañeros.

Como digo, este amigo durante ese curso la sufrió, luego me sucedería a mí; pero en el curso siguiente, cuando él ya estaba "vacunado", como he comentado en el capítulo *Retorno de vacaciones*…

Una forma de desahogarse era contarle al amigo lo que le pasaba, es decir en ese curso él a mí. Los lloros sucedían especialmente cuando los padres se iban después de las "visitas" de los domingos, y sobre todo a la vuelta de vacaciones, particularmente tras las de Navidad. Pero todo poco a poco se fue superando, él desde luego lo superó, aun así en los estudios era muy brillante. Lo siguió siendo en los siguientes cursos, se marchó en 4º, pero aún nos fuimos viendo posteriormente con los años. Actualmente es Catedrático de Economía en la Universidad Autónoma de Madrid. Yo recuerdo que era un comentario muy habitual decir "*fulanito tiene morriña*" y los curas también se daban cuenta, en cuyo caso me acuerdo que en una ocasión D. Gonzalo se acercó e intentó hacerle alguna broma y decirle cosas graciosas, tratando de animarlo y sacarlo de ese trance, pero ahí quedaba la cosa.

Q.G.M.

En segundo curso hubo repetidores. Uno de ellos era el famoso Cañi, un poco más travieso que yo, pero como el noventa y cinco por cien de todos los que estábamos, de buen corazón. Cuando jugaba a fútbol era excesivamente impulsivo y a la vez valiente. Lo importante era estar en su bando, y yo lo estaba.

Otro repetidor, cuya amistad fue muy importante para mí, fue José María. Sabía de música, jugaba muy bien al fútbol, era una persona que para los de un curso inferior parecía saber muchas más cosas de la vida. Muchos queríamos ser su amigo y salir con él, especialmente los sábados. La emoción consistía en bajar andando hasta la calle Corona de Aragón y visitar los recreativos. Me surge la imagen de ir cuatro o cinco a su alrededor y simplemente ir diciendo tonterías.

Él ya sabía qué eran los *Cuarenta Principales*. Al principio de tercero o cuarto vino destrozado. Estaba de moda la canción de Lola…y al parecer había tenido una novieta de verano que se llamaba así, o al menos su historia estaba relacionada con la canción. Le admiraba por todo, incluida su formalidad y responsabilidad.

En cuarto curso me sentí herido por algún motivo de orgullo personal, el típico: *se ha ido con otros y no me ha dicho nada*. Dejé de hablarle durante muchos meses. Sufrí mucho porque no me relacionaba con él. Estoy seguro de que en su caso, la vida siguió adelante y apenas le representó una pequeña molestia, ni siquiera eso. Sin embargo, para mí fue muy doloroso y aprendí una valiosa lección.

Recuerdo que cuando nos íbamos a examinar de reválida de cuarto, me acerqué a él y le deseé que le fuese bien el examen. Aquel simple gesto atenuó mi angustia. Después, seguimos siendo buenos compañeros, pero ya no fue lo mismo.

Es extraño recordar que el sencillo hecho de irnos a tomar un café a la gasolinera de Casablanca, o de ir andando hasta la calle Corona de Aragón, o intentar ir a ver alguna película de mayores de catorce años, representasen bellas e importantes experiencias. Yo tenía cara de niño, así que nunca me pude colar en los cines de mayores de catorce años. Él, por el contrario, estaba más hecho y era un año mayor que yo, y en ocasiones lo conseguía. Él tenía estilo. Algo que yo nunca adquiriría.

A.C.M.

Para mí, José María Félez de Albalate del Arzobispo, fue todo un ídolo y un referente. Tenía mucho estilo, tal y como comenta Q.G.M. Todavía guardo una foto de él en tamaño carnet.

Creo que lo narrado por Q.G.M, eran pequeños celos de juventud que ahora nos hacen sonreír, pero que en aquel momento podían representar algo dramático. Yo no recuerdo qué pérdidas de amigos me llevasen a una situación similar, pero cuando sufrí el "desamor" por primera vez a mis cincuenta y pico años me hizo sentirme francamente mal. Qué pena no haber aprendido la lección a la edad que relata Q.G.M., aunque solo se tratase de amistad.

También recuerdo a Cañizares con esa carita redonda y llena de pecas típicas de niño travieso, que lo era. Menuda pieza, qué pena que no me lo he vuelto a encontrar. Respecto a José María, no me extraña que ligara tanto, algo muy lejos de mis posibilidades por entonces.

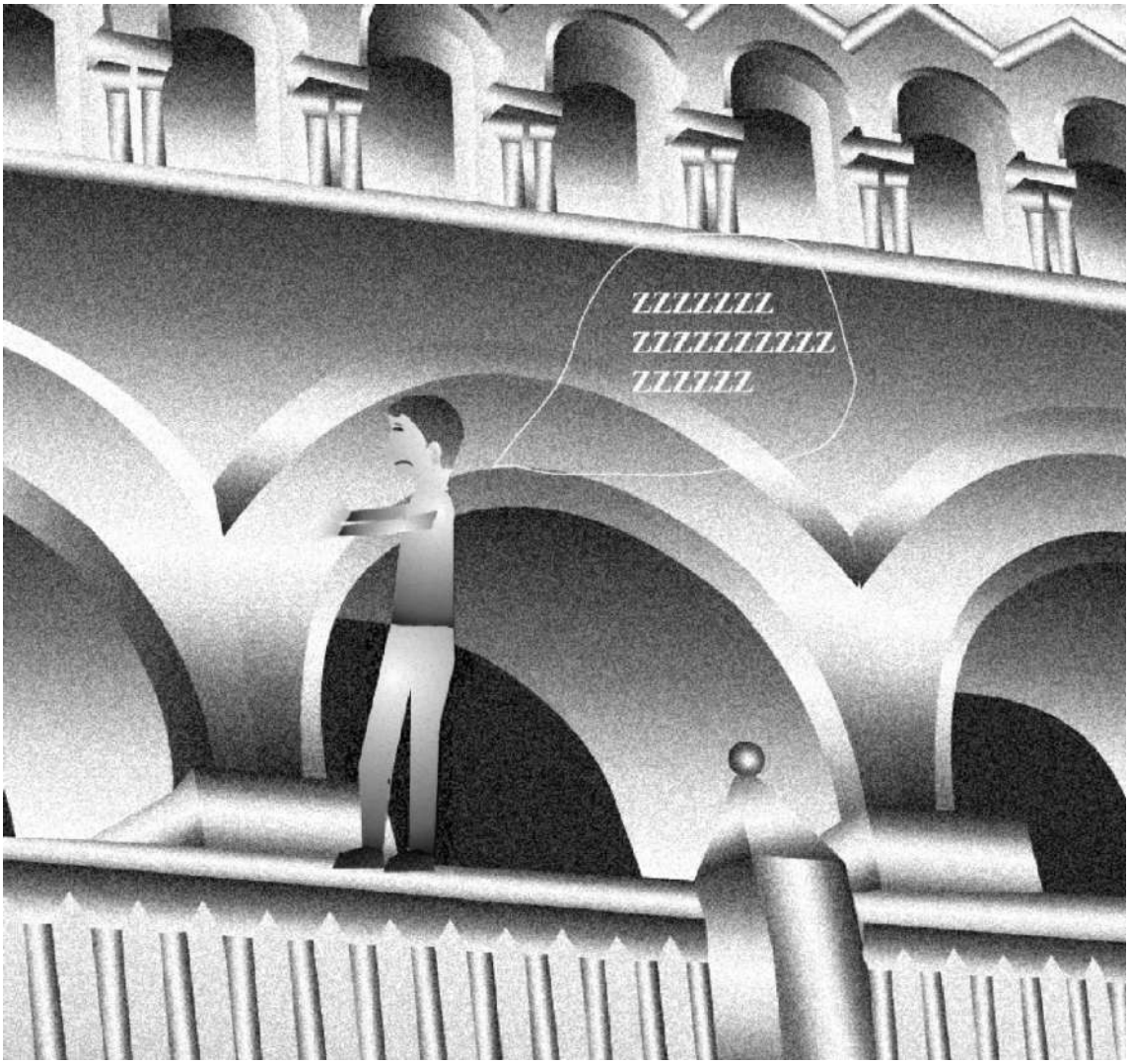
Recuerdo los recreativos de la calle Corona de Aragón y, hablando de música, los Credence Clearwater Revival, Chicago (*Transit Authority)*, Jimmy Hendrix, Elvis Presley. Vaya época gloriosa. En los recreativos jugábamos a las máquinas de FLIPPER. Yo nunca fui muy aficionado a ellas, pero recuerdo a compañeros muy expertos en el tema.

En cuanto a la música, hubo otros temas que me marcaron y que escuchaba en la sinfonola de la gasolinera de al lado del Seminario: *Venus* de Shocking Blue ¡Qué temazo! La diosa que nació del sol…*She's got it*. Y qué se puede decir de *In the year 2525* de Zager & Evans.

Esas canciones son parte de nuestra vida. Curiosamente, el primer tocadiscos que llegué a disfrutar fue un COSMOS que compramos para la peña *Los Comandos* en mi pueblo y que pude tener en mi casa una temporada. Fue entonces cuando disfrutando del LP "Puente sobre aguas turbulentas" en V.O. inglesa, de Simon & Garfunkel, como disponía de las letras originales impresas en la carátula empecé a interesarme por lo que decían. De ahí vino mi interés por aprender inglés que, con todas las limitaciones que aún hoy en día tengo con este idioma, me dio acceso a mi primer trabajo. En mi vida hubo otros repetidores, como he mencionado antes: Eduardo Alonso fue uno de ellos y el otro Paulino Fandos, si bien mi relación con ellos fue más intensa una vez había abandonado el Seminario.

Quizás sea este el momento para hablar de la gente con las que más contacto tuve en el Seminario. De cualquier forma, al estar internos había muchas posibilidades de interaccionar con distintos compañeros. Para mí, merece una mención especial José Luis Brun. Excepto cuando estuvo Bruna que creo fue un breve período de tiempo (un solo curso), José Luis y yo íbamos seguidos en la lista y dormíamos en camas contiguas. Él tenía a su hermano Antonio, dos cursos por encima del nuestro, y había muchos paisanos suyos, incluso en nuestro curso, pues siendo de Castelserás eran varios los seminaristas. Recuerdo que José Luis hubo de tener mucha paciencia conmigo, ya que yo, por aquel entonces, padecía de episodios de sonambulismo. Eso daba lugar a circunstancias increíbles. Por ejemplo, recuerdo que una noche previa a una salida con el grupo scout estuve preparando las cosas que me tenía que llevar y dejé la ropa que me iba a poner a los pies de la cama. Pues a la mañana siguiente aparecí con el jersey de lana puesto.

Se ve que tuve frío y me levanté a ponérmelo. No obstante, eso no fue nada al lado de la anécdota en la que tuvo que ver Brun. En efecto, una madrugada me desperté y estaba en su cama. En cuanto me percaté de la situación me fui inmediatamente a la mía. Al día siguiente, le pregunté si él se había enterado y me dijo que sí. Según parece, yo acudí a su cama y le dije que me habían quitado la cama y él tenía tanto sueño que pasó de mí… ¡A ninguno de los dos nos consta que hubiera contacto sexual!



Patios interiores.
Fotografías cedidas por Don Teodoro Félix Lasmarías.

Permisos de salida, ferias y días especiales

J.B.B.

Por entonces, en el curso 1965-1966 el régimen de salidas era bastante severo, hasta el punto de que la primera visita que yo tuve de mis padres, fue en las Fiestas del Pilar, y debía de ser lógicamente un día festivo. En esa época las ferias de atracciones estaban aproximadamente donde ahora está el Clínico, –véase foto– desde luego muy cerca del Seminario porque las podíamos ver y oír casi desde allí. Mis padres quisieron que saliera con ellos a las Ferias, yo también por supuesto, de modo que hablaron con los curas. Recuerdo que lo hicieron con el tutor que teníamos, D. Pedro Cuesta, y con el Rector; pero tanto uno como el otro me negaron la salida y ponían como excusa que de allí no se podía salir, aunque fueran las Fiestas del Pilar, porque el reglamento era así.

Fotografía extraída de la página web www.rafaelcastillejo.comdonde se muestra la proximidad del recinto ferial al Seminario.

La verdad es que no me extrañó nada la negativa; pero a mis padres esto les sorprendió mucho y en numerosas ocasiones, pasados los años, lo recordaban y decían: "*mira que estar las ferias al lado del Seminario y que no nos dejaran que te sacáramos un rato, teniéndolas allí mismo*". Sin embargo, y curiosamente, a mí esto no me supuso ninguna extrañeza ni desilusión; debía de ser que había interiorizado ya esa disciplina. Más adelante, en los cursos siguientes, esto ya no ocurrió y salíamos solos a las ferias.

P.J.V.G.

Hablo de las salidas fuera de Zaragoza, ya que esto no era frecuente. La primera fue a Ordesa que subimos hasta la cascada "Cola de caballo": Algunos bajamos corriendo y algo "tocados".

La segunda fue el viaje de estudios, después de la reválida de cuarto, al centro del país: Madrid, Toledo, Segovia. Dormimos en el Seminario de Madrid. Todos estaban ya en el autobús preparados para salir y yo me había quedado dormido. Alguien vino por mi habitación buscándome y en cinco minutos tuve que vestirme, lavarme un poco y recoger todo. El chófer del autobús era Tomás Murillo, y nos explicó la costumbre en Madrid de poner siempre algo de tapa.

Llevábamos el *pelo de la dehesa y...ni una perra*. Algunos, no recuerdo quiénes, pero, después de ver el Museo del Prado, fuimos a tomar una caña, y, como es costumbre en Madrid, nos pusieron de tapa, creo unas aceitunas. Y no hacíamos más que preguntarnos quién había pedido eso, porque no llevábamos una perra para pagar nada más que las cañas. El camarero nos oía y se partía de risa. Al final nos preguntó de dónde éramos.

—De Zaragoza —dijo uno de nosotros.
— ¡Ya se nota, ya! —respondió él.

Ahora me vienen a la memoria más detalles, me comenta por Whatsapp Laguna, que el bar al que entramos después del Museo del Prado estaba en la calle El Pimiento o La Berenjena…, o algo así, y nos pusieron olivas y alguien le dijo al camarero que sólo habíamos pedido de beber que las olivas no se las íbamos a pagar, jajaja.

En la tercera salida que recuerdo, después de la reválida de sexto, nos fuimos con D. Paco a pasar unos días a Pineta con tiendas de campaña. Y, finalmente, aunque no era un viaje propiamente dicho, sí tengo presente haber realizado ejercicios espirituales en un convento de las monjas de Sta. Ana, en Garrapinillos, cerca de la gasolinera Europa. La vuelta la hicimos andando.

Los alumnos que no éramos de la capital (así lo decíamos) empezamos a salir en 3º o 4º por los alrededores, y los domingos nos íbamos a la gasolinera de Casablanca a poner alguna canción en la sinfonola (en aquella época: *Venus*, *El cóndor pasa*, *Puente sobre aguas turbulentas*…); cuando salíamos un poco más y antes de regresar al Seminario nos parábamos en un bar que hay cerca de la Romareda y tomábamos algo, poniendo algo de Christie.

Con algo más de edad íbamos a los bares que había frente al Hospital Provincial: Atila… y a veces nos tomábamos un Cynar, que estaba de moda. También paseábamos por Pº Independencia y nos metíamos en SEPU (actualmente C&A) para escuchar algún disco, por ejemplo, *Fireball* de Deep Purple.

Enfrente había una casa de discos, Millán, donde J.M. Félez se compró su primer disco, que era de Three Dog Night. En mi caso, hasta el año 1975 no tuve tocadiscos. Mi primer disco fue de los The Doobie Brothers, *Stampede*.

El domingo por la mañana y tarde los alumnos de 4º organizaban una tienda de chucherías que se ponía en la planta baja, en la puerta de una clase y nos íbamos turnando en la venta. Íbamos a Casablanca, detrás de la gasolinera, para comprar los productos Churruca, BazoKa,variantes…y lo que se obtenía era destinado al viaje final de curso. Después de comer, todos los días, nos dejaban un rato para leer los periódicos o jugar a algún juego en la sala que había al lado de la puerta por la que se salía a los campos de deporte o bien jugábamos a algún deporte en el exterior o al pingpong en las 5 ó 6 mesas que había en el pasillo. La sala de la que he hablado era un sótano y muchas veces era una total desorganización.

Los domingos por la tarde había que volver sobre las 6 para ver la película de cine. Después a cenar. Los que venían de pasar el fin de semana con sus padres traían unos bocadillos que eran la envidia de todos nosotros. Alguno traía un bocadillo de mejillones que…

No recuerdo muchas cosas del comedor, pero alguna sí. Por ejemplo, que no me gustaban, al menos los primeros años, las legumbres, especialmente las judías blancas, que tenían un sabor rarísimo y eran un poco pastosas. La sopa que era roya. En 5º ó 6ºnos hacíamos bocadillos de maíz, para comer algo. Nos lo daban de postre y eran de la marca Churruca, bolsa blanca. Con los huevos fritos, que al final me gustaban, nos los tirábamos unos a otros y es que la yema estaba muy dura.

Q.G.M.

Tal vez, dos de los días más felices que pasé en el Seminario fueron los del *día de los padres*.

Casi cincuenta años más tarde me doy cuenta de que aquel día se organizaba con mucha anticipación. Durante un mes preparábamos una tabla de gimnasia, como comenta A.C.M. en el capítulo de *Campos de fútbol*...

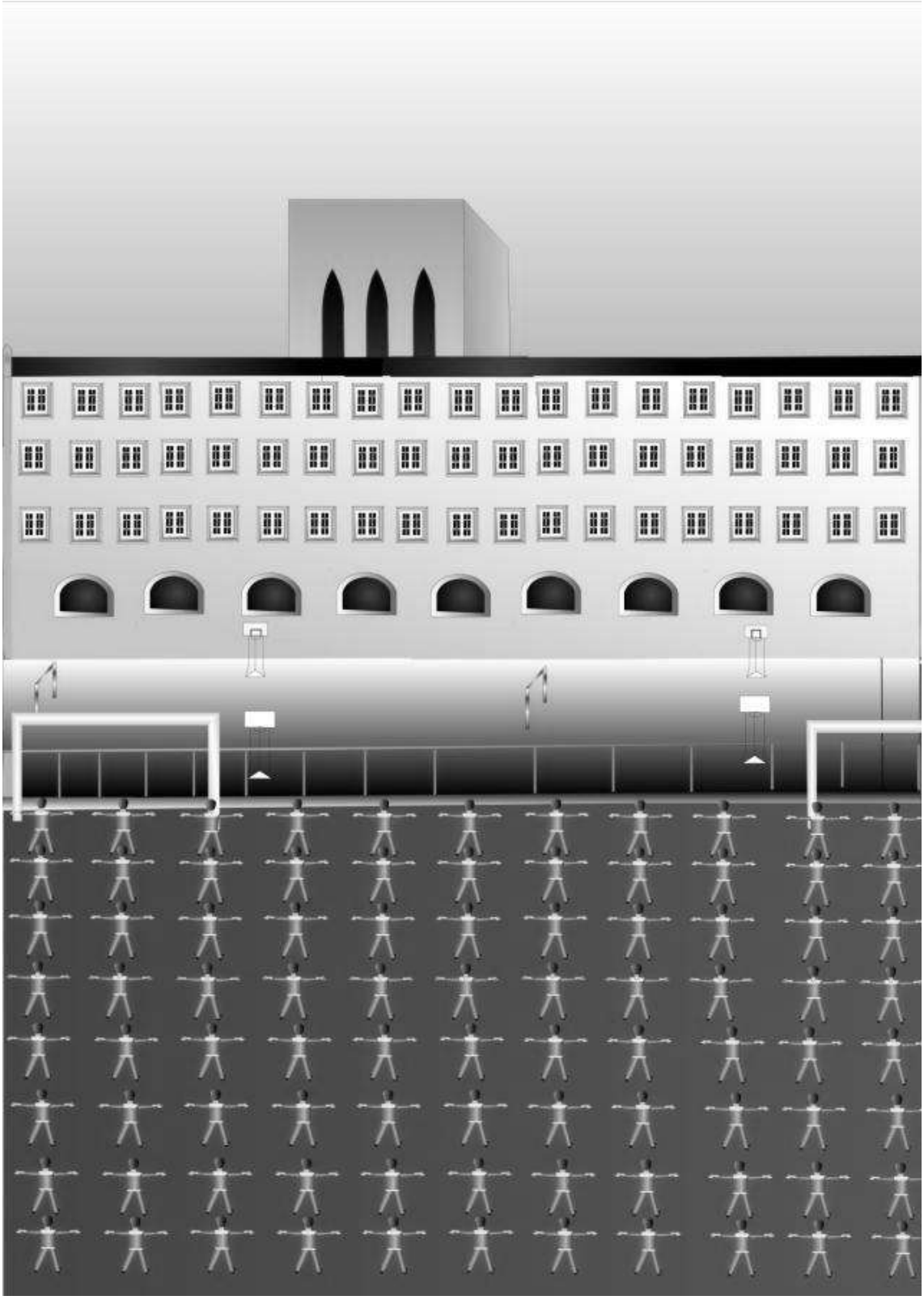
Era impresionante contemplar a trescientos alumnos, perfectamente alineados en los campos de fútbol, ejercitando los mismos movimientos en total sincronía de una forma marcial o castrense. Era obligatorio comprarse un chándal de color verde con el cuello y los puños de color amarillo.

Algunos padres contemplaban desde los dormitorios aquel extraordinario espectáculo, y cuando se terminaba, se sentía la satisfacción y el orgullo del trabajo bien hecho.

Participábamos con nuestros seres queridos en un ágape. A nuestros padres y hermanos les enseñábamos las clases, la capilla, el comedor, etc.

¡Era feliz recorriendo con mi hermana pequeña todos los recovecos subiendo y bajando escaleras!

Después salíamos con los padres a comer en los campos cercanos. El primer año lo hicimos juntos los cuatro seminaristas del pueblo. Por fin llegaba la hora mágica del Teatro.



Durante dos meses, a las órdenes de Don Francisco Tejeda, habíamos ensayado la obra. En una hice de zapatero y en otra de alcalde con chistera. La gente se reía mucho. Apenas me acuerdo de los demás actores. Sólo de Gil, que era uno de los dos protagonistas principales. Alguien me dijo mucho más tarde que reside en Nueva York haciendo teatro, A.C.M. lo confirma, y me alegra enormemente que así haya sucedido. El tiempo lo borra casi todo, pero creo que otro de los compañeros que participaba intensamente era Maicas, el más pequeño de los tres hermanos que estudiaban en el Seminario. Quizás, Pablo R. también participó. Al final del día, con la chistera puesta, salía del teatro, henchido de felicidad y "orgullo", le daba la mano a mi hermana y con mis padres nos íbamos andando hasta la parada del tranvía de *La Casa Grande*, como se llamaba entonces al hospital Miguel Servet.

Regresaba al Seminario, feliz, radiante, y todavía quedaba lo mejor: el cine de los domingos, donde veríamos *Rebelión en las aulas, Lawrence de Arabia, La gran evasión, o Sonrisas y lágrimas…*

A.C.M.

En efecto, "D. Gil de las calzas verdes", como lo llamábamos en clara alusión a una pieza teatral, fue a Estados Unidos y se forjó una interesante carrera en el teatro. En efecto, se encuentra en el teatro hispano de Queens, Nueva York, Thalia (https://thaliatheatre.org/2020/03/13/viva-el-tango/)

Me sorprende gratamente el relato de Q.G.M. sobre el Día de padres en el que se destila mucha pasión y amor. Curio-

samente, yo lo recordaba de otra manera y quizás fuese por un incidente que me marcó. En el ágape que menciona mi compañero, alguna gente se abalanzaba sobre las mesas y tomaban casi posesión de las mismas. Obviamente, estamos hablando de una época en la que había más escasez que la abundancia de hoy en día y, a menudo, la rudeza y la mala educación abundaban más que las buenas maneras. Me alegro de que mis compañeros no tuviesen que compartir esa desagradable experiencia que a mi familia y a mí nos llevó a retirarnos un poco de la vorágine.

Varios compañeros de Castelserás en el día de los padres o de la familia.

P.J.V.G.

No guardo muy buenos recuerdos del *Día la familia* porque mis padres no podían venir los dos juntos ningún año. Hasta la década de los 70 no tuvieron vacaciones. Por lo tanto, me encontraba un poco solo.

Sí me acuerdo de las tablas de gimnasia con los profesores de la asignatura: Ángel y otro que no me acuerdo del nombre: moreno y con bigotes. Siempre con traje. Los padres desde las ventanas de nuestros dormitorios viéndolas. No nos salía mal.

Del día de Seminario, sólo recuerdo una vez, no sé si hubo más, que nos llevaron al cine Palacio (S. Vicente Mártir), donde había un acto y una película.

Una familia, que no conocíamos de nada, nos apadrinaba. ¿Para qué?

Q.G.M.

Los tiempos modernos estaban llegando a la Iglesia y al Seminario, aunque los alumnos no nos diésemos cuenta de ello. Todavía fui testigo de las misas en latín de don Antonio, el arcipreste prudente y ecuánime, que inspiraba una enorme confianza. Al poco tiempo pasaron a decirse en castellano. Incluso cambiaron el Padre Nuestro… Dicen que aquello acercó la Iglesia a la gente, pero creo que todo era más fantástico, más misterioso, más milagroso cuando el sacerdote decía palabras incomprensibles en latín.

No menos extraordinarios eran el canto *Dies Irae* que se hacía en los cabos de año o en los funerales, así como el *Salve Regina*o el *Pange lingua*. Posteriormente la Iglesia se acercó a los practicantes, pero me pregunto ahora, algo que no había hecho nunca, ¿dónde estaba lo mágico?

Probablemente aquello significaba el final del poder de Dios en la Tierra, me atrevería a decir. Se pusieron de moda los cantos de los fieles con guitarra…pero… ¿dónde quedaba la utilización del imponente órgano de la iglesia?

No recuerdo ver a los del Seminario Mayor con sotanas… supongo que ya no las utilizaba casi nadie. Los sacerdotes educadores llevaban ya el clériman. Tal vez don Tomás la utilizaba alguna vez, también D. Victoriano. Hasta don Jacinto aparecía con clériman. Respecto a los jóvenes, don Plácido, don Esteban, y por supuesto don Francisco, vestían elegantemente. Y poco a poco los seminaristas comenzamos a salir a la ciudad y los fines de semana al pueblo.

Así pues, desgranando estos escondidos recuerdos llego a la conclusión de que había dos posibles domingos perfectos. El de los primeros años en los que, a lo largo de un domingo normal, nos levantábamos, íbamos a misa y luego procedíamos a disfrutar de uno de los mejores momentos del día, el desayuno.

En mi caso, que parecía una lima comiendo, consistía en dos o tres tazones de café con leche. Al segundo tazón le incorporaba un vaso de chocolate, uno o dos trozos de mantequilla, dependiendo de si había recogido el día anterior alguna pastilla sobrante y la había guardado en una tarrina de Tulipán, que mis padres me habían dado a primeros de mes.

El desayuno podía variar. Unas veces tomaba el tazón de café con leche a rebosar, casi como una montaña, de trozos de pan, y luego untaba otra media barra de pan con mantequilla y lo mojaba en el vaso de chocolate. En otras ocasiones, vertía el vaso de chocolate en un segundo tazón, con café con leche hasta la mitad, y la otra media barra de pan, o un panecillo, la volvía a untar de mantequilla y la partía en cuatro tiras.

Luego venía la opción de ir a jugar a fútbol, al ping-pong, al futbolín, al palé, a las damas, al ajedrez... Después, la comida, y de postre un vaso de crema de vainilla con unas galletas. Durante los dos primeros años, creo recordar que había campeonatos de fútbol y la tarde del domingo la dedicábamos a ver un rato la televisión, y un tiempo de estudio. Pronto venía la merienda, con pan y chocolate, y a las siete, aproximadamente, el cine.

Cuando ocurrió la apertura, acudíamos alguna vez a los cines de la ciudad, o se nos permitía la salida a los recreativos, tal y como se ha comentado en un capítulo anterior.

Algunas tardes de domingo, mi amigo Miguel Casanova M. y yo pasábamos por el comedor, y como iban a sobrar raciones de merienda, (nos decíamos), nos llenábamos los bolsillos de porciones de chocolate, cogíamos media barra de pan y nos íbamos andando hasta La Romareda.

Nos poníamos junto a las puertas de entrada. En algunas ocasiones llegaba un aficionado con dos bonos y nos dejaba pasar con él. Y así veíamos al Real Zaragoza. En otras ocasiones no teníamos tanta suerte y solamente podíamos entrar los últimos veinte minutos. Pero era emocionante y en ocasiones amedrentador, cuando escuchaba que decían palabrotas e improperios al árbitro.

El jugador que más recuerdo es Violeta, y también los cabezazos de Ocampos al balón que se escuchaban en el silencio que se producía antes de meter el gol. En una ocasión, jugaron con tanta niebla que la mitad del estadio no veía la otra mitad del campo. *Ha sido gol*, gritaron desde la parte que no veíamos. Violeta había chutado desde lejos y había metido gol. Felices, regresábamos al Seminario dispuestos a seguir soñando en el cine de los domingos.

A.C.M

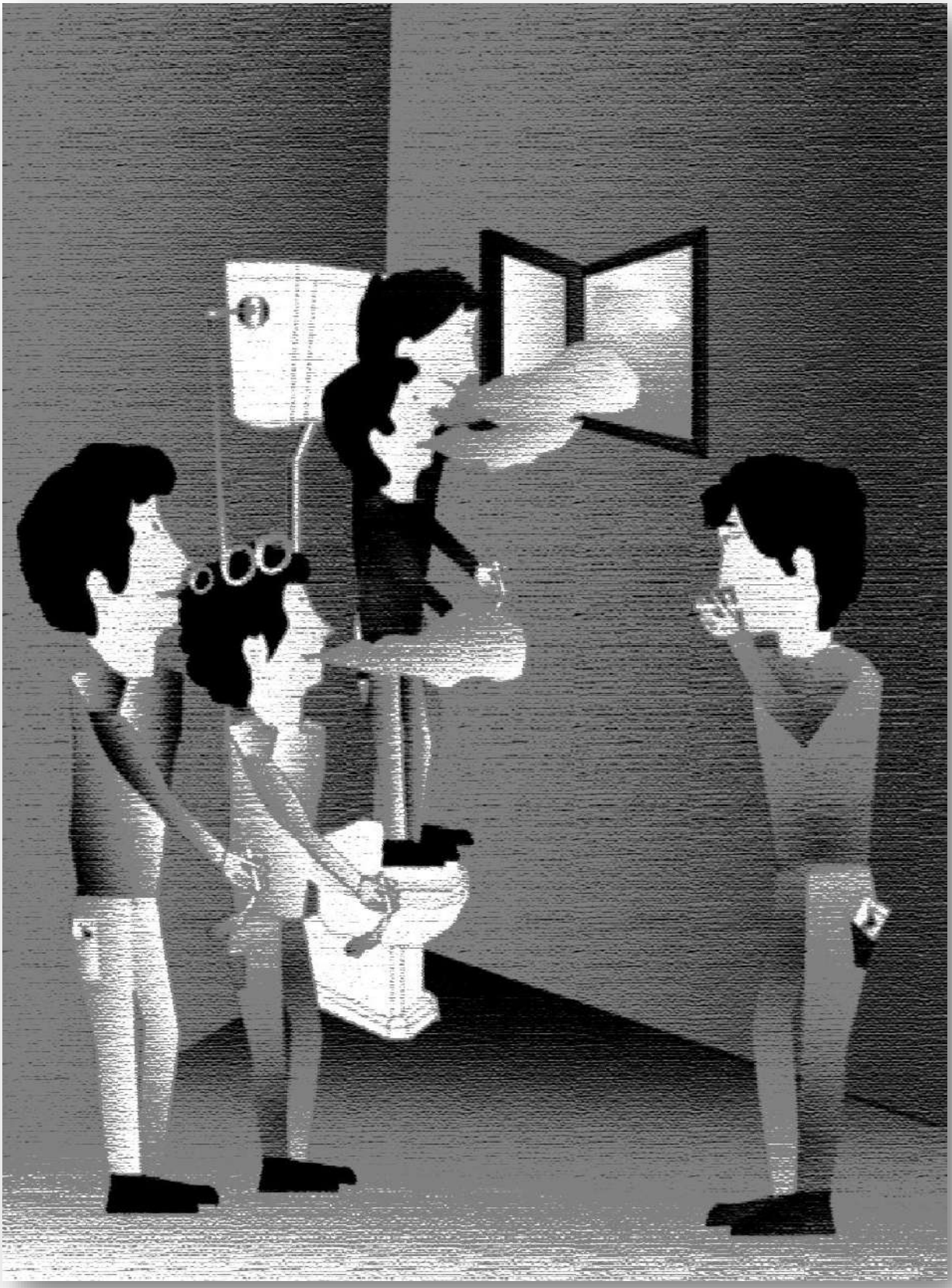
Las tardes épicas en la Romareda merecen rememorarlas. Tuvimos la fortuna de disfrutar de los cinco magníficos: Marcelino, Canario, Santos, Villa y Carlos Lapetra. Si a ellos añadimos a Violeta y a Reija casi completamos aquel equipazo. Cuánta gloria dieron al Real Zaragoza y qué buenos ratos nos hicieron pasar. Marcelino, con la selección española, marcaría ante Rusia aquel gol mítico de cabeza que nos proclamó por primera vez campeones de Europa. Yo recuerdo también a Yarza, el portero. Unos años después tuve la ocasión de conocerle personalmente, pues vivía en el mismo bloque que una prima hermana mía y tenían relación. Me hizo mucha ilusión, se trataba de uno de mis ídolos.

Recuerdo, al respecto del fútbol, que por aquel entonces hacíamos todas las semanas la quiniela. Aquéllas eran las que no admitían apuestas dobles y triples. Obviamente, no nos hicimos ninguno rico.

Q.G.M.

Salvo error u omisión, creo que fui el primero que se llevó el premio de la quiniela, doscientas cincuenta pesetas… Hasta me convencí de que, con mi sistema infalible, conseguiría ganar más premios… pero no fue así. Dicen que lo peor que le puede suceder a un jugador novato, es que se acostumbre a ganar en las primeras ocasiones y se crea que es imposible perder…

REAL ZARAGOZA C. D. - Zaragoza, España - Temporada 1965-66 - Yarza, Irusquieta, Santamaría, Reija, País, Violeta; Canario, Santos, Marcelino, Villa y Carlos Lapetra - REAL ZARAGOZA 2 (Villa y Carlos Lapetra), ATLÉTICO DE BILBAO 0 - 29/05/1966 - Copa del Generalísimo, final - Madrid, estadio Santiago Bernabeu - El Zaragoza gana su 2º título de Copa



Tabaco y prohibición

A.C.M.

En el contexto socio-cultural actual puede resultar extraño que hablemos del tabaco en jóvenes de digamos 12-16 años. Sin embargo, me gustaría compartir mi experiencia en este tema por lo que podría tener de paradigmático.

En cuanto al Seminario, mis vagos recuerdos me sitúan en dos entornos donde solíamos fumar algún que otro pitillo. Ni que decir tiene que el tabaco en el Seminario Menor estaba prohibidísimo, como no podía ser de otra manera. Pero, para los jóvenes, fumar ha sido clásicamente signo de dominio, de libertad, de parecer más mayor y de otras muchas cosas relacionadas con la imagen, amén del eventual placer provocado por la nicotina. El cine ha sido una escuela de fumadores, ¿quién no recuerda a Humphrey Bogart fumando en Casablanca? por poner un ejemplo clásico ¡Vaya imponencia y arrogancia! Pues bien, nosotros a partir de 2º-3º nos las arreglábamos para fumar a escondidas ¡Cómo no!

Recuerdo que había unos wateres que estaban algo apartados, por supuesto no los del dormitorio, en los que solíamos hacer alguna escapada a fumar. El otro sitio más seguro era la gasolinera próxima al Seminario, la de Casablanca. Aquélla a la que íbamos a escuchar las canciones del momento en la sinfonola. En ella podíamos adquirir el tabaco pues no había las limitaciones actuales. De esa forma nos sentíamos más “hombres” y más libres.

En honor a la verdad, hay que reconocer que había cierta permisividad al tabaco por parte de los padres. En efecto, en las bodas era habitual entregar puros a los adultos y no estaba

mal visto que los chavales nos fumásemos algún cigarrillo. Como he comentado en otra parte, en la boda de mi hermano Gonzalo, en la cual yo tenía 14 años, pude presumir de llevar dos paquetes de tabaco rubio de calidad. Sin embargo, la anécdota central de este relato sucedió en pleno verano. Yo tendría unos 15 años y, en esa ocasión, estaba trabajando con mi padre durante una tórrida tarde en uno de los campos, no sé si quitando hierba entre las hileras de maíz o quizás "entrecavando rincones". El trabajo era duro y, de repente, mi padre dijo: "*vamos a descansar, que en todos los tajos se fuma*". Dicho y hecho, empezamos una pausa, al sol para no enfriarnos. En ese momento a mi padre no se lo ocurrió otra cosa que decirme: "saca tabaco Antonio". Yo, supongo que con cara de circunstancias le dije que no llevaba. Él replicó: "pues a mí me han dicho que fumas". Ante mi insistencia en que no fumaba, dijo: "vaya fumador de habas que no lleva tabaco" y seguidamente apostilló: "no te preocupes que yo sí que llevo, echemos un cigarro". Y sacó su paquete de "caldo" marca *Ideales* y el papel de liar, *Smoking* supongo. Lió un cigarrillo para él y otro para mí. No veas las trancas que llevaba ese tabaco, aquello parecían piñones. Me dio fuego y fumamos los dos, lo cual me costó lo mío, pues aquello no se parecía en nada al *REX* que a mí me gustaba. Aquello parecía matarratas.

Como consecuencia de este hecho, a partir de entonces dejé de tener interés por el tabaco. Yo creo que, al dejar de ser una prohibición, perdí interés por fumar. No es que no volviese a fumar ocasionalmente, pero para mí perdió el encanto. Eso es algo más por lo que siempre estaré agradecido a mi padre.

Q.G.M.

En mi caso, no fumar ha sido un castigo de mi propio cuerpo, ya que nunca me lo ha permitido, y como dirían en alguna película "***Bien sabe Dios que lo he intentado***".

En mi pueblo, los niños también fumábamos puros de río. Simplemente, imitábamos a los más mayores de la escuela con los que en muchas ocasiones nos juntábamos en la arboleda del río. Seguidamente, no sé cómo todavía respiro, recuerdo que vi a un compañero de las escuelas que escondió una cajetilla de *Antillana* mentolado en el agujero de un callizo, y lo sustraje.

Otro día, mis padres me castigaron en la terraza, y ni corto ni perezoso me hice un cigarro con una hoja de periódico. Intenté fumármelo, pero picaba mucho el humo y enseguida salió ardiendo toda la hoja.

Y por fin entré en el Seminario. Tal y como ha comentado A.C.M. nos sentíamos hombres cuando salíamos a tomar un café en la gasolinera de Casablanca, y por supuesto echar un cigarrito…

A pesar de que me sentaban mal, yo insistía e insistía…anhelaba fumar *Celtas*, *Ducados*…

El día anterior a uno de los exámenes de reválida de 4º, en lugar de estudiar estuve viendo la televisión, y lo peor, fumé varios cigarrillos, vomité y pasé una noche fatal. Consecuencia… suspendí el grupo III, el de ciencias. Algo que tengo en común con J.B.B. y P.J.V.G.

Ahora parece extraño que se fumase desde tan niño, pero fumar era algo que nos equiparaba a los mayores. Yo había intentado ser mayor desde los siete años, pero el cuerpo nunca me lo había permitido. Incluso llegué a C.O.U., me compré una pipa, tabaco rubio especial, y siempre acababa con el estómago destrozado.

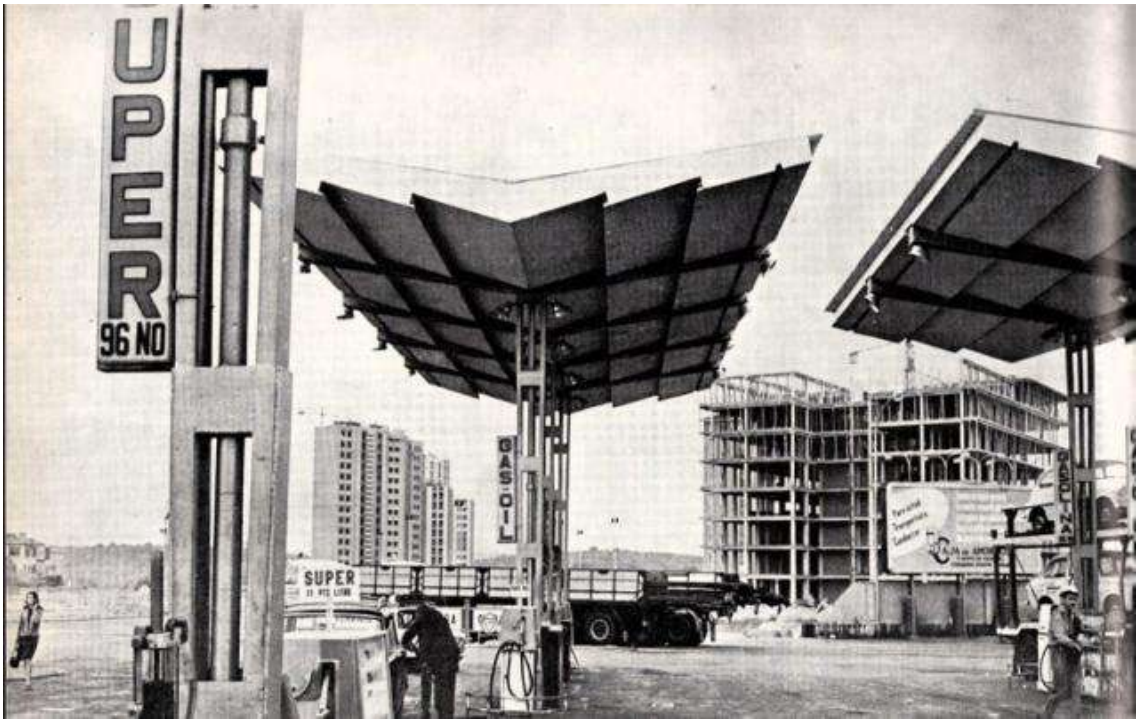
Fumar en pipa era algo así como muy intelectual, y aunque con posterioridad tuve aversión por algunos intelectuales que parecían creerse superiores a los demás, internamente era algo a lo que aspiraba a llegar.

Soy, pues, no fumador; no por méritos propios, sino porque el cuerpo no me dejó.

¡Qué le vamos a hacer!

Aunque… la verdad, estoy muy contento de no fumar…

Gasolinera de Casablanca, años 60, foto extraída de GAZA.



Las claves del éxito en el internado

J.B.B.

Para mí el primer curso fue un curso bastante feliz, una vez que superé el régimen duro que imponía D. Jacinto en sus clases de Latín y Gramática Castellana, con el método de estudio concienzudo y memorístico que además apliqué al resto de las asignaturas, me iban bien los estudios, sacaba buenas notas, tal y como he mencionado anteriormente.

Además, también sacaba buenas notas de comportamiento a las que los curas les daban mucha importancia y, por supuesto, también nuestros padres.

Así que yo la estima la tenía bastante alta porque además me iba bien con los amigos, para lo cual en un internado era bueno destacar en algo: bien en el deporte que más se hacía, el fútbol, o en cualquier otro, baloncesto, balonmano; pero, como he citado, el rey era el fútbol.

A quien destacaba como *buen jugador* de fútbol, se le perdonaba todo, incluido en los estudios, y todos, incluidos los curas, te respetaban.

Otro punto clave era *ser gracioso*, porque el que hace reír también triunfa entre los demás, y recuerdo un compañero de entonces, que se llamaba García Senli, que era repetidor de curso, a quien los estudios no se le daban nada bien; pero era muy gracioso y todo el mundo quería ser su amigo, lo apreciábamos mucho.

También teníamos otro compañero, del que no pongo su nombre, era de Fabara, tenía un tío cura que era un reputado profesor de Teología. Este chico era también muy gracioso y nos reíamos mucho con él sobre todo por las noches en el dormitorio, porque cuando se apagaban las luces para dormir, tenía la costumbre de contar cosas graciosas en alto y se organizaba un jolgorio general. Era un chaval muy pacífico, recuerdo que llevaba unas gafas gruesas de miope, que aún le daban el aspecto de más gracioso.

Fue curioso, porque al curso siguiente, este chico debía de tener algún problema y gracias a la influencia que tenía su tío cura, le permitieron estar en régimen de externo en el Seminario, cosa totalmente inaudita en aquellos tiempos. Él vivía en un piso de Zaragoza con una tía y su tío, siendo la envidia general pues a muchos nos hubiera gustado estar con ese régimen. A mí me invitó, en una de las salidas que luego ya nos permitieron los curas hacer por la ciudad un rato por la tarde, al piso donde vivía, y aún me dio más envidia.

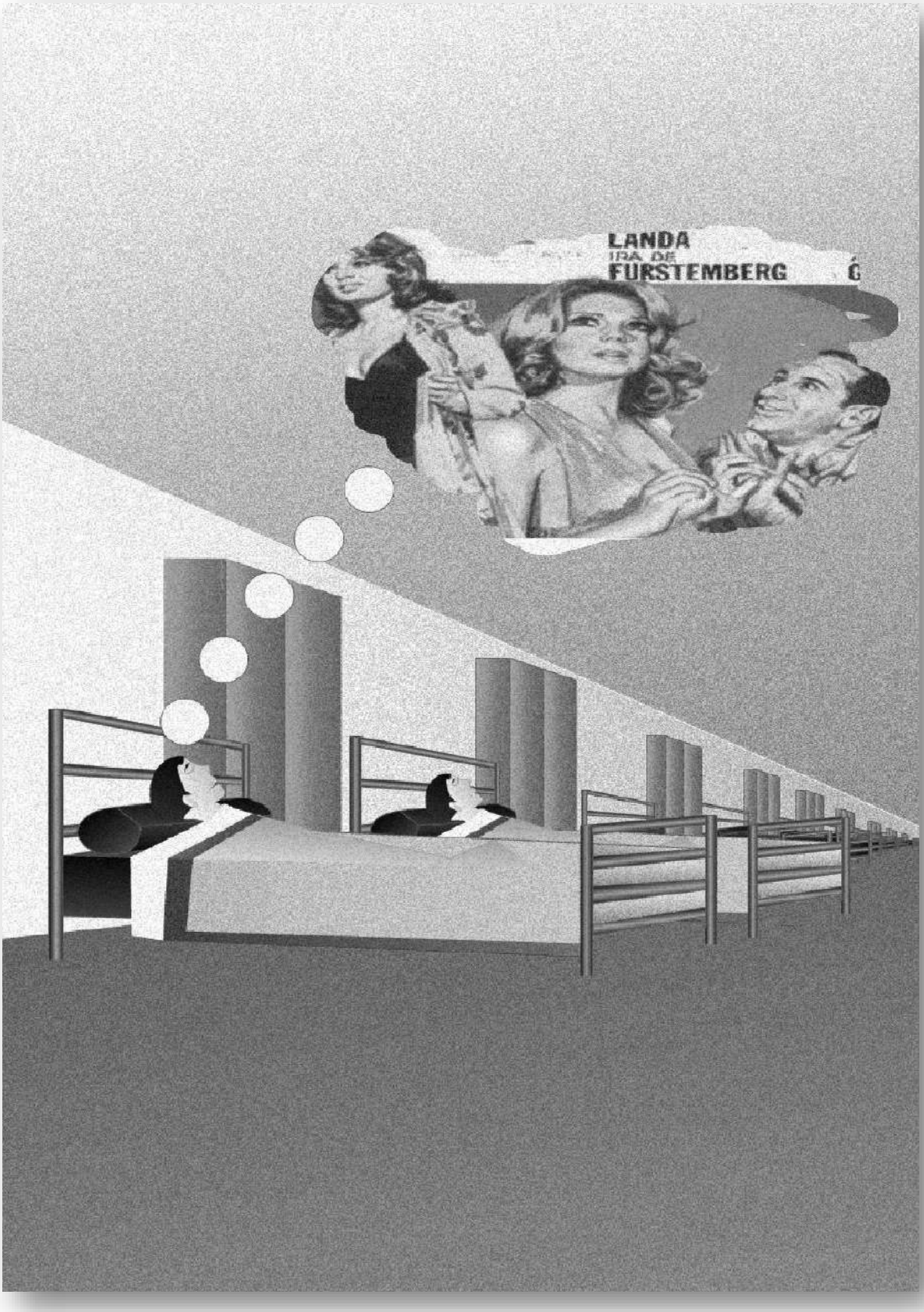
Confesión

A.C.M.

Como es lógico, y se ha mencionado en otros capítulos, para un seminarista la misa diaria, el rosario y algunas otras visitas a la capilla para hacer oración eran lo habitual. No era obligatorio comulgar todos los días, pero no había que despistarse. De hecho, recuerdo que se nos aconsejaba la confesión semanal, requisito ineludible en aquel tiempo para poder pasar a comulgar, es decir no estar en pecado. Si no recuerdo mal, luego ha habido una evolución en este sentido y habiéndote arrepentido de tus pecados podías pasar a comulgar siempre y cuando después pasases por el confesionario.

Para un chaval de 10 años, lo de confesarse no suele ser un trauma: he desobedecido a mi madre, me he peleado con un compañero, he sido egoísta, etc. Recuerdo acudir al confesionario en mi pueblo a los 7-9 años, por aquel entonces la primera comunión se realizaba a los 7 años, y confesarme con mosén Félix, un cura con sotana ya entrado en edad, pelo canoso y de temperamento aparentemente muy tranquilo. Todavía podría reconocer el típico olor de su aliento cuando me confesaba con un tono de voz afectado por una boca algo seca o pastosa y característico de quien no se privaba del tabaco.

El siguiente confesor que recuerdo es el “Pachito”, un sacerdote también mayor, pero de un perfil físico muy distinto, menos impresionante. También era muy afable y a los 11-12 años mi relato pecaminoso ya había evolucionado, pues había entrado en escena el sexo; aunque solo fuese de forma virtual. En efecto, tanto los malos pensamientos como los sueños pecaminosos formaban parte del repertorio habitual.


LANDA
IRA DE
FURSTEMBERG

El cura siempre me tranquilizaba en lo relativo a los sueños, ya que me hacía saber que no los podía controlar. No recuerdo el consejo que me daba para los malos pensamientos porque o no lo puse en práctica o no funcionó. En realidad, creo que dejé de considerarlos malos y pasaron al capítulo de naturales y deseables.

Ya en 3º y 4º tuve otro padre espiritual. Este era más serio, más severo diría yo (Don Evencio). Al menos a mí me imponía. De él tan solo recuerdo el consejo de confesión semanal y su aspecto físico atlético, más impactante. Cuando salí del Seminario me confesaba y comulgaba de vez en cuando, pero no guardo recuerdo alguno. De lo que sí me acuerdo es de que poco a poco fui renunciando a ambos sacramentos a pesar de que asistía a misa los domingos y, finalmente, terminé por dejar de asistir a misa. Recuerdo que, años después, cuando comulgaron mis hijos, los padres pasábamos con los comulgantes y nos daban la comunión. Para mi aquello fue como un acto reflejo o una forma de pasar desapercibido.

En realidad, estaba haciendo algo en lo que ya no creía. Sin embargo, no dejé de sentir la aprensión de que estaba haciendo algo que iba contra mis principios. El pasado deja huella.

Q.G.M.

Sinceramente, debo de tener memoria de pez, porque a pesar de haberme confesado tantas veces, siempre tenía el mismo pecado: "*me acuso de tener pensamientos y pecados impuros*".

Por otro lado, puesto que, si no me equivoco, comulgué nueve primeros viernes de mes seguidos, conseguí la salvación eterna… o al menos eso se decía…

Bromas aparte, es verdad que apenas recuerdo mucho más, y mis pecados siempre eran los mismos: *He desobedecido a mis padres, no me he portado bien con los compañeros… y he cometido pensamientos y actos impuros…*

En alguna ocasión me confesaba directamente sin pasar por el confesionario. Una de las últimas veces fue en Cadaqués, con mosén Ceferín. Tenía un cuarto lleno de libros y un ventanuco que daba a la terraza soleada desde la que se divisaba toda la rada o pequeña bahía. De donde se deriva que las últimas confesiones dependían más bien de la confianza que se tuviese con el confesor.

La última vez debió de ser antes de casarme. Desde entonces ya no he practicado la confesión.

Ciertamente, ahora con sesenta y cinco años creo que no me confesaría con nadie. En todo caso, daría un paseo disfrutando de la naturaleza y le rogaría a Dios que me perdonase, que es lo que suelo hacer, y que, en caso de no poder reparar algún daño durante esta vida, me concediese la oportunidad de hacerlo en la siguiente.

Vida de seminarista en el pueblo

A.C.M.

En lo que a mí respecta, la vida en el pueblo también suponía un contraste con respecto al Seminario, pero no recuerdo sentimientos de soledad o distanciamiento.

Más bien al contrario, al integrarme con mis amigos del pueblo empezaba a vivir el mundo de la calle, el mundo real, y eso me hacía alejarme del entorno del Seminario. No me extraña que nuestros superiores organizasen campamentos e intentasen mantener el control sobre nosotros; aunque fuese a distancia, para que no nos "descarriásemos". El verano, las vacaciones en definitiva, suponía un cambio tan brutal que te removía la conciencia y te creaba nuevas inquietudes.

Como he adelantado, al ser hijo de un agricultor, en el verano no faltaba faena. Había mucha tarea de recolección: hortalizas, frutas, verduras, alfalfa, cosecha de cereales. Si bien estamos hablando de una franja de edad que oscila entre los 10 y los 14 años, por lo que hoy sería impensable que un niño de esa edad se incorporase a las tareas del campo, en aquel tiempo había trabajo para todos. Cada uno aportaba en la medida que podía. Si, al principio, no podías cargar con sacos de patatas o capachos en el campo, al menos podías llenar esos capachos y ayudar a arrastrarlos, así como sujetar la boca del saco para que descargasen aquellos. A mí me respetaban el ir a misa por la mañana para oficiar de monaguillo y luego, como dije, si era el caso, llevar el almuerzo con la bici a los que habían madrugado, ya que a veces empezaban a las 5-6 de la mañana, para luego incorporarme a las tareas con ellos.

Obviamente, tenía mis amigos, ya que en el pueblo es o era fácil hacerlos, además de mis primos más próximos en edad, y recuperarlos en verano era todo un acontecimiento. También recuerdo cuando venían mis tíos y mis primos de Francia; les acompañaba a las casas de los familiares y a otros sitios, tales como parajes próximos: "El caracol" o "La playa del Ebro". Me viene la imagen de lo importante que me sentía cuando acompañaba por la calle, con unos catorce años, a mi prima francesa, que me supera en un año, la cual iba con una minifalda que la gente alucinaba pues tenía unas piernas largas y bonitas. Cada verano era diferente, de modo que a partir de las vacaciones de 2º o 3º ya mis amigos tonteaban con una cuadrilla de chicas. Obviamente, yo era más tímido en ese aspecto y menos habilidoso a la hora de "ligar" que, en realidad, no creo que fuera mi objetivo; pero sí despertaba mi curiosidad.

En el verano de cuarto curso todo fue distinto, pues conseguí que mi padre entendiese que debía dejar el Seminario. Fue entonces cuando conocí a la que años más tarde sería mi esposa y sin haber compromiso ya empecé a estar colado por ella, que bailaba con chicos mayores que yo.

No obstante, en las fiestas de septiembre conocí a una chica de Tauste de la cual todavía me acuerdo del nombre y apellido y de su preciosa melena morena. Era guapa, por supuesto. Empezaba el impulso hormonal que me hacía sentir atracción por la mayoría de las chicas de mi edad.Por otra parte, cada verano, había una cita ineludible, según las normas del Seminario, que consistía en acudir a los campamentos. A este tema dedicaremos un capítulo aparte.

Ni que decir tiene que con los amigos del pueblo empezaba a fumar e incluso compraba algún paquete de cigarrillos.

Recuerdo no solo el *Ducados* y el *46*, sino también el *REX* que era más suave y mi preferido. Pero el tema del tabaco ya lo he tratado más a fondo en un capítulo específico.

Tengo muy buenos recuerdos de la moto Guzzi Hispania, con palanca de cambio en el depósito, que, aunque algo machacada, heredé de mis hermanos y me servía para mis desplazamientos a los campos, sin licencia por no haber alcanzado la edad (16 años), para acudir a ayudar en las tareas agrícolas.

Antonio arreglando su querida Moto Guzzi.

En cuanto a peñas, obviamente adquirí una gran experiencia, pero más bien diría que eso fue a partir de los 14 años, cuando ya había abandonado el Seminario.

Con mis amigos, organizamos la Peña *Los Comandos* que era más humilde en número de socios y recursos que la de mi hermano Pedro, Peña *El Fundador*; sin embargo, cumplía sobradamente las expectativas. Recuerdo que buscábamos para bailar las chicas que se "pretaban" más. Todo un reto y una experiencia que ponía a prueba la fisiología de nuestro joven organismo. En este sentido, creo que ya se me estaba cayendo el "pelo de la dehesa", es decir que, a diferencia de algunos compañeros de Seminario que continuaron más cursos yo empezaba a recuperar la normalidad imperante en el pueblo.

Antonio Callén, Roche… y amigos.

J.G.D.

Como bien sabéis, en vacaciones nos aconsejaban que fuéramos todos los días a misa y colaboráramos con el cura de la parroquia.

Corría el verano del 69 y, como en todas las familias, de dineros no íbamos muy sobrados, me bajé a Alcañiz a buscar trabajo, para los tres meses de verano y así colaborar con la familia en los gastos del Seminario. Lo conseguí, el uno de julio a enganchar a las 8 de la mañana, me dijeron.

El horario oficial era de 8h a 13h y de 15h a 18 h, pero como había muchísimo trabajo y todos los obreros hacían dos horas extra hasta las 20 h, yo no iba a ser menos…Por si fuera poco, algunos días de 14 h a 15 h nos poníamos a descargar algún camión que llegaba. No sólo nos pagaban las horas extras, sino que además nos daban un plus por toneladas. (Era un taller de ferralla, cerchas y vigas).

Como trabajaba mis 10/11 horas diarias y bajaba y subía en bicicleta, llegaba a casa cerca de las 21 h. Evidentemente, a esas horas ya no había misa ni rosario. El cura muy enfadado por ello, cuando envió los informes al Seminario, dijo que no había aparecido ni en pintura por la parroquia en todo el verano, sólo los domingos, lo cual era cierto.

Pero… era una verdad a medias, pues no informó de que había ido a trabajar todos los días 10/11 horas, lo cual me habría dejado en mejor lugar.

A partir del curso siguiente, D. Gonzalo Gutiérrez empezó a complicarme y hacerme la vida amarga. Yo no sabía el porqué. Pasó el tiempo y llegó a Zaragoza la orden de los PP Camilos que venían a clase al Seminario. El director de estos frailes era un hermano de mi abuelo y vino unas cuantas veces por el Seminario, supongo que para arreglar el tema de los estudios. Preguntaba por mí y nos veíamos. Le dije a mi tío que se enterara porqué D. Gonzalo me tenía tanta manía y fue entonces cuando me enteré de la movida que había preparado el cura de mi pueblo. Le expliqué el tema a mi tío, lo comentó con los superiores y a partir de entonces todo fue sobre ruedas.

Joaquín Gisbert… los hermanos Brun… en procesión.

Q.G.M.

Había salido del pueblo y ya nada era igual que antes. El primer año apenas noté la soledad, pues éramos cuatro seminaristas. Para segundo curso, ya sólo quedábamos dos y posteriormente vino Ángel B. que llegó a ordenarse y es sacerdote. Gonzalo G., que también lo es, tenía dos años más que yo, lo que suponía una notable diferencia. Primer y tercer curso, o bien segundo y cuarto… Y ahora me pregunto qué pasó con nuestra amistad de niños del año de cursillos.

Cuando regresaba los fines de semana al pueblo, asistía casi a cinco misas entre sábado y domingo. En verano a veces me relacionaba en el campo de fútbol con mis antiguos amigos. Pronto llegaron las chicas para ellos, también las peñas y yo no podía estar en el mismo lugar, pues el simple hecho de bailar o intimar con una chica era pecado, o eso pensaba yo.

Todavía recuerdo el extraño frío interno que me producía volver al pueblo. ¿Podría ser soledad?

Me llevaba bien con todo el mundo, pero las chicas representaban un muro infranqueable. Los de mi edad comenzaron a trabajar a los catorce años, incluso ya tenían alguna peña durante todo el año. Reviso ahora Youtube para comprobar la fecha de la canción *Mi Calle*, del conjunto Lone Star, año 1968, que repasando el libro de calificación escolar coincide con el tercer curso en el Seminario. Para entonces jóvenes trabajadores ya habían formado una peña que estaba abierta todo el año donde se bebía cerveza y escuchaban la canción tan famosa. Entré allí en una ocasión durante unos minutos. Posteriormente, con gran ilusión participé en una peña del pueblo, *La Farmacia*. No pensaba que iban a llevar chicas. Un día bailé con una joven, no sé ni cómo me atreví, y después del

segundo baile me fui al rosario y a misa, pues era mi obligación. Debía ejercer de monaguillo. En este caso me confesé, y el sacerdote me dijo que no me mezclase con cierta clase de gente, que era muy dañino. Regresé en algunas ocasiones, pero a horas en las que no había chicas.

En el verano de aquel año, mi padre me fabricó a partir de dos bicicletas viejas una que funcionaba, y comencé a salir por la carretera de Luna y Ejea de los Caballeros. Me atreví a llegar hasta el kilómetro cinco. Toda una hazaña. Aquello me abrió un nuevo mundo que duraría hasta los veinte años. Recorrí todo el monte de Zuera a lo largo de aquellos felices años de bicicleta. Otro verano también jugué a fútbol con los infantiles y lo pasé estupendamente; pero, en general, mi vida era la de un solitario místico. Me sentía fuera de lugar y totalmente extraño. Mi segundo hogar era, sin duda alguna, la iglesia del pueblo con sus actos religiosos y el propio Seminario.

Mientras mi vida social era más bien escasa y que me causaba la mencionada sensación de frío en el corazón, se desarrollaba mi vida como monaguillo y seminarista. Y que si bien en general fue muy satisfactoria… Sinceramente pienso que en otra vida fui monje, lo que probablemente era el origen real de mi misticismo… Pero hubo un momento culmen, que probablemente marcó un antes y un después, no en mi vocación, sino en mi afecto por cierto representante de la Iglesia.

Procedo, pues, a indicar los antecedentes de una de las mayores humillaciones que probablemente se pueda hacer a un adolescente de catorce años.

Don Antonio, el “arcipreste serio y recto” de Zuera, en el amplio sentido de la palabra, fue destinado a Zaragoza, y durante algunos días la parroquia se quedó a cargo del coadjutor.

Algunos monaguillos inspeccionamos todo el edificio. Desde la casa del señor cura y sus hermanas, hasta las enormes vigas de madera que estaban ocultas encima de la bóveda, pasando por cada uno de los recovecos de la subida al campanario.

También aproveché para probar el vino dulce que se vertía desde una botella de cristal de *Anís el Mono* a las vinajeras. Posteriormente también caté el vino de la garrafa de cinco litros que se vertía en la botella de cristal. Descubrimos el lugar en el que se guardaban las obleas; yo me llenaba los bolsillos. Mis compañeros: Gonzalo y Ángel, quienes por fin llegaron a curas, no creo que supiesen algo de "mi pecado".

Subíamos, bajábamos, nos divertíamos investigando cada rincón de la iglesia. Todo se terminó cuando llegó el nuevo cura.

Para finalizar y no recordar más lo que no merece la pena, mi padre debió sufrir mucho ante lo que ocurrió el día de viernes santo, justo antes de lo que iba a ser la primera procesión que se hacía por las mañanas en un día tan señalado.

Todas las personas importantes del ayuntamiento estaban en la sacristía. Se había puesto de moda hablar y cantar por altavoz en las procesiones. Cada vez que algún monaguillo se acercaba al altavoz, depositado sobre el mueble principal de la sacristía, el misterioso aparato hacía un sonido muy desagradable.

En cierto momento el cachivache por sí mismo se puso a hacer un ruido estridente (se acopló) y yo me acerqué a toda velocidad para apagarlo. Vino el cura y me pegó un tortazo que retumbó en toda la sacristía.

Lo vio mi padre, lo vieron todos los concejales, lo vio el alcalde y lo vieron todos los monaguillos, incluso lo escucharon fuera de la sacristía. No me afectó excesivamente, pero desde entonces mi padre, seguro que no se lo perdonó. Todos seguimos como si nada. En aquella ocasión parece que pagué con creces lo que otras veces había merecido y no había recibido. Digo yo. Ahora, con el paso de los años, me doy cuenta de que era un seminarista muy responsable, que siempre estaba en misa y en la iglesia. No me extrañaría si me dijesen que fui el que más misas, rosarios, bautizos, bodas y entierros hizo en Zuera. Quitando este incidente, toda mi relación con los sacerdotes ha sido verdaderamente satisfactoria… y aunque mi mente no lo sepa, mi corazón piensa que fui uno de ellos en siglos pasados.

Confirmación Q.G.M. Monseñor Cantero Cuadrado y su ayudante (¿un seminarista?)
A la izquierda, Don Alfonso, excelente coadjutor de Zuera.

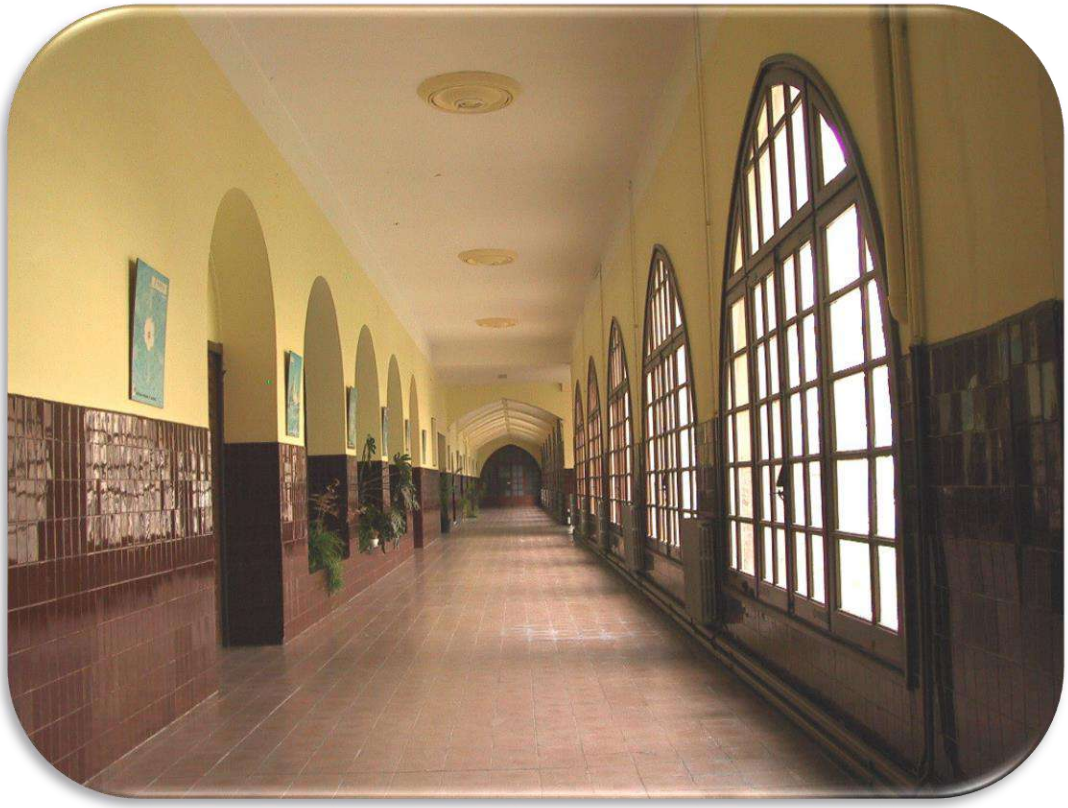
A.C.M.

Parece que hay algunos paralelismos entre las vivencias de Q.G.M. y las mías; aunque afortunadamente a mí no me tocó pasar por momentos tan bochornosos como el de ese bofetón injusto. En lo que respecta a la sacristía yo tuve algunas experiencias. En concreto me nombraron sacristán de la capilla del Menor a la que acudíamos los más pequeños, es decir la del ala noroeste.

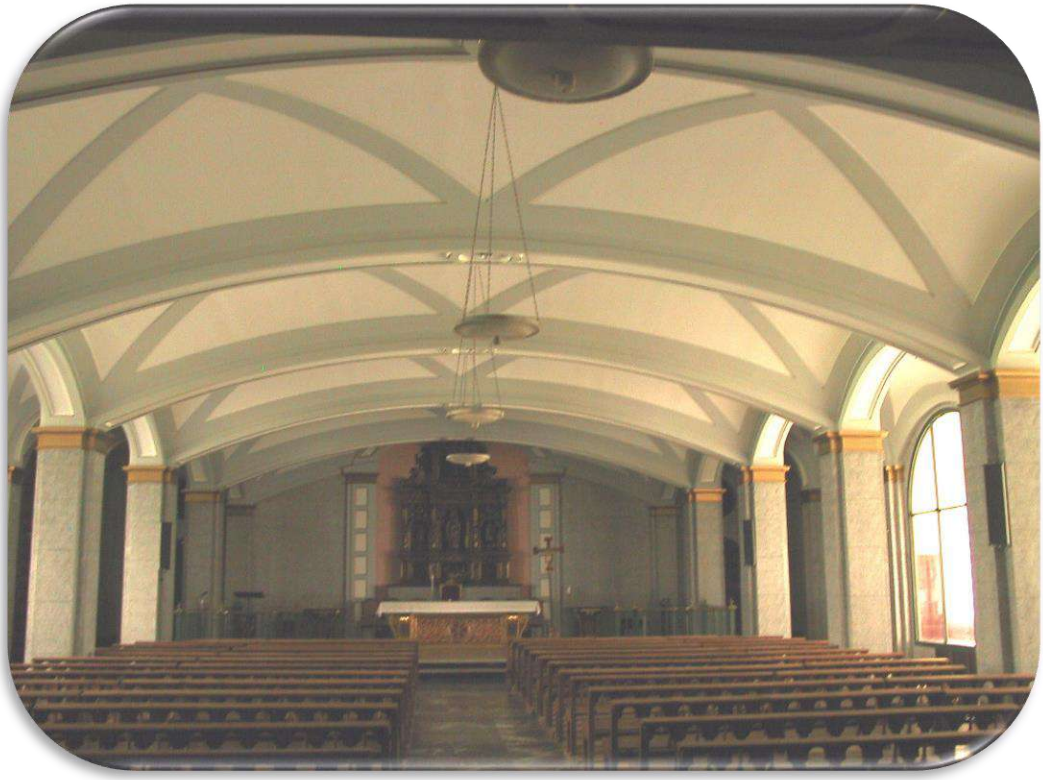
Para aprender "el oficio" me mandaron con Valero Lasmarías, de Castelserás, que era el veterano que se ocupaba de la capilla que estaba en la parte central del edificio, aunque ubicada en el Seminario Menor.

Valero tenía tan solo alrededor de un año más que yo, pero me aventajaba mucho en picardía. Me recibió con un buen puñado de "hostias", sin consagrar obviamente, de modo que no tenía saliva para tragarlas. Además, también degustamos el vino de oficiar. Fue todo un recibimiento. Por aquel entonces me tuve que familiarizar y ponerme al día en la denominación de los hábitos, los ritos y las costumbres religiosas.

En mi pueblo también oficiaba de monaguillo durante el verano. Se puede decir que me conocía a todas las beatas, pues iba a misa a diario, al menos en los primeros años. Esto tenía una gran contrapartida y es que me libraba de madrugar para ir al campo desde primera hora. Al salir de misa, iba a casa me cambiaba de ropa y llevaba el almuerzo a mi padre y a mis hermanos, si correspondía, y ya me quedaba con ellos a trabajar.



Corredor de la Capilla y Capilla. Fotografías cedidas por D. Teodoro Félix Lasmarías.



Q.G.M.

Resulta paradójico que los acontecimientos del Seminario que más recuerdo no son los religiosos. La actividad en la capilla duraba unos tres cuartos de hora por la mañana, y otros tres cuartos de hora por la tarde, aproximadamente. Allí pasábamos unos excelentes momentos, teníamos nuestro libro de oraciones, que me encantaba por su olor a celulosa. En algunas ocasiones teníamos oficios religiosos especiales, pero el Seminario no debía diferir mucho de la enseñanza en los demás colegios regidos por religiosos o religiosas. La misa y el rosario eran obligatorios en muchos de ellos.

Sin embargo, cuando iba al pueblo, mi vida se centraba alrededor de la iglesia, especialmente en los fines de semana.

Misa por la mañana, rosario y misa por la tarde, bautizos, entierros, bodas, comuniones…

La época que más me gustaba era la S*emana Santa*.

El invierno estaba terminando, aunque hubiese ramalazos de viento frío que solían presentarse por esas fechas, y había muchos actos en los que los monaguillos, en los primeros tiempos, cuando éramos diez o quince, nos lo pasábamos divertidamente. En la sacristía había mucha vida y alegría, y en ocasiones aparecía algún ratón en mitad de la misa, lo que nos causaba cierto regocijo.

Paulatinamente los monaguillos fueron desapareciendo, y al final quedamos casi solo los seminaristas.

Apareció la costumbre de que alguien, además del sacerdote, leyese la epístola, y en muchas ocasiones me tocó

hacerlo, al igual que a Gonzalo G. y a Ángel B., los otros dos seminaristas del pueblo. Pienso que fui el que más horas invirtió en la iglesia de San Pedro, desde monaguillo con siete años hasta terminar como ayudante de sacerdote con diecisiete. Semana Santa era una época de recogimiento interior y procuraba vivir la pasión de Cristo. Por si fuese poco, también en los cines del pueblo solían verse películas alusivas a historias de Jesucristo. Excepcionalmente había otras como Barrabás o Ben Hur, que nos encantaban. Además de todo este ambiente religioso, comenzaban también mis excursiones por los montes de Zuera. El trigo y la cebada tenían ya más de un palmo y el verdor de muchas zonas era extraordinariamente gratificante. Como también aprovechaba para leer la Biblia en casa, podía afirmarse que la Semana Santa era una semana maravillosa en el aspecto espiritual.

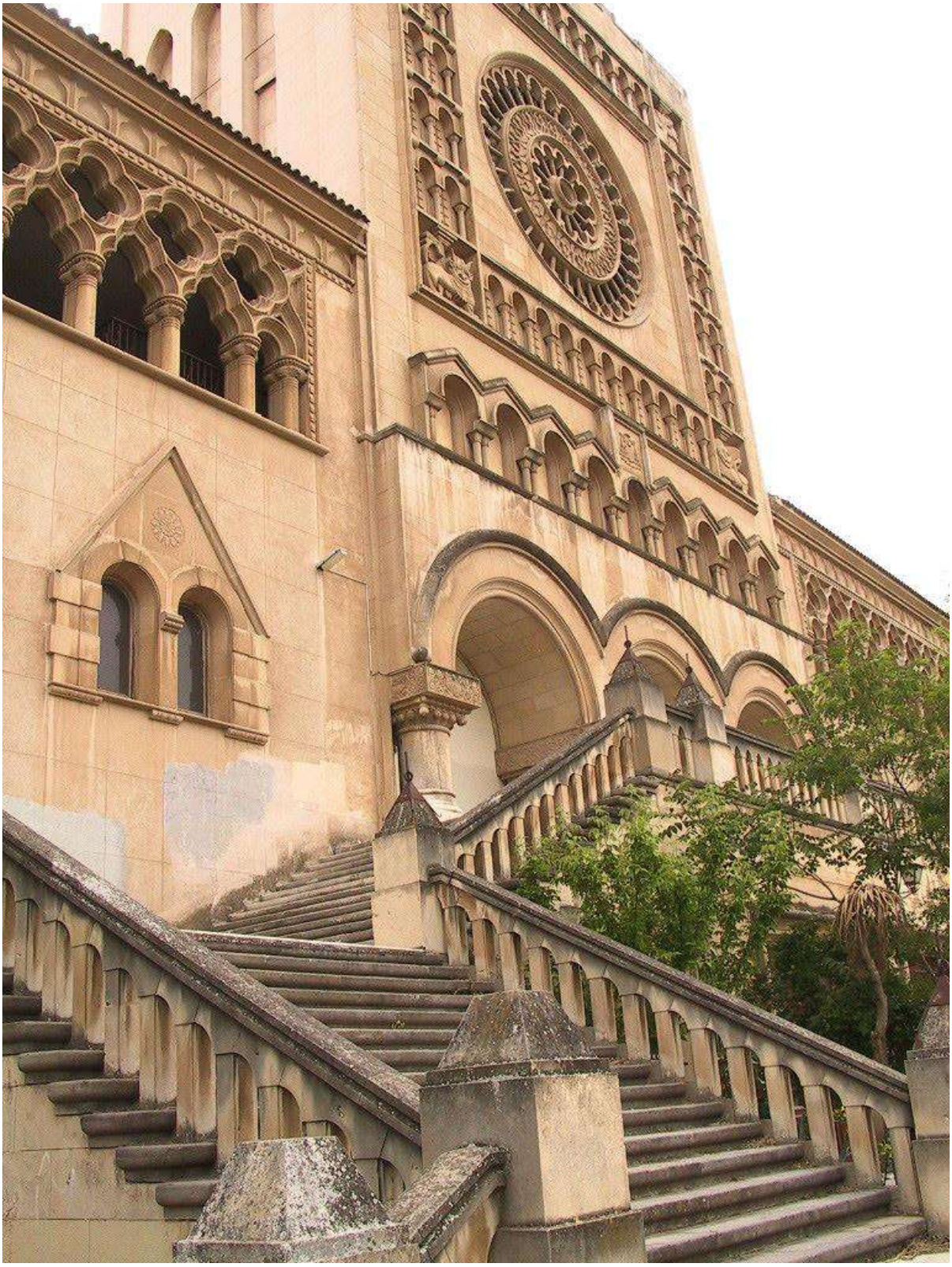
Retablo de la iglesia de San Pedro, Zuera. Internet: El cronista de la red.

A.C.M.

Nunca me gustó la Semana Santa, salvo por las vacaciones. Recuerdo que por esa época en la radio no ponían la música habitual, sino que sólo programaban música clásica. Con el agravante de que, por entonces, yo no apreciaba esa música. Todo era tristeza, luto y color oscuro. En las iglesias del pueblo tapaban los monumentos y había un ambiente fúnebre. Lo único que rompía esa monotonía era la procesión. Sin embargo, al contrario que ahora, que hay verdadera pasión por los tambores y las procesiones, este evento era también triste y poco relevante.

Por el simple hecho de que me obligaban mis padres a asistir a la procesión, dejó de gustarme. Digamos que le cogí manía y, a partir de cierta edad, cuando podía me escabullía de la misma. Solo algunos años después cambió mi actitud, ya que mis amigos empezaron a participar activamente en las mismas. Yo llegué a disfrazarme y llevar alguna peana. Quizás lo que más agradecía de esas festividades religiosas era que no había que ir a misa alguno de los días festivos; aunque lo de que en Jueves Santo el cura lavase los pies a algunos fieles me parecía algo especial por ser distinto y por lo que representaba.

De la Semana Santa, o mejor dicho de la Cuaresma, recuerdo también la necesidad de hacer abstinencia los viernes. Lo de no poder comer carne o sus derivados ese día hacía que lo desearas con más ahínco. No entendía esa prohibición y a partir de mi entrada en Salesianos menos, pues en ese colegio, donde también estuve interno, no respetaban esta costumbre. Parecía que lo hiciesen adrede, ya que para el bocadillo de la mañana en los viernes de cuaresma casi siempre había chorizo o salchichón.



Fotografía cedida por D. Teodoro Félix Lasmarías.

Algo sobre sexo

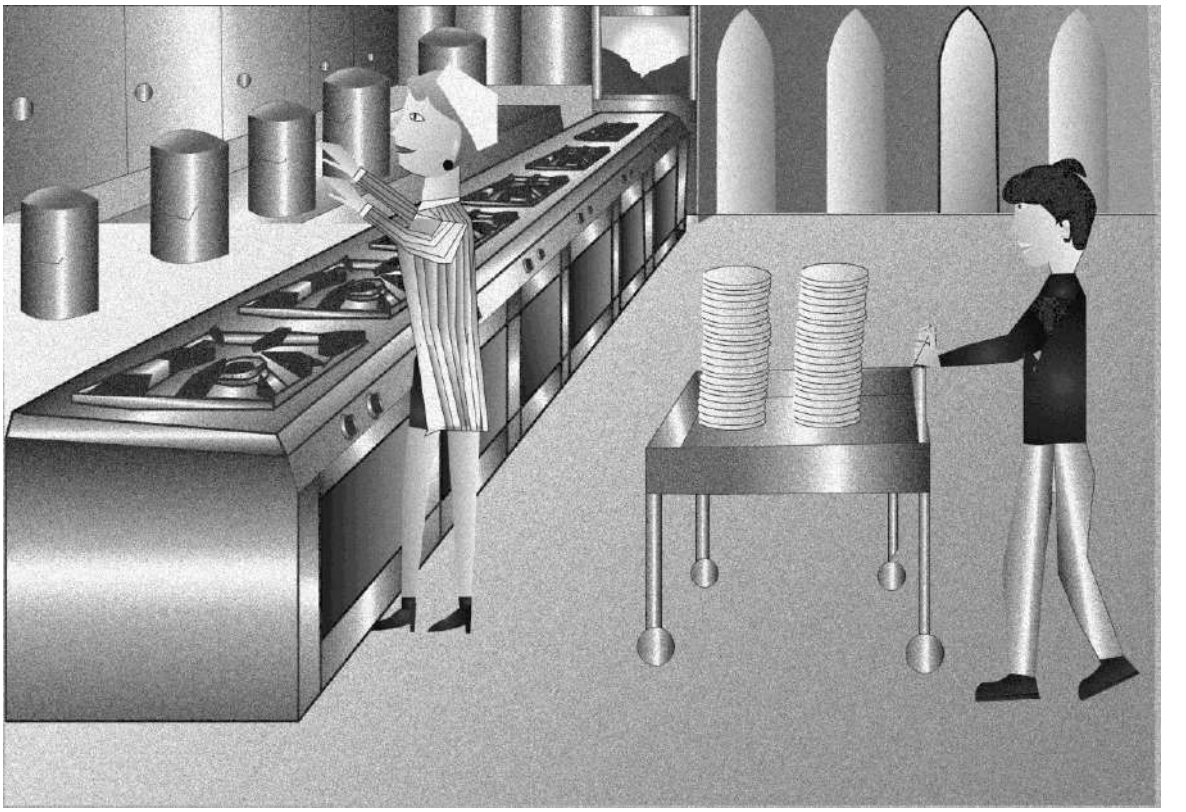
A.C.M.

El tema del sexo creo que ha estado muy presente en nuestra generación y en otras muchas, teniendo un papel tan protagonista en nuestras vidas que quizás, como he leído por algún sitio, estaba sobrevalorado. No obstante, no hay que olvidar que el "instinto sexual" es un elemento tan esencial de nuestra biología que supone un hito a la hora de tratar de garantizar la supervivencia de la especie. Sin embargo, la religión católica parece haber estado siempre en guerra con el sexo por considerarlo un vicio y algo pecaminoso. La lujuria es uno de los siete pecados capitales y el sexto mandamiento nos dice que no hemos de consentir pensamientos ni deseos impuros…Abordar este tema con seriedad es cuestión de verdaderos tratados, por ello nos limitaremos a relatar alguna de nuestras experiencias.

Recuerdo que, una vez había decidido que iba a acudir al Seminario, es decir con 9 años (¡!) ya me cambiaba de lado cuando veía a una chica que venía por la misma acera que yo. Era una mezcla de timidez y de evitar los famosos "pensamientos impuros". Ni qué duda cabe que el catecismo y las misas tenían una gran influencia en mí. Como contrapunto, cuando salí del Seminario empecé a hacer lo contrario, supongo que para contrarrestar lo anterior y también como signo de dominio de la situación. Como ya he dicho, me llamo Antonio. En realidad, heredé este nombre de mi abuelo paterno, Antonio Callén, que quedó viudo a una edad relativamente joven. No recuerdo haberle conocido personalmente pues yo era muy pequeño cuando falleció; pero hay una anécdota que me contaron mis padres y que nunca he olvidado. Un día de Todos los Santos mi abuelo vino a mi casa que estaba en la carretera,

un camino casi obligado para mucha gente que subía al cementerio. Mi abuelo estaba en la ventana e hizo un comentario, según el relato: "*Suben unas chavalas al cementerio que dan ganas de morirse*". Parece ser que murió a los pocos días. De cualquier modo, independientemente del grado de veracidad de esta historia me consta que mi abuelo apreciaba mucho la belleza femenina y yo estoy convencido que ese es un carácter que yo heredé. Ahí lo dejo…

En el Seminario había unas chicas que ayudaban a las monjas en las tareas de cocina y limpieza. Supongo que tendrían sobre los 14-15 años, es decir 2-3 años mayores que yo. Pues, por extraño que parezca, recuerdo que alguna de ellas llevaba minifalda bajo la bata que tuve la ocasión de ver, en ocasiones, cuando me tocaba servicio de mesas en el comedor y entraba con el carro con ruedas bien a la cocina o al fregadero para depositar los recipientes vacíos ¡Vaya subidón!



Aunque yo era de los más tranquilos, creo que por alguna ley de compensación de la naturaleza me juntaba con los más movidos. En el comedor, recuerdo que hablábamos a menudo de chicas y de sexo. Sin saber mucho del tema (está claro que no teníamos experiencia), recuerdo de forma gráfica el ímpetu de uno de los compañeros que cogía dos vasos de Duralex y hacía un símil de cópula. Eran vasos de esos de boca ancha y culo estrecho, obviamente. Las hormonas masculinas empezaban a hacer de las suyas. En el dormitorio, en los lavabos, se empezaban a hacer corrillos de 3 o 4 alumnos para hablar de chicas y de sexo a la hora de lavarse los dientes. Yo participé de esas "malas conversaciones" y me libré de la expulsión después de tener que pasar por un interrogatorio y "confesión" por escrito. Lo mío quedó en un suspenso en conducta (creo que era el primero y desde luego fue el último). Cuando vino mi padre me dijo que, si se volvía a repetir, lo del suspenso en conducta, me iba a enterar de la paliza que me iba a dar, porque a él nadie le tenía que poner la cara colorada por mi culpa. Entonces, insisto, se acabaron las oportunidades.

Tengo que reconocer que sufrí mucho con los sucesos que dieron lugar a unas expulsiones que ocurrieron en el primer trimestre de tercer curso relacionadas con este tema, aunque en el fondo me supuso un gran alivio.

En efecto, yo estaba en el campamento de Ordesa el año en que sucedieron ciertos hechos y en la misma tienda de los implicados. Recuerdo que las tiendas instaladas eran de las de campaña tipo militar. Tenían forma de hongo y cabíamos más de 10 chavales. Pues bien, por las noches, en un lado de la tienda algunos empezaban los tocamientos de sus partes. No se veía nada, pero se oían grititos y suspiros y percibían movimientos más que sospechosos.

Durante el curso siguiente, en la zona central del dormitorio y a pleno día, no se frenaban y se tiraban sobre las camas vestidos, pero tocándose. Algo muy bochornoso que supuso una verdadera crisis, pues las ocasiones se multiplicaron.

Además de las correspondientes expulsiones hubo un intento de dar "educación sexual" a quienes permanecimos en el colegio. En realidad, fue una pantomima ¿cómo iban a educarnos unas personas que carecían de la mínima experiencia al respecto?

La solución fue tener unas entrevistas y ofrecernos leer el libro que he mencionado antes, es decir *Te vas haciendo hombre*,

En algunos capítulos de este libro he hecho referencia al libro que me/nos recomendaron leer cuando surgió la crisis consecutiva a la aparición de la descarga hormonal incontrolada en un grupo de adolescentes adelantados, carentes de la educación sexual adecuada, que dieron rienda suelta a sus instintos de forma brusca y sin tapujos. Es decir, sin ningún tipo de pudor. Pues bien, creo que, con la perspectiva de la edad madura y el cambio de contexto social y cultural, es bueno repasar algunos de los párrafos de aquella obra, simplemente como testimonio de la alternativa formativa que se nos ofreció como educación sexual.

La amistad sensual

Al hablar de la amistad sentimental, la hemos supuesto limpia de toda alianza sensual. En efecto, estamos persuadidos de que muchas de estas amistades exaltadas se limitan a pura embriaguez del corazón. Es necesario condenarlas sin contemplaciones, pero no debemos suponerlas manchadas con lacras de las que están frecuentemente libres de una manera total.

Estas lacras existen-tengo que decirte la verdad entera-en esas amistades que se mantienen y se sumergen en la sensualidad más vulgar y chabacana. ¿Las llamaremos amistades? No se sabe qué nombre dar a esos desequilibrios, sino los de complicidad sórdida o extravagancia vergonzosa...Lo único que hace falta es llamarlas por su nombre y condenarlas sin contemplaciones; sobre todo en un mundo en el que algunos autores de fama mundial se dedican a rehabilitar los vicios y hacerlos pasar por verdaderas virtudes.

Fuente de vida

...La función principal de los órganos de la generación consiste en elaborar las células destinadas a unirse, para convertirse, una vez unidas, en el punto de partida de una nueva vida humana.

Durante la infancia, estas semillas vitales están como dormidas; pero en los años de la adolescencia comienzan a madurar para irse preparando a la misión que la Providencia les ha encontrado. Así, el joven y la joven estarán formados para poder fundar una familia. Para que se forme un nuevo ser humano, hace falta que los esposos se unan físicamente y que el padre deposite gérmenes vitales en el organismo de la madre. Cuando uno de estos gérmenes encuentra una célula femenina ya elaborada para la generación, en ese mismo instante una nueva vida humana comienza a latir...

Solamente dentro del matrimonio

...Dios, para facilitar al hombre el cumplimiento de las altas y soberanas misiones que le esperan en la vida, ha querido que el ejercicio de una de sus funciones sea para él una fuente de placer y de gozo.

Este principio general es particularmente sensible en esta misión trascendental que ahora estudiamos y que se refiere a la propagación de la vida en este mundo. Dios ha querido que los padres sientan el uno hacia el otro el amor más ferviente, el más generoso, para que hagan de los dos una unidad indisoluble, indestructible, que proteja al niño recién nacido, le rodee de cariño y vele para que crezca al abrigo de cualquier necesidad...también ha querido que los padres se sintieran atraídos el uno hacia el otro con un instinto poderoso: el instinto sexual; y que encuentren en la unión física que va a constituirles en padre y en madre, un placer sensible, que se llama placer sexual.

Este instinto y ese placer no son cosas malas en sí mismas. Es Dios quien los ha creado y los quiere para que de este modo los hombres asuman voluntariamente la dura responsabilidad de traer nuevos seres a la vida y de educarlos en ellas. Por eso,

buscar el placer dentro del matrimonio, en modo alguno es pecado…

Es obvio que el autor del libro, Juan el Presbítero, sabía muy bien lo que escribía y cómo hacerlo en un contexto impregnado de religiosidad. Sin embargo, dudo de la eficacia de esta lectura y de sus consejos en una mente en formación, enfrentándose sola a las tentaciones mundanas, máxime teniendo en cuenta el poder de los mensajes opuestos, entre los que cabe destacar, como he dicho anteriormente, la potencia del cine…

Tampoco puedo olvidar mi entrevista con quien por entonces era nuestro tutor. Le recuerdo hablando de sexo en su despacho y temblando como un cascabel. Es evidente que no tenía preparación ni valor moral para aquello, pues se hicieron famosas sus visitas al dormitorio a la hora previa a acostarnos, en las que "acosaba" contra la puerta del armario, sin esconderse, a unos de nuestros compañeros, muy guapo él. Cuando el chico podía zafarse, lo siguiente que recuerdo es que estaban sentados en la cama, como si estuviese en postura de confesión y le pasaba la mano por encima de los hombros, acercando su rostro al del alumno. Ni que decir tiene que los del pasillo central se subían a la cama para ver el espectáculo, al otro lado del tabique, una vez que se corría la voz. Bochornoso. Sin embargo, para ser correcto, he de confesar que fuera de esto no me consta que hubiese abusos sexuales por parte de los superiores a los alumnos.

En el verano de cuarto, dejé el Seminario. Ese año, en septiembre, se casó mi hermano el segundo. La boda se celebró en el Casino Mercantil. Mis primos y yo compartimos mesa con unas chicas que trabajaban en el taller de confección de Alagón donde había estado trabajando mi cuñada.

Ahí conocí a una chica delgada de pelo rizado que me sacaba siete meses.

El paquete de *Paxton* rubio mentolado y el de *Peter Stuyvesant* debieron jugar a mi favor, pues para una chica de esas características yo no dejaba de ser un pipiolo. Sin embargo, la promesa de bailar para las fiestas se cumplió y, con el tiempo, fue primero mi amiga, luego mi novia formal y finalmente mi esposa y madre de mis hijos. Lamentablemente, una terrible enfermedad hizo que no llegásemos a celebrar ni los veintiún años de casados; aunque cuando falleció habían trascurrido casi treinta y dos años desde el día que nos conocimos. Descanse en paz.

No quisiera dejar pasar este capítulo sin ahondar un poco más sobre el tema del sexo y de la educación sexual. Creo, honestamente, que muchos jóvenes de nuestra generación fuimos víctimas de una mala educación sexual. Sí, digo bien, mala educación que es peor que no tener educación. Los padres no estaban capacitados para enseñarnos, en mi caso al menos, ya que no había confianza ni preparación para tratar estos temas. De los maestros tampoco recibimos este tipo de formación, pues éramos muy pequeños. Finalmente, en el Seminario, ha quedado claro que todo esfuerzo fue vano e inútil ¿Dónde aprendimos?

En aquellos años existía una total ausencia de medios de aprendizaje sexual, pues desafortunadamente el material edu-

cativo, e incluso los materiales eróticos, no estaban a nuestro alcance, lo cual no evitaba que en algunas ocasiones tuviésemos acceso a material pornográfico para el que no estábamos preparados.

Los amigos hablábamos y compartíamos conocimientos, pero salvo honrosas excepciones el nivel era ínfimo y los conceptos erróneos, cuando no cargados de morbo. En mi caso, puedo afirmar que fue el cine mi gran escuela. En efecto, en mi pueblo, con quince o dieciséis años se podía entrar a las películas para mayores (algo que no debió ser así, pero sucedió).

Los mitos eróticos de la época, en un contexto cinematográfico claramente machista formaron parte de nuestra vida, aquellas actrices que para mí fueron verdaderos "monstruos eróticos" de la pantalla: Sofía Loren, Claudia Cardinale, Brigitte Bardot, Elke Sommer, Rita Hayworth, Catherine Deneuve, Gina Lollobrigida, Jacqueline Bisset, Ava Gardner y la gran Rachel Welch, por citar unas pocas de las actrices internacionales que, hasta el destape español, nos hicieron disfrutar de su enorme belleza.

Si a esto sumamos la llegada de *Playboy*, *Penthouse* y la francesa *Lui* como revistas eróticas, completamos los cimientos de nuestra educación machista basada casi exclusivamente en lo puramente físico y carente de lo esencial en el terreno emocional y sentimental.

Además, en mi caso, lamentablemente, el mayor impacto negativo en mi educación sexual vino de la mano de las "malas compañías" y, más que la gente de mi edad que, no estando en el Seminario, iban por delante de mí en ese aspecto, me refiero ante todo a esas cuadrillas de temporeros cuarentones que

venían a trabajar para nosotros en tiempo de recolección (cebollas, tomates, judías, etc.).

Las conversaciones obscenas y las imágenes que suscitaban con sus relatos y sus gestos provocaban estragos y conflictos internos enormes en un chaval en plena adolescencia, es decir entre los 13 y los 16 años. Ahí lo dejo.

Curiosamente, con 20 años o más, ya en democracia, habiendo leído publicaciones sobre la sexualidad y el control de la natalidad, llegué a impartir charlas en mi pueblo sobre el tema.

Las divas que admirábamos de jóvenes.

Q.G.M.

Han pasado más de cincuenta años y el tema del sexo en el Seminario pienso ahora que no pasaba de ser una pura anécdota. Otra cosa eran los verdaderos retos que suponían para un niño el misterio de la mujer, el misterio del trabajo, el misterio de la vida y de los adultos. Todo este entramado era realmente lo que se iba tejiendo en el pensamiento de un adolescente. Estaba ahí, en el subconsciente, escondido, nebuloso, lejano, inalcanzable.

Nuestra generación apenas tenía posibilidades de ver desnudos femeninos (¡no hablemos ya de masculinos!) y mucho menos de prácticas sexuales explícitas. Por lo menos en mi caso. En la televisión no existían, en las revistas tampoco, y las películas estaban catalogadas para mayores de catorce (un rombo) y después para mayores de dieciocho (dos rombos). Así pues, nuestra percepción de las relaciones matrimoniales en el ámbito sexual era pura abstracción. O ¿es que yo sólo jugaba al fútbol?

Sin embargo, esa tendencia natural no se podía obviar, y poco a poco los niños de once años comenzábamos a ser adolescentes. Algunos antes que otros, como la floración en los árboles. Y los que despertaban antes de tiempo, no era para ser más afortunados precisamente. Concretamente recuerdo a un compañero muy inteligente, de Castejón de Valdejasa (J. A.), que era de los primeros de la clase, y paulatinamente formó a su alrededor algún pequeño núcleo que escuchaban sus gracias y sus dibujos. Después de cuarto curso, abandonó el colegio. Le tenía mucho aprecio, pero pienso que creció demasiado rápidamente y su brillantez le llevó hacia el exterior.

Un día me dijo que yo sería alto, y aquello me ilusionó, porque era una de las cosas que más me preocupaban por aquel entonces.

En primer curso, Yagüe, de Zaragoza capital, decía que en los porches de la plaza de toros, las parejas se daban el lote. Le dije: "*cuenta, cuenta*". Pero había poco que contar, sólo que las parejas se manoseaban. Ahora recuerdo que coincidí con él haciendo la mili en la Policía Aérea, en el antiguo cuartel de San Lamberto.

Fue durante el segundo curso, y posteriormente en campamentos, tal y como comenta A.C.M., cuando se empezó a formar un nutrido grupo de alumnos que jugaban tirándose al suelo por los rincones de los pasillos. Se apelotonaban unos encima de otros con el propósito de sentir algún placer. Había uno al que le llamaban *la chica*. Debía ser porque era el más guapo, aunque quizás él no estaba implicado. Confieso que sentía cierta atracción por aquel juego, pero en ningún momento participé. Probablemente me salvó mi timidez en el aspecto sexual.

También compartí con A.C.M. la tienda en campamentos, allí en el Valle de Pineta. Intento recordar si hubo alguna risita o alguna escaramuza, pero no parecía ocurrir nada fuera de lo normal, o tal vez sucedía que yo como ya sabía de qué iban no me extrañaba su comportamiento. Hubo otro alumno que dijo que se tuvo que confesar porque vio con otro amigo a una pareja en medio del bosque. Por entonces no se decía hacer el amor, tal vez dijo *dándose el lote*. Justamente en el primer trimestre del siguiente curso, los revolcones, nunca mejor dicho, continuaron tal y como comenta A.C.M. por los pasillos bajo las escaleras. En el primer trimestre fueron expulsados fulminantemente ocho o diez compañeros.

El tema de las chicas me atraía, pero tal y como ahora lo recuerdo, no se había convertido todavía en un problema irresoluble. Quizás pensaba que se solucionaría cuando llegase a cura.

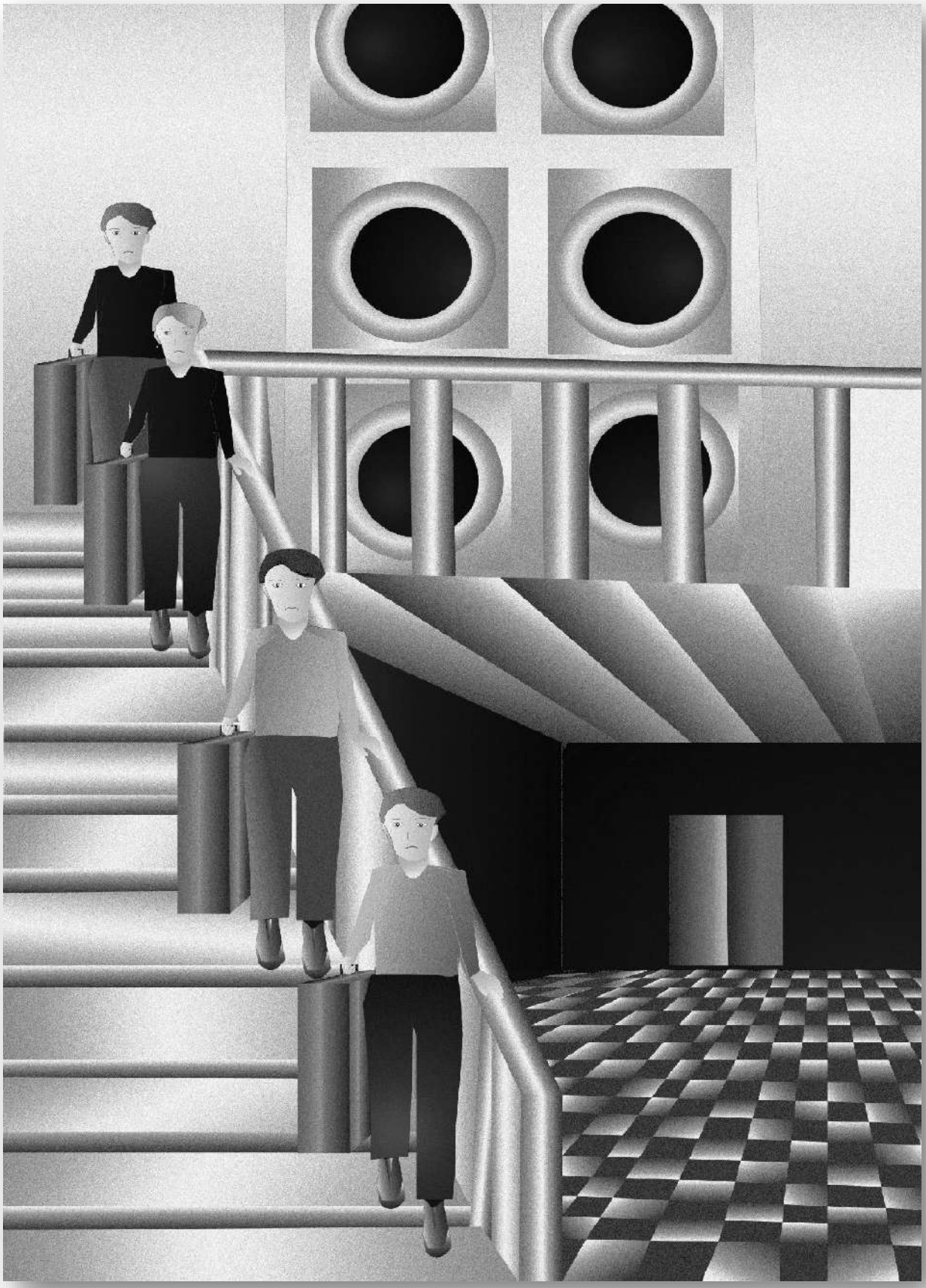
Pocas veces hablé con algún compañero y amigo seriamente sobre el tema. Otra cosa era la atracción abstracta por las chicas y por las mujeres. El misterio del amor *iba in crescendo* y nada pudo detenerlo. ¿Quién no se había enamorado de Julie Andrews en *Sonrisas y Lágrimas*? Oficialmente, nadie.

Tal vez fue en sexto curso o quizás en C.O.U. cuando vino un periodista *progre*, y supongo que partidario del *amor libre*. Recuerdo vagamente que en varias ocasiones afirmé que había en el seminario "represión sexual". El joven periodista que venía con su novia, nos dijo que si alguien deseaba experimentar sexualmente que él gustosamente nos cedía a su chica. Estoy seguro de que fue así, espero que alguien me lo pueda confirmar. Por fin, Pedro Joa. lo ha confirmado.

Supongo que oficialmente nadie aceptó su proposición… ¿Qué cara habría puesto aquel *progre* si algunos le hubiésemos dicho que sí?

Pero pensándolo bien… ¡Qué cantidad de conflictos se habrían establecido en las mentes de aquellos que todavía éramos unos niños… de dieciséis o diecisiete años!

Probablemente nos habría desequilibrado para toda la vida… quizás habríamos pensado que todo el monte era orégano. Además… era un mal bagaje para iniciar una relación inocente con las jóvenes de nuestra edad y época.



P.J.V.G.

En sexto curso, D. Paco nos daba clase de sexualidad (debía ser en alguna clase de tutoría o en alguna hora de estudio).Nos pareció al principio como algo muy avanzado. Él nos daba la charla correspondiente y luego se solía realizar un debate y en uno de ellos yo defendía el divorcio, la clase casi entera se posicionó contra mí, me enfadé ya que nadie me hacía caso, tiré el pupitre y me fui de clase. D. Paco preguntó a los compañeros si eso me daba con frecuencia. No ocurrió nada. Cuando tenías dudas sexuales (fijaos si tendríamos) y no te atrevías a preguntarlo en clase delante de todos, D. Paco te las resolvía a solas en el pasillo.

Campamentos

A.C.M.

En otras partes de este libro hemos hecho alguna mención a los campamentos de verano, pero creo que, aunque borrosos, hay algunos recuerdos de estos que vale la pena mencionar.

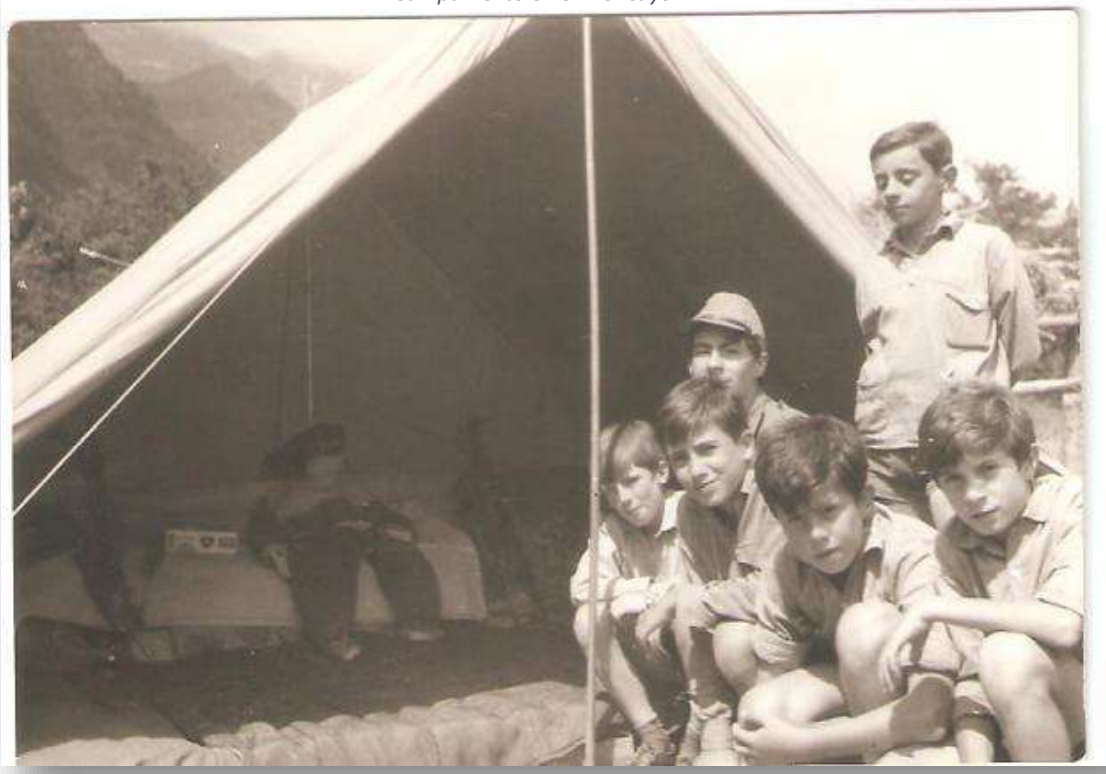
De hecho, tengo unas fotografías del primer campamento al que asistí, en cuyo reverso figura una fecha de Julio de 1967. Las fotos y la fecha he de agradecerlas a Ángel Satostegui, un vasco amigo de mi padre muy aficionado a la fotografía y a viajar que tuvo la gentileza de acercar a mis padres al campamento.

Por otra parte, en mi *Libro de Calificación Escolar* figura Mayo de 1967 como fecha en que fui calificado de las asignaturas de 1er curso. Lo cual cuadra con mis recuerdos. Es decir fue en verano de primer curso cuando fui a los campamentos al Moncayo.

En algún sitio de ese famoso relieve montañoso había un asentamiento que servía para hacer campamentos de la OJE (Organización Juvenil Española).

Supongo que los responsables de la diócesis harían las gestiones para poder aprovechar unos días las instalaciones. Yo fui ataviado con el uniforme de la mencionada organización, pues casualmente mi hermano inmediatamente mayor había estado en ese mismo campamento y ya disponíamos de la camisa, cinturón y el pantalón corto.

Campamento en el Moncayo.



En la cantina con mis padres y D. Tomás.

Guardo algunos buenos recuerdos de ese campamento. Así, en retazos, me vienen a la cabeza los siguientes:

- No hacía falta nevera, porque el arroyo que pasaba por el campamento aportaba una agua muy fresquita que servía para refrescar las bebidas que servían en la cantina (ver foto).
- Había una piscina y pudimos disfrutar ampliamente de ella.
- Las tiendas eran de unas 6 plazas.
- Mi madre me dijo que tuviera cuidado en las duchas para no coger "petines".
- Hacíamos unos fuegos de campamentos que eran muy divertidos, a la luz de una hoguera. Me recordaba en cierto modo a las actividades que hicímos de este tipo durante el cursillo.
- Nos daban algunas lecciones de "Urbanismo y buenas

costumbres", en las cuales nos explicaban como comportarse en distintas situaciones y ambientes. Las clases eran en el exterior, no había aulas.

- Creo recordar que en una de las excursiones llegamos cerca de un sanatorio en el que había enfermos de pulmón, pues les recomendaban aire puro y tranquilidad.

La verdad es que no teniendo que estudiar y disfrutando de la naturaleza y de actividades diversas fue una agradable experiencia. Quizás de ahí venga mi afición por la montaña que prefiero, con creces, a la playa. De hecho, la única vez que he subido a la cima del Moncayo fue en ese campamento. Solo recuerdo dos o tres cosas: se hizo duro, había una parte con muchas rocas y arriba había una cruz y un libro para firmar.

Al año siguiente, es decir en 1968, el Seminario ya dispuso de una finca en el Valle de Pineta que se adaptó para hacer los campamentos: el campamento de Ntra. Sra. de las Cumbres. En principio, lo de interrumpir las vacaciones en el pueblo podía parecer un inconveniente. Sin embargo, la zona privilegiada, reencontrar a los compañeros fuera del período lectivo y las actividades del campamento valían la pena. Igualmente, guardo retajos de recuerdos, pero que han resistido el paso de más de medio siglo. Recuerdo que había una borda, una parte de la cual servía de cocina y la otra, donde antes había servido de establo para las vacas, se había transformado en una sala de enfermería que, si mal no recuerdo, me tocó ocupar algún día.

El campamento estaba al lado del río Cinca. De hecho, las letrinas eran una estructura constituida por vigas y paneles dispuestos de forma que nuestras deyecciones caían a plomo al río (¡qué barbaridad sanitaria!): *agua corriente no mata a la gente*.

Nos bañábamos en el río, pero el agua era tan fría que apenas aguantábamos un minuto dentro del cauce. Así que hacíamos entradas y salidas rápidas. Recuerdo que allí probé la cerveza por primera vez y, como es lógico, no me gustó al principio; pero acabé apreciándola o al menos aceptándola.

Otro recuerdo que echo mucho de menos hoy en día es que había muchas luciérnagas. Además, me viene a la memoria que era fácil encontrar fresas, muy pequeñitas pero muy sabrosas. También organizaban excursiones nocturnas de un pelotón de chavales, en la cual íbamos acompañados de algún mayor. Toda una aventura. Aunque eso fue excepcional y lo que era más habitual consistía en hacer alguna marcha en grupo e incluso el ascenso a uno de los neveros, de cuyo evento guardo una foto. Aunque entonces ya empezaba a estar protegida la Edelweiss o flor de nieve, nosotros las encontramos y cogimos alguna. Por aquel entonces se estaba construyendo el Parador de Pineta y visitamos la zona próxima a las obras. Por allí es por donde, al parecer, alguno de nuestros compañeros vieron a una pareja haciendo el amor. No veas el revuelo que se preparó entre los alumnos cuando corrió el chisme. Seguro que esa noche nos costó conciliar el sueño.Las tiendas en este campamento, al menos en uno de los años, eran de tipo “hongo” condecoración de camuflaje. Supongo que eran del Ejercito. En ellas cabíamos muchos más alumnos que en las del Moncayo y la parte central, al no estar ocupada con colchonetas dejaba más espacio. Si no hubiese sido por el repugnante comportamiento de alguno de nuestros compañeros del que me tocó ser testigo, el recuerdo de esos campamentos hubiera sido idílico.

De cualquier forma, para mí, Pineta siempre será un valle que me entró por los ojos y al que nunca renunciaré volver si tengo la ocasión, un sitio con encanto.

Campamento de segundo, en Pineta.

Arriba: Pineta. En el nevero. Abajo: equipo de fútbol.

Pineta. Reponiendo fuerzas.

Q.G.M.

Poco más puedo añadir a lo que ha dicho A.C.M. Fueron los dos únicos campamentos a los que asistí durante mi estancia en el Seminario. Mientras lo leía pensaba que se olvidaría de la florde nieve, pero no. La mía se quedó dentro del libro de oraciones que mi padre abandonó en un baúl con muchos libros de texto…

Respecto al campamento del Moncayo, recuerdo que nos daban una o dos horas libres para la siesta y que aprovechábamos para comprarnos en el bar un batido de chocolate, que me sabía a gloria; que con una navaja dábamos forma a algunas cortezas de pino que estaban por el suelo, y yo hacía unas barquitas, para mí, muy bonitas…

Nos levantábamos a las siete de la mañana, más o menos, y lo primero que hacíamos era gimnasia y después nos zambullíamos en el agua helada de la piscina.

Durante unos días aprendimos a lanzarnos al agua e intentar sacar a un compañero de la piscina. En mi caso, que apenas sabía mantenerme a flote, llegué hasta el compañero que debía socorrer, le cogí del cuello, como más o menos decían, y nos hundimos los dos…

En el campamento de Pineta, llovió más de la mitad del tiempo, y en una ocasión debimos abandonar las tiendas y refugiarnos en el edificio del bar-restaurante.

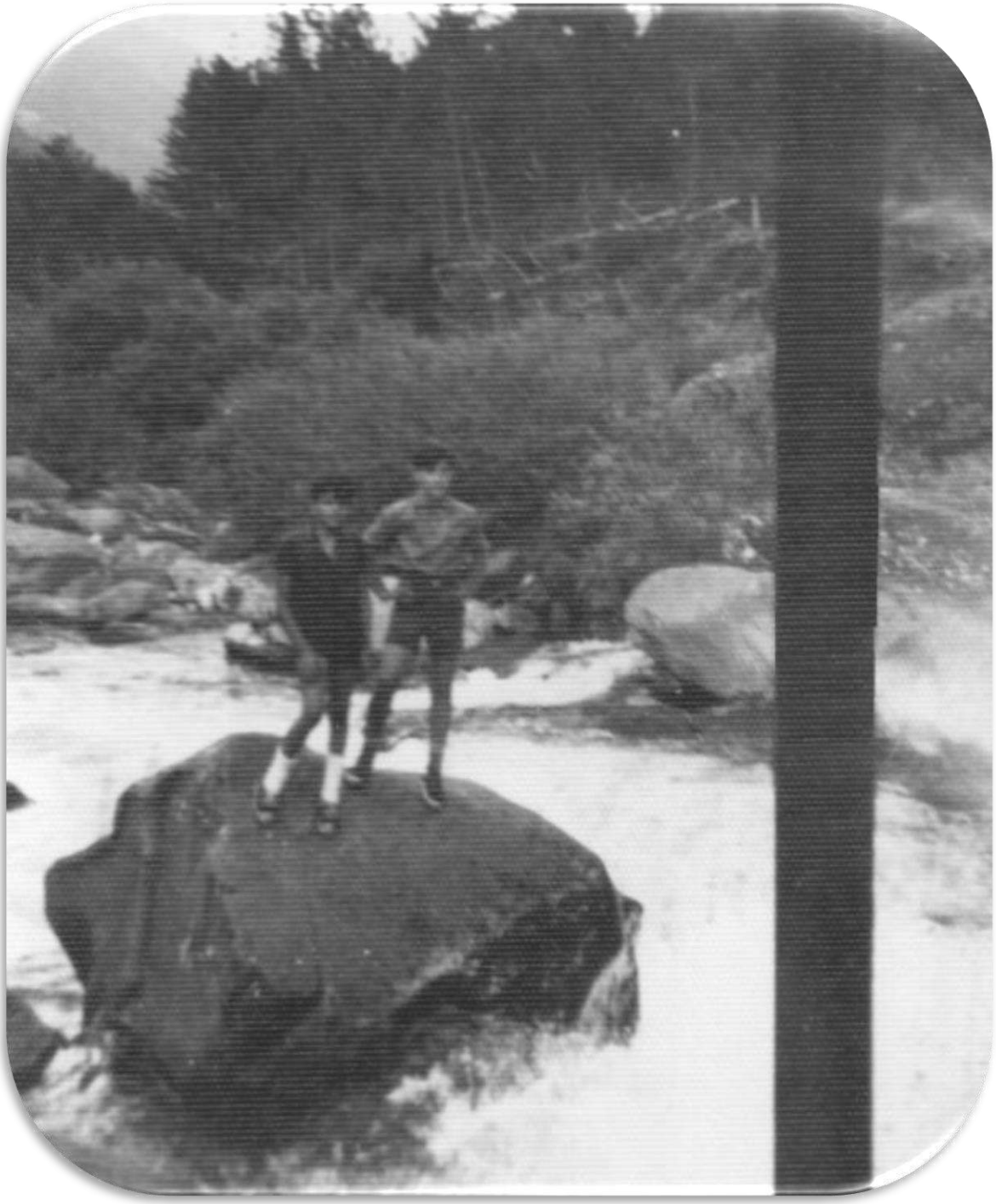
Estaba en la misma tienda que A.C.M., pero no recuerdo, como he comentantado anteriormente, algo más que alguna risa.

Juegos en el campamento.

Pineta. Una particularidad de esta fotografía es que, entre los excursionistas, hay alguien que ha llegado a ser una figura destacada en la cultura aragonesa.

Arriba: A. Labat y Joaquín Toro.
Abajo:Joaquín T. en Pineta

Jesús Benito y amigo en Pineta.



Arriba: José Luis Pola y Melús en Pineta.
Abajo: vista general del campamento de Pineta. Fotografía extraída del libro ***El Seminario de Zaragoza Siglo XX*** *de D. Plácido Fernández García.*

J.T.C.

Recuerdo los veranos en el campamento "Nuestra Señora de las Cumbres" en el valle de Pineta, todos esperando ansiosos la llegada de los autobuses en la puerta principal del Seminario y contentos hasta que se llegaba al Puerto del Pino. Allí empezaban los mareos y todos a buscar la ventanilla, posteriormente se pasaba por dos puentes de madera y me viene a la memoria la dificultad de entrar con el autobús a Bielsa (como bien cuenta Placido Férnandez en su libro *EL SEMINARIODE ZARAGOZA SIGLO XX*).

Pasado Bielsa lo primero que se encontraba era el embalse de Pineta y el bar "Kangaroo" que regentaba un australiano, de ahí el nombre. El bar creo que todavía existe, más adelante a la derecha se encontraba el sanatorio antituberculoso que luego se convertiría en colonia veraniega y de ahí ya se llegaba al centro del valle donde a la izquierda estaba la entrada al campamento.

El primer campamento se realizó en 1968 con tiendas cónicas muy grandes cedidas por el ejército. Había una borda pirenaica que se utilizaba como botiquín y enfermería. Posteriormente, creo que fue al siguiente año, ya se había construido una cocina de obra y se utilizaban tiendas de campaña normales.Al estar encajonado en el centro del valle las tormentas eran espectaculares oyendo, desde dentro de las tiendas, los estruendosos truenos cuando los rayos caían en la montaña.

Además, meter los pies en el río para asearte era obra de valientes, en pleno verano a los cinco segundos tenías las piernas frías, a los diez heladas y a los quince congeladas.

Grato recuerdo es el de las excursiones: Yendo a Bielsa, por el camino sólo te cruzabas con algún coche, normalmente francés. Allí se aprovechaba para comprar algún recuerdo para la familia. Fuimos a Parzán, Espierba, Javierre, Pala de Montinier, Circo de la Larri y, la excursión estrella, al Lago de Marboré, pasando por varios neveros en pleno verano. Justo al fondo del valle, donde se podía observar la grandiosidad del circo de Pineta y sus cascadas, se encontraba y aún se encuentra, la ermita de Pineta desde donde se partía para subir al circo de La Larri. En las afueras de la ermita había un paisano que vendía refrescos a los montañeros del lugar.

En 1968 se inició la construcción del Parador Nacional Monte Perdido justo al fondo del valle que, para aquella época, era una construcción de lujo.Mi último año de campamentos subí de monitor junto a Pablo Roda y Antonio Labat. Aquí aprendí muchos valores humanos como trabajar en equipo y un gran amor a la montaña, que sigo teniendo a pesar de que por mi trabajo no he podido disfrutarla todo lo que hubiera querido.

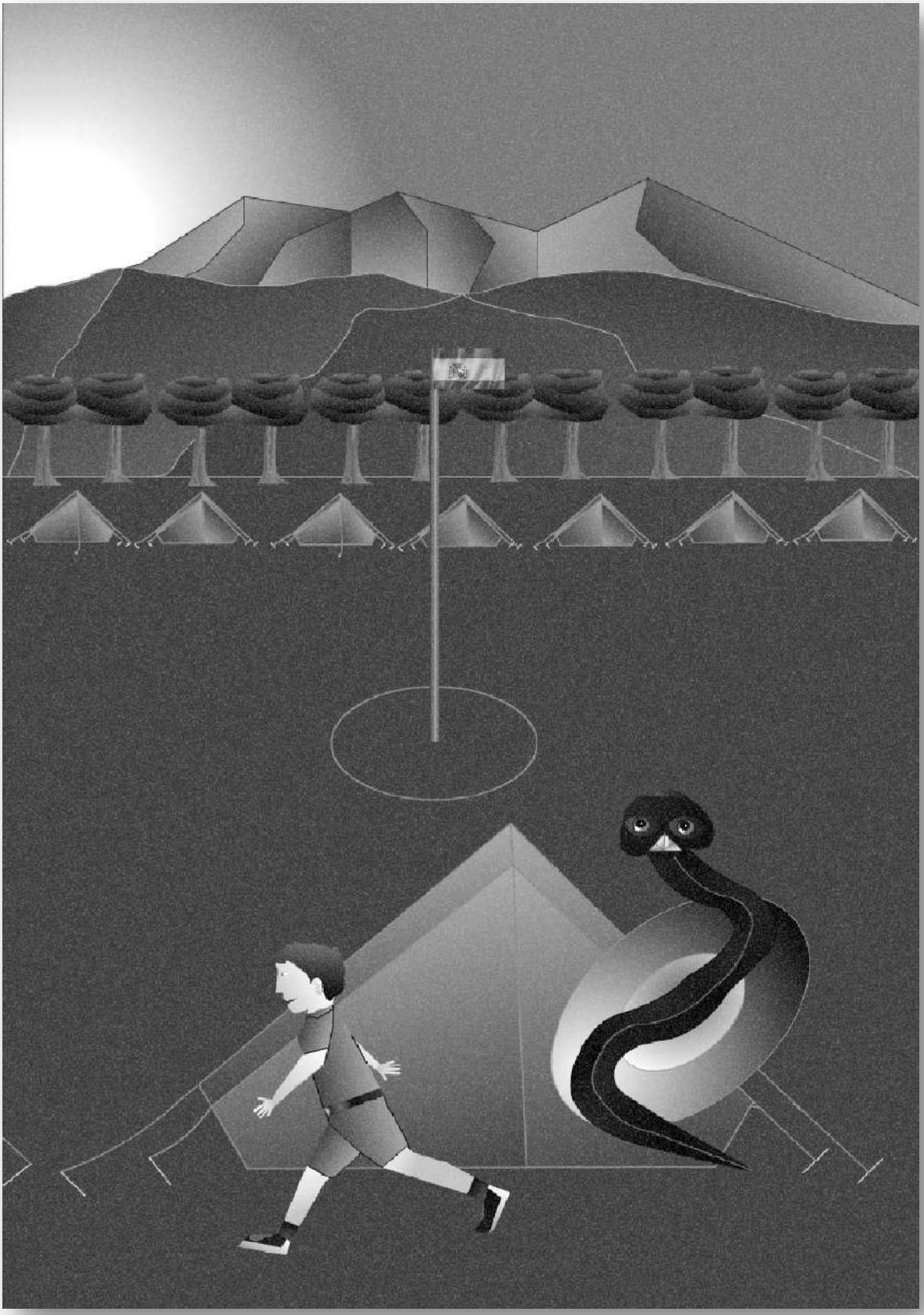
Ángel Bolea y Joaquín Toro.

Joaquín Toro, Pablo Roda… en el Lago Marboré.

M.C.M.

Guardo varios recuerdos del campamento del Moncayo: la subida al santuario, primero, y después el ascenso a la cima que era todo un pedregal con dificultad para andar. Como colofón, las vistas desde la cima eran preciosas, en un día claro y, además, caluroso del mes de Julio. Por otra parte, recuerdo la disposición del campamento con cuatro filas de tiendas de campaña formando un cuadrado alrededor del mástil central, con la bandera de España en lo alto. Las tiendas eran de seis plazas y dejábamos los sacos de dormir plegados junto a la mochila. Por la noche había que dejar los cubiertos y el plato metálico fuera de la tienda, en la parte de atrás, secándose. Mi particular anécdota es que una mañana, al ir a coger el plato, me encontré dentro una serpiente pequeñica, pienso que era una cría. Vaya susto. Sin tocarla y sin soltar el plato la lancé lo más lejos posible hacía los pinos, no la volví a ver. Ese fue el último día que durmió mi plato al raso. También realizamos una excursión que hicimos al pueblo más cercano: Cintruénigo (NA). Comimos de picnic en una arboleda junto a una balsa y un riachuelo cerca del pueblo, donde me gasté en dulces todos mis dineros.

Del campamento de Pineta, lo primero que quiero contar es el miedo que pasé en el autobús de ida, cuando tenía que pasar por una carretera llena de curvas, muy estrecha y en la que había un par de puentes de madera en los que, circulando a menos de a 10 km/h, se oía cómo crujían las vigas cuando pasaba el bus. Me impactó el paisaje tan bonito y los truenos cuando había tormenta de noche, ya que parecía que la montaña se venía encima. Estando en el campamento nos comunicaron una noche que el hombre había llegado a la luna. Era el mes de julio de 1969.



P.J.V.G.

Fui dos veces a campamentos. La primera en tiendas del ejército. Era segundo de bachiller. Estuvo lloviendo cinco ó seis días. Hicimos alrededor de la tienda una rasa (regato o surco) para que el agua evacuara y no se metiera en las tiendas. Recuerdo todo el día lloviendo y unas tormentas impresionantes. Los truenos retumbaban en todo el valle. Allí cogí miedo a las tormentas de montaña. Luego nos llevaron a una borda que estaba al lado, encima de la cocina, y pasamos los días dentro.

En la segunda tanda, las tiendas de campaña eran las típicas de campamento, con colores: amarillo, naranja…Izábamos y arriábamos la bandera todos los días. Se improvisaba un altar en una roca. Hacíamos concursos de decoración de las tiendas con lo que cada uno tenía. Además de la colchoneta había una base de madera, de rejillas, para aislarnos de la humedad. Tábanos había todos los que quisieras. Buenos picotazos me llevé.

En esta ocasión hicimos varias excursiones: pico de La Munia (http://www.apatita.com/rutas.php?id=munia_pineta), lago Marboré (https://www.parquenacionalordesa.com/lago-marbore/). Nos llevaba Esteban y pasamos varios heleros con zapatillas (como ahora, ¿verdad?). No nos dejaba sentarnos y nos aconsejaba que nos paráramos, bebiéramos y comiéramos, que nos mojáramos las muñecas. Nunca sentarse. Comíamos bocadillos de chorizo que tuvimos que hacer en mitad de la montaña. A esta última salimos de noche, sin amanecer.

En estos campamentos me impresionaron las letrinas (como eran, donde estaban)y el agua helada del Cinca, aunque nos metíamos. Enfrente del campamento había una mina de hierro abandonada en la que nos metimos un poco.

Arriba: Pedro Joa., campamentos, sexto.
Abajo: Jesús Benito.

J.B.B.

Al campamento de verano solamente fui una vez, tenía unos 13 años. Era el primero que el Seminario hacía en el Valle de Pineta, en unos terrenos junto al rio Cinca, propiedad del Arzobispado de Zaragoza, cerca de donde se encuentra actualmente el Parador de Bielsa, Parador que comenzó a construirse precisamente ese verano. Fue mi primer contacto con el Pirineo.

Nunca había querido ir a los campamentos que se organizaban todos los veranos durante 15 días para todos; aunque en teoría eran obligatorios. Para mí suponían romper las vacaciones de verano en el pueblo, donde me sentía libre y tenía mi ambiente con los amigos del pueblo. Éramos ya adolescentes y teníamos también nuestro grupo de chicas. Pero un verano accedí ante la insistencia de D. Francisco que recibía por medio de cartas; aunque lo hice a última hora, de tal forma que a mis padres no les dio tiempo a prepararme el equipo necesario que nos habían indicado. Lo típico de los campamentos, entre otras cosas una mochila que yo no tenía y que había que ir a comprar a Zaragoza. Así que fui con una maleta, tampoco le di importancia a esto; pero cuando aparecí con ella y vi que todos mis compañeros llevaban mochila, me sentí un poco ridículo.

Algunos se rieron de mí, pero luego ésta tuvo un papel que nadie nos podíamos imaginar. Resulta que una de las actividades que había que hacer, todos los días por las mañanas, era representar en la tienda de campaña, donde nos alojábamos diez ó doce chavales, algo de la realidad que ahora mismo no recuerdo; pero podía ser, por ejemplo, una tienda de zapatería…un altar...etc. Para eso mi maleta dio un juego fundamental, pues gracias a ella nos llevamos muchas veces el primer premio, ya que en ninguna otra tienda de campaña tenían una maleta y, por consiguiente, no podían hacer las figuras que nosotros hacíamos.

Como he mencionado, este campamento de verano fue mi primer contacto con el Pirineo, ya que hasta entonces nunca había estado en la montaña. Tenía unos 13 años y cuando íbamos con el autobús y veía esas montañas tan altas y el paisaje tan verde, acostumbrado al paisaje árido de mi pueblo y a los montes de secano, quedé profundamente impresionado. Cuando llegamos al Valle de Pineta y al campamento, me encantó la zona.

Era el primer año que lo hacían y nos alojaron en unas tiendas muy grandes, cónicas, que pertenecían, nos dijeron, al Ejército, a los cadetes de la Academia y que ellos utilizaban cuando iban de maniobras. Allí nos alojaron en grupos de 10 ó 12. En el suelo había como unas rejillas de madera y encima unas colchonetas rellenas de "borra", una especie de lana dura. Nos llamaba la atención que estas tiendas por dentro estaban llenas de dibujos de mujeres desnudas que habían hecho los militares. Eran unos dibujos simples y representaban chicas con una silueta en forma de jarrón (así dibujaban las curvas), a las que acompañaban frases cuyo contenido no recuerdo; pero que a nosotros nos hacía mucha gracia.

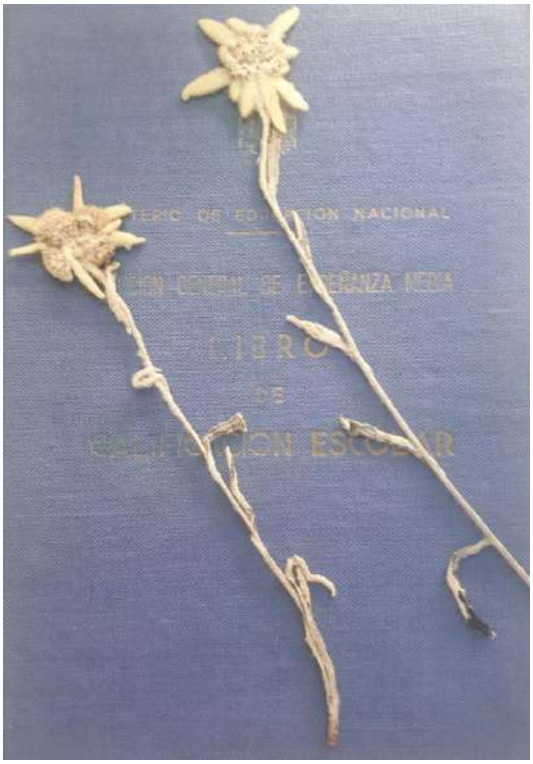
Allí se organizaban las típicas actividades de acampada, nos levantaban temprano, se hacía el izado de bandera, juegos al aire libre, fuego de campamentos por la noche. Una vez que estuve allí y que hube vencido la pereza de salir del pueblo, me gustó en general mucho la experiencia, pues desde muy pequeño me gustaba el contacto con la naturaleza y en el campamento estábamos al aire libre y en un entorno para mí totalmente desconocido y salvaje.

En efecto, en aquel tiempo, el Valle de Pineta tenía el aspecto de un valle casi virgen comparándolo con lo que es actualmente, donde iba todavía poca gente de turismo y se

realizaban las típicas actividades de montaña por los habitantes de los pueblos. Me quedaba encantado viendo los pueblos y cómo trabajaban los montañeses segando y amontonando el heno de los prados, etc. Durante esos 15 días que estuvimos, creo era el mes de julio, hubo muchas tormentas. Tormentas de un calibre que no conocía, con truenos impresionantes y fuertes aguaceros que nos inundaban casi las tiendas por dentro y que para evitarlo hacíamos unas zanjas alrededor de las mismas. El río Cinca crecía muchísimo, de tal forma que un día arrastró las grandes perolas que se utilizaban para hacer las comidas y tuvimos que meternos, cuando cesó la tormenta, a rescatarlas del río.

En las excursiones que hacíamos por la montaña cogíamos flores de Edelweis, abundantes en esa zona y época, aunque ya estaban protegidas. Luego las utilizábamos durante el curso para meterlas dentro de los libros.

Recuerdo una anécdota en una excursión que pudo haber resultado dramática; pero felizmente no ocurrió nada. Nos llevaron a la zona donde estaban construyendo el Parador de Bielsa, era por la tarde, y desde allí nos llevaron adentrándonos en el Circo de Pineta, en dirección a Monte Perdido. Subíamos por un sendero sin ir a ningún sitio determinado que yo sepa, aunque alguien dijo que por allí se podía ir a un lago. Cuando ya llevábamos bastante rato subiendo, la mitad aproximada del grupo, junto con los curas que nos acompañaban, decidimos volver al Parador; pero la otra mitad decidieron seguir adelante para ver el lago. Llegamos al Parador y esperamos a que bajaran. Pasaba el tiempo y la tarde avanzaba sin que aparecieran; nos empezamos a inquietar y cuando ya casi se hacía de noche, los curas que había, de los cuales sólo recuerdo a D. Francisco, y gente de la zona que había por allí decidieron ir a buscarlos.



Nos quedamos muy intranquilos esperando y al final cuando ya anochecía vimos que llegaban todos; aunque en un estado bastante lamentable, pues estaban físicamente agotados y muy asustados, incluso algunos llorando.

Al parecer, y ahora que conozco la zona, buscaban el Ibón de Marboré; pero éste desde luego estaba mucho más lejos de lo que creían. Además, hay que subir hasta el Balcón de Pineta y de allí en media hora, pasando por debajo del glaciar de Monte Perdido, se llega hasta él. Misión totalmente peligrosa para chicos de esa edad, sin experiencia ni equipo adecuado y además por la tarde, por lo que hubiera sido imposible volver siendo todavía de día. Además, habría que haber pasado por neveros que a buen seguro, en aquella época, los habría. Afortunadamente quedó todo en un susto. A algunos seguramente les dejó un mal gusto para siempre.

Tengo que reconocer la agradable experiencia que me dejaron esos días de verano en Pineta que sin duda marcaron en mí una huella indeleble. De ahí, mi gran pasión por la montaña, los Pirineos y la naturaleza en general.

El final de ese viaje también estuvo marcado por un pequeño incidente, que para mí fue grande.

A la vuelta de Pineta, paramos con el autobús en Huesca a descansar un rato. D. Francisco, nos dijo la hora de vuelta para estar en el autobús. Un amigo que se llamaba Aranda de apellido y yo, debimos de entenderle mal y nos marchamos los dos por la ciudad.

Estuvimos viendo la Catedral y supongo que callejeando, cuando llegamos al lugar donde debía esperarnos el autobús, no estaba. Nos quedamos paralizados, teníamos unos 13 años y nos encontramos en una ciudad desconocida. Intentamos conservar la calma y pensar qué podíamos hacer (ni que decir tiene que entonces no contábamos con ningún medio de comunicación). Salimos a la carretera, pues debíamos de estar cerca, y nos pusimos a hacer auto-stop. Tuvimos suerte, enseguida nos paró un coche, corrimos hacia él, pero no era un coche cualquiera, era un descapotable de color rojo, todo un cochazo para esa época. Lo conducía un señor en pantalón corto, que no hablaba ni una palabra de español y que a duras penas entendimos que era holandés. Era un turista de los que venían por entonces a España al que muy nerviosos explicamos que habíamos perdido el autobús.

Se portó muy bien, sonriente aceleró su cochazo y muy pronto alcanzamos el autobús, al que hicimos señas y paró. Subimos, explicamos lo que nos había ocurrido y ahí quedó la cosa.

Scouts
J.T.C.

Guardo un grato recuerdo de los scouts, ya que participé muy activamente en el grupo scout "Adelfhos" que dirigía Jesús Domínguez, un seminarista de Ejea de los Caballeros de un curso bastante superior al nuestro que se ordenó sacerdote en 1970. Este señor lo dirigía muy bien e hicimos muchas actividades. Aparte de salidas de excursión de un día, como la de la foto que se incluye unas líneas más abajo, y que se hizo en Peñaflor, en la puerta de la iglesia, se hicieron excursiones de más calado, como luego mencionaré. Añadir que había un local específico para el grupo que estaba ubicado en la terraza del edificio.

Una de las excursiones que recuerdo con mucho agrado fue la que hicimos **al Parrisal en Beceite**. Pasamos por preciosos cortados que hay en esa zona en el camino que va al lado del río en el que hay piscinas naturales. Es un paraje muy atractivo.

Pernoctamos en un local de la iglesia del pueblo. No obstante, la actividad que más atractiva me resultó fue la salida que hicimos a Belsué y Nocito, en Huesca, un pueblo en cuyas proximidades se encuentra la sima Esteban Felipe (https://www.guara.info/guara-base-de-atos/espeleologia/sierra-de-guara/sima-esteban-felipe/).

En ella practicamos espeleología. Se trata de una sima de unos 30-40 m de altura y bajamos con escalas plegables de aluminio y sirga de acero. Como teníamos pocas escalas había que desmontarlas de una sima para bajar a la siguiente. Siempre se quedaban dos o tres personas a la entrada de la cueva sin bajar por si ocurría algo fuera de lo previsto. Para comunicarnos entre los distintos niveles disponíamos de teléfonos provistos de cable. Según me recuerda José Lores Peco, que tiene buena memoria, Jesús Domínguez tenía terror a bajar las simas y casi había que obligarlo. Y como en aquella época no había planos de la cueva, se utilizaba el sistema de la *cuerda pita* para saber por dónde había que volver.

Los días que no hacíamos cueva, los pasábamos haciendo recorridos con las vagonetas que había abandonadas y cogiendo té de roca salvaje que se criaba en la presa del pantano. También recuerdo la andada desde Monrepós (menos mal que entonces estábamos en forma) y el fríoque hacía en la cueva la primera vez que bajamos en pleno verano. Recuerdo especialmente pasar por unas gateras estrechas por las que evidentemente ahora no podría.

Jesús Albesa recuerda que la primera cueva fue la de Ayles en Mezalocha, luego se hizo la Cueva del Muerto en Ricla, con muchísimas gateras y llena de murciélagos, la Cueva del Gato en Rodanas, El Abrigo de la Higuera en Estercuel e incluso la Cueva de la Galiana en el cañón del río Lobos. En esos momentos tenía entre 15 y 16 años.

Salida del grupo scout a Peñaflor.

A.C.M.

Al margen de los campamentos de verano, recuerdo que se organizaron actividades de escultismo. Todavía me acuerdo de la camisa con el emblema de la flor de lis y el pañuelo azul y rojo. También me viene a la mente el sombrero del tipo que llevaba el fundador Baden Powell.

Siempre he tratado de recordar adonde hacíamos nuestras salidas. Recuerdo que íbamos andando desde el Seminario y si no estoy equivocado fuimos en repetidas ocasiones a orillas del Ebro. Creo que no llegábamos a pernoctar en esas salidas de fin de semana. Lo que si guardo en mi memoria es que recolectábamos esos fragmentos de ramas o de raíces porosas, del tamaño aproximado de un cigarrillo, a los que prendíamos fuego por un lado y aspirábamos por otro, simulando fumar. Les llamábamos “puros de río” creo y me asusta pensar cómo podíamos hacer esa barbaridad. Menos mal que no sabíamos tragarnos el humo, al menos yo.Aunque no recuerdo más detalles de esas actividades, excepto la preparación de la ropa para la salida la noche anterior, como he relatado en la parte del dormitorio. He de reconocer que siempre me ha dado buenas sensaciones el movimiento scout.

No en vano, cuando mis hijos llegaron a la edad adecuada también se apuntaron en su colegio al grupo scout y fueron unos años muy gratos en los que cultivaron la amistad y las actividades al aire libre. En uno de los campamentos de verano, tuvimos que colaborar los padres en la logística de cocina por falta de personal. Eso nos permitió seguir un poco más de cerca a nuestros hijos en ese maravilloso entorno. De hecho, mis hijos llegaron a hacer la promesa como lobatos y todo lo demás. De modo que su implicación en el movimiento fue mucho mayor que la mía que, al fin y al cabo, era una

actividad más del Seminario entendido como internado y, por lo tanto, no se prolongó más allá de mis catorce años.

Q.G.M.

También pertenecí un año a los scouts del Seminario. Ya había sido lobato en el pueblo, y había conocido en una excursión que hicimos a Juslibol a los hermanos Bernal y a don Jesús Morera. Dos imágenes permanecen en mi retina de aquella época. La enormes botas que llevaba Lores y una piedra de cristal fundido que encontré en una excursión. Imagino que no seguí en el grupo de scouts porque me gustaba el fútbol y prefería practicar ese deporte que hacer salidas.

Parrisal, Beceite.
Fotografía de A.C.M.

Parrisal, Beceite
Fotografía de Antonio Callén.

Una ráfaga de detalles y anécdotas
P.J.V.G.

En segundo curso tuvimos una jarana en el dormitorio y nos hicieron copiar 1000 veces una frase y hasta que no acababas no te podías ir al pueblo. Alguno lloró porque perdía el autobús.

Al final de un trimestre, en tercero o cuarto, cómo no en el dormitorio, se formó la marimorena con las almohadas, una vez que los superiores se hubieran ido a sus habitaciones. Supongo que serían D. Paco o D. Plácido.

Evidentemente la juerga era completa ya que era final de trimestre, final de exámenes y nos íbamos a casa. El ruido debió de llegarles y se presentó el que fuera (no me acuerdo de quien era). Nos echó la reprimenda consabida y nos emplazó a la madrugada. Una vez despiertos nos llevó al campo de futbol del S. Mayor y allí nos obligó a dar vueltas al campo y un compañero le contesto que las diera él. El superior le dio dos tortazos y le mandó correr. Todos corríamos como gacelas.

Durante 4º o 5º, en el estudio grande que estaba al lado del aula de 6º, subiendo las escaleras a la izquierda, nos habían castigado a un estudio nocturno, no recuerdo el motivo, y tenía que ser cerca del verano porque las ventanas estaban abiertas. Creo que A. Roche escupió por la ventana y nos reímos. Se volvió a armar la bronca. Vino D. Tomas y le castigó de rodillas con los libros en los brazos extendidos.

Durante el mes de mayo (mes de María y de las flores) hacíamos unas procesiones por la mañana en la zona de los campos de fútbol con una imagen de la Virgen que llevaban los mayores.

En la capilla de los mayores –la que estaba al lado del pasillo de las mesas de ping pong– se dio el cambio litúrgico que aún hoy existe. Por ejemplo, se podía estar de pie en la consagración.

¡Ah! Antes de la misa nos dejaban leer la biblia o meditar un rato.

Cuando venía el buen tiempo nos dejaban ir a la piscina. Decíamos que nos cubría.

También recuerdo a los peluqueros, que nos iban llamando por orden alfabético en los tiempos de estudio. Nos lo cortaban en el pasillo que había entre la terraza y los scouts. Tenían la peluquería en la Avda. Goya con Hernán Cortés.

¿Recordáis que los cristales de los dormitorios teníamos que limpiarlos con periódicos, dos veces al año?

Cuando venían los exámenes, nos turnábamos en el dormitorio para despertarnos cada hora y de esa manera estudiar en los baños o en los lavabos.

En el dormitorio de 1º, al menos en el que estaba yo, cerca de la enfermería, y de las aulas de 1º y 2º, estaba de encargado un compañero varios años mayor que nosotros y que nos llevaba como una vela. Era de Hijar, pero residía en Pinseque.

El Padrecito nos llevaba las cuentas: entrada de dinero y salida. Teníamos que firmar en un libro.

¿Os acordáis del portero: gordito, con mofletes rosados, buena persona, con una bata gris y con un cigarrillo “ideales”,

cuya cajetilla era azul, en la boca que nunca se le caía? Estaba en la entrada principal a la izquierda e íbamos a comprarle fichas para el teléfono y a por la ropa, los lunes, cuando nuestros padres nos la habían mandado.

En el comedor, al lado de las puertas de cristal, grandes, teníamos los servilleteros.

Con el colegio Corazonistas Moncayo había una gran rivalidad balonmanista.

Al lado de Arvin estaba Flex y cerca de ellos un convento de monjas dominicas de clausura. Creo que aún existe.

Alguno aún se acordará cuando jugamos al futbol, me imagino que en infantiles o alevines, en los campos de Agustinos de Tenor Fleta y en el que hoy es colegio Antonio Machado, en la carretera de Logroño, tan encharcados, embarrados, sin que pudiera correr el balón.

También me viene a la memoria que estuvimos yendo algunos compañeros, los sábados por la mañana, al colegio de Atades, cerca del canal, para entretener a los chicos.

En COU, algunos tuvimos relación con un periodista (supongo que es el que comenta Quintín) que se llamaba Juanjo Morales (de la peletería Morales), que había estado en una comuna en el sur de Francia y en un Kibutz israelí, posteriormente en la comunidad cristiana de Taizé (Francia cerca de Suiza). Estaba casado con una extranjera y tenía una mentalidad que a nosotros nos deslumbraba. Vivían en un piso de Isabel la Católica y nos ponían música de Jethro Tull, entre otros.

También en ese curso vino a Zaragoza a dar un recital Ricardo Cantalapiedra ya unos pocos alumnos nos dio otro en el Seminario Mayor; después estuvimos hablando con él.

Instituto Nacional de Bachillerato «GOYA»
ZARAGOZA
Curso 1972-73
TARJETA DE IDENTIDAD ESCOLAR
Alumno PEDRO JOAQUIN VICENTE G.
CENTRO INSTITUTO GOYA Curso 6.º U Grupo 10

Como colofón a las anécdotas relatadas y vividas, diré que, con la perspectiva de los años, yo estuve muy bien en el Seminario (de hecho, en 6º yo tenía decidido irme porque no iba a ser sacerdote; pero me encontraba muy bien en el centro y con los compañeros y amigos). No me arrepiento de haber estado, ni con las personas que estuve, y gracias a los profesores quizá he llegado a ser un buen ciudadano y profesional. O por lo menos eso creo yo.

Me inculcaron unos valores, que llamaríamos ahora, muy importantes y que han sido vitales en el discurrir de mi trayectoria.

Algunos renuncian de muchas cosas del Seminario, pero creo que hay que ver en qué años estuvimos (políticos, religiosos, sociales, morales…) y desde esa perspectiva histórica veremos mejor los hechos y las personas. No se pueden revisar los hechos de hace 50 años con los ojos de 2020.

Sr. Roche...
...
No se
esputa
por la noche
No sé qué
le causa
tanta gracia
Espasa Calpe I
Espasa Calpe II
Espasa Calpe III
Espasa Calpe IV
Espasa Calpe I
Espasa Calpe II
Espasa Calpe III
Espasa Calpe IV

Q.G.M.

Cuando se recibe un castigo merecido, pica pero no duele, pero las acciones injustas sobre uno, duelen y se recuerdan.

La primera fue en tercer curso. Había ido a campamentos en primero al Moncayo, y en segundo, al maravilloso valle de Pineta. En el verano de tercero me fui con mi madre a Madrid y luego a dos pueblecitos de la provincia de Toledo, Las Herencias y Alberche.

Aquel verano fue famoso porque el hombre llegó a la Luna. Y mientras Armstrong, Aldrin y Collins utilizaban tecnología avanzada, en aquellos pueblecitos españoles todavía se trillaba con trillos de madera, hierro y pedernal.

Cuando volvimos a cuarto curso, el director económico me impuso una multa de quinientas pesetas… por no haber ido de campamentos.

Apenas teníamos para poder pagar el curso, y aquel desembolso me dolió tremendamente.

Al poco tiempo tuve la mala suerte de romper un cristal redondo chutando, haciéndome el gracioso, con un balón de basket. Había sido una travesura de alguien inconsciente e irresponsable. Y G. obligó a pagarlo a mis padres.

Nuevamente, lo consideré una injusticia, porque en ningún momento había tenido intención de romperlo.

La espina se había clavado junto a la de la anterior multa.

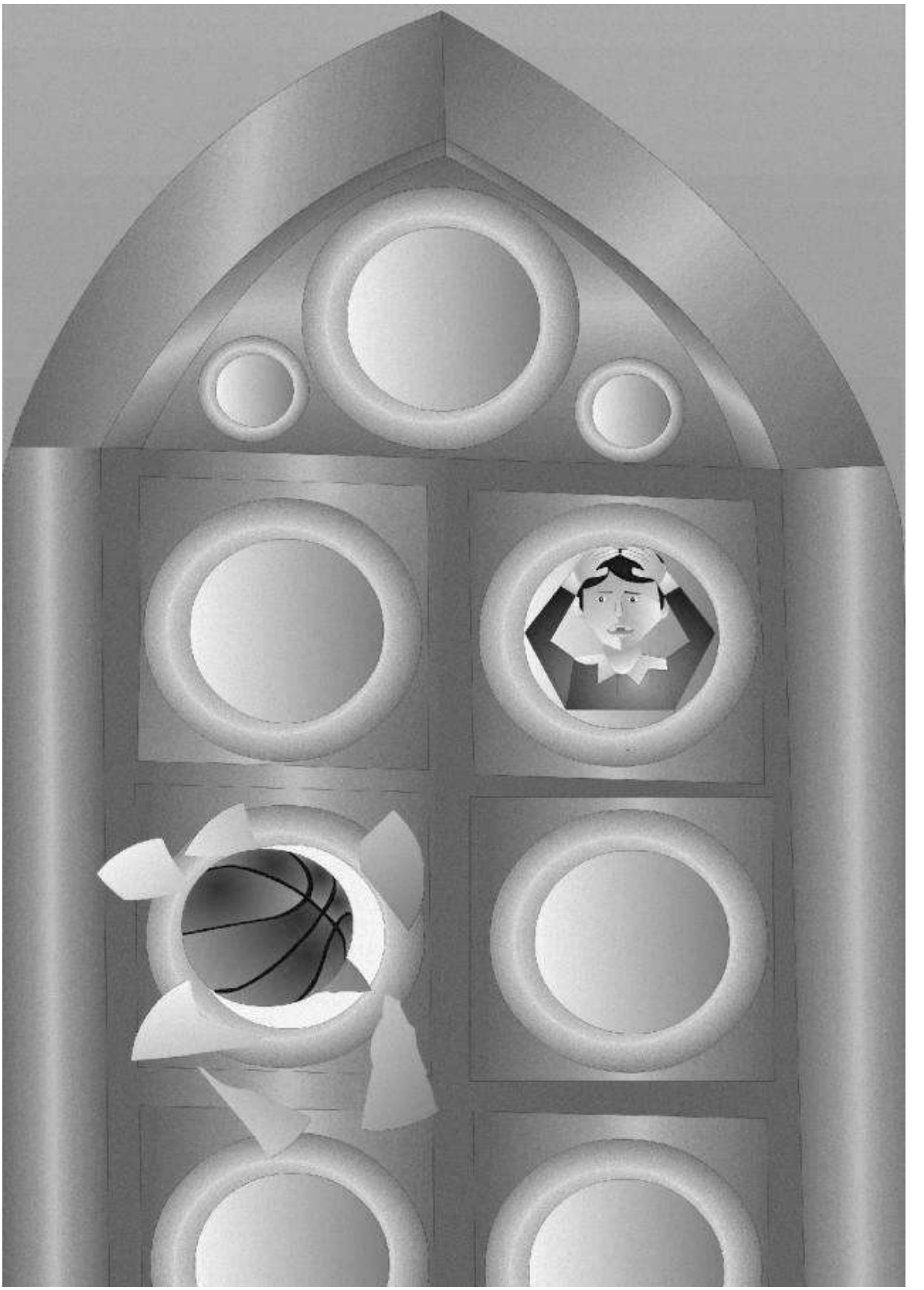
Imagino que me desahogaría dando más de una patada a las puertas de los lavabos cuando nadie me veía.

Curiosamente, el último día de curso de C.O.U. tuve en mis pies la oportunidad de vengarme.

Ya tenía la maleta preparada, la mayoría de los seminaristas nos iríamos después de haber aprobado y no comenzaríamos los estudios de Filosofía y Teología, que era cuando se iniciaba la "verdadera" carrera de sacerdote. Algunos de nuestro curso todavía siguieron un año o dos más en el Seminario Mayor y, si no me equivoco, asistieron un tiempo a la Universidad de Zaragoza, hasta que al final se decidieron a salir.

Estábamos jugando a basket, me acordé de aquellas "injusticias" y cuando terminamos le pegué una buena patada al balón. Lo recuerdo tan borrosamente que no consigo acordarme si me contuve en el último instante y sólo lancé el balón lo más alto que pude, dejando el cristal circular del Seminario Mayor sano, o realmente lo rompí… Es de suponer que, si lo hubiese roto, don Gonzalo habría ido habitación por habitación para dar con el rebelde. G. todavía era el encargado de la economía.

No le guardo ni el más mínimo rencor, al contrario, creo que durante los cursillos y los primeros cursos era uno de sus alumnos favoritos porque jugaba bien al fútbol. No era consciente de que el simple peso de la Vida y de la Libertad me zarandearía en el futuro, ni más ni menos que a todo ser vivo, al fin y al cabo.



Dos reválidas
Q.G.M.

Durante el bachiller debíamos someternos a dos reválidas, cuyos exámenes realizábamos en el Instituto Goya. Debido a que suspendí parte de la reválida de cuarto, durante todo el verano asistí a clases de repaso en una academia de Zuera. No recuerdo muchas cosas de aquel verano, salvo que dos valientes jóvenes del pueblo hicieron una competición para ver quién bebía más cervezas un poco antes de las fiestas mayores de San Licer. Lo cierto es que fui feliz asistiendo a las clases y relacionándome con otros jóvenes, a los que conocía de siempre.

Excursión a Ordesa antes de la reválida de 4º.

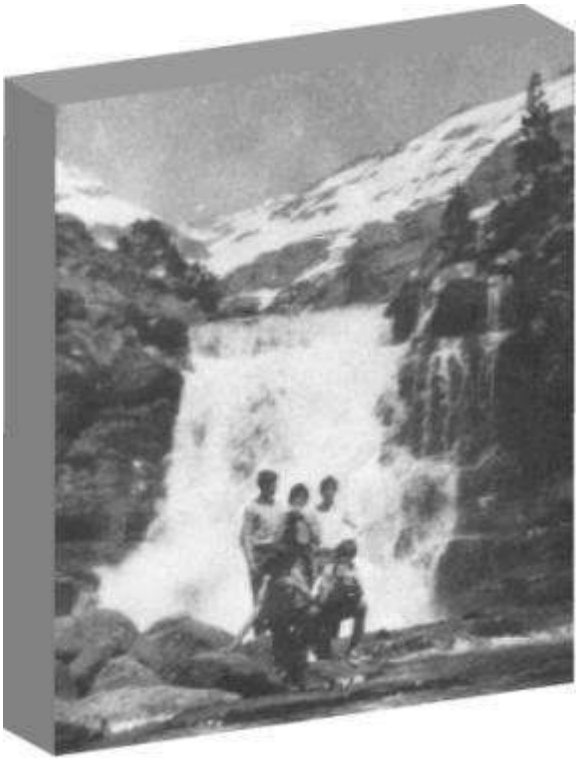
Respecto a la segunda reválida, después de los dos cursos de Bachiller Superior, tenía otra afición: tocar la guitarra.

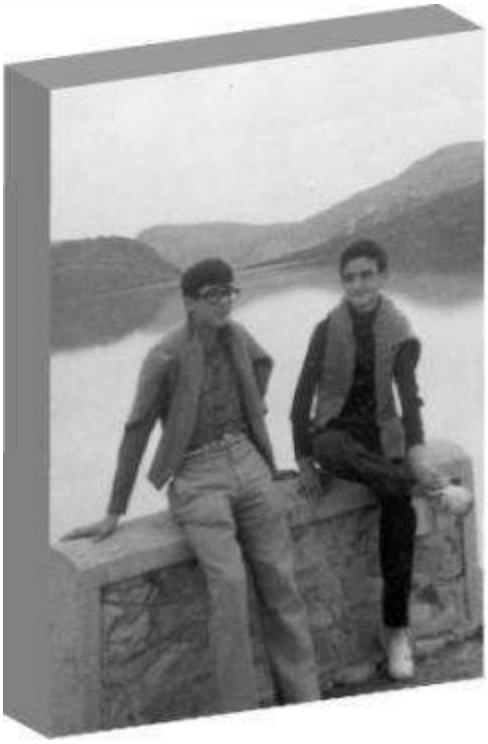
Había escuchado a alguno de mis compañeros que quien lo desease podía irse a casa y preparar la reválida en el pueblo. Y lo que parecía mejor: a aquel que dejaba durante esos días el Seminario le devolvían cierta cantidad de dinero. Todavía no sé cómo me atreví. Me planté en el despacho del señor rector, don Luis María, y me devolvió la cantidad correspondiente a los días que no comería. Estudié mucho y compuse una canción con un poema titulado *El Romance del Prisionero*. No es que hubiese aprendido música, sino que la composición musical se derivaba del sencillo hecho de tocar la guitarra. Dicho de otra forma, no había que quemarse el cerebro. Simplemente sentir el placer de acariciar las cuerdas, y como dicen ahora, la melodía fluía por sí misma.

Aquellos quince días fueron muy agradables y me llenaba una extraña sensación de libertad, que procedía de un hecho paradójico: no estaba sujeto a la disciplina del Seminario, pero tenía la seguridad de que pertenecía a él. Algo que es distinto a ser "libre" pero quedarse sin la protección y la sensación de pertenencia a una entidad que ejercía de madre. Realmente el hecho de aprobar el Bachiller Superior era muy importante, pues el plan previsto era que para el curso siguiente iríamos al Seminario Mayor, y allí tendríamos nuestra propia habitación y las clases serían en el Instituto Goya. Por si fuera poco, durante el verano estaba programado que varios seminaristas fuésemos a trabajar de camareros a la Costa Brava, gracias a la ayuda inestimable del cura de Cadaqués, mosén Ceferín. Otro extraordinario sacerdote a quien bastantes seminaristas de Zaragoza debemos su gran apoyo y enorme comprensión.

Excursión a Ordesa antes de la reválida de 4º.

Arriba: excursión a Ordesa. Abajo: Ordesa y viaje al Monasterio de Piedra.





P.J.V.G.

En 4º suspendí dos asignaturas de ciencias y las aprobé en septiembre. De la reválida aprobé los dos grupos de letras, no así el de ciencias.

En enero de 1971, después de pasar los días importantes con los padres, el Seminario ofreció unas clases de Ciencias a todos aquellos que habíamos suspendido. Las clases nos las dio un profesor de fuera llamado Norberto y que nuestros padres pagaron, lógicamente.

El edificio era para nosotros (ocho o diez alumnos) solos. Hacía un frío en los dormitorios aterrador. Recuerdo que me puse siete mantas en la cama, casi no me podía mover. Aprobamos todos dicho grupo. O quizás nos lo aprobaron a algunos, que sería lo más probable.

El tutor de 4º era D. Tomás Amable.

En cuanto a la reválida de 6º no hay nada reseñable, pero decir que el tutor era Luis María Iradiel y recordar que, en Francés, nos decían que en el examen oral, que era leer un trozo de un periódico, lo hiciéramos sin parar, que no nos detuviéramos para nada.

Se notaba que una vez habías elegido letras, que en este caso era lo mío, ibas mucho mejor y no volví a suspender nunca más.

Excursión al Monasterio de Piedra. Cascada de los fresnos. En la página 80, José Luis Pola Lite nos cuenta que la causa de esta excursión fue el traslado que hicimos de los libros de la biblioteca inundada. En agradecimiento, Don Alfonso Ortiz nos invitó pagándola de su bolsillo

Jesús Benito en la excursión a Ordesa, pasando por Huesca.

J.B.B.

Al terminar 4º curso tuve un tropiezo con los estudios. Como he comentado antes, perdí el interés en Matemáticas y en Física y Química, motivado tanto por el poco esfuerzo que ponía de mi parte, como por lo mal que me caían los profesores de esas asignaturas a quienes no lograba entender ni ellos se esforzaban demasiado en que yo lo hiciera; pero a cambio pasé un curso fenomenal en lo demás, pues me permití llevar una vida más relajada. Las consecuencias no se hicieron esperar, llegó el final de curso y me suspendieron las dos asignaturas, con lo cual me las tuve que preparar para septiembre junto con la Reválida que se hacía entonces.

Cuando fui al pueblo después del curso a pasar el verano, éste también fue ya distinto a los demás, habíamos entrado en la adolescencia. Allí tenía mi cuadrilla de amigos, hacíamos peña para las fiestas, y por primera vez yo era uno más sin distinción; aunque estuviera estudiando en el Seminario. Ya me cuidaba mucho de que no hubiera ninguna diferencia con los demás en ese sentido, pues en el fondo eso me hubiera fastidiado bastante, y creo que lo conseguí. Además, también tenía otros amigos de la cuadrilla que estudiaban en seminarios de frailes, era lo que había en esa época.

Ese verano fue el característico de los 15 años, con todas las novedades de hacer peña, guateques, los fines de semana con la cuadrilla de chicas que íbamos, etc. Teníamos el típico tocadiscos pequeño de la época y una buena colección de discos con los conjuntos musicales de finales de los años 60. Para prepararme las dos asignaturas, iba a clases particulares con un chico un poco mayor que yo que estudiaba Magisterio, era muy bueno, le entendía muy bien y además en clase coincidía con una chica de fuera que venía a pasar los veranos al pueblo,

con lo que me lo pasaba fenomenal. Las asignaturas las aprobé en septiembre, pero me quedó el grupo de Reválida de Ciencias. Otra vez las dichosas Matemáticas y Física y Química, por lo que me tenía que examinar en febrero. Esta circunstancia me marcó un antes y un después en el Seminario, tanto en los estudios como en mi relación con los curas. En sus planes no entraba que alguien pudiera pasar de curso, es decir a 5º, teniendo la Reválida pendiente.

En la misma situación estábamos varios compañeros, no recuerdo exactamente cuántos; pero debíamos de ser unos 4 ó 5. Concretamente había uno que era muy amigo mío llamado de apellido Berna; entonces D. Gonzalo, para que pudiéramos seguir en el Seminario, había inventado una fórmula que ya había aplicado el año anterior con otro grupo en la misma situación. La estrategia consistía en que nosotros nos matriculábamos como libres en el Instituto Goya, pero asistíamos a las clases del Seminario sin hacer exámenes. Estos los íbamos a hacer en el Instituto Goya para junio, si superábamos el grupo de Reválida. Para prepararnos las Matemáticas y la Física y Química, venía un estudiante de la Universidad que estudiaba en la Facultad de Químicas. Era un chaval majísimo, nosotros lo veíamos como alguien mayor, pero tendría 21 ó 22 años, se llamaba Norberto. Además de que explicaba todo fenomenal, nos contaba muchas anécdotas que ocurrían en la Universidad, relacionadas con el ambiente que había, lo que nos hacía aún más agradables sus clases.

Incluso un día nos llevó a Berna y a mí, con su Seat 600, al Campus Universitario, nos presentó a su novia que estudiaba Filosofía y Letras y pudimos comprobar el ambiente que había por allí y que para nosotros resultó alucinante.

Las clases que nos daba Norberto, hicieron que nosotros tuviéramos un horario distinto a los del resto del Curso, pues nos teníamos que adaptar al suyo. Esto hacía que nos sintiéramos más libres, pues nos apartaba de la disciplina del grupo, de tal manera que los recreos no nos coincidían por la mañana y salíamos solo nosotros. Esto, la mayoría de los curas, no lo llevaban muy bien; de modo que no nos veían con muy buenos ojos, sobre todo, creo, el Rector D. L.M. Iradiel. No aceptaban muy bien que fuéramos por libre, pero a mí desde luego me encantaba.

Llegó febrero y aprobamos todos del dichoso grupo de Reválida sin problema. Quedaba el resto del curso hasta junio y ya nos incorporamos con los demás; pero ocurrió que había un profesor que daba Latín, con un gran prestigio en el Seminario, de modo que era toda una institución. Se llamaba Ortiz de apellido, era muy bueno, y aprobar con él suponía salir con un nivelazo en esa asignatura; a la vez era muy orgulloso y nos dijo, tanto a nosotros como a los curas, que él no permitía que en sus clases hubiera nadie de oyente, que quien asistía a sus clases se tenía que examinar con él y que de lo contrario no los admitía. O sea que, por lo tanto, no podíamos ir a sus clases.

Ningún cura se atrevió a llevarle la contraria, ni siquiera el Rector, con lo cual nosotros no íbamos a clase de Latín. Era la única asignatura, porque en las demás no había absolutamente ningún problema. Lo comenté en casa y mi padre se cogió un cabreo enorme, ya que no podía entender que hubiera pagado la matrícula del curso y no recibiera clases como los demás ni que, ante tamaña injusticia, no hubiera ningún cura que nos defendiera frente al orgullo de ese señor; pero, al parecer, a éste le tenían demasiado respeto los demás.

Mi padre se presentó en el Seminario y fue a hablar con el Rector. Éste le recomendó que hablara personalmente con el Sr. Ortiz, lo que así hizo. No sé qué le diría mi padre; pero surtió efecto y en adelante pudimos asistir a las clases.

En adelante, los estudios me los tomé bastante en serio, así como la relación con los compañeros. El ambiente resultaba ser diferente, y todos en general mostrábamos más interés, éramos más maduros.

Llegó junio y nos fuimos a examinar al Instituto Goya de todas las asignaturas del curso y por libre. Me llevé una grata sorpresa porque aprobé todo en junio. La verdad es que iba bien preparado; pero nos jugábamos todas las asignaturas en un solo examen y eso era lo difícil. Como estaba muy contento cuando me dieron el boletín de las notas, las llevé al Seminario y quise tomarme una pequeña revancha enseñándoselo al Rector y a D. Francisco, para ver qué cara ponían. La razón era que yo había intuido durante todo el curso que no daban "un duro" por nosotros; pero resulta que era a finales del mes de junio y se habían marchado de vacaciones, así que me quedé con las ganas.

Dejé el boletín de las notas en la Conserjería, creo recordar, para que lo entregaran y me marché a mi pueblo. Ese verano me tomé una pequeña venganza y no acudí a los campamentos de verano que se hacían en Pineta.

A lo largo de 6º, unos cuantos amigos y yo estuvimos planeando hacer un viaje para celebrar el final del Bachiller. La idea nos la dio Martínez Gállego, amigo con el que después coincidí durante bastantes años, ya que estudiamos en la Facultad de Filosofía y Letras, en el mismo curso.

El viaje iba a consistir en hacer el Camino de Santiago en auto-stop, sistema de viaje que se puso muy de moda en aquel tiempo entre los jóvenes de nuestra edad y que para nosotros iba a ser una aventura, pues hasta Santiago de Compostela hay bastantes kilómetros desde Zaragoza y ninguno teníamos experiencia en viajes. Tuvimos muchas conversaciones sobre el tema, pero llegó el momento y ¡qué casualidad! D. Francisco organizó un viaje fin de curso precisamente a Santiago de Compostela. Alquiló un autobús y allá nos fuimos prácticamente todos los del curso. El viaje fue largo y muy completo, pues no fuimos directos a Santiago, sino que primero fuimos a Madrid, paramos por algún pueblo de La Mancha que no recuerdo; de allí a Galicia, donde pasamos por Pontevedra y Rías Bajas y acabamos en Santiago de Compostela. El tour fue divertido y ameno, nos dio la oportunidad de ver buena parte de España y fue una bonita experiencia y un buen broche final.

Corredor principal. Fotografía cedida por Don Teodoro Félix Lasmarías.

La moto de Gisbert en C. O. U.

Q.G.M.

Sin duda alguna, los dos cursos que más recuerdo son el primero y el último que permanecí en el Seminario. Tanto uno como otro fueron únicos. La entrada a un mundo nuevo, a mi segunda casa, y la salida a un universo desconocido y amenazador, que nada tenía que ver con los quince días de preparación para la segunda reválida que supusieron para mí una especie de vacaciones en libertad.

Al principio de C.O.U. todavía no tenía decidido si me saldría o no. De hecho, inicié el curso con la enorme ilusión que representaba dar el primer paso en el Seminario Mayor. Todavía miro la cuarta o la sexta ventana, sabiendo que allí pasé todo un año.

Miguel Casanova y yo éramos vecinos de habitación, y muchos días nos hacíamos un café. Consistía en poner unas gotas de agua en un vaso, generar una masa viscosa con una cucharadita de café instantáneo, una o dos raciones de azúcar y una vez que se formaba un líquido pastoso le añadíamos agua hirviendo. Aquello generaba un olor y una crema que apetecía tomárselo.

Nuestro tutor volvía a ser don Francisco Tejeda, y me pregunto qué pensaría aquella maravillosa persona cuando escuchase todas nuestras dudas y nuestros pecados.

Verdaderamente aquel año fue extraordinario y rico en acontecimientos, pero también era como si uno se sintiese pendiente de un hilo, con la espada de Damocles sobre su cabeza, ante la incertidumbre de su futuro.

En aquel instante el problema más serio eran las chicas. No es que desease a alguna en particular, ni tampoco en general, era más bien que enfrente tenía un misterio, una atracción hacia lo que parecía implicar el sexo femenino: un mundo abstracto de felicidad que había detrás del matrimonio y de los hijos.

El misterio, que nebulosamente flotaba en mi mente, seguía creciendo conforme pasaban los años. Sin embargo, y a pesar de ello, no había descartado seguir en el Seminario Mayor. En varias ocasiones me han dicho que tenía cara de teólogo, y me encantaba que me lo dijesen. Un año que solía pasear por los alrededores de Villanúa, pueblo del Pirineo, buscando una explicación a nuestra existencia, uno del pueblo me dijo que pensaba que era un jesuita. Dicho de otra forma, parecía que reunía todos los requisitos para haber sido exactamente un teólogo, aunque no sé exactamente el tipo de conocimientos que se impartían en la carrera.

Una prueba objetiva de que todavía pensaba ser cura, fue la contribución que hice a una parroquia de un pueblo, al que todos los fines de semana íbamos para ser una especie de monitores de los chavales de la parroquia. Con Maicas, íbamos y lo pasábamos genial impartiendo catequesis a los chavales, especialmente jugando al fútbol. Hacíamos dos bandos, yo jugaba con dos o tres contra una veintena y les ganábamos… claro… así ya podía disfrutar.

Aquel año fue la primera vez que teníamos profesoras. La de francés parece que nos gustaba a varios. Eso sí, de los nuestros nadie lo declaraba. Pero los externos decían que *tenía un buen polvo*, y me quedaba un tanto escandalizado por sus palabras soeces.

Uno de los compañeros más destacados durante aquel curso fue Gisbert. Tenía una moto de 125cc., una Bultaco Mercurio 155 y cada día llevaba a uno de nosotros hasta el Instituto Goya. Sin lugar a dudas era una bella persona, de un gran corazón. Eso sí, en el fútbol le pegaba cada patada al balón que cruzaba el campo a lo largo y casi ponía la pelota en órbita.

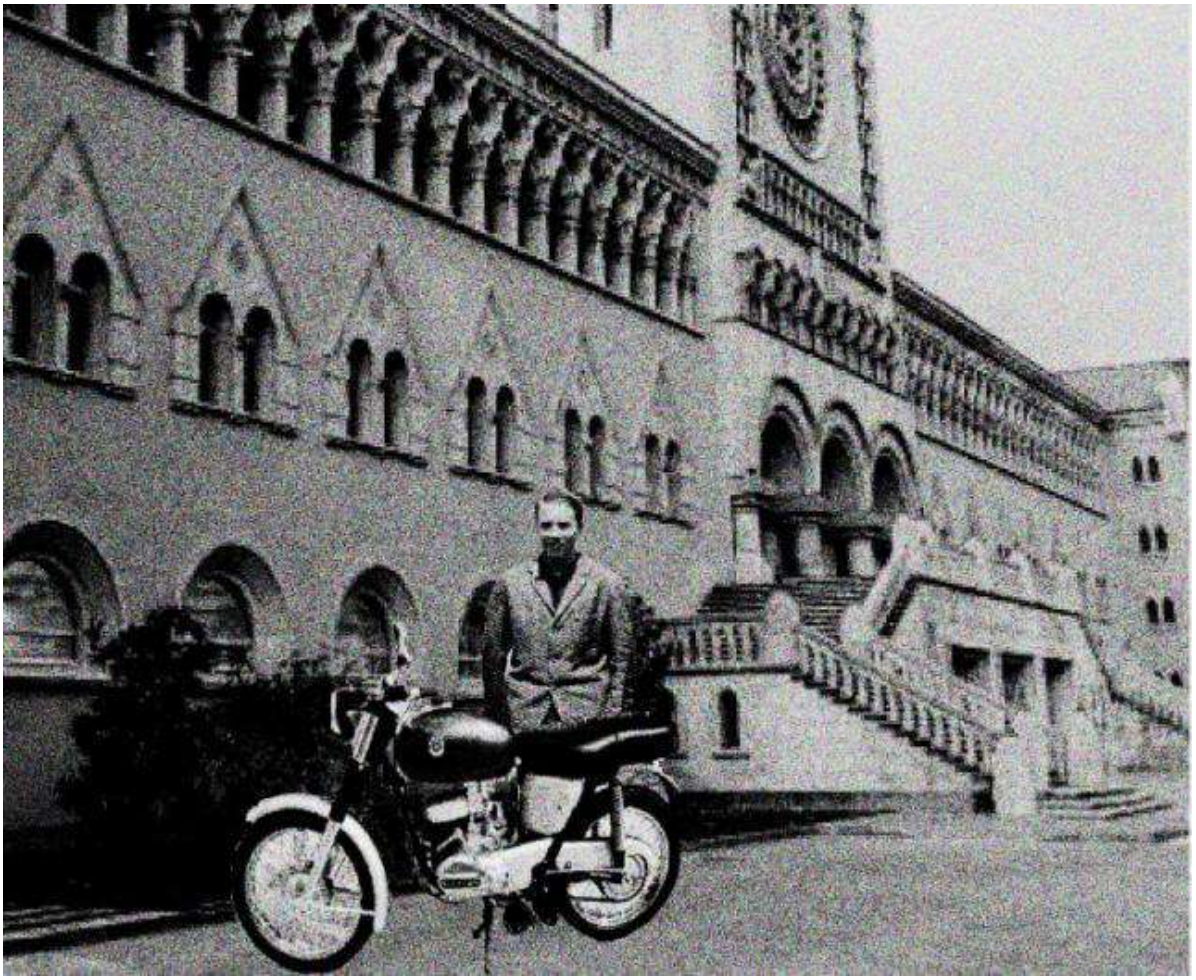
Un año se encontraron en distintos equipos Ferrer, el que sacaba chispas cuando su bota de fútbol daba con las piedras, y Gisbert. Un día le dieron los dos al balón a la vez, y creíamos que se habían partido por la mitad, pero no… siguieron jugando. Me parece que ambos eran huérfanos de padre o de madre. Probablemente esa carencia les hacía ser más humildes y mejores personas.

Durante todo el curso tuvimos plena libertad, salvo la hora de regreso al Seminario. Celebrábamos que se terminaba el primer trimestre, y algunos nos fuimos con los compañeros que no eran seminaristas a tomar una mezcla dulce y explosiva llamada *zurracapote*. Llegué al Seminario, me tumbé en la cama y no sé por qué razón la habitación daba vueltas… ¡qué cosas más extrañas pasaban con el alcohol!

Maicas y yo acudimos dos días a un cursillo de teatro que daba el más famoso de los compañeros externos, Pasquín, era un personaje famoso que usaba pantalones de pana y no utilizaba prendas interiores; imagino que era lo que debía *no llevar* un comunista. Sólo fuimos dos días a la calle Sevilla. Lo único que hacían era girar las muñecas para fortalecerlas. Ahora pienso que probablemente aquella concentración de teatro quizás era la tapadera de un grupo de jóvenes comunistas, y como nos apuntamos nosotros, dos extraños, ¿tal vez disimularon sus actividades?

El curso siguió con sus altibajos, especialmente en matemáticas, pues a pesar de ser un grupo de letras nos implantaron la asignatura como obligatoria y encima con lenguaje moderno, muy raro… *los conjuntos*. Estuvimos todo el año estudiando la relación de *los conjuntos*. Aquello me sonaba a chino. Y menos mal que el profesor, muy joven y conocido de varios discípulos, especialmente de Pasquín, nos aprobó a todos.

Mientras tanto, seguía sin tomar la decisión final. Fue en el último trimestre cuando le dije a don Francisco que no seguiría al año siguiente y que la causa era que me gustaban las chicas.



J.G.D

Creo que mi moto fue una inesperada protagonista durante C.O.U. Como se ha comentado en el capítulo anterior, cada día mis compañeros se turnaban para bajarlos en la Bultaco. Algunos días destacaban por, afortunadamente, pequeños incidentes.

Un día, mi grupo de C.O.U., el número 2, terminó la última clase de la mañana media hora antes de tiempo. A un compañero, Martín, que no era seminarista, le dije que le llevaba a casa, pues vivía muy cerca de La Romareda, y a mí me caía de camino al Seminario.

El chico me dijo que siempre que se montaba en moto, se caía. Sonreí y no me lo tomé en serio.

Pero efectivamente, así ocurrió. Cuando estábamos dando la vuelta a la antigua Feria de Muestras, llegando a La Romareda yo me incliné para dar la curva, y el acompañante se ladeó al lado contrario, desequilibró la moto, y se cumplió el gafe… ambos rodamos por el suelo.

Otro día, llevaba a Ángel Gay. Íbamos tranquilos, pero un taxista nos adelantó y como el semáforo se había puesto en rojo, paró en seco delante de mi Bultaco. Apenas me dio tiempo a frenar y Ángel se empotró contra mi espalda.

Afortunadamente todo quedó en un susto y en las magulladuras queme dolieron durante un buen tiempo.

Fotografía extraída de GAZA, Gran Archivo Zaragoza Antigua. Al fondo, el Seminario. Al lado, el colegio Moncayo.

Visitas femeninas en el Seminario

J.T.C.

Otro aspecto que recuerdo, es sobre mis primeras relaciones con las chicas. Tenía mucha amistad con José Lores Peco y con Jesús Sánchez Gracia. El padre de este último trabajaba en el colegio San Valero, donde había un cura con el que tenía buena amistad. Por otra parte, Lores tiene una hermana que tenía unas amigas, muy guapas todas, y quedábamos con ellas para hacer guateques. Las fiestas las celebrábamos en casa del mencionado cura, al que avisaba Sánchez, cuando no iba a estar, para que nos dejara el piso. Además de esto, yo ya pintaba maneras de durar poco en el Seminario, pues cuando estaba en el Mayor, o sea en COU, subía a mi habitación a alguna de las chicas que pertenecían a Los hijos de María, un grupo del colegio La Caridad, donde había estudiado antes de entrar en el Seminario. En dicho colegio disponían de biblioteca y salones y organizaban excursiones en las que yo participaba cuando tenía entre 16 y 17 años. Así que alguna vez recibía visitas femeninas que no eran del agrado de los curas. Parece ser que al año siguiente se suprimieron ese tipo de licencias. Con todo ello, algún superior ya veía, por mi comportamiento y aficiones, que iba a durar poco en el Seminario.

Estos hechos coincidieron con la época en la que hubo algunos conatos de rebeldía a los que tuvo que hacer frente el arzobispo. Era el período en que había lo que se dio en llamar *curas obreros* y se estaba planteando un cambio en la forma de ejercer el apostolado. Esto llevó a un cambio drástico en algunas reglas para el seminario mayor en el año 1973.

Entrevista con Monseñor Cantero Cuadrado

J.G.D. y Q.G.M.

Creo que fue a mediados de sexto curso. Probablemente, la entrevista se hacía anualmente con aquellos que ya se habían convertido en la élite del Seminario Menor y que en breve pasarían al Seminario Mayor.

En la segunda hora de clase nos dijeron que tendríamos una entrevista con Monseñor Cantero Cuadrado, arzobispo de Zaragoza.

Nos dirigimos al comedor de la enfermería, donde muchos de nosotros habíamos jugado alguna vez a las cartas cuando estábamos tan enfermos que teníamos que pasar varios días de baja. Allí también estaban aquellas jarras de una especie de plástico metalizado o metal plastificado. Bueno… fuesen lo que fuesen, pero que eran muy vistosas.

Nos sentamos todos alrededor de las mesas que se habían juntado.

Hay que recordar que era una época especialmente convulsa pues algunos seminaristas del Seminario Mayor estaban dando muchos problemas debido a que querían cambios en la Iglesia.

Hace un año que me encontré con un exseminarista, que parece que estuvo involucrado en un tema tan espinoso como es siempre el "derrocamiento de los hábitos establecidos por los antiguos". Creo que se apellidaba Bernad. Le dije que, al ser varios cursos mayor que yo, me sonaba el nombre, y hasta

le dije que lo asociaba a un joven un poquito grueso… O bien lo expulsaron o bien se fue por su propia voluntad al ver que no había tantos cambios como hubiesen deseado los jóvenes disidentes.

Al día siguiente de aquella conversación recordé nuestra especial entrevista con Monseñor.

Y ya sabemos cómo de despistada es la memoria, pero si se fija en algo, básicamente no se puede borrar.

Siguiendo con la anécdota, recuerdo perfectamente que, al principio de aquella reunión, nos dijeron que aquel que lo desease podía fumar que tenía total libertad para hacerlo.

La mayoría nos encendimos un cigarrillo. A mí me gustaban los mentolados, pero lo normal era ver sacar el paquete de Celtas cortos. El Celtas largo era para señoritos, lo mismo que el Ducados. Y nosotros íbamos a ser sacerdotes, hombres que anhelaban la pobreza y humildad de Cristo.

Parece que nos hablaron de algo, de nuestro futuro. Monseñor querría tantear sutilmente si la semilla de la rebeldía estaba anidada ya en nuestras mentes.

A lo largo de la charla de Monseñor Cantero Cuadrado, alguien nombró que era o había sido consejero de Franco, y ya saltó como un gamo “el tirillas” gracioso de Quintín.

Levantó su dedo para preguntar.

—¿Sí?—le preguntó nuestro tutor que acompañaba a Monseñor.

—¿Cómo puede alguien llegar a ser tan importante?

No recuerdo exactamente qué le contestó. Tal vez que las circunstancias… pero Quintín no debió quedar satisfecho y levantó de nuevo el dedo.

—¿Sí?—volvió a decir el tutor.

—Es que no le he entendido…

Monseñor habló algo, que debió de ser tan ambiguo como la contestación anterior… y de nuevo Quintín volvió a la carga…

—Ya está bien —zanjó nuestro tutor.

Es extraño que el protagonista no se acordase de la anécdota, que le he tenido que recordar.

Asegura que él era una persona muy inocente, que de seguro no querría poner en apuros a Monseñor… Tal vez era porque a los 14 años había leído un libro que se titulaba *Cómo tener éxito en la vida* y que el hecho de conocer a una persona importante y poderosa le hacía ilusión; que en el fondo a él, en aquel tiempo, no le habría importado llegar a ser alguien tan cercano al poder.

Seminaristas, camareros en Cadaqués

Q.G.M.

No sé cómo se estableció aquella relación entre el cura de Cadaqués y los seminaristas. El hecho era que varios alumnos de dos cursos superiores, y ahora me doy cuenta de que ya estaban en el Seminario Mayor, y varios del nuestro, iríamos a trabajar de camareros. Si no recuerdo mal, yo me enteré porque Gonzalo G. había ido un año, y me comentó si deseaba ir. Por eso, después de sexto curso fui a trabajar de camarero con Supervía, Jaime, Escusol… de cursos superiores.

Dicho de otra forma, una parte del Seminario se trasladaba a quinientos kilómetros de distancia, y además, bajo los auspicios de mosén Ceferín.

Han pasado cerca de cincuenta años y todavía recuerdo la primera impresión. Nos recibió en su casa con los brazos abiertos. Era un hombre muy afable e inquieto. Salimos unos minutos a la terraza, desde la que se divisaban los tejados de las casas y la bahía de Cadaqués. Luego nos distribuyó entre varios hoteles. Escusol era un portento de lucidez y muy chistoso, Supervía y Jaime eran muy serios y mis héroes cuando les veía jugar al fútbol.

Casi todas las tardes, después de terminar el servicio de comidas, me acercaba a casa de mosén Ceferín. Me dejaba una guitarra y me gustaba pasar un buen rato allí. En muchas ocasiones nos reuníamos todos por la noche y aprovechábamos para cantar y escuchar música. Tenía un tocadiscos y del disco que más me acuerdo era *The Young Ones* de Cliff Richard y los Shadows.

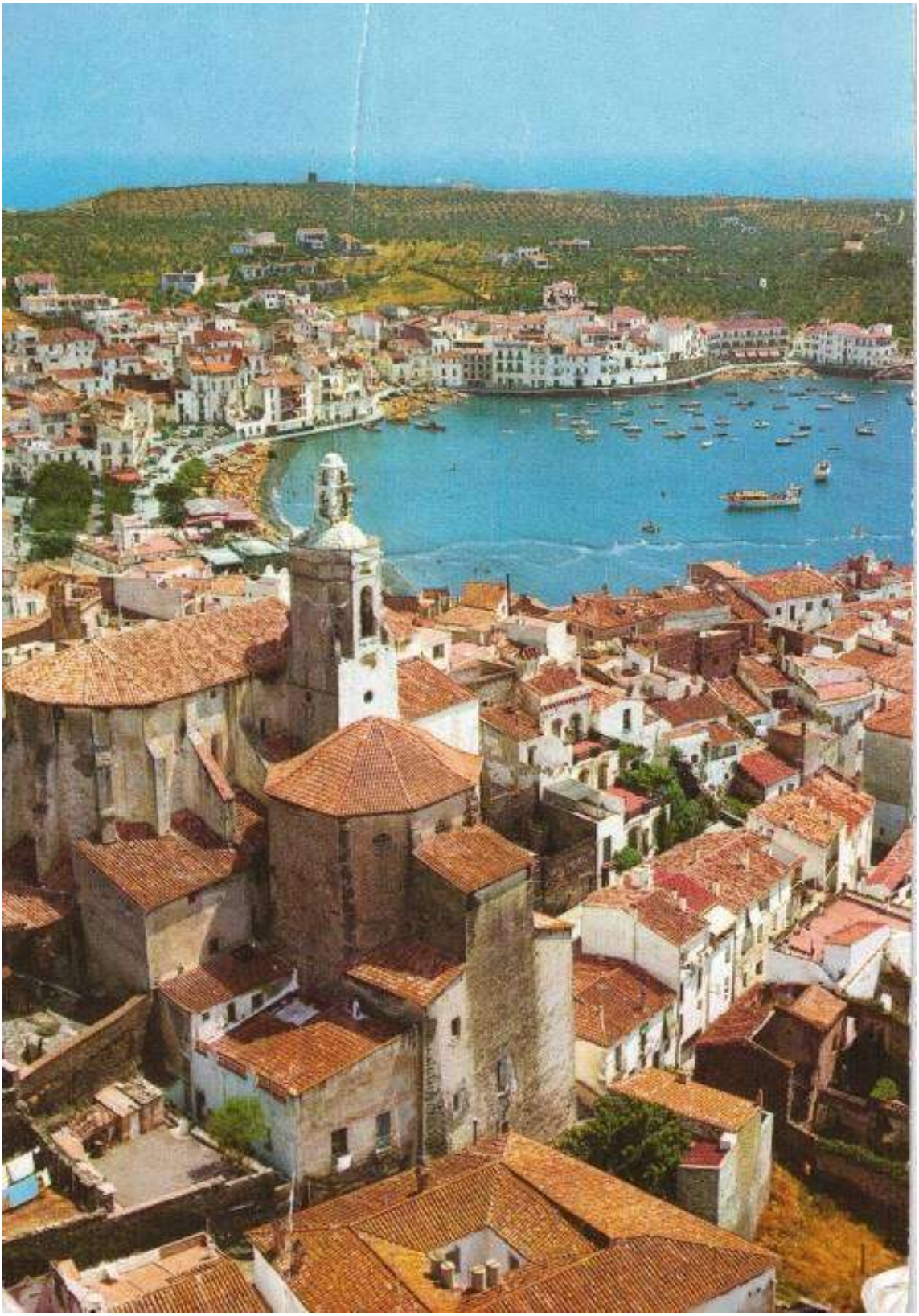
El primer año fue distinto al segundo. Las reuniones en casa del cura eran extraordinariamente amenas. A veces nos pasábamos un poco con frases demasiado graciosas… *Aquesta nit que farem… aquesta nit follarem,* decía graciosamente Escusol. Lo que no recuerdo es si cuando lo decía estaba presente el cura o no.

Mosén Ceferín contaba que había hablado en varias ocasiones con Dalí, y, probablemente, sería especialmente reservado en algunos temas respecto al famoso pintor, pues nunca dijo nada más que la afirmación de conocerlo.

Al año siguiente, después de C.O.U. volvimos, pero fuimos más esporádicamente a su casa, aunque mantuve igualmente una afectuosa relación. Me regaló un curso de inglés en discos, y le dije que me gustaría ser controlador aéreo. Me habría gustado regresar y agradecerle todo lo que había hecho por nosotros, y especialmente por mí.

El último verano estuvimos de camareros, Gregorio S., Faustino P., Jaime M., Miguel Casanova y yo… No recuerdo en este momento si había alguno más de nuestro curso… Pero nosotros ya estábamos fuera del Seminario…

Por las noches salíamos a una discoteca que había al aire libre en lo alto de un monte, también disfrutamos charlando y tomando una jarra de sangría… se notaba el dinero de las propinas. Eso sí, cuando venían al restaurante algunos distinguidos clientes, casi nos poníamos firmes… qué menos que guardar la compostura y reverenciar cuando aparecía alguna distinguida familia de la zona. Los seminaristas nos llevábamos muy bien con los colegas camareros. Recuerdo a Manolo que era capaz de servir seis o siete platos a la vez, por supuesto sólo con sus manos y apoyados en parte de los brazos.



M.C.M.

En Cadaqués empecé a trabajar con Jaime Maicas en un chiringuito de playa que se llamaba “La barraca de Piu”. Era la primera vez que trabajaba con un sueldo. Antes solo había trabajado en el campo, con mi padre en el pueblo.

Este chiringuito era una especie de caseta de feria con una plancha para preparar sandwiches y una barra con taburetes en el exterior, en la playa rocosa de Cadaqués. Dormíamos, Jaime y yo, en una cama grande, los dos en la misma, y parece que yo me le cruzaba en la cama y no le dejaba dormir...

A los quince días, me llamó por teléfono Joaquín Toro y me dijo que tenía que hacer la prueba de acceso a la universidad para matricularme de magisterio. Era la primera vez que se obligaba a hacer esta prueba para matricularse en La Normal de Zaragoza, luego se llamaría Selectividad y sería mucho más difícil porque yo, sin saber de qué iba, hice el examen sin estudiar y me aprobaron.

Al día siguiente del examen volví a Cadaqués, y empecé a trabajar en el hotel Playa Sol. Allí estuve de comodín: primero de jardinero, luego salvavidas de la piscina del hotel, hice también de camarero de mesas, me tocó igualmente hacer de camarero de barra, incluso de fregaplatos y los últimos 15 días de recepcionista de noche o sereno.

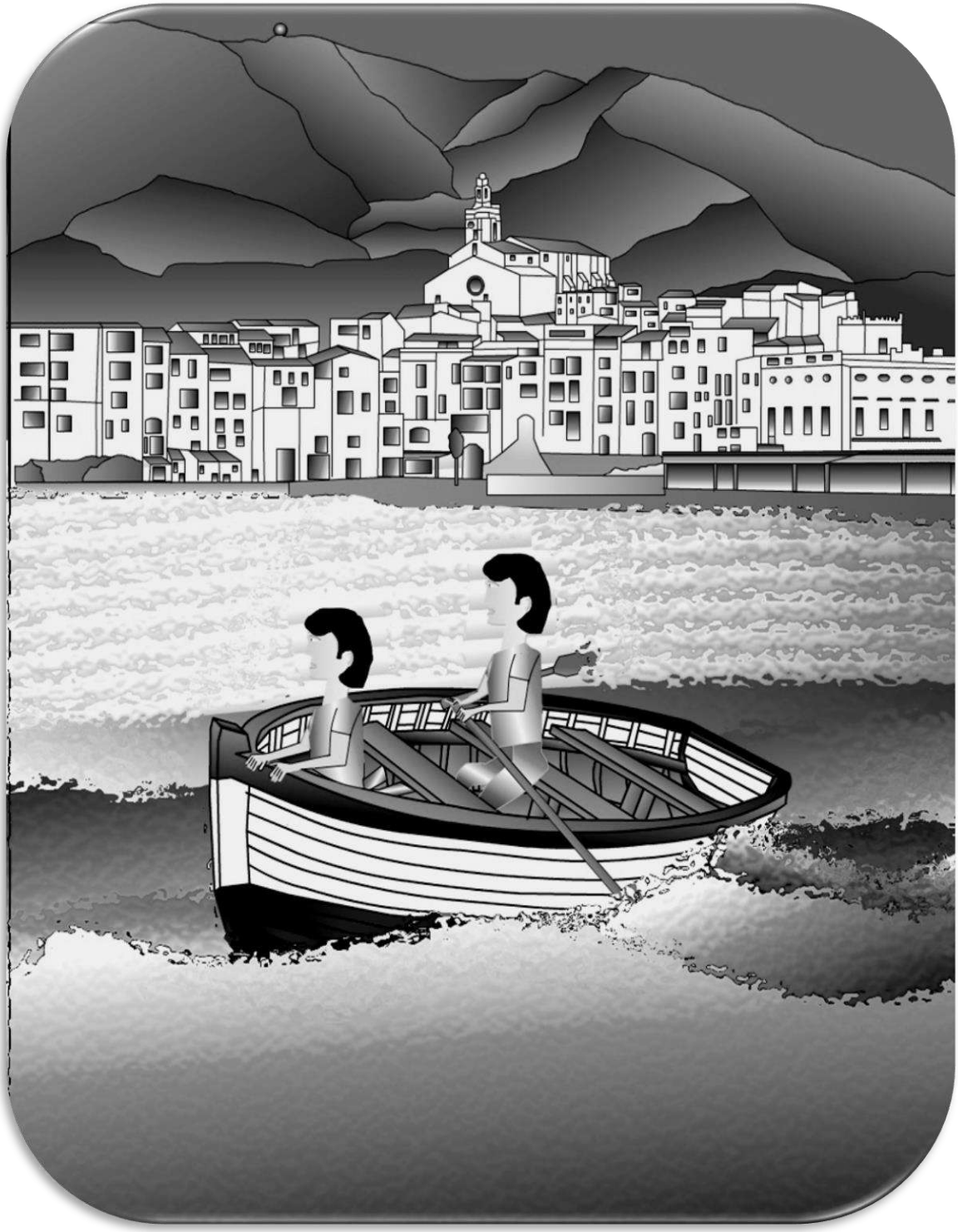
Más de una noche, cuando todos los clientes del hotel, que estaba lleno, estaban ya durmiendo en sus habitaciones, cogía la Mobilette del hijo del dueño y me daba unas vueltas con ella de noche por el pueblo.

Un día, José Gracia me llamó para que subiera con él a la barca de remos que le había dejado el sobrino del mosén de Cadaqués. Empezamos a remar y llegamos a mar abierto y, cuando las olas empezaron a ser fuertes, lo pasamos fatal para volver al embarcadero. Apenas sabía nadar (a pesar de que había estado durante una semana de encargado o salvavidas en la piscina del hotel).

Otra noche, estando sentado en la terraza del hotel, con todo apagado ya, apareció una pareja de alemanes que, delante mismo del hotel, se desnudaron totalmente y se metieron en el mar. A la salida del agua se quedaron haciendo manitas y otras cosas, y yo ahí sentando a 10 metros escasos sin poderme levantar. Cuando acabaron sus faenas cogieron las toallas, se despidieron de mí y se fueron. A mis 17 años, me sentía alelado ante semejante espectáculo.

Ese verano fue cuando Johan Cruyff fichó por el Barcelona F.C. y, como el hijo del dueño del hotel era muy forofo del Barça, no paraba de hablar del asunto.

Era el verano de 1973.



Visión retrospectiva sobre la enseñanza religiosa y la vocación temprana

J.B.B.

Cuando escribo sobre los recuerdos del Seminario, escribo más sobre las sensaciones que me dejaron marcadas algunas de esas vivencias, de una manera aleatoria, y que por su originalidad o impacto se me quedaron más o menos grabadas, ya que las actividades del día a día, es decir las rutinas, eran más o menos como las de cualquier internado religioso. Entonces la inmensa mayoría de los centros educativos lo eran, pues todos estaban dirigidos por frailes o monjas de alguna orden.

Seguramente, en el Seminario se nos "*marcaba*" un poco más, se nos vigilaba individualmente más de cerca porque el fin último era que de allí salieran sacerdotes; aunque eso, en los primeros cursos, estaba lejano y esa lejanía amortiguaba el carácter serio y "*sagrado*" que se pretendía y hacía que el día a día fuera muy parecido a cualquier otro colegio.

Además, individualmente, es imposible que unos niños de 10 u 11 años, que están construyendo todavía su personalidad, puedan distinguir todavía cuál va a ser su meta cuando sean adultos.

A esa edad, lógicamente, estas influido por el ambiente de la familia y de la gente que te rodea, de los estímulos que recibes, y tanto aquéllos como la situación socio-económica eran puntos determinantes para dar ese paso; pero yo de nin-

guna manera creo que a esa edad se pueda tomar una decisión más o menos seria de tipo vocacional, en este caso "*querer ser cura*".

No digo que no pueda surgir una inquietud de ese tipo, pero a través de los años y, por supuesto, dela influencia del ambiente en que vivamos o hayamos vivido nos influirá de una manera distinta a cada uno de nosotros.

Así pues, en mi curso cuando empezamos 1º éramos un grupo muy numeroso, típico de aquellos años, no recuerdo exactamente cuántos éramos, pero sí más de 100 y ninguno al final se ordenó cura.

Muy pocos, pasaron al Seminario Mayor, que es donde ya se empezaban los estudios concretos para ser sacerdote, pues en el Menor se hacía el Bachillerato.

Puede parecer esto curioso, para mí en absoluto, porque, como digo, a esa edad lo que se tienen son fantasías que si bien en determinados casos pueden hacerse realidad, para su materialización se deben atravesar aún varias etapas en la vida muy determinantes, una de ellas la crítica adolescencia.

Dejar el Seminario y cambio de rumbo

A.C.M.

Mis padres no tenían coche y, como he dicho, mi padre siempre estaba muy atareado, pero tuve la gran suerte de que durante los cuatro cursos que permanecí en el Seminario coincidí con los hermanos "Navarro" de mi pueblo. José Luis era al menos dos años mayor que yo, y Pablo un año/curso menor. Su padre se dedicaba a la compra y venta de pieles de lanar y tenía una camioneta y un utilitario, creo que era un "cuatro latas". Por esa razón, solían venir sus padres casi todos los fines de semana a visitarles.

Mi madre aprovechaba para mandarme cartas, ropa, comida y, a veces, también propina. En cierta ocasión vino a verme mi hermano el segundo, acompañado de un amigo. ¡Todo un acontecimiento para mí!

Cuando permitieron salir los fines de semana a Zaragoza, yo acudía a comer y a veces pernoctaba en casa de mi tía Antonia, hermana de mi madre; mi tío Quico, su marido, trabajaba en la azucarera (la Sociedad General Azucarera) y vivían en el Barrio Jesús, al otro lado del Puente de Hierro. Ello me permitió disfrutar de la familia y consolidar mi estrecha relación con mi primo Luis Miguel, con el que la vida me ha llevado posteriormente a compartir muchas experiencias y momentos. De modo que, como nos llevamos tan solo un año de edad, hemos sido y seguimos siendo casi como dos hermanos. También estaba su hermana, mi prima Pili, con la cual la diferencia de edad y de inquietudes propias de cada género nos ha llevado a una relación más neutra; aunque siempre afectuosa.

A propósito de este tema, siempre he pensado que los años de internado forjaron una faceta muy importante de mi carácter. En efecto, siempre he tenido la sensación de ser una persona poco familiar, en el sentido de parentesco.

Para mí, en realidad, mi familia eran mis compañeros del Seminario, primero, y los cinco internos de Salesianos con los que compartí mesa, juegos, inquietudes y una amistad que todavía perdura, después. No en vano, dos de esos compañeros ya lo eran en el Seminario: Eduardo Alonso, con quien he compartido muchas vivencias, y Paulino Fandos, con el que a pesar de largas ausencias temporales y una distancia geográfica considerable, comparto una amistad muy especial.

Como decía, el internado marcó carácter en mi vida. A partir de quinto de bachiller, salió una normativa por la que había que potenciar lo que hoy conocemos como "conciliación familiar". Según esa norma, en la medida de lo posible, se debía facilitar a los internos pasar el fin de semana en su hogar. Aunque esto llegó tarde para mi sentimiento familiar, como he dicho, cambiaría definitivamente el curso de mi vida, como luego comentaré.

Claro que entonces ya no estaba en el Seminario. No obstante, creo que este es el lugar adecuado para relatar un hecho singular. Creo que fue el primer fin de semana del recién estrenado 5º de bachiller, a finales de octubre, cuando disfruté de la primera salida a mi pueblo.

Pues bien, resulta que mi amigo y vecino de la niñez que he nombrado antes, Manolo, cumple los años a finales de octubre, y yo tuve la oportunidad de ser invitado de excepción a la celebración de su 15 cumpleaños.

A este evento estaban invitados otros chicos del pueblo que yo conocía, pues eran de la “cuadrilla”; aunque yo tenía poco contacto con ellos, salvo en verano. El caso es que comimos y bebimos a placer, con la particularidad de que yo estaba como embobado y sin control, desbocado de alegría y muy locuaz, relajado vamos.

Esto propició que uno de los invitados que estaba a mi lado no parase de servirme bebida que yo ingería con avidez y descuido. El resultado fue mi primera borrachera que jamás olvidaré…

Al día siguiente, solo la intercesión de mi madre me libró de que mi padre me “arrastrase” al campo a recoger maíz. Recuerdo que esa noche vomité encima de la lana de los colchones que estaba desparramada en el cuarto “granero”, adyacente al dormitorio donde dormí tras un denodado esfuerzo para subir las escaleras, pues apenas me tenía de pie.

Casualmente, el colchonero estaba por esos días ahuecando los colchones y tenía esparcida la lana en el camino que yo tenía que seguir para alcanzar la terraza desde la cual podía vomitar hacia el corral. ¡Lamentable!

Desde entonces, no es que no me haya vuelto a emborrachar, pero nunca hasta ese extremo, y ha sido un asunto de gran relevancia para mí no perder el control. Toda una lección, sin duda.

En Salesianos (5º) con dos antiguos compañeros del Seminario: Eduardo y Paulino.

Q.G.M.

Cuando salí del Seminario, de mi segundo hogaren definitiva, y regresé a casa de mis padres, debía comenzar una nueva vida.

Había conseguido un gran bagaje cultural y no había perdido el tren del progreso educativo. Había cosechado los frutos de una educación religiosa en la que se primaba la bondad hacia nuestros hermanos, los demás seres humanos.

Sin embargo, la vida fuera del internado era un mundo en el que era necesario ser mejor que el otro, es decir primaba la competencia. Si se prolongaba la vida estudiantil, al final había que sacar unas oposiciones para trabajar. Si se quería acceder al mundo laboral en empresas privadas, existía la criba de la selección previa. Y cuando se encontraba un trabajo, el esfuerzo por ser competitivo y válido en la sociedad continuaba, aunque mucho menos en comparación con la situación en el año 2020.

Así pues, el corazón amoroso que era la adquisición más valiosa para un futuro sacerdote, no sería suficiente para sobrevivir. Asociando humildad, corazón amoroso y dificultad a la hora de encontrar un trabajo, llegué a pensar que podría ser bueno trabajar de albañil o peón, sin necesidad de disponer de capacitación suficiente, en cualquier empresa que hubiese esa oportunidad. La sencillez de Jesús carpintero. Mis padres se alarmaron ante tan calamitoso planteamiento, si bien nunca se sabe qué podría haber ocurrido. Una persona culta, bien preparada y con lealtad podría haber sido la mano derecha de algún constructor mediano. Todo podría haber ocurrido. Pero pronto me di cuenta de mi error.

Mi amigo Simón, del Seminario, también me proporcionó un trabajo temporal para trabajar en la limpieza de las rebabas de las piezas en una fundición. Duré quince días. Muchos, porque después de dos o tres jornadas, el capataz ya le había dicho a mi amigo que yo no servía para aquel trabajo. Fue una experiencia terrible. Salía, como diría La Bullonera, *deslomado*. Lo peor no era el cansancio físico, lo verdaderamente terrible era que me estaba sumergiendo en un abismo de oscuridad cada vez más profundo. Después de quince o veinte días de aspirar aire con olor y sabor a óxido, lo dejé. Todavía recuerdo la frase que yo mismo me decía: *antes muerto que volver a trabajar en una fundición*.

Continué con mis estudios de inglés y de banca. Sabía que trabajar era muy duro. En ningún caso humillante, sino que levantar contrapesos de tractor era demasiado exigente para alguien que nunca había hecho esfuerzos físicos, salvo jugar a fútbol.

Alguna de las creencias inculcadas en el Seminario no se correspondía con la sociedad en la que había entrado. Debía pasar del amor a los demás, de la entrega de nuestro corazón a cambio de nada, de creer que Dios era un Ser omnipotente, omnisciente y todo bondad, a algo desconocido y temible. El mundo, lejos del bello hogar que representaba el Seminario, era un cruel tirano y lo que era peor, sin sentido aparente. Pobreza, humildad, castidad y buen corazón no eran suficientes virtudes para aquellos que habíamos salido del Seminario. Nosotros estábamos preparándonos para ser sacerdotes. Habitábamos en el mundo, pero no éramos del mundo, tal y como reza el Nuevo Testamento. Ni Dios era justo, ni bueno, ni sabio; no estaba entre nosotros ni tampoco se le esperaba. En definitiva, Dios no existía. Era un invento de las religiones.

El hambre, las guerras, las enfermedades, la necesidad de trabajar para vivir…Este mundo era una porquería que invalidaba la existencia de un Dios benévolo y compasivo. Más bien, todo lo contrario. Menos mal que quedaban el amor, la naturaleza, la belleza, los libros y la música; pero de Dios… ni rastro.

Nos habían enseñado a ser devotos y amantes de Dios, a ser buenos por amor a Él, a sacrificarnos por los demás, imitando a Cristo; pero en la fundición, el fuego, el hierro y el aire oxidado no perdonaban.

¡Para qué rezar si no servía de nada! Dios había desaparecido de mi mundo, se había marchado de vacaciones por un tiempo, y regresó muchos años más tarde.

A.C.M.

En este capítulo Q.G.M. nos hace un planteamiento existencialista, diría yo, de su salida del Seminario y su aterrizaje en el mundo exterior. Tenía una sólida formación religiosa y estaba imbuido por la caridad cristiana hacia el prójimo; pero se encontró algo para lo que no estaba preparado.

A mí, se me hace raro que en las vacaciones de verano sucesivas de los siete años correspondientes a su permanencia en el Seminario no se hubiese dado cuenta ya de cómo estaba el mundo. Mi caso fue muy distinto, quizás debido a que yo solo aguanté hasta cuarto y reválida.

Como he citado anteriormente, las vacaciones de verano para mi suscitaban crisis de regreso al Seminario cada vez más intensas, de modo que acabado cuarto me decidí a decírselo a mis padres. Sabía que no les iba a parecer bien, tanto por la idea de que ya no podrían contar con un cura en la familia como por el hecho de que sería mejor seguir en el Seminario, por aquello de que era un sitio conocido. El *no* lo tenía por delante, pero preparé un plan ingenioso, por un lado, y sensato, por otro.

En efecto, por aquel entonces el bachillerato tenía dos modalidades: ciencias y letras. Estaba claro que en el Seminario el bachiller superior iba a ser de letras, olvidando las Matemáticas, Física y Química y centrándose en el Latín, Griego, Filosofía y Teología. Me di poco a poco cuenta que lo mío era la Ciencia, lo cual me ponía, por otra parte, en una situación ventajosa para argumentar delante de mi padre y lograr mis objetivos. Y así fue, no me faltó determinación.

Hablé con mi padre y me dijo que si ya no tenía vocación no era un problema, pero que mejor siguiese en el Seminario. Cuando le argumenté que quería hacer el bachillerato de ciencias y no existía esa posibilidad en el Seminario, no me puso pegas. Le convencí fácil y me dijo que me buscase un colegio cuanto antes. Es así como acabé entrando en Salesianos, un colegio de religiosos, pero con un perfil muy diferente al Seminario. Obviamente, había razones poderosas para abandonar el Seminario. Cada vez me encontraba más a disgusto. No era coherente simular que continuaba manteniendo la vocación del sacerdocio y no podía resistir la tentación de apartarme de las chicas. Tenía pasión por el sexo contrario y eso era algo que, como es sabido, estaba vetado en el Seminario.

Mi transición respecto de las ideas religiosas no fue brusca, pues ya he dicho que mi familia era católica practicante y yo seguí en un colegio religioso, lo que favoreció que continuase con las prácticas religiosas habituales, es decir la misa dominical, comunión incluida.

No me importaba que mis amigos no pisaran la iglesia, yo seguía con mis creencias. Al cabo del tiempo, ya casado, me fui dando cuenta que durante la misa me encerraba en mis pensamientos y no seguía el oficio. Acudía con mi novia, primero, y mujer, después, a la misa; a pesar de que su familia no eran practicantes e incluso aborrecían a los curas. De modo que con el tiempo dejamos de asistir a oficios religiosos.

En Salesianos hice Bachiller Superior y COU, siguiendo la rama de Ciencias, por supuesto. Recuerdo que en COU nos dieron la opción de elegir tres asignaturas (optativas), pues yo me decanté por Matemáticas, Física y Química. La razón era muy sencilla, nos habían hecho tests psicotécnicos "de inteligencia" y orientación profesional y mi perfil era claro: Veterinario o Ingeniero Agrónomo. Como en Zaragoza había Facultad de Veterinaria, lo tuve diáfano desde el primer momento. Nunca he tenido la sensación de haberme equivocado de profesión.

Siempre he pensado que tanto el Seminario, como Salesianos e incluso la Facultad de Veterinaria eran "invernaderos". Es decir, dentro te sentías protegido de las inclemencias del tiempo, era fácil sobrevivir y crecer. El problema vendría fuera. Pronto me di cuenta que para poder lograr un trabajo no bastaba con tener una carrera, ni siquiera con buenas notas, como era mi caso. Por otra parte, tenía mis prejuicios en cuanto al tipo de trabajo, era alérgico a los temas comerciales pues me parecía que se basaban en engañar a la gente.

Para poder competir tuve claro que necesitaba tres cosas: carnet de conducir, conocimientos de inglés y, unos años más tarde, informática. De ahí que empezase a estudiar inglés por mi cuenta. Primero por el placer de entender las canciones y después por imperativo laboral. De esa forma, cuando surgió la primera oportunidad laboral estaba medianamente preparado.

Obviamente, en aquellos tiempos era más fácil, se puede pensar. Sin embargo, yo me adelanté un año a mis compañeros varones de la promoción porque opté por hacer milicias, tenía carnet de conducir, hice un curso de especialización de un año y, pudiendo optar por mi expediente académico a una beca de doctorado que me concedieron, renuncié a ella por algo más práctico.

De esta forma, con mis rudimentos de inglés, me presenté a una entrevista para un puesto en una empresa multinacional con sede en Salamanca.

Allí pasé los primeros quince años de mi carrera laboral, viviendo y trabajando en una bella ciudad provinciana; pero al mismo tiempo inmerso en un ambiente internacional, con continuos viajes por España y visitas esporádicas al extranjero. Algo que nunca había soñado y que me dio una visión más global, permitiéndome desarrollarme personal y profesionalmente.

El Seminario, aún constituyendo los cimientos de mi vida, quedaba ya muy lejos, como un agradable recuerdo de mi fase preadolescente de la que aún conservaba algunos buenos amigos.

J.M.F.A.

Los que vivíamos en el pueblo, los fines de semana no podíamos ir con la familia como hacían los que vivían en Zaragoza o barrios cercanos, por lo que las tardes del sábado y el domingo nuestras horas libres las pasábamos en la sala de juegos, haciendo deporte, tocando la guitarra etc., pero cuando nos empezaron a dejar salir al exterior, partíamos a descubrir el mundo. Eran los momentos idóneos para fumar sin peligro de que nos descubriesen, como temíamos si se hacía dentro del colegio, para ir a los locales de juegos de máquinas y echar unas partidas al *pinball*, escuchar las canciones de moda en las sinfonolas y, sobre todo, tratar de captar la atención de alguna chica con la que pudiéramos coincidir, además de tomarnos alguna cerveza si el dinero daba para ello.

Son bonitos los recuerdos de la gasolinera de Vía Hispanidad a la que íbamos a escuchar música a la sinfonola. Había buena música porque ese bar era ya en aquellos años como un afterhours, pues no cerraba nunca.

Casualmente luego coincidí con uno de los camareros que había cogido el bar del hospital donde yo trabajaba, y rememoramos aquellos días de nuestra juventud, Domingo se llamaba. Llegamos a ser bastante amigos. También íbamos a otro bar al lado del campo de fútbol de La Romareda, que ahora no recuerdo su nombre, del que nos hicimos bastante buenos clientes porque siempre estábamos allí.

Conocimos a alguna chica. Tengo el recuerdo muy claro de una, que a mí me gustaba, trabajaba en una peluquería en la calle García Sánchez. Me parecía muy guapa, pero a ella le gustaba más Gregorio Simón.

De todos los años en el Seminario guardo un gratísimo recuerdo de toda la gente con la que conviví esos años, pero había unos cuantos con los que compartí más vivencias y me enriquecieron personalmente y a los que quiero nombrar como Quintín García Muñoz, Gregorio Simón Moreno, Fernando Seral Abadía, Faustino Pardos, José Luis Pola Lite y Pedro Joaquín Vicente González con el que no hemos dejado de vernos y todavía tomamos vinos a menudo. También guardo un agradable recuerdo de todos nuestros superiores. Eran gente joven que creo nos entendían bien y en ellos también se notaba los aires de cambio que se estaban iniciando en la sociedad española.

Quiero tener un recuerdo especial para el "Padrecito", que fue mi banquero y padre espiritual algún año, por ser una persona excelente.

Debo también decir que la enseñanza académica fue muy completa, aunque estuviese dirigida a formar a futuros sacerdotes. Creo que salimos de allí una remesa de personas que contribuyeron a configurar una España nueva, más moderna y tolerante.

J.B.B.

En general, durante 5º y 6º, hubo una cierta complicidad entre todos nosotros, tanto en relación con los estudios, en los que el ambiente era que todos íbamos a superarlos, poniendo interés y, de hecho, creo que los aprobamos todos en junio, 5º no lo sé, pero 6º seguro, como en nuestro comportamiento.

Con respecto a esto último, el ambiente general era que no queríamos que hubiera diferencias entre el Seminario y cualquier colegio de fuera. Nuestras acciones se dirigían muchas veces a conseguir ese fin, para ello por ejemplo era curioso que al hablar se usaran muchas veces "los tacos". De modo que, cuando los oían nuestros educadores, nos reprochaban que nos comportábamos como los "*chicos de la calle*", queriendo remarcar la diferencia que había entre los seminaristas y los chicos de fuera.

Nuestra voluntad era la de que disminuyera esa desigualdad. Incluso hubo algunos más atrevidos que invitaron al cine del Seminario, los domingos por la tarde, a chicas, alguna de las cuales era familiar de algún compañero; pero, casualmente, venían acompañadas de otras y formaban cuadrilla.

El hecho de mencionarle a nuestro *director espiritual*, que escogíamos libremente entre los curas que se encargaban de nuestra formación, la salida con chicas cuando estábamos fuera del Seminario, era un tema incómodo para ellos, sobre todo porque realmente no sabían cómo abordar esa cuestión. Para nosotros era algo normal cuando estábamos en el pueblo de vacaciones o cuando nos íbamos a pasar un fin de semana fuera, pues en estos cursos superiores de 5º y 6º ya nos dejaban alguna vez que otra.

El caso es que, en general, nos daba un cierto morbo el hecho de que nuestros tutores tuvieran que enfrentar ese "problema". Generalmente la respuesta de ellos solía ser:"*aquí hay una línea, medita si merece la pena estar a un lado o a otro…*"

Por mi parte, a esas alturas, y sobre todo en el último curso de Bachiller, ya tenía muy claro que no iba a seguir, pues el siguiente paso era empezar la carrera de cura, propiamente dicha, en el Seminario Mayor, y yo no me veía.

Tampoco hice elucubraciones mentales sobre ese tema, ni me sumergí en meditaciones para resolver si tenía o no vocación, a la que tantas veces se nos invitaba; simplemente me pareció que era un hecho natural el continuar mi vida fuera del Seminario después de acabar el Bachiller.

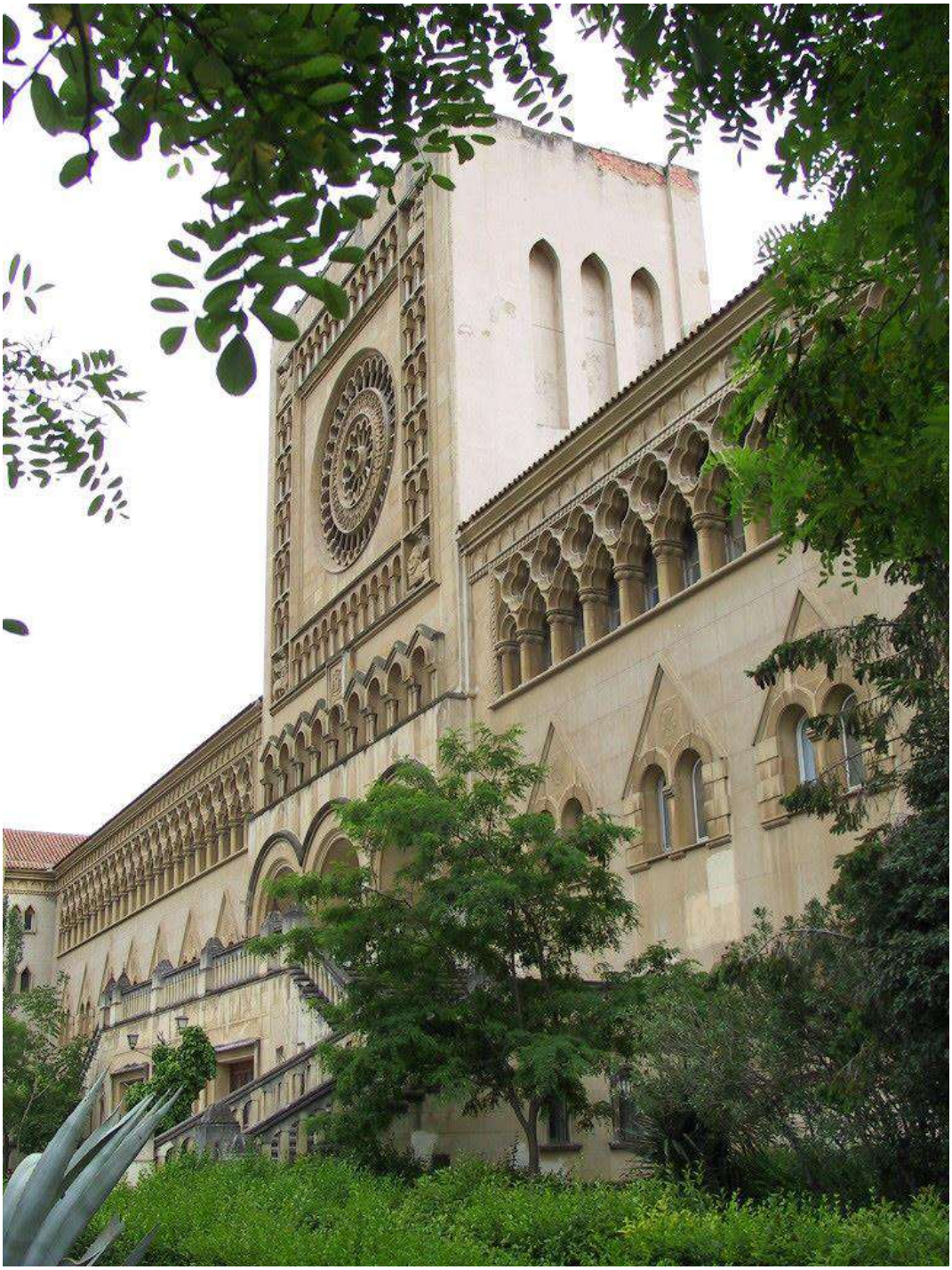
Entre nosotros tampoco se hablaba del tema de ser o no cura, ni era un asunto que saliese en nuestras conversaciones. Más bien, se podía mencionar si se tenía intención de seguir o no en el Seminario, pues al curso siguiente, como se cambiaron los planes de estudio, había que comenzar un curso nuevo que se llamó COU, de modo que quienes pensaban hacerlo lo iban a cursar en el Seminario Mayor.

Parece ser que fuimos un curso muy especial, no puedo decir exactamente cuántos éramos en 6º, sólo que ocupábamos un aula bastante grande, que pasaron muy pocos al Seminario Mayor y, curiosamente, no llegó ninguno a ordenarse Sacerdote. Hecho éste bastante curioso y que probablemente no ocurrió en ningún otro curso. Definitivamente, los aires nuevos de "la calle" nos habían cogido de lleno.

En el verano de 6º, D. Francisco me escribió una carta, preguntándome si iba o no a volver al Seminario porque al parecer yo no le había comunicado nada y no sabía a qué atenerse. Era una carta bonita, escrita con su estilo característico, muy sentimental. Curiosamente, y no sé cómo todavía, la conservo pues me apareció dentro de uno de mis libros. Quizás la respuesta no me la había planteado seriamente, pero en el fondo desde hacía mucho tiempo sabía que no iba a seguir. No recuerdo concretamente cómo se lo hice saber.

Para mí, como para todos los que estuvimos en el Seminario, fue una experiencia fundamental en nuestra formación, algo totalmente normal por las edades que nos tocó, es decir el final de la infancia y la adolescencia. Fue una educación que nos imprimió carácter y dejó una profunda huella en nuestra personalidad, con sus partes positivas y otras menos; pero en general nos permitió recibir una gran formación humanista, con un gran sentido de responsabilidad social, característica de la formación religiosa profunda que recibimos; aunque luego ésta se difuminara por otras vertientes que no tuvieran que ver con la religión. También nos permitió poseer para siempre, por lo menos en mi caso, un gran sentido del esfuerzo y de la constancia en los estudios que me ha acompañado toda la vida y que agradezco.

Salimos a la vida y se produjo una especie de choque con el mundo real pues, de alguna manera, habíamos estado en una especie de burbuja en la que nuestra educación había girado alrededor de aprender a ser buenos con los demás.Para eso se nos había formado; pero afuera, en “la calle”, las cosas son muy distintas y el ser bueno, a veces, no sirve de nada. Teníamos que haber aprendido también a ser fuertes...pero el bagaje y la formación que adquirimos era suficiente para andar el camino que teníamos por delante y esto no es poco.



Fotografía cedida por don Teodoro Félix Lasmarías.

Apuntes sobre algunos tutores

A.C.M.

A D. Francisco siempre lo recuerdo con pantalones, camisa con “clergyman” y chaqueta. Con su altura y su estilazo de vestir es cierto que imponía. Curiosamente, nunca olvidaré la torta que me dio en plena clase. No sé si me hizo más daño el impacto de la potente mano de aquel hombretón o la vergüenza que pasé ante mis compañeros, yo que siempre he sido una persona a la que le ha gustado pasar desapercibido. En honor a la verdad, he de decir que, si bien no recuerdo los detalles de lo que motivó semejante reacción, estoy convencido de que dije o hice algo fuera de lugar (quizás me quise hacer el graciosillo) y, por supuesto, no guardo rencor alguno ni mal recuerdo. Simplemente, como ya he mencionado, creo que fue una bofetada a tiempo que me enseñó a ser algo más cauto y disciplinado en la vida. Años más tarde, cuando yo vivía en Salamanca y era un hombre casado, lo encontré en esa ciudad y me alegré mucho de verle. Al cabo de un tiempo me enteré de que había fallecido en un accidente de circulación, lo cual me dio mucha pena.DEP.

Q.G.M.

Creo que nuestro tutor en primer curso fue don Plácido, gran deportista, pero por quien sentíamos verdadera reverencia era por don Francisco Tejeda. Tenía algo especial. Alto, pelirrojo, ojos azules, fumaba mucho, utilizaba una boquilla en muchas ocasiones vacía. Era muy amable y también socarrón. Tal vez me lo parece, pero también fumaba en pipa. Tenía

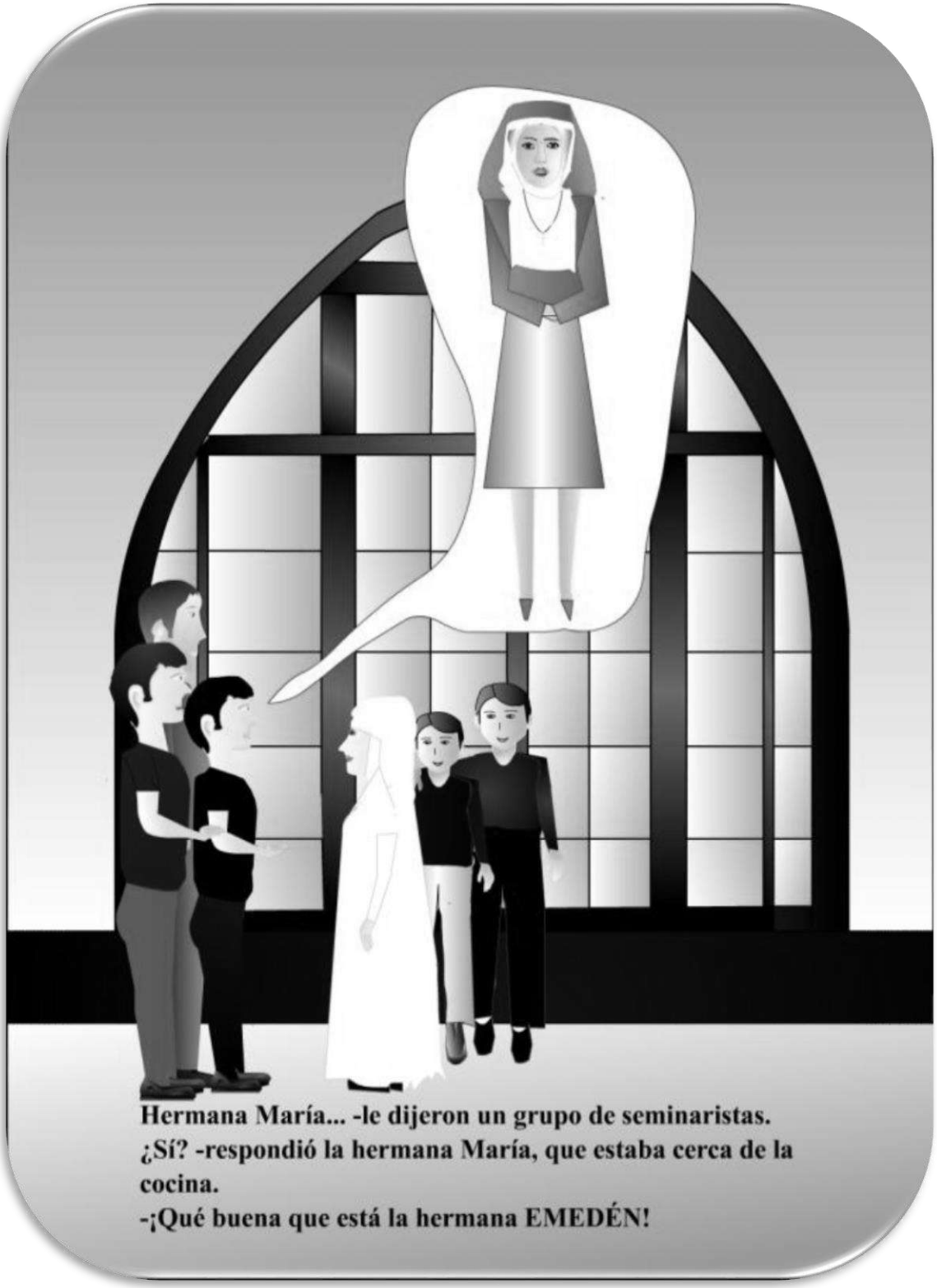
acento extremeño y le gustaba mucho el cine. Recuerdo que una vez nos dijo que le había encantado "*La Hija de Ryan*".

Tenía un encanto magnético, parecía muy culto y además fue él quien nos dirigió en las dos obras de teatro que representamos el día de los padres.

D. Francisco fue también nuestro tutor en C.O.U. pero todavía faltaban seis cursos para llegar. La verdad es que mi problema durante el primer año fue que me suspendieron siempre en conducta. Afortunadamente a final de curso pude ir a campamentos con todo aprobado, y pasar a segundo. Toda una proeza.

Cebollada, D. Francisco, D. Plácido, …, D. Marcial, …,
D. José María, D. Gonzalo, D. Esteban, D. Tomás y Don Luis María Iradiel.

HERMANA EMEDÉN
(J.G.D.)



-Fíjese, don Gonzalo... estos jóvenes dicen que la hermana EMEDÉN está muy buena -dijo la hermana María.

-¿Buena? ¡Lo que está es buenísima! -contestó Don Gonzalo.

-¡Qué escándalo! -respondió la hermana María llevándose las manos a la cabeza y huyendo como alma que lleva el diablo.

Los espías de la S. I. A. (Seminar Intelligence Agency)

Dedicado a Don Francisco

J.B.B.

En segundo curso (1966-67) llegó también al Seminario un cura, al que tuvimos ya durante todos los cursos como tutor del nuestro, se llamaba D. Francisco, era un hombre que en general nos cayó a todos muy bien. Físicamente alto, joven, extremeño (de un pueblo llamado Malpartida de Plasencia, provincia de Cáceres) lo cual se le notaba en el habla, gran fumador y muy aficionado a la Literatura y al fútbol. Creo que ejerció sobre todos nosotros una enorme influencia.

Durante la primera reunión que tuvimos con él, nos explicó cuáles eran sus objetivos con nosotros. Nos pareció de un trato agradable, sus formas no eran autoritarias, se trataba de un hombre joven y diferente al resto de los curas que había y, aunque sus ideas eran conservadoras, no había nada *nuevo* en cuanto a la orientación educativa; sin embargo, sí que era nueva la forma de tratarnos mucho más cercana y familiar, lo cual nos resultaba muchas veces divertido. Entre las novedades que introdujo a lo largo de la primera charla, había algo que nos llamó la atención. Afirmó que iba a tener, para informarse de cómo nos comportábamos en todo momento, una serie de *espías* que irían diciéndole todos los sucesos que ocurrían entre nosotros y de los cuales él no pudiera enterarse. Serían, nos dijo, cualquiera de los que pertenecíamos al curso y su nombre iba a permanecer totalmente en secreto, de modo que sólo lo sabría él y lógicamente los que nombrara espías, a título individual, pero estos tampoco sabrían quiénes eran los otros (¡vaya red de espionaje!). Tampoco nos dijo el número. Esto, con nuestra edad, nos causó un gran impacto y creo que nos pareció hasta divertido, pues todo se rodeaba como de misterio y hacíamos especulaciones de quién era o podía ser *espía*,

ocupando muchas veces este misterio en nuestras conversaciones, dándole un poco de morbo. Porque, efectivamente, cuando ocurría algún suceso en que él no estaba presente observábamos que se enteraba.

En este 2º curso, se introdujo la "*moda*" de fumar cigarrillos en la zona de los baños, que había varias. Los cigarrillos los introducían, en parte, algunos que estaban autorizados, por algún motivo muy especial, a ir a dormir a casa, en Zaragoza. Se fumaba de vez en cuando en los baños y lógicamente lo notábamos por el olor. En una ocasión nos metimos un grupo de tres o cuatro alumnos en los lavabos y fumamos; concretamente recuerdo haber dado solamente unas cuantas caladas, sin fumar el cigarro entero, pues era mi primera vez. Cuando me llamó D. Francisco a su despacho, ni que decir tiene que la llamada a su despacho también nos impresionaba; pero no por miedo, sino porque el encuentro él lo rodeaba de un cierto misterio. La llamada solía ser después de cenar, él estaba en su despacho, pequeño, rodeado de libros con una lámpara de mesa encendida y rodeado de humo. Como ejercía el papel de nuestro *director espiritual*, hablábamos de todo, incluido de nuestro comportamiento y me llamó la atención cuando me dijo que yo había fumado. Le respondí que no; pero él me informó que había dado unas cuantas *caladas*, con lo cual confirmé que lo de los *espías* era verdad y además funcionaba. Cuando sospechábamos de alguien que podía ser *espía* escribíamos su nombre en un papel lo doblábamos y lo pasábamos cuando estábamos en la sala de estudio a algún compañero de nuestra confianza. Lógicamente entre los que entramos a fumar aquel día había un espía.

Ese curso de 2º se transformó ya con D. Francisco en otro ambiente, con otra mentalidad y un ambiente más familiar.

Toda una vida
J.M.L.P.

Pasé en el Seminario una parte de mi niñez y toda la adolescencia. Mi padre, de profundas convicciones católicas, tenía puesta una ilusión enorme en que uno de sus hijos, el mayor de los varones, completase su formación para dedicarse a la pastoral sacerdotal. Con diez años me envió al Seminario. Allí estuve, como era costumbre en muchos centros de formación religiosos, en régimen de internado. Disfrutaba de vacaciones en casa de mis padres, durante las Navidades, Semana Santa y verano, siempre que, durante esos tiempos vacacionales, no hubiese actividades de montañismo, espeleología, convivencia, etc.

Acabado el bachiller superior, salíamos por vez primera a cursar COU al Instituto Goya, que ya conocíamos por los exámenes de las reválidas de cuarto y sexto. Y un año después, durante el periodo experimental de apertura en el que se combinaba la vida de seminarista y otras actividades, comencé Magisterio en la escuela situada en una de las alas del edificio del "Mayor". Al poco tiempo, el vino para consagrar que guardaba mi padre en la bodega, fue destinado a otros fines más lúdicos cuando, a la vista de los hechos, sus sueños y proyectos respecto a mi futuro se vinieron abajo. Una enorme experiencia, increíble, de la que guardo muy buenos recuerdos y durante la cual pude disfrutar de una excelente formación académica y humana, envidiables ambas, con los mejores profesores, donde se valoraba el orden, el trabajo, el esfuerzo, la vida sana y el deporte, y se cuidaba con mimo y exigencia la vida interior y la educación religiosa.

Aunque mi memoria no alcanza con claridad a recordar los detalles, tengo la idea de haber vivido una etapa muy rica, con unas intensas relaciones sociales.

Allí tuve la oportunidad de convivir durante veinticuatro horas al día, siete días a la semana, en los casi diez meses que duraba cada curso, con compañeros de muchos de los pueblos y ciudades de la provincia de Zaragoza, amigos con los que ahora, cuando han pasado casi cinco décadas, volvemos a reencontrarnos.

Recuerdo las conversaciones informales y los consejos que nos daba el anciano cura D. Victoriano en su despacho, mientras estábamos impregnados por el olor a acetona que desprendía la pasta con las que reparaba, con gran simpatía, las pelotas de pingpong que se rompían durante los ratos libres y de recreo. Plácido, Tomás Amable, Luis María Iradiel, "Paco" Tejeda (entonces todos ellos con "don") nos acompañaban, omnipresentes, en todas nuestras actividades. Innumerables anécdotas se podrían contar de muchos de los profesores que nos dieron clase. El profesor Ángel Pérez nos enseñó a amar el deporte, en especial el atletismo; Plácido nos llevó de la mano hasta los niveles más altos con el rugby; algunos compañeros mayores como Jesús Domínguez, en el tiempo libre y la espeleología (el grupo scout); Julio Fleta y los desafíos para mejorar posición y consiguiente nota de latín al fin de cada mes; las travesuras de Paesa y del grupo en general en las clases de ciencias naturales del profesor Mairal. También quedó grabado el estudio de la gramática y la cultura griega y latina. Traducciones interminables de la Anábasis en griego con Luis María Iradiel; del latín Cicerón, sobre todo, y también Plauto, Terencio, Salustio con Alfonso Ortiz.

La posterior estancia en el Goya se hizo muy llevadera a pesar de que la exigencia también era alta. Todo esto discurría, a mi modo de ver, dentro de un contexto que podríamos considerar como una burbuja desde el punto de vista religioso, académico, cultural y social.

Una avanzadilla progresista dentro del régimen político de la época, en el que era muy relevante el arzobispo Cantero Cuadrado y que, al menos a mí, me infundía mucho respeto, diría yo que temor.

Aún vuelvo de vez en cuando al valle de Pineta donde pasamos numerosos periodos de acampada; al rebasar La Almunia, en dirección a Madrid, miro de reojo hacia Ricla (allí nos iniciamos en la espeleología en la "sima del Muerto"); siempre que subo el puerto de Monrepós, giro la cabeza hacia Belsué, su pantano y la cueva Esteban Felipe. Recuerdo a Gisbert pilotando su flamante moto y me veo igualmente subido con Pablo Roda en su Citroen "dos caballos" de embrague automático.

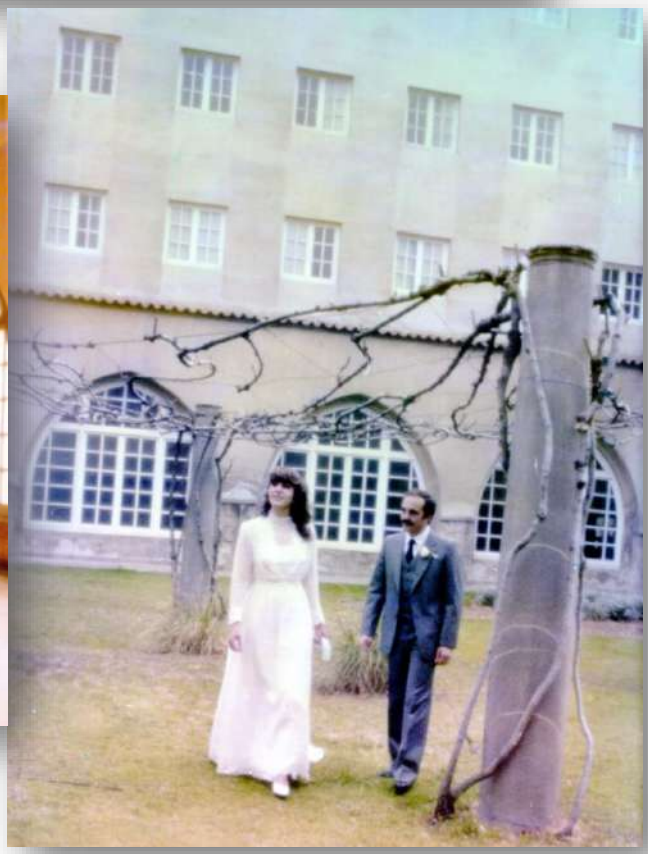
Cursar Magisterio con Jaime Maicas y Ángel Pérez y al mismo tiempo seguir en el Seminario, fue una osada iniciativa institucional de apertura, que me llevó a tomar la decisión de quedarme fuera, pero sin perder los vínculos emocionales con esta larga etapa vivida y que nunca he perdido. De allí marché a vivir a la Plaza de San Francisco, donde me veía a menudo con José Luis Pola o Jesús Pío Albesa, que tenían un piso alquilado en Fernando el Católico.

No muy lejos en el tiempo, **en febrero de 1981, recibí la autorización de manos de Tomás Amable para celebrar mi compromiso matrimonial en la capilla del Seminario**. Es posible que fuese una transgresión porque creo que fui el único y seguro, completamente seguro, el último que se casó allí. También tuve la suerte de celebrar el 25 aniversario de magisterio dentro de esas instalaciones, siendo Plácido el rector. Igualmente pude contar con Pablo Roda, que ofició sin dudarlo la boda de mi hijo Javier.

No renuncio a lo vivido en el Seminario. Es más, he de reconocer que en él crecí y me forjé como persona, y aprendí y consolidé muchos de los valores que me han llevado hasta hoy, mérito que debo a mis mentores allí y a quienes me acompañaron durante mi formación en esos años. Vivir "con los curas" me ha reportado enormes beneficios en la vida, estoy agradecido y nada traumatizado. Y ahora, tras largos y tristes años de abandono, me alegro y emociono cuando veo que el seminario quedará ahí, siendo útil a nuestra sociedad como dependencia municipal y continuando su tarea de servicio a la sociedad. Recuperar la relación con mis compañeros de entonces está siendo, casi cinco décadas después, una experiencia muy grata, que espero sea tan duradera como estos recuerdos y otros muchos que ahora dejo en el tintero porque la edad y el tiempo se van encargando de que así sea.

Boda de José Miguel Lores en la capilla del Seminario. La única que se ha realizado.

Arriba: Corredor Secretaría del Mayor. Abajo: Corredor aulas del Mayor
Fotografías cedidas por don Teodoro Félix Lasmarías.



Boda de María Pilar y José Miguel Lores en el Seminario.

¿Qué fue de aquellos chavales?

A.C.M.

Una vez llegados hasta aquí, después de haber relatado diversas anécdotas y recuerdos de unos hechos que tuvieron lugar desde mediados de los 60 hasta principios de los 70, algunas preguntas lógicas serían ¿qué ha sido de aquellos chavales? o también ¿cuántos acabaron ordenándose? ¿a qué se dedicaron?, etc.

Podemos responder en parte a estas preguntas, ya que no disponemos de estadísticas concretas. Sin embargo, la amistad mantenida desde entonces entre algunos de nosotros, por un lado, y la facilidad que la tecnología actual nos ofrece, por otro ha dado lugar a que hayamos llegado a nuestros días y nos hayamos podido reunir personal, telefónica o virtualmente entre varios de nosotros. De ahí podemos sacar una imagen de lo que ha sido nuestro devenir en la vida que es lo que vamos a tratar de resumir aquí.

De todo ello podemos concluir que el título del libro no va desorientado, ya que de aquel centenar de chavales que iniciamos el curso en otoño de 1966 tan solo cuatro se ordenaron. En efecto, tres son sacerdotes que ejercen y han ejercido su labor pastoral en diversos pueblos y comarcas aragoneses, y uno ha alcanzado el grado de obispo, después de una brillante carrera eclesiástica. Hablar de su trayectoria nos llevaría a escribir uno o varios libros más.

En cuanto al resto, por lo que conocemos, abandonamos el Seminario progresivamente. Algunos antes de llegar a

cuarto y reválida, varios a partir de ese hito y la gran mayoría una vez finalizado COU. De los que abandonaron antes de quinto, encontramos que algunos optaron por ciencias. Así, nos consta que hubo quien se dedicó al sector de la construcción como aparejador; mientras que, por otra parte, hubo casos de biólogos, químicos y veterinarios. De los que siguieron la rama de letras, hay varios que enfocaron sus vidas profesionales a la banca, varios maestros, otros profesores universitarios, abogados, periodistas e incluso catedráticos de literatura o historia. Tenemos constancia de algunos médicos, aunque no en nuestra promoción, y también que, independientemente de su profesión, algunos ocuparon cargos políticos. Obviamente, no todo el mundo se enroló en carreras universitarias, ya que sabemos de internos de aquel período que entraron en correos, algún otro trabajó en General Motors e incluso hubo algunos que se iniciaron en el sector de la restauración y montaron su propio negocio.

Así pues, de este muestreo podemos concluir, aunque de forma algo especulativa, que la sociedad nos guardaba destinos múltiples y que la formación básica común que recibimos en el Seminario nos sirvió para adquirir distintas habilidades profesionales, según las inclinaciones vocacionales y posibilidades de cada cual, que pusimos al servicio de la sociedad en que nos tocó vivir.

Hoy la mayoría de nosotros está rondando la edad de jubilación, los que no se han jubilado aún, y ha empezado o está a punto de empezar una nueva etapa de la vida en la que miramos hacia atrás con una sonrisa, y quizás cierta añoranza, intentando sacar el mejor partido del tiempo que nos quede por vivir, tanto a nivel personal, familiar como socialmente. Reunirnos para recordar anécdotas, celebrar tiempos pasados y saber de nuestras vidas es siempre un motivo de satisfacción.

Gisbert, Bolea, Roda, Laguna, Calvete, Gracia
Murillo, Gisbert, Melús, Vicente, Cobos, Bolea, Albesa, Laguna

Vicente, Callén, Félez, García
Callén, Benito, García, Toro

En Roda de Isábena.

Casanova, Lores, Pérez, Murillo, Toro, Roda

Bolea, D. Plácido, Gisbert, Murillo

AMBA

Índice

Prólogo/Introducción/Agradecimiento	**7**
Vida cultural del pueblo y vocación infantil	**15**
La radio y la televisión	**27**
Estudiar en el Seminario	**33**
Salir del pueblo	**37**
Cursillo	**41**
Distribución de las dependencias	**47**
Los primeros pasos en el internado	**59**
Un día en la vida del seminarista. Rutina	**65**
La parte académica	**71**
Don Jacinto y la disciplina	**81**
Anécdotas	**89**
Retorno de vacaciones y crisis	**105**
Adolescencia, estudios y profesores	**109**
En el dormitorio	**115**
Práctica deportiva y competiciones	**125**
La biblioteca y el salón de juegos	**157**
Música y teatro	**161**
La enfermería y el horno de pan	**173**
Quien tiene un amigo, tiene un tesoro	**175**
Permisos de salida, ferias y días especiales	**189**
Tabaco y prohibición	**203**
Las claves del éxito en el internado	**207**
Confesión	**209**
Vida de seminarista en el pueblo	**213**
Algo sobre sexo	**229**
Campamentos	**245**
Scouts	**271**
Una ráfaga de detalles y anécdotas	**277**
Dos reválidas	**285**
La moto de Gisbert en C.O.U.	**297**
Visitas femeninas en el Seminario	**303**
Entrevista con Monseñor Cantero	**304**
Seminaristas, camareros en Cadaqués	**307**
Visión retrospectiva sobre la enseñanza religiosa	**313**
Dejar el Seminario y cambio de rumbo	**315**
Apuntes sobre algunos tutores	**331**
Toda una vida	**337**
¿Qué fue de aquellos chavales?	**343**

ANEXO A LA PRIMERA EDICIÓN EN PAPEL

Rugby

Seminario, Rugby 1968 Fernandez Acón, Sanchez Gracia y Paesa

Gallizo, Callén

Paulino Fandos y Antonio Callén

Funes y Callén

Callén, Pola, Laguna y Melús

García y Félez

Gracia Fandos, Murillo, Melús, Callén y García.